

MISERICORDIA AUXILIAR

ANN LECKIE

PREMIO
LOCUS 2016


NOVA

MISERICORDIA AUXILIAR

ANN LECKIE

Traducción de Victoria Morera



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Dedicado a TK

En determinado momento estaba dormida y, al siguiente, me despertaron los familiares sonidos de alguien que estaba preparando un té. Pero me habían despertado seis minutos antes de lo que yo tenía previsto. ¿Por qué? Amplié mi percepción.

La teniente Ekalu estaba de guardia. Por alguna razón estaba enfadada; incluso un poco indignada. La pantalla que tenía delante mostraba una vista de la estación Athoek y de las naves que había a su alrededor. La bóveda que cubría los Jardines apenas resultaba visible desde aquel ángulo y la mitad del planeta Athoek estaba oscurecida por las sombras mientras que la otra mitad brillaba con sus colores blanco y azul. Los sonidos de fondo de las comunicaciones me indicaron que todo estaba en orden.

Abrí los ojos. Las pantallas de mi habitación mostraban la misma vista del espacio que la que veía la teniente Ekalu desde el puente de mando: la estación Athoek, las naves, el planeta, y también las balizas de los cuatro portales interestelares del sistema. Yo no necesitaba que las pantallas me mostraran esa vista porque podía verla en cualquier momento y desde cualquier lugar simplemente con desearlo. De hecho, no había pedido verla a través de las pantallas, así que debía de tratarse de una iniciativa de Nave.

Seivarden estaba preparando té en la encimera que había en un extremo de mi habitación de tres por cuatro metros. Utilizaba el viejo juego esmaltado de té del que solo quedaban dos tazones. Uno de ellos estaba descascarillado como resultado de los primeros y torpes intentos de Seivarden de ser útil, hacía ya más de un año. Había transcurrido un mes largo desde que actuó

como sirvienta mía por última vez, pero su presencia me resultaba tan familiar que, al despertarme, la acepté sin darle mayor importancia.

—Seivarden —la llamé.

—En realidad soy Nave. —Inclinó la cabeza hacia mí pero solo levemente, sin apartar la atención del té. La *Misericordia de Kalr* se comunicaba con la tripulación sobre todo por medio de implantes auditivos y visuales: nos hablaba directamente al oído o mostraba palabras o imágenes en nuestro campo de visión. Me di cuenta de que eso era lo que hacía en aquel momento y de que Seivarden leía las palabras que Nave le transmitía—. Ahora mismo soy Nave. Mientras dormía, hemos recibido dos mensajes para usted, pero nada que requiera su inmediata atención, capitana de flota.

Me senté y aparté la manta. Tres días antes, tenía el hombro cubierto por un correctivo que anesthesiaba e inmovilizaba mi brazo y todavía valoraba la recién recuperada libertad de movimiento.

—Creo que, a veces, la teniente Seivarden echa de menos esto —continuó Seivarden. Los datos que Nave obtenía de ella y que yo podía percibir solo con desearlo, nos indicaron que se sintió ligeramente aprensiva y avergonzada, pero Nave tenía razón, estaba disfrutando de aquel breve retorno a nuestros antiguos roles, aunque me di cuenta de que yo no lo hacía—. Hace tres horas, la capitana de flota Uemi envió un mensaje. —La capitana de flota Uemi era mi homóloga al otro lado de uno de los portales, en el sistema Hrad. Estaba al mando de todas las naves militares radchaai emplazadas en aquel sistema con las implicaciones que eso conllevaba, ya que el espacio radchaai estaba enfrascado en una guerra civil y tanto la autoridad de la capitana de flota Uemi como la mía procedían de la parte de Anaander Mianaai que, en aquel momento, dominaba el palacio Omaugh—. El palacio Tstur ha caído.

—¿Tiene sentido que pregunte en manos de quién?

Seivarden se volvió con un tazón de té en una de sus enguantadas manos y se

acercó a mí, que seguía sentada en la cama. Después de tanto tiempo, me conocía demasiado bien para que le sorprendiera mi pregunta o le incomodara el hecho de que todavía no me hubiera puesto los guantes.

—En las manos de la Lord de Mianaai, ¿de quién si no? —replicó mientras esbozaba una leve sonrisa. Y me tendió el tazón de té—. La que, según la capitana de flota Uemi, siente muy poco aprecio hacia usted, capitana de flota, o hacia la misma capitana de flota Uemi.

—Ya.

Para mí había muy poca diferencia entre cualquiera de las partes de Anaander Mianaai, la Lord del Radch, y ninguna de ellas tenía razones para estar complacida conmigo. Pero yo sabía a cuál de esas partes apoyaba la capitana de flota Uemi. Posiblemente incluso era esa parte. Anaander disponía de multitud de cuerpos y solía estar en docenas, por no decir cientos de lugares a la vez. Pero ahora era menos numerosa, se había fragmentado y había perdido muchos de sus cuerpos clonados en la lucha contra sí misma. Yo estaba casi segura de que la capitana Uemi era una segmento de la Lord del Radch.

—La capitana de flota Uemi añadió que la Anaander que se ha adueñado de Tstur también ha conseguido cortar la conexión consigo misma fuera del sistema Tstur, así que el resto de sí misma no sabe qué pretende. La capitana de flota Uemi dice que, si ella fuera Anaander Mianaai, ahora que ha tomado el palacio, dedicaría la mayor parte de sus recursos a garantizar la seguridad del sistema, pero que también enviaría a alguien para que, si pudiera, acabara con usted, capitana de flota. La capitana de la flota Hrad también desea señalar que recibió la información de una nave situada en el palacio Omaugh, de modo que tiene semanas de antigüedad.

Bebí un sorbo de té.

—Si la tirana fuera lo bastante estúpida para enviar naves aquí nada más

asumir el control de Tstur, lo antes que podría llegar sería... —La *Misericordia de Kalr* me mostró unos datos—, dentro de una semana.

—Esa parte de la Lord del Radch tiene razones para estar sumamente enfadada con usted —señaló Seivarden en nombre de Nave—. Y tiene antecedentes de reaccionar drásticamente frente a quienes la enojan lo suficiente. Si hubiera podido, habría venido a acabar con nosotras antes. —Seivarden frunció el ceño al ver las siguientes palabras que aparecieron en su visión, claro que yo también podía verlas y sabía qué diría a continuación—. El segundo mensaje es de Giarod, la gobernadora del sistema.

No respondí enseguida. La gobernadora Giarod era la autoridad designada para regir en la totalidad del sistema athoeki. También era, más o menos indirectamente, la causa de que hubiera sufrido las heridas de las que justo acababa de recuperarme. De hecho, casi había fallecido debido a ellas. Por ser quien era y lo que era, yo ya conocía el contenido del mensaje. No era necesario que Seivarden lo leyera en voz alta.

En el pasado, la *Misericordia de Kalr* tenía auxiliares: cuerpos humanos sometidos a su inteligencia artificial y que constituían sus ojos, oídos, manos y pies. Aquellas auxiliares ya no estaban, le fueron arrebatadas, y ahora la tripulación de Nave era enteramente humana. Yo sabía que las soldados comunes que había a bordo a veces actuaban en su nombre: hablaban por ella y hacían cosas que ella ya no podía hacer, como si fueran las auxiliares que había perdido, aunque, por lo general, no lo hacían delante de mí. Yo también era una auxiliar, la última segmento que quedaba de la crucero de batalla *Justicia de Toren*, que fue destruida veinte años atrás, y los intentos de mis soldados de imitar lo que yo había sido anteriormente no me divertían ni me reconfortaban. Aun así, no se lo había prohibido. Hacía muy poco que mis soldados se habían enterado de mi pasado. Además, parecían encontrar en esa

práctica una forma de protegerse de la ineludible intimidad que implicaba vivir en una nave pequeña.

Pero Seivarden no necesitaba actuar así, de modo que debía de estar haciéndolo por voluntad de Nave. ¿Por qué Nave querría hacer algo así?

—La gobernadora Giarod solicita que usted regrese a la estación a la mayor brevedad posible conforme a su conveniencia —declaró Seivarden. Declaró Nave. La solicitud, con o sin el leve amago de cortesía de la expresión «conforme a su conveniencia», era más autoritaria de lo estrictamente correcto. Seivarden no estaba tan indignada como la teniente Ekalu por ello, pero era indudable que se preguntaba cómo reaccionaría yo—. La gobernadora no ha explicado la razón de su solicitud, aunque, ayer por la noche, Kalr Cinco percibió un alboroto justo fuera del Subjardín. Seguridad arrestó a alguien y, desde entonces, están todas nerviosas.

Nave me mostró breves fragmentos de lo que Cinco, quien seguía en la estación, había visto y oído.

—¿El Subjardín no había sido evacuado? —pregunté en voz alta, porque obviamente Nave quería que la conversación se desarrollara de aquella forma sin importar cómo me sentía yo al respecto—. Debería estar vacío.

—Exacto —confirmó Seivarden. Confirmó Nave.

La mayoría de las residentes del Subjardín eran ychanas, que eran despreciadas por las xhais, otro grupo étnico athoeki que había respondido mejor a la anexión que muchos otros. En teoría, cuando las radchaais anexionaban un nuevo mundo a su imperio, las distinciones étnicas se volvían irrelevantes, pero la realidad no era tan simple. Por otro lado, algunos de los temores más irracionales de la gobernadora Giarod estaban relacionados con las ychanas que vivían en el Subjardín.

—Estupendo. Despierta a la teniente Tisarwat, ¿quieres, Nave?

Desde que llegamos, Tisarwat había dedicado tiempo a establecer contactos

en el Subjardín y también entre el personal de administración de la estación.

—Ya lo he hecho —contestó Seivarden en nombre de la *Misericordia de Kalr*—. Cuando usted se haya vestido y desayunado, su lanzadera ya estará preparada.

—Gracias.

Me di cuenta de que no quería decir «Gracias, Nave» ni «Gracias, Seivarden». Ninguna de las dos.

—Capitana de flota, espero no haber deducido demasiado... —añadió Nave a través de Seivarden.

La inquietud se sumó a la leve aprensión que Seivarden experimentaba. Había aceptado hablar en nombre de Nave, pero de repente sintió preocupación; quizá presintió que Nave se acercaba al tema central de la conversación.

—De ningún modo te imagino deduciendo demasiado, Nave.

De hecho, Nave percibía casi todo lo que me ocurría: cada respiración, cada temblor de cada músculo y mucho más, ya que yo todavía tenía los implantes de una auxiliar, aunque no lo fuera de Nave. Sin duda, sabía que el hecho de que utilizara a una oficial como falsa auxiliar me molestaba.

—Quería preguntarle algo, capitana de flota. Antes, en Omaugh, me ofreció la posibilidad de ser mi propia capitana. ¿Lo dijo en serio?

Por un instante, sentí como si la gravedad de la nave se hubiera desactivado. Era inútil que intentara ocultar mi reacción ante las palabras de Nave, ya que ella podía percibir hasta el menor detalle de mis respuestas físicas. Seivarden nunca había sido especialmente buena fingiendo impasibilidad y su consternación se reflejó en sus facciones aristocráticas. Debía de ignorar que era esto lo que Nave iba a decir. Abrió la boca como si fuera a decir algo, parpadeó y volvió a cerrarla. Luego frunció el ceño.

—Sí, lo dije en serio —repuse yo.

Para las radchaais, las naves no éramos personas. Éramos equipos, armas, máquinas que funcionábamos conforme a las órdenes que recibíamos y cuando las recibíamos.

—Desde que lo dijo, he estado reflexionando sobre ello —declaró Seivarden. No, declaró la *Misericordia de Kalr*—. Y he llegado a la conclusión de que no quiero ser capitana, aunque me gusta la idea de poder serlo.

Era evidente que Seivarden no sabía si sentirse aliviada o no por la respuesta de Nave. Ella sabía lo que yo era y, posiblemente, también sabía por qué dije lo que dije aquel día en el palacio Omaugh, pero era una radchaai de alta cuna y, como cualquier otra oficial radchaai, estaba acostumbrada a esperar que su nave cumpliera siempre con lo que se le ordenaba y estuviera siempre ahí para ella.

Yo también había sido una nave. Las naves podían albergar sentimientos muy intensos hacia sus capitanas o sus tenientes. Yo lo sabía por propia experiencia. ¡Vaya si lo sabía! Durante la mayor parte de mis dos mil años de vida, nunca pensé que, por ninguna razón, pudiera desear algo más. Por otro lado, la pérdida irrevocable de mi tripulación provocó en mí un gran vacío que había aprendido a ignorar. Mayormente. Al mismo tiempo, durante los últimos veinte años me había ido acostumbrando a tomar mis propias decisiones sin consultarlas con nadie, a tener autoridad sobre mi propia vida.

¿Se me había ocurrido pensar que mi nave pudiera sentir por mí lo que yo había sentido por mis capitanas? No era posible. Las naves no experimentaban esos sentimientos hacia otras naves. ¿Había pensado en esa posibilidad? ¿Por qué habría de hacerlo?

—De acuerdo —repuse.

Bebí un sorbo de té. No encontraba ninguna razón que justificara que Nave hubiera decidido decirme aquello a través de Seivarden. Claro que Seivarden

era totalmente humana, y también era la teniente Amaat de la *Misericordia de Kalr*. Quizá la destinataria de las palabras de Nave no era yo, sino ella.

Seivarden nunca había sido el tipo de oficial a quien le importara o ni siquiera fuera consciente de lo que su nave sentía. Durante el tiempo que sirvió en la *Justicia de Toren*, nunca fue una de mis favoritas. Pero las naves tenían gustos diferentes y sentían predilección por personas diferentes, y Seivarden había mejorado mucho durante el último año.

Una nave con auxiliares expresaba lo que sentía de mil maneras sutiles y distintas. El té de una oficial favorita nunca estaba frío. Su comida se preparaba exactamente como ella deseaba. El uniforme siempre era de buena hechura, siempre le sentaba bien a la primera. Sus pequeños deseos y necesidades eran satisfechos en cuanto los experimentaba. La mayor parte de las veces, la oficial solo notaba que se sentía cómoda, más que en cualquiera de las naves en las que, en su caso, había servido.

Nave era, casi siempre, claramente parcial. Semanas antes, en el palacio Omaugh, yo le había dicho que podía ser una persona y que podía capitanearse a sí misma y ahora ella me decía, y yo estaba convencida de que no era casual que lo hiciera a través de Seivarden, que deseaba serlo, al menos potencialmente. Quería que ese derecho le fuera reconocido. Quería, quizás, una pequeña contraprestación o al menos que los sentimientos que albergaba fueran, de algún modo, reconocidos.

Yo no había notado que las amaats de Seivarden estuvieran especialmente solícitas con ella, claro que, como el resto de las soldados de la *Misericordia de Kalr*, eran humanas, no apéndices de la nave. Quizá, si hubieran tenido que actuar como auxiliares de Nave, se habrían sentido incómodas ante los pequeños pero innumerables actos de intimidad hacia Seivarden que Nave podría haberles pedido.

—De acuerdo —repetí.

La teniente Tisarwat, que estaba en sus dependencias, se calzó las botas. Todavía estaba medio dormida. Bo Nueve esperaba cerca de ella con un té. El resto de la decuria Bo dormía profundamente y algunas de las bos soñaban. Las amaats de Seivarden estaban terminando las tareas del día y se preparaban para la cena. Médico y la mitad de mis kalrs todavía dormían, aunque su sueño era ligero. Nave las despertaría al cabo de cinco minutos. Ekalu y sus etreps todavía estaban de guardia. La teniente Ekalu seguía estando un poco indignada por el mensaje de la gobernadora del sistema y estaba preocupada por alguna otra cosa, aunque yo no estaba segura de cuál. En el exterior, de vez en cuando el polvo resbalaba por el casco de la *Misericordia de Kalr* y la luz del sol athoeki lo calentaba.

—¿Hay algo más?

Lo había. Seivarden, que estaba nerviosa desde que había empezado aquella parte de la conversación, parpadeó esperando ver algún tipo de respuesta en su visión. Durante un segundo entero, no apareció nada, pero entonces vio: «No, capitana de flota. Eso es todo.»

—No, capitana de flota. Eso es todo —leyó con voz titubeante.

Para alguien que conociera a las naves, aquel minuto de pausa resultaba muy elocuente. En cierto modo, me sorprendió que Seivarden, quien siempre se había mostrado ajena a los sentimientos de sus naves, se hubiera dado cuenta. Parpadeó tres veces y frunció el ceño. Estaba preocupada, desconcertada, inusualmente insegura de sí misma.

—Su té se está enfriando —declaró.

—Está bien —repliqué, y me lo bebí.

Hacía días que la teniente Tisarwat deseaba regresar a la estación Athoek. Solo llevábamos algo más de dos semanas en el sistema, pero ella ya tenía

amigas y había establecido contactos. Desde que puso el pie en la estación, había intentado conseguir algún tipo de influencia en la administración del sistema, lo que, teniendo en cuenta sus circunstancias, no era de extrañar. Durante algún tiempo, Tisarwat no había sido Tisarwat. Anaander Mianaai, la Lord del Radch, había manipulado a la desafortunada teniente de diecisiete años con el objetivo de convertirla en un apéndice de sí misma, en una parte más de la Lord del Radch. Anaander esperaba que yo no me diera cuenta y así poder vigilarme y controlar a la *Misericordia de Kalr*. Pero yo la descubrí, retiré los implantes con los que había sometido a la teniente Tisarwat y ahora Tisarwat era otra persona, una Tisarwat nueva, con los recuerdos y, posiblemente, algunas de las inclinaciones de la antigua, pero también alguien que, durante varios días, había sido la persona más poderosa del espacio radchaai.

Tisarwat me esperaba en el exterior de la escotilla de entrada a la lanzadera. Tenía diecisiete años y no se podía decir que fuera alta, sino más bien larguirucha, como suelen serlo algunas jóvenes de diecisiete años que no han acabado de desarrollarse del todo. Todavía estaba un poco adormecida, pero iba perfectamente peinada y su uniforme marrón oscuro estaba impecable. Bo Nueve, que ya estaba dentro de la lanzadera, nunca habría permitido que su joven teniente saliera de sus dependencias en otro estado.

—Capitana de flota. —Tisarwat hizo una reverencia—. Gracias por llevarme con usted.

Sus ojos lilas, un vestigio de la antigua Tisarwat, que era frívola e inconstante y que con toda probabilidad empleó su primer sueldo en cambiar el color de sus ojos, tenían una expresión seria. Sin embargo, en el fondo se sentía genuinamente complacida, y también algo excitada a pesar de los medicamentos que la médico de la *Misericordia de Kalr* le había administrado. Los implantes que le colocó la Lord del Radch no funcionaron

de forma adecuada y yo sospechaba que le habían provocado algún daño permanente. Cuando se los retiré, precipitadamente, resolví parte del problema, pero quizá le causé otros daños. Si añadíamos a esto su intensa, y totalmente comprensible, ambivalencia respecto a Anaander Mianaai, con quien, casi seguro, todavía compartía una parte de su identidad, el resultado era una angustia vital casi constante. Sin embargo, por lo que pude ver, en aquel momento se sentía bien.

—Ni lo mencione, teniente.

—Señor... —Era evidente que quería hablar de algo antes de subir a la lanzadera—. Giarod, la gobernadora del sistema, constituye un problema.

Giarod había sido designada por la misma autoridad que me envió al sistema athoeki. En teoría, éramos aliadas en el objetivo de mantener el sistema seguro y estable. Sin embargo, días antes había transmitido cierta información a mis enemigas, lo que casi había hecho que me mataran y, aunque era posible que en su momento no se diera cuenta, seguramente ahora era consciente de ello. Pero no me había comentado nada al respecto, ni una explicación, ni una disculpa, ningún reconocimiento de su error, nada. Solo aquel mensaje, que rayaba en lo irrespetuoso, y en el que solicitaba que acudiera a la estación.

—Creo que, en algún momento, necesitaremos una nueva gobernadora del sistema, señor —continuó Tisarwat.

—Dudo de que desde el palacio Omaugh vayan a mandarnos una próximamente, teniente.

—Cierto, señor —repuso Tisarwat—, pero yo podría hacerlo. Yo podría ser gobernadora. Lo haría bien.

—No tengo la menor duda, teniente —repliqué sin alterarme.

Me volví dispuesta a impulsarme más allá del límite entre la fuerza de gravedad artificial de la *Misericordia de Kalr* y la carencia de ella de la

lanzadera. Percibí que, aunque Tisarwat había escuchado impertérrita mi respuesta, se había sentido herida. El dolor estaba amortiguado por los medicamentos, pero ahí estaba.

Al ser quien era, tenía que saber que rechazaría su oferta de ser la nueva gobernadora del sistema. Si yo seguía con vida era porque Anaander Mianaai, la Lord del Radch, creía que constituía o esperaba que constituyera un peligro para su enemiga. Claro que su enemiga era ella misma. A mí no me importaba especialmente qué facción de la Lord del Radch resultara victoriosa. En lo que a mí respectaba, todas eran lo mismo y prefería que fuera aniquilada por completo; un objetivo que estaba muy por encima de mis capacidades, pero ella me conocía lo bastante para saber que le causaría todo el daño que pudiera; a toda ella. Anaander Mianaai se había adueñado de la desafortunada teniente Tisarwat para estar cerca de mí y controlar esos daños en lo posible. La misma Tisarwat me lo contó poco después de que llegáramos a la estación Athoek. Además, unos días antes, Tisarwat me había dicho: «¿Comprende, señor, que las dos estamos haciendo exactamente lo que ella quiere?» Con «ella» se refería a Anaander Mianaai. Yo le respondí que no me importaba mucho lo que la Lord del Radch quisiera.

Me volví de nuevo, apoyé una mano en el hombro de Tisarwat y le dije, esta vez con un tono de voz más amable:

—Para empezar, superemos el día de hoy, teniente.

O podría haber dicho las semanas, los meses siguientes o incluso más. El espacio radchaaí era vasto y las contiendas que estaban teniendo lugar en los palacios provinciales podían alcanzar Athoek el día, la semana o el año siguiente. O podían consumirse en los palacios mismos y no llegar nunca al sistema athoeki. Aunque yo no apostaba a favor de esa posibilidad.

A menudo, hablamos con ligereza de las distancias dentro de un mismo sistema solar. Decimos que una estación está cerca de una luna o un planeta; que un portal está cerca de la estación más importante de un sistema... Pero, en realidad, esas distancias se miden en cientos de miles, por no hablar de millones de kilómetros. Y las estaciones más alejadas de un sistema podían estar a cientos e incluso miles de millones de kilómetros de los portales.

Unos días antes, la *Misericordia de Kalr* había estado verdadera y peligrosamente cerca de la estación Athoek, pero ahora lo estaba solo relativamente. El trayecto en la lanzadera duraría un día entero. La *Misericordia de Kalr* podía generar sus propios portales para crear atajos en el espacio tridimensional y podría habernos trasladado a nuestro destino mucho más deprisa. Pero aparecer repentinamente cerca de una estación con mucho tránsito entrañaba el riesgo de chocar con lo que una se encontrara al salir del portal espacial. Nave podría haberlo hecho y, en realidad, lo había hecho hacía muy poco. Pero en aquel momento era más seguro ir con la lanzadera, la cual era demasiado pequeña para generar su propia gravedad y, mucho menos, un portal propio. El problema de la gobernadora Giarod, fuera cual fuera, tendría que esperar.

De modo que yo disponía de bastante tiempo para plantearme qué podía encontrar en la estación. Seguramente, las dos facciones de Anaander Mianaai —suponiendo que solo hubiera dos, lo que quizá no era una suposición segura— tenían agentes allí. Pero ninguna de esas agentes sería militar. La capitana Hetnys, que además de ser enemiga mía era la persona a la que Giarod, la gobernadora del sistema, había transmitido imprudentemente información comprometedor, estaba congelada en un tanque de suspensión a bordo de la *Misericordia de Kalr* junto con todas sus oficiales. Su nave, la *Espada de Atagaris*, orbitaba lejos del planeta Athoek con los motores en modo automático y todas sus auxiliares en tanques de suspensión. La *Misericordia*

de Ilves, la única nave militar emplazada en el sistema aparte de la *Espada de Atagaris* y la *Misericordia de Kalr*, estaba inspeccionando las estaciones del borde exterior y, de momento, su capitana no había mostrado indicios de querer desobedecer mis órdenes de seguir allí. Seguridad de la Estación y Seguridad Planetaria eran las únicas amenazas armadas que quedaban, pero las armas que empleaba Seguridad eran las porras paralizantes. Esto no significaba que Seguridad no pudiera ser una amenaza, porque sin duda lo era, en particular para las ciudadanas desarmadas, pero no lo era para mí.

Cualquiera que se hubiera dado cuenta de que yo no respaldaba la misma facción de la Lord del Radch que ella, solo dispondría de medios políticos para actuar en mi contra. Por lo tanto, debía de tratarse de una cuestión política. Quizá debería seguir el ejemplo de la teniente Tisarwat e invitar a cenar a la jefa de Seguridad de la estación.

Kalr Cinco seguía en la estación Athoek junto con Ocho y Diez. La estación ya estaba superpoblada incluso antes de que el Subjardín resultara dañado y fuera evacuado y no había suficientes camas para todo el mundo, así que mis kalrs habían colocado cajones de embalaje y camastros en el extremo de un pasillo sin salida. La ciudadana Uran estaba sentada y sin hacer ruido en uno de esos cajones mientras conjugaba con determinación verbos en raswar. Las ychanas de la estación Athoek hablaban, sobre todo, raswar y nuestras vecinas eran, en su mayoría, ychanas. Le habría resultado más fácil ir al Departamento Médico y aprender los fundamentos del idioma con la ayuda de medicamentos, pero manifestó con gran vehemencia que no deseaba hacerlo. Uran era la única miembro de mi escaso personal que no era militar. Tenía casi dieciséis años y no era familia mía ni de nadie de la *Misericordia de Kalr*, pero ahora yo era responsable de ella.

Cinco estaba cerca, aparentemente concentrada en que el té estuviera a punto cuando llegara la tutora de Uran, lo que ocurriría al cabo de pocos minutos, pero en realidad vigilaba de cerca a Uran. Unos metros más allá, Kalr Ocho y Kalr Diez fregaban el suelo de nuestro sector del pasillo. Ya tenía muchas menos marcas que antes y era perceptiblemente menos gris que el sector que había al otro lado de los límites de nuestra improvisada casa. Mientras trabajaban, cantaban, pero en voz baja, porque al otro lado de las puertas más cercanas había ciudadanas durmiendo.

*El jazmín crecía
en el dormitorio de mi amada.
Se enroscaba en su cama.
Las hijas han ayunado y se han rapado la cabeza.
Dentro de un mes volverán a visitar el templo,
portando rosas y camelias.
Pero yo me sustentaré
solo con el perfume de las flores del jazmín
hasta el final de mis días.*

Se trataba de una vieja canción, más vieja que Ocho y Diez; probablemente, más vieja que sus abuelas. Yo me acordaba de cuando se difundió por primera vez. En la lanzadera, donde no podían oírme ni Ocho ni Diez, la canté con ellas; en voz baja, porque Tisarwat estaba a mi lado, sujeta a su asiento y profundamente dormida. Sin embargo, la piloto de la lanzadera sí que me oyó y percibí que se ponía contenta.

El repentino viaje de vuelta a la estación y lo que había oído acerca del mensaje de la gobernadora Giarod la habían intranquilizado, pero si yo cantaba, todo debía de estar bien.

En la *Misericordia de Kalr*, Seivarden dormía y soñaba. Sus diez amaats también dormían apretujadas en las literas. La decuria Bo, bajo la dirección

de Bo Una, puesto que Tisarwat estaba en la lanzadera conmigo, acababa de despertarse y recitaba, de una forma automática y desigual, la oración matutina: «La flor de la justicia es la paz. La flor de la corrección es la belleza en pensamiento y acción...»

Poco después, Médico acabó su turno y encontró a la teniente Ekalu en la diminuta sala de blancas paredes de la decuria con la mirada fija en la cena.

—¿Está usted bien? —le preguntó Médico mientras se sentaba a su lado.

La etrepa que estaba en la habitación colocó un tazón de té en la mesa frente a Médico.

—Estoy bien —mintió Ekalu.

—Hemos servido juntas durante mucho tiempo —repuso Médico. Ekalu, desconcertada, no levantó la vista ni dijo nada—. Antes de que la promovieran, habría acudido a sus compañeras de decuria en busca de apoyo, pero ya no puede hacerlo. Ahora son de Seivarden. —Antes de que yo llegara, antes de que la anterior capitana de la *Misericordia de Kalr* fuera detenida por traición, Ekalu era Amaat Una—. Y supongo que siente que no puede recurrir a sus etrepas. —La etrepa que atendía a Ekalu permanecía impassible en una esquina de la habitación—. Muchas tenientes lo harían, claro que ellas no proceden de sus decurias, ¿no?

No añadió que a Ekalu quizá le preocupaba minar su autoridad frente a unas compañeras que, durante años, la habían conocido como soldado común. Tampoco añadió que Ekalu sabía, de primera mano, lo desigual que podía ser ese tipo de intercambio: pedir cualquier tipo de consuelo o apoyo emocional a las soldados que servían a su mando.

—Me atrevo a decir que es usted la primera en ser promovida de una decuria.

—No lo soy —replicó Ekalu con voz neutra—. La capitana de flota también lo fue. —Se refería a mí—. Supongo que usted lo sabía desde el principio.

Se refería a que Médico sabía que yo era una auxiliar, no una humana.

—Entonces ¿es ese el problema? —preguntó Médico. No había probado el té que la etrepa le había servido—. ¿Que la capitana de flota esté antes que usted?

—¡No, claro que no! —Ekalu por último levantó la vista y su expresión impasible cambió momentáneamente, pero enseguida volvió a la inexpresividad—. ¿Por qué habría de serlo?

Yo sabía que estaba siendo sincera. Médico realizó un gesto de indiferencia.

—Algunas personas sienten celos, y la teniente Seivarden está... muy unida a la capitana de flota. Y usted y la teniente Seivarden...

—Sería absurdo sentir celos de la capitana de flota —declaró Ekalu con voz átona.

Esto también lo dijo en serio. Su afirmación podía ser tomada como un desprecio hacia mí, pero yo sabía que no era esa su intención. Y estaba en lo cierto. No tenía el menor sentido sentir celos de mí.

—Ese tipo de cosas no siempre tienen sentido —observó Médico con sequedad. Ekalu guardó silencio—. A veces, me he preguntado qué pasó por la mente de Seivarden cuando descubrió que la capitana de flota era una auxiliar. ¡Ni siquiera era humana! —Entonces, en respuesta a un levísimo y breve cambio de expresión de Ekalu, añadió—: Pero no lo es. Me imagino que ella misma se lo dirá.

—¿Se referirá acaso a la capitana de flota como *ello* en lugar de *ella*? —La retó Ekalu, y enseguida apartó la mirada—. Le ruego que tenga la bondad de disculparme, Médico. Simplemente, eso no me parece bien.

Como yo podía ver lo que Nave veía, percibí que Médico reaccionaba con extrañeza ante la sumamente formal disculpa de Ekalu y ante su repentino y cuidadoso intento de disimular su habitual acento de clase baja. Pero Médico

conocía a Ekalu desde hacía mucho tiempo, y la mayor parte de este, como la misma Médico había dicho, cuando todavía formaba parte de una decuria.

—Seguro que Seivarden cree que comprende lo que es estar en lo más bajo del montón —declaró Médico—. Sin duda, ha aprendido que es posible encontrarse ahí a pesar de haber nacido en una buena familia, tener unos modales impecables y que todo apunte a que Aatr le ha concedido una vida de abundancia y felicidad. Ha aprendido que es posible que alguien a quien ella desdeñaba y despreciaba sea merecedora de su respeto. Y ahora que lo ha aprendido, se imagina que la comprende a usted. —Se le ocurrió otra idea—. Por eso no le ha gustado que diga que la capitana de flota no es humana, ¿no es así?

—Yo nunca he estado en lo más bajo de ningún montón. —Ekalu siguió vocalizando con esmero, imitando la forma de hablar de Médico, de Tisarwat, de Seivarden. Incluso la mía—. Y ya le he dicho que estoy bien.

—Entonces debo de estar equivocada —replicó Médico sin rencor ni sarcasmo en la voz—. Le pido su indulgente perdón, teniente.

Se mostró más formal de lo necesario. Al fin y al cabo, conocía a Ekalu desde hacía mucho tiempo y, durante este, había sido su médico.

—Por supuesto lo tiene, Médico.

Seivarden seguía durmiendo. No era consciente de la frustración que experimentaba su colega y amante. No era consciente, al menos eso temía yo, de la buena disposición de Nave hacia ella, un sentimiento que yo empezaba a sospechar que se había convertido en cariño de verdad. Nave era capaz de hablar directamente de un montón de cosas, pero nunca de esos sentimientos. Yo estaba convencida de ello.

A mi lado, en la lanzadera, Tisarwat masculló algo y se agitó, pero no se despertó. Dirigí mis pensamientos a lo que podía encontrar en la estación Athoek cuando llegáramos y a lo que debía hacer al respecto.

Me reuní con la gobernadora Giarod en su oficina. Aquel día, las cortinas de seda verde y crema también cubrían el amplio ventanal que daba a la plaza principal de la estación Athoek. Numerosas ciudadanas transitaban por el rayado suelo blanco: iban o venían de Administración de la Estación o charlaban frente al templo de Amaat y sus enormes relieves de las cuatro Emanaciones. La gobernadora Giarod era alta, de espaldas anchas y apariencia serena, pero yo sabía, por experiencia, que era propensa a sentir recelo y a actuar conforme a ese sentimiento en los momentos más inoportunos. Me ofreció asiento, cosa que acepté, y un té, lo que rechacé. Kalr Cinco, que me había recibido en los muelles, permanecía impassible justo detrás de mí. Consideré la posibilidad de ordenarle que me esperara junto a la puerta o incluso en el pasillo, pero decidí que un recordatorio obvio de quién era yo y de los recursos de los que disponía podía serme útil.

La gobernadora Giarod no pudo evitar fijarse en la soldado que permanecía en posición de firmes detrás de mí, pero actuó como si no la viera.

—Cuando restablecimos la gravedad, capitana de flota, la administradora de la estación Celar pensó, y yo estuve de acuerdo con ella, que debíamos realizar una inspección exhaustiva del Subjardín para asegurarnos de que la estructura no estaba dañada.

Pocos días antes, los jardines públicos, que estaban justo encima de aquella parte de la estación cuyo nombre derivaba de ellos, empezaron a desmoronarse y los cuatro niveles de debajo estuvieron a punto de inundarse.

La IA de la estación Athoek solucionó la emergencia desconectando la gravedad de toda la estación mientras evacuaban el Subjardín.

—¿Encontró usted escondidas allí, como temía, a docenas de personas no autorizadas?

A todas las radchaais se les implantaba un rastreador nada más nacer, de modo que ninguna ciudadana podía pasar inadvertida o escapar a la visión de cualquier IA que estuviera conectada. En concreto, en el relativamente pequeño espacio de la estación Athoek, la idea de que alguien pudiera vivir o desplazarse por allí sin que Estación lo supiera era totalmente absurda. Aun así, la creencia de que cientos de personas sin identificar se escondían en el Subjardín y que todas ellas constituían una amenaza para las ciudadanas respetuosas con la ley era alarmantemente común.

—Sé que en su opinión esos temores son absurdos —replicó la gobernadora Giarod—. No obstante, como resultado de nuestra inspección, encontramos a una de esas personas. Se escondía en los túneles de acceso que comunican los niveles tres y cuatro.

—¿Solo una? —pregunté con voz neutra.

La gobernadora me indicó, con un gesto, que comprendía el alcance de mi pregunta: una persona ni siquiera se aproximaba a lo que algunas personas, incluida, por lo visto, la gobernadora, temían.

—Es ychana. —La mayoría de las residentes del Subjardín eran ychanas—. Nadie admite saber nada de ella, aunque es obvio que algunas la conocen. Está en una celda en Seguridad. Pensé que querría usted saberlo, sobre todo teniendo en cuenta que la última persona que hizo algo así era una alienígena.

Se refería a la traductora Dlique, la representante medio humana de las misteriosas y aterradoras presgeres, quienes, antes de firmar el tratado con el Radch —en realidad con toda la humanidad, ya que las presgeres no distinguían entre los distintos tipos de humanas—, solían destruir naves

humanas y despedazar a las humanas mismas simplemente por diversión. Las presgeres eran tan poderosas que ninguna fuerza humana, ni siquiera del Imperio radchaai, podía destruirlas o defenderse de ellas. Al final resultó que Dlique, la traductora de las presgeres, podía eludir los sensores de Estación con una facilidad alarmante y no tuvo paciencia para permanecer recluida en la residencia de la gobernadora. Su cadáver estaba en un tanque de suspensión en el Departamento Médico a la espera del esperanzadoramente lejano día que las presgeres fueran a buscarla y tuviéramos que explicarles que una auxiliar de la *Espada de Atagaris* la había matado al sospechar que había pintarrajeado sobre una pared del Subjardín.

Como mínimo, la inspección que había dado lugar al hallazgo de aquella persona debería haber disipado los temores de que una horda de ychanas asesinas vivían ocultas en el Subjardín.

—¿Han examinado su ADN? ¿Es pariente cercana de alguna de las residentes del Subjardín?

—¿Qué pregunta tan extraña, capitana de flota! ¿Sabe algo que no ha compartido conmigo?

—Muchas cosas —repliqué yo—, pero la mayoría no le interesan. No está emparentada con nadie de aquí, ¿no?

—No —contestó la gobernadora Giarod—. Y Médico me ha informado de que tiene algunas marcas que no se veían por aquí desde antes de la anexión de Athoek. —«Anexión» era el término cortés para referirse a la invasión y colonización de otros sistemas solares por parte del Imperio radchaai—. Y como no puede ser descendiente reciente de un linaje que se extinguió hace siglos, la única otra posibilidad, en el sentido más amplio de la palabra, es que tenga más de seiscientos años.

Había otra posibilidad, pero la gobernadora Giarod todavía no la había contemplado.

—Probablemente, se trate de eso, aunque debe de haber pasado buena parte de ese tiempo en suspensión.

La gobernadora Giarod frunció el ceño.

—¿Sabe usted de quién se trata?

—No sé quién es, al menos no específicamente —le contesté—, pero sí que tengo sospechas acerca de *qué* es. ¿Puedo hablar con ella?

—¿Me hará partícipe de sus sospechas?

—Si resultan ser infundadas, no. —Lo único que me faltaba era que la gobernadora incorporara otra enemiga fantasma a su lista—. Quiero hablar con ella y que una médico la examine de nuevo. Una médico discreta y con criterio.

La celda era diminuta; dos por dos metros, un camastro y un recipiente con agua en una esquina. La persona que estaba en cuclillas sobre el rayado suelo tenía la mirada fija en un cuenco con skel que, obviamente, era su cena. A primera vista, parecía una persona común y corriente. Vestía el tipo de ropa preferido por la mayoría de las ychanas del Subjardín: unos pantalones y una camisa anchos y de vistosos colores verdes, amarillos y naranjas, pero aquella persona también llevaba puestos unos sencillos guantes grises que parecían sospechosamente nuevos. Probablemente procedían de los almacenes de Estación, y Seguridad había insistido en que se los pusiera. Casi nadie del Subjardín llevaba guantes y esta era otra de las razones que alimentaban la creencia de que las personas que vivían allí eran incivilizadas y también inquietante y quizás incluso peligrosamente extrañas. Para nada radchaais.

Yo no podía indicarle, de ningún modo, que quería entrar. Además, al estar detenida en Seguridad, no disponía de la menor privacidad. A mi requerimiento, Estación, la IA que controlaba la estación Athoek y que, a todos

los efectos, era la estación misma, abrió la puerta. La persona que estaba acucillada en el suelo ni siquiera levantó la vista.

—¿Puedo entrar, ciudadana? —le pregunté.

Aunque el término «ciudadana» era, casi con certeza, un término equivocado para dirigirme a ella en aquel lugar, en radchaai era prácticamente el único cortés posible.

La persona no contestó. Entré, lo que supuso dar un solo paso, y me acucillé delante de ella. Kalr Cinco se quedó en el umbral de la puerta.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

La gobernadora Giarod me había contado que, desde que la detuvieron, aquella persona se había negado a hablar. Habían programado someterla a un interrogatorio a la mañana siguiente. Claro que, para que un interrogatorio surtiera efecto, una tenía que saber qué preguntas debía formular y era probable que, en aquel caso, nadie las supiera.

—No podrá seguir guardando su secreto —continué yo, dirigiéndome a la persona que estaba en cuclillas frente a mí y con la mirada fija en el cuenco de skel. No le habían proporcionado ningún utensilio para comer temiendo, quizá, que se hiriera con él. Tendría que comer las gruesas hojas con las manos o introducir la cara en el cuenco, y cualquiera de las dos opciones era desagradable y degradante para una radchaai—. Han programado someterla a un interrogatorio mañana por la mañana. Estoy segura de que serán lo más cuidadosas posible, aun así, no creo que se trate de una experiencia especialmente agradable.

Como muchas de las personas anexionadas por el Radch, la mayoría de las ychanas estaban convencidas de que los interrogatorios siempre iban acompañados de la reeducación a la que se sometía a las delincuentes convictas para garantizar que no volvieran a delinquir. Sin duda, las drogas que se utilizaban en ambos casos eran las mismas y una interrogadora

incompetente podía provocar importantes lesiones a una persona. Incluso las más radchaais de las radchaais sentían terror hacia los interrogatorios y la reeducación y daban incontables rodeos para evitar hablar de esos temas aunque les resultaran ineludibles.

Seguí sin obtener una respuesta. Aquella persona ni siquiera levantó la mirada. Yo era tan capaz como ella de seguir en cuclillas y en silencio. Pensé en pedirle a Estación que me mostrara lo que podía detectar en ella: sin duda, los cambios de temperatura, seguramente el ritmo cardíaco y posiblemente otros datos. Estaba segura de que fueran cuales fueran los sensores que había en Seguridad, estaban programados para captar tanta información como fuera posible de las presas. En cualquier caso, dudaba de que esos datos me sorprendieran.

—¿Conoce alguna canción? —le pregunté.

Creí percibir un cambio, aunque pequeño, en su postura, en la posición de sus hombros. Mi pregunta la había sorprendido. Tenía que admitir que se trataba de una pregunta absurda. Casi todas las personas que había conocido durante mis dos mil años de vida conocían, como mínimo, varias canciones.

—Eso la ha sorprendido, capitana de flota —me informó Estación al oído.

—Indudablemente —respondí yo en silencio.

No levanté la vista cuando Cinco se apartó para dejar paso a Ocho, que llevaba en las manos una caja de oro con cristales rojos, azules y verdes encastados. Antes de salir de la oficina de la gobernadora, le envié un mensaje pidiéndole que me la llevara. Le indiqué, con un gesto, que la dejara a mi lado en el suelo, y cuando lo hizo, abrí la tapa.

Antes, la caja contenía un juego de té antiguo formado por un termo, un colador y doce tazones fabricados en oro con incrustaciones de cristales azules y verdes. Había durado tres mil años sin romperse, posiblemente más, pero ahora estaba roto, hecho pedazos, desparramado por el interior de la caja

o acumulado en los huecos que antes contenían las piezas ajustadamente manteniéndolas a salvo. Cuando estaba intacto, valía una auténtica fortuna, pero hecho pedazos seguía siendo muy valioso.

La persona que estaba acucillada frente a mí finalmente volvió la cabeza para mirarlo y preguntó con voz monótona y en radchaai:

—¿Quién ha hecho esto?

—Sin duda usted sabía, cuando lo vendió, que algo así podía suceder —repuse yo—. Ciertamente sabía que nadie más lo valoraría tanto como usted.

—No sé de qué me está hablando. —Seguía mirando fijamente el juego de té roto y su voz seguía siendo inexpresiva. Hablaba el radchaai con el mismo acento que otras ychanas a las que yo había oído hablar en el Subjardín—. Es obvio que se trata de un objeto valioso y quien lo rompió es, indudablemente, alguien por completo incivilizada.

—Creo que se siente ofendida, capitana de flota —declaró Estación en mi oído—. En cualquier caso, se ha dejado llevar por sus emociones. Me resulta difícil ser más concreta cuando solo dispongo de los datos externos y no conozco bien a la persona.

Yo sabía a lo que se refería por propia experiencia, pero no se lo dije. Le contesté, en silencio:

—Gracias, Estación, es bueno saberlo.

Yo también sabía por propia experiencia lo útil que podía resultar una IA si una le caía bien y los problemas y dificultades que podía ocasionar si, por alguna razón, una le caía mal o la IA le guardaba rencor por algo. Yo estaba genuina y agradablemente sorprendida por el hecho de que Estación me transmitiera información por iniciativa propia.

—¿Cómo se llama? —le pregunté en voz alta a la persona que estaba acucillada delante de mí.

—Que la jodan —contestó ella con voz uniforme y anodina y sin dejar de

mirar el juego de té destrozado.

—¿Cómo se llamaba la capitana cuyo nombre borró antes de vender el juego de té?

La inscripción del interior de la tapa de la caja fue alterada para eliminar el nombre que, según yo sospechaba, habría permitido seguir el rastro del juego de té hasta su origen.

—¿Por qué esperar hasta mañana para interrogarme? —me preguntó—. Háganlo ahora. Entonces tendrán las respuestas a todas sus preguntas.

—Percibo un aumento del ritmo cardíaco —me informó Estación al oído—. Y su respiración es más rápida.

«¡Ah!» Y exclamé en voz alta:

—¡Así que tiene un mecanismo de seguridad! Las drogas la matarán. Al menos a esta parte de usted.

Ella finalmente me miró y parpadeó con lentitud.

—Capitana de flota Breq Mianaai, ¿seguro que está bien? Lo que ha dicho no tiene ningún sentido.

Cerré la caja, la tomé, me levanté y dije:

—La capitana Hetnys vendió el juego de té a la ciudadana Fosyf Denche y la hija de Fosyf lo rompió. Entonces Fosyf pensó que ya no tenía ningún valor y lo tiró.

Me volví y le tendí la caja a Cinco, que había reemplazado a Ocho y volvía a estar junto a la puerta. Hablando con propiedad, el juego de té era de ella. Fue Cinco quien se tomó la molestia de recuperarlo, de recoger todas las piezas de la basura después de que Raughd Denche, en un ataque de ira porque su madre la había repudiado, lo lanzara contra el suelo.

—Ha sido un placer conocerla. Espero volver a hablar con usted pronto —declaré.

Mientras salía de Seguridad y entraba en la plaza principal de la estación con Kalr Cinco y su juego de té hecho añicos detrás de mí, Estación me dijo al oído:

—Capitana de flota, la sacerdotisa jefa acaba de salir de la oficina de la gobernadora Giarod y la está buscando.

En el espacio radchaai, la expresión «sacerdotisa jefa» sin más modificadores significaba la sacerdotisa jefa de Amaat. En la estación Athoek, la sacerdotisa jefa de Amaat se llamaba Ifian Wos. La conocí cuando ofició, un poco a regañadientes, el funeral de la traductora Dlique. Aparte de aquel día, no había hablado nunca con ella.

—Gracias, Estación.

Mientras pronunciaba estas palabras, su eminencia Ifian salió de la residencia de la gobernadora, se volvió de inmediato hacia donde yo estaba y avanzó hacia mí. Sin duda, Estación le había informado de mi localización.

Yo no quería hablar con ella en aquel preciso momento. Quería hablar con la gobernadora Giarod acerca de la persona que permanecía en custodia en Seguridad y, después, tratar con ella de algunas cuestiones acerca de las dependencias de mis soldados. Pero era evidente que Estación no me había dicho antes que la sacerdotisa jefa Ifian me estaba buscando para que no pudiera esquivarla. Además, aunque lo lograra en aquel momento, no podría hacerlo eternamente a no ser que abandonara la estación. Me dirigí al centro de la estropeada y una vez blanca plaza y me detuve.

—¡Capitana de flota! —me llamó la sacerdotisa jefa, y cuando llegó frente a mí realizó una reverencia.

Pensé que se trataba de una bien calculada reverencia; ni siquiera un milímetro más profunda de lo que exigía mi rango. La sacerdotisa jefa era dos centímetros más baja que yo y más delgada. Su voz era grave y potente, y su postura y su actitud al hablar reflejaban la autoconfianza de alguien que

contaba con los contactos y recursos que le permitían a una alcanzar un elevado rango religioso. Numerosas ciudadanas vestidas con abrigos y chaquetas adornados con brillantes joyas e insignias de asociaciones o conmemorativas pasaban por nuestro lado. Constituían el tránsito corriente y rutinario de la plaza. La mayoría fingía ignorarnos, aunque algunas nos miraban de reojo y con curiosidad.

—¡Qué eventos tan impactantes los de los últimos días! —continuó su eminencia Ifian como si fuéramos simples conocidas que cotilleaban amigablemente—. Aunque todas conocíamos a la capitana Hetnys desde hacía años, no creo que a nadie se le pasara por la cabeza que pudiera hacer algo indigno.

Las múltiples insignias que adornaban el abrigo morado y de confección impecable de la sacerdotisa jefa temblaron y destellaron momentáneamente cuando expresó su duda de que la capitana pudiera hacer algo malo.

Por cierto, días antes, la capitana Hetnys había amenazado con matar a la horticultora Basnaaid Elming con el fin de ejercer cierto control sobre mí. La horticultora Basnaaid era la hermana pequeña de una antigua teniente mía, de cuando yo era la crucero de batalla *Justicia de Toren*. La única razón de que hubiera accedido a ir a Athoek era porque la horticultora Basnaaid vivía allí y yo tenía una deuda con su hermana, quien había muerto hacía ya mucho tiempo; deuda que, en realidad, nunca le podría pagar.

—Por supuesto —contesté yo; esta era la respuesta más diplomática que podía dar.

—Y supongo que usted, en efecto, tiene la autoridad necesaria para detenerla —continuó su eminencia Ifian con un tono de voz solo ligeramente dubitativo. Mi enfrentamiento con la capitana Hetnys tuvo como resultado que los Jardines quedaran sumidos en un auténtico caos y que la estación entera estuviera sin gravedad durante varios días. En aquel momento, la capitana

permanecía en hibernación en un tanque de suspensión para que no pudiera realizar ningún otro acto de absoluta locura y peligrosidad—. Sin duda, se trata de cuestiones militares. ¡Y la ciudadana Raughd! ¡Una joven tan encantadora y de buena familia! —Raughd Denche intentó matarme apenas unos días antes del comportamiento *indigno* de la capitana Hetnys—. Seguramente ambas tenían razones para hacer lo que hicieron. Eso, desde luego, debería tenerse en cuenta. Pero, capitana de flota, no es esto de lo que quería hablar con usted. Además, no quiero retenerla aquí, en medio de la plaza. ¿Le apetece tomar un té?

—Me temo, eminencia —repliqué con voz neutra y calmada—, que estoy muy ocupada. Ahora mismo voy a reunirme con la gobernadora Giarod y luego tengo que ocuparme con urgencia de las necesidades de mis soldados, que han estado durmiendo en el extremo de un pasillo de la estación durante las noches pasadas.

Seguramente, Administración de la Estación debía de estar, en aquel momento, desbordada de quejas y nadie velaría por los intereses de mi personal doméstico si no lo hacía yo en persona.

—¡Sí, sí, capitana de flota, precisamente esa era una de las cuestiones que quería comentar con usted! Como usted sabrá, el Subjardín era una zona de cierta categoría. Quizá no tanta como la de los apartamentos que dan a la plaza. —Señaló alrededor, hacia arriba, hacia las ventanas de la primera planta de la plaza, que era el centro de la vida pública de la estación y, aparte de los Jardines, su espacio abierto más grande—. Quizá si el Subjardín hubiera tenido la misma categoría lo habrían reparado tiempo atrás. Pero las cosas son como son. —Realizó un gesto devoto, de sumisión a la voluntad de Dios—. Según he oído decir, eran unos apartamentos preciosos. No me puedo imaginar en qué estado estarán ahora, después de que las ychanas los hayan

ocupado ilegalmente durante tantos años. Pero confío en que las ocupantes originales serán tenidas en cuenta ahora que lo están reformando.

Me pregunté cuántas de esas familias originales vivían todavía en la estación.

—Me temo que no puedo ayudarla, eminencia. Yo no tengo autoridad en la asignación de las viviendas. Será mejor que hable con Celar, la administradora de la estación.

—Ya hablé con ella, capitana de flota, y me dijo que usted había insistido en mantener la asignación actual. Estoy convencida de que permitir que las residentes actuales permanezcan donde están le parecerá a usted práctico, pero la verdad es que aquí se dan unas circunstancias especiales. Y la predicción matutina de hoy ha sido muy significativa al respecto.

Era posible que la sacerdotisa jefa estuviera defendiendo aquella causa para apoyar a las residentes originales que confiaban en volver a vivir en el Subjardín. Por otro lado, la sacerdotisa jefa era amiga de la capitana Hetnys, quien había trabajado para la facción de la Lord del Radch que había matado a la teniente Awn Elming y que había destruido a la crucero de batalla *Justicia de Toren*; o sea, la facción de la Lord del Radch que me había destruido a mí. Y el momento que había elegido para defender esa causa, justo cuando había salido a la luz que yo no apoyaba a aquella parte de Anaander Mianaai, era sospechoso. Y también lo era el hecho de que mencionara el augurio matutino. Durante mi larga vida, había conocido a unas cuantas sacerdotisas y había descubierto que, en general, eran como todo el mundo: algunas generosas, otras avariciosas; algunas amables, otras crueles; algunas humildes, otras arrogantes. La mayoría era todo eso en distintas proporciones y según la ocasión. Como todo el mundo, como he dicho antes. Pero había aprendido a ser precavida cuando una sacerdotisa sugería que sus objetivos personales eran, de hecho, la voluntad de Dios.

—Qué reconfortante pensar que en unos tiempos tan difíciles como estos a Dios le preocupen los detalles de la asignación de las viviendas —repliqué con una voz y una expresión serias e impertérritas—. La verdad es que, ahora mismo, no tengo tiempo para hablar de este tema.

Realicé una reverencia tan exactamente respetuosa como había sido la de ella y me alejé cruzando la plaza hacia la residencia de la gobernadora.

—Resulta interesante que los dioses se preocupen, justo ahora, del acondicionamiento del Subjardín, ¿no? —me comentó Estación al oído.

—¡Muy interesante! —contesté en silencio—. Gracias, Estación.

—¡Una auxiliar! —La incredulidad se reflejó de una forma patente en la voz y la expresión de la gobernadora Giarod—. ¿Dónde está su nave?

—Al otro lado del portal Fantasma.

El portal Fantasma comunicaba con un sistema estelar sin salida hacia el que las athoekis quisieron expandirse antes de la anexión, pero nunca llegaron a hacerlo. Corrían vagos rumores en el sentido de que el sistema estaba embrujado. La capitana Hetnys y la *Espada de Atagaris* habían mostrado un inexplicable interés por aquel portal. Poco después de que la *Misericordia de Kalr* llegara al sistema athoeki, un módulo de suministros sumamente antiguo apareció por aquel portal. Yo, ahora, estaba convencida de que el juego de té roto de Kalr Cinco también había llegado a través de ese portal como contraprestación por cargamentos de humanas mantenidas en suspensión. Supuestamente, aquellos cuerpos estaban destinados a ser mano de obra no calificada y barata para el planeta Athoek, pero la capitana Hetnys los robó y los vendió a alguien que estaba al otro lado del portal Fantasma.

—Supongo que se acordará de que, hace unos días, hablamos del secuestro de deportadas —declaré. Teniendo en cuenta los acontecimientos de los

últimos días, era impensable que la gobernadora lo hubiera olvidado—. Comentamos que resultaba difícil imaginar cuál era la finalidad de tales secuestros. Creo que una nave está al otro lado del portal Fantasma desde hace mucho tiempo y que ha estado comprando cuerpos para utilizarlos como auxiliares. Solía comprarlos a las esclavistas athoekis, por eso disponía de un cuerpo ychana anterior a la anexión que podía enviar aquí sin que llamara la atención. —Bueno, más o menos—. Cuando la anexión interrumpió su suministro, empezó a comprar los cuerpos a oficiales radchaaais que eran corruptas y lo bastante avariciosas para vender a las deportadas.

Con un gesto, le indiqué a Cinco, que estaba detrás de mi asiento, que abriera la caja del juego de té.

—¡Eso es de Fosyfl! —exclamó la gobernadora Giarod. Entonces cayó en la cuenta—: Se lo vendió la capitana Hetnys.

—Hasta ahora, usted nunca había preguntado de dónde obtuvo la capitana semejante objeto. —Señalé la inscripción del interior de la tapa—. Tampoco se había dado cuenta de que alguien había borrado con sumo cuidado el nombre de la propietaria original. Si supiera leer notai (que era el idioma en el que estaba grabada la inscripción) o hubiera visto alguno de esos juegos de té antes, se habría dado cuenta enseguida.

—¿A qué se refiere, capitana de flota?

—No estamos tratando con una nave radchaaai.

O quizá sí. Por un lado estaba el Radch, el planeta donde nació Anaander Mianaai más de tres mil años atrás, cuando era una única y sumamente ambiciosa persona con un solo cuerpo. Por otro lado, estaba el vasto imperio que Anaander había construido alrededor del planeta durante los últimos tres mil años: el espacio controlado por el Radch. Pero ¿qué conexión había ahora entre ambos? No todas las habitantes del Radch y de su espacio inmediatamente circundante estuvieron a favor de lo que Mianaai hacía. Hubo

enfrentamientos por esta causa: guerras, naves y capitanas aniquiladas. Muchas de estas eran notais, del planeta Radch.

—Lo que quiero decir —continué yo— es que no se trata de una de las naves de Anaander, sino que es notai.

Las notais eran radchaais, por supuesto. La gente del espacio del Radch y de fuera de él solían pensar que las radchaais eran una sola cosa cuando, de hecho, la cuestión era mucho más complicada o, al menos, lo era cuando Anaander empezó a extender el imperio más allá del planeta Radch.

—Capitana de flota —la gobernadora Giarod estaba horrorizada y no acababa de creérselo—, eso son leyendas. Naves que fueron derrotadas en aquella guerra y que llevan miles de años deambulando por el espacio... —Sacudió la cabeza—. Es la típica historia que aparece en las obras melodramáticas. No es real.

—No sé cuánto tiempo lleva ahí —continué yo—. Como mínimo, desde antes de la anexión. —Si había comprado cuerpos a las esclavistas athoekis para disponer de auxiliares, tenía que estar allí desde antes de la anexión—. En cualquier caso, está ahí. Y está aquí. —Me alegré de que la médico que había examinado a la auxiliar cautiva no me hubiera visto sintonizar con sus implantes recién ajustados y que le hubiera transmitido el resultado de su examen a la gobernadora sin traicionarme—. No creo que ninguna de las residentes del Subjardín nos cuente nada acerca de ella.

Años antes, el Subjardín resultó dañado de tal manera que Estación no percibía la mayor parte de las cosas que sucedían allí. Era el escondite perfecto para alguien como aquella auxiliar. Siempre que evitara encontrarse con alguien que tuviera las conexiones para enviar datos sensoriales a Estación —algo que, a diferencia del resto de la estación, era poco común en el Subjardín—, podría pasar desapercibida y nadie se daría cuenta de que no debería estar allí.

—Supongo —continué yo— que cuando se perdió la comunicación con los palacios y el tráfico se interrumpió, la nave se dio cuenta de que ocurría algo y envió a la auxiliar para que averiguara de qué se trataba. Aunque capturáramos a la auxiliar, su secreto permanecería a salvo porque tiene un mecanismo de seguridad que la matará si le administramos drogas para interrogarla. Además, los implantes están ocultos y, probablemente, a nadie se le habría ocurrido buscarlos. Creo que el mecanismo de seguridad está programado para destruir cualquier prueba.

—¿Dedujo usted todo esto cuando vio el juego de té de la ciudadana Fosyf?

—De hecho, sí. Le habría comunicado mis sospechas antes, pero quería disponer de más pruebas. Como habrá podido comprobar, resulta bastante difícil de creer.

La gobernadora Giarod permaneció unos instantes en silencio y con el ceño fruncido. Yo esperaba que los hubiera empleado para reflexionar acerca de su participación en los sucesos. Entonces preguntó:

—¿Y qué hacemos ahora?

—Yo recomiendo instalarle un rastreador y apuntarla en la lista de racionamiento.

—Pero, capitana de flota, si se trata de una auxiliar... Una auxiliar no puede ser una ciudadana. Una nave no puede serlo.

Esperé una fracción de segundo para ver si Estación le decía algo, pero no percibí ningún cambio en la expresión de la gobernadora.

—Estoy segura de que Seguridad no quiere que la celda esté permanentemente ocupada. ¿Y qué más vamos a hacer con ella? —pregunté mientras realizaba un gesto irónico—. Asignarle un empleo —y continué—: Nada importante, por supuesto, nada que le permita acceder a los sistemas vulnerables de la estación. Y también confirmaremos su alojamiento en el Subjardín.

La expresión de la gobernadora Giarod cambió mínimamente. ¡Así que la sacerdotisa jefa le había hablado de aquel tema!

—Capitana de flota, soy consciente de que la asignación de las viviendas es responsabilidad de la administradora de la estación Celar, pero le confieso que no soy partidaria de recompensar las actividades ilegales. Para empezar, nadie debería haberse instalado en el Subjardín. —Yo no le contesté, solo la miré—. Es bueno que usted se haya interesado por sus vecinas —continuó ella después de una pausa. Su voz sonó titubeante, como si no estuviera totalmente convencida de lo que acababa de decir—, pero yo personalmente preferiría que esas viviendas se asignaran a ciudadanas respetuosas con la ley. —Yo seguí guardando silencio—. Creo que sería más práctico replantearse la asignación de las viviendas del Subjardín, replantearse la reforma de las mismas y, mientras tanto, contemplar la posibilidad de enviar a algunas ciudadanas a Suelo.

Esta posibilidad constituiría una buena opción si esas ciudadanas quisieran trasladarse al planeta, pero yo sospechaba que, si estábamos hablando de las residentes del Subjardín, lo que ellas quisieran no se tendría en cuenta. Además, la mayoría de ellas seguramente habían vivido siempre en la estación y no querrían ni estarían preparadas, con tan poca antelación, para realizar los tipos de trabajos disponibles en Suelo.

—Como usted misma ha dicho, gobernadora, esta cuestión es responsabilidad de la administradora de la estación Celar.

Celar, la administradora de la estación, estaba a cargo del funcionamiento de la estación Athoek. Cuestiones como la asignación de las viviendas eran de su competencia y, aunque técnicamente respondía ante la gobernadora del sistema, normalmente no informaría a Giarod de aquellos detalles de la vida en la estación. Por otro lado, la administradora Celar era muy popular y,

probablemente, la gobernadora preferiría resolver una cuestión como aquella de modo amistoso y en privado.

—Pero usted le ha pedido que haga oficiales esos alojamientos ilegales —replicó la gobernadora Giarod con suavidad—. Y creo que se sentiría más dispuesta a considerar la posibilidad de cambiar a las destinatarias de esos alojamientos si usted hablara con ella. —¡Eso sí que era interesante! Yo casi esperaba que Estación realizara algún comentario, pero no dijo nada. Yo tampoco—. La gente no estará contenta con la propuesta actual.

Contemplé la posibilidad de preguntarle abiertamente a Estación si la gobernadora lo había dicho con la intención de amenazarme, pero su silencio en aquel momento, cuando había estado casi parlanchina minutos antes, ya era significativo para mí. También sabía que no le gustaría que la presionara demasiado respecto a las cuestiones con las que se sentía incómoda o en conflicto. Además, su buena disposición era nueva y delicada.

—¿Las residentes del Subjardín no son gente?

—¡Ya sabe a lo que me refiero, capitana de flota! —contestó la gobernadora con exasperación—. Como usted misma me recordó hace poco, estos son tiempos agitados y, ahora mismo, no podemos permitirnos estar en conflicto con nuestras propias ciudadanas.

Esboqué una leve y evasiva sonrisa.

—Desde luego que no. —Yo estaba segura de que la relación de la gobernadora Giarod con la capitana Hetnys había sido en cierto modo ambivalente, lo que no excluía la posibilidad de que, en aquellos momentos, la gobernadora fuera mi enemiga. Pero, si lo era, por lo visto de momento no deseaba actuar abiertamente en contra de mí. Al fin y al cabo yo era, de todas nosotras, la única que disponía de una nave armada y soldados—. Asegurémonos de que eso incluye a todas las ciudadanas, ¿no le parece, gobernadora?

En una estación radchaai, las viviendas adoptaban diferentes formas. En principio, una vivía en una casa con sus progenitoras, abuelas, tías y primas y, si la familia era lo bastante rica, con las sirvientas y las clientas. A veces, ese tipo de casas se organizaban alrededor de una funcionaria de la estación, como era el caso de la gobernadora o el de la sacerdotisa jefa, cuya vivienda estaba situada en la plaza, adyacente al templo de Amaat, y donde seguramente también vivían varias sacerdotisas principiantas.

Si una crecía en una casa así o le asignaban un puesto relacionado con una de ellas, no necesitaba solicitar una vivienda a Administración de la Estación. En esos casos, la asignación de la vivienda se realizaba mucho antes del nacimiento de la persona o mucho antes de que, tras presentarse a las aptitudes, le adjudicaran ese puesto. Desde luego, resultaba beneficioso pertenecer a una familia que ya estaba allí cuando la estación se construyó o fue anexionada. O estar, de algún modo, relacionada con ella. Cuando yo era una nave, todas aquellas de mis oficiales que habían vivido en una estación, provenían de ese tipo de casas.

Si una ciudadana no pertenecía a una casa de ese tipo, de todas formas se le adjudicaba una vivienda, que era un derecho de todas las ciudadanas. A las ciudadanas que carecían de prestigio social o del respaldo de una casa importante o poderosa, podían adjudicarles una litera en un dormitorio, lo que no distaba mucho de lo que yo solía tener como auxiliar o de lo que tenían los soldados comunes en la *Misericordia de Kalr*. O podían adjudicarles un compartimento del tamaño de un tanque de suspensión, que eran lo bastante

grandes para albergar a una persona durmiendo, una muda de ropa y unas cuantas pertenencias no muy voluminosas. La estación Athoek disponía de estos dos tipos de dependencias, pero estaban todas llenas porque la destrucción reciente de varios portales interestelares había redirigido a multitud de naves hacia allí y había atrapado a otras en el sistema Athoek. Además, el cierre del Subjardín había supuesto la añadidura de varios cientos de ciudadanas más que necesitaban un lugar donde dormir. Mis kalrs habían establecido nuestro alojamiento provisional cerca de una puerta que comunicaba con una habitación que estaba llena de literas. A pesar de que a aquella hora la mayoría de las residentes de la estación estaban despiertas, la habitación se encontraba en silencio y a oscuras. Sin duda estaba abarrotada de gente y, probablemente, dormían por turnos.

Por alguna razón, Ocho se sintió aliviada al verme, pero también con sentimientos de indecisión y ambivalencia. Días antes, creía que yo era totalmente humana, pero ahora sabía, como todo el mundo en la *Misericordia de Kalr*, que no lo era, que era una auxiliar. Y ahora también sabía cuánto me molestaba que mis soldados fingieran ser auxiliares. No sabía cómo dirigirse a mí.

—Ocho, ya veo que aquí todo está bajo control y no me sorprende — declaré.

—Gracias, señor.

Su indecisión apenas se reflejó en su cara o en su voz. ¿Debía seguir con su habitual inexpresividad auxiliar o no? De repente, para ella incluso aquella pequeña interacción era incierta, mientras que antes todo estaba claro. Vi que Kalr Cinco se sentía igual, aunque disimulaba sus dudas guardando su valiosísimo juego de té.

—¿Desea tomar un té, señor?

Yo no tenía la menor duda de que, si respondía afirmativamente, incluso

allí, en el extremo de un pasillo, Ocho conseguiría té y me lo prepararía.

—No, gracias. Tomaré agua.

Me senté en un cajón de embalaje y me volví de cara al extremo abierto del pasillo.

—Sí, señor —respondió Ocho con voz y expresión impasibles.

Sin embargo mi respuesta había incrementado sus dudas. Por supuesto. Las auxiliares bebían agua, no té, ya que este estaba destinado solo para las humanas. Constituía un lujo que, en ocasiones, era aparentemente necesario. No es que hubiera algún tipo de prohibición, pero no se malgastaban semejantes lujos en las máquinas. Yo no podía haber respondido a la pregunta sobre qué deseaba beber sin enviar algún tipo de mensaje o implicar algo acerca de lo que era o no era.

Mientras Ocho me tendía el agua que había solicitado —por lo que vi en la mejor porcelana a la que tenía acceso en aquel momento, que era la Bractware azul y violeta—, alguien salió del dormitorio cercano y se encaminó hacia donde yo estaba. Se trataba de una ychana e iba vestida con la camisa y los pantalones sueltos y ligeros que vestían prácticamente todas las residentes ychanas del Subjardín. La identifiqué como la persona que se encaró con la teniente Tisarwat quince días antes para quejarse, con algo de razón, de que nuestros planes para la reparación y reacondicionamiento del Subjardín no tenían en cuenta los deseos y necesidades de las residentes. En realidad, yo no estuve presente en aquel encuentro, pero me lo transmitió Nave, quien lo vio y lo oyó a través de la misma Tisarwat, de modo que aquella persona no tenía ninguna razón para pensar que yo la había reconocido.

Sin embargo, la causa de que se dirigiera a aquel extremo del pasillo no podía ser otra que hablar conmigo o con una de mis kalrs. Me bebí el agua, le tendí el tazón a Cinco y me levanté.

—Ciudadana —la saludé, y realicé una reverencia—. ¿Puedo ayudarla en

algo?

—Capitana de flota —me saludó ella, y respondió con otra reverencia—. Ayer se celebró una reunión. —Se refería a una reunión de las residentes del Subjardín. Generalmente, era así como trataban las cuestiones que las afectaban a todas—. Sé que usted y la teniente no podían asistir. De no ser así, sin duda se lo habríamos notificado.

A primera vista, su justificación resultaba muy razonable. El día anterior, Tisarwat y yo no estábamos en la estación; estábamos en la *Misericordia de Kalr* o camino de la estación. Sin embargo, podrían haber informado de la reunión a cualquiera de las kalrs que se habían quedado en la estación y yo sabía que no lo habían hecho. Era evidente que nunca fue su intención que participáramos en la reunión, pero decírnoslo directamente era complicado y deduje que la ciudadana confiaba en que yo no comentara nada al respecto.

—Claro, ciudadana —repuse—. ¿Desea tomar asiento? —le pregunté mientras señalaba el cajón de embalaje más cercano—. Creo que no hay té preparado, pero estaremos encantadas de preparárselo si lo desea.

—No, gracias, capitana de flota. —Por lo tanto, lo que quería comunicarme debía de ser algo incómodo y no debía de hacerle ilusión presenciar mi reacción—. La joven teniente estableció, amablemente, una oficina en el nivel cuatro del Subjardín para que a las residentes nos resultara más cómodo comunicar nuestros deseos e inquietudes a Administración de la Estación. La oficina nos ha resultado, por supuesto, de gran ayuda, pero seguro que es la causa de que la teniente haya descuidado sus otras obligaciones.

Decididamente, no debía de hacerle ilusión presenciar la reacción de Tisarwat.

—Y supongo que en la reunión acordaron por consenso que, cuando la oficina vuelva a abrirse, la gestione otra persona.

La incomodidad que sentía la ciudadana apenas era visible, pero

indudablemente estaba ahí.

—Sí, capitana de flota. Queremos hacer hincapié en que no hay ninguna queja por nuestra parte y que la joven teniente no ha cometido ninguna incorrección.

—Ustedes simplemente opinan que sería mejor que la oficina representara con más ahínco los intereses de la mayoría de las residentes del Subjardín — declaré yo.

Una expresión de sorpresa apareció por un instante en su cara, pero enseguida se esfumó. No se esperaba que yo le hablara tan directamente.

—Exacto, capitana de flota.

—¿Y la ciudadana Uran?

Uran no era una de mis soldados y, desde luego, no estaba de ningún modo vinculada conmigo. A pesar de ello, formaba parte de mi personal y dedicaba las mañanas a ayudar a Tisarwat en la oficina del nivel cuatro. Era valskaayana, hija de una generación anterior de deportadas que fueron enviadas a Athoek para trabajar en la recolección del té que se cultivaba en Suelo y que se enviaba a todos los rincones del espacio radchaai.

—¿La niña valskaayana? ¡Sí, por supuesto que estaremos encantadas de que continúe trabajando allí! Comuníquesele, por favor.

—Hablaré con ella —contesté yo—. Y también con la teniente Tisarwat. Hablaré con las dos.

Definitivamente, la reacción de Tisarwat no fue de felicidad.

—¡Pero, señor! —exclamó con apremio pero en susurros, porque todavía estábamos en el área delimitada por nuestro equipaje, en el extremo del pasillo, acucilladas sobre el raspado suelo. Inhaló aire y añadió un poco menos enfáticamente, pero todavía en susurros—: Supongo que es usted

consciente, señor, de que tendremos que encontrar una manera de gobernar aquí. Y para hacerlo necesitamos influencia. Hemos empezado bien, nos hemos situado en una parte primordial de... —Entonces se acordó de que, a diferencia de nuestras dependencias en el Subjardín, allí Estación podía oír lo que decíamos. De hecho, seguramente nos estaba escuchando y podía o no informar de lo que oía a la gobernadora Giarod—. La gobernadora no puede apelar a ninguna autoridad superior. En una situación de crisis, no dispone de ninguna otra fuente de apoyo. Solo nos tiene a nosotras.

Ocho y Diez no estaban. Habían ido a buscar la cena al refectorio común más cercano, ya que donde estábamos no se podía cocinar. Cinco montaba guardia en nuestras improvisadas dependencias y fingía que no oía nuestra conversación.

—Teniente —declaré—. Yo esperaba que usted se hubiera dado cuenta de que no tengo el menor interés en gobernar aquí. Estoy encantada de permitir que las athoekis se gobiernen ellas solas.

Tisarwat parpadeó con desconcierto.

—No puede hablar en serio, señor. Si las athoekis pudieran gobernarse ellas solas, no estaríamos aquí. Y las asambleas comunitarias están muy bien siempre que no ocurra algo que precise de una acción decisiva e inmediata. O que ataña a los siglos sucesivos.

Durante mis dos mil años de vida, nunca había visto que, una vez Anaander Mianaai había dado la orden de efectuar una anexión, fuera relevante el tipo de gobierno imperante en el lugar.

—Está usted a punto de echar por tierra la buena predisposición que había conseguido construir en este lugar. Teniendo en cuenta que son nuestras vecinas y que quizá permanezcamos aquí durante algún tiempo, preferiría que no lo hiciera.

Ella inhaló hondo. Tranquilizándose. Se sentía herida y enfadada. Se sentía

traicionada.

—Administración de la Estación no estará dispuesta a escuchar directamente a las ychanas del Subjardín. Nunca lo ha estado.

—Entonces ínstela a que empiece a hacerlo, teniente. Ya ha dado los primeros pasos en ese sentido. Siga haciéndolo.

Volvió a tomar aire. Un poco más calmada.

—¿Y qué hay de la ciudadana Uran?

—Han solicitado que siga trabajando en la oficina. No me han explicado por qué.

—¡Porque es valskaayana! ¡Porque no es xhai ni una radchaai de fuera del sistema!

—No lo han especificado, pero si esa es una parte de la razón, ¿dadas las circunstancias puede usted culparlas? Y recuerdo que usted esgrimía el mismo argumento cuando intentaba convencerme de que la ciudadana Uran debía trabajar para usted.

La teniente Tisarwat inspiró profundamente. Abrió la boca para decir algo pero se detuvo. Volvió a inspirar. Entonces exclamó casi suplicante:

—¡Usted sigue sin confiar en mí!

Yo estaba tan concentrada en la conversación que no había prestado mucha atención a nada más. Entonces Kalr Cinco habló anticipándose a mi respuesta a Tisarwat:

—¿En qué puedo ayudarla, ciudadana?

Dirigí mi atención hacia ella. La auxiliar notai que estaba presa en Seguridad se encontraba, en aquel momento, al otro lado de nuestra baja pared. Todavía llevaba puestas la camisa y los pantalones ychanas y los guantes grises y sostenía un fardo de tela gris debajo de un brazo.

—Me han soltado y me han dado algo de ropa —dijo respondiendo con naturalidad a la pregunta de Cinco—. Me han dicho que lamentan no disponer

de un empleo adecuado para mí, pero que, como no es culpa mía, aun así me darán comida y un camastro durante seis horas al día. Me han informado de que me ofrecen todo esto a petición de la capitana de flota Breq Mianaai, quien estoy convencida de que habrá conseguido mejores condiciones para ella y su personal, así que también podría ocuparse de mí.

El enfado y el resentimiento que Kalr Cinco experimentó no se reflejaron en su cara, por supuesto. Ni tampoco la extraña sensación de desasosiego que, por lo que sospeché, se debía a que sabía que la persona que le hablaba era, de hecho, una auxiliar.

Me levanté antes de que Cinco pudiera responder.

—Ciudadana —declaré, aunque sabía que el tratamiento era, estrictamente hablando, incorrecto. A una auxiliar no había por qué darle un tratamiento de cortesía—, es bienvenida y puede alojarse con nosotras, aunque me temo que, hasta que el Subjardín vuelva a estar disponible, nuestra situación no es mucho más confortable que la de cualquier otra persona. —Ninguna respuesta por parte de la auxiliar, quien simplemente siguió allí, de pie y con expresión solemne—. Nos resultaría útil saber cómo llamarla.

—Llámemme como quiera, capitana de flota.

—Me gustaría llamarla por su nombre —repliqué yo.

—Entonces estamos en un punto muerto —contestó todavía con naturalidad.

—Usted no va a ir a ningún lugar —declaré—. Si hubiera podido, ya se habría ido seiscientos años atrás, cuando este sistema fue anexionado. Ya no puede crear sus propios portales. Posiblemente, ni siquiera sus motores funcionan, lo que significa que encontrarla es solo cuestión de tiempo y determinación por nuestra parte. —En realidad, para descubrir qué nave era probable que fuera solo teníamos que revisar cierto período de la historia y realizar algunos cálculos—. Así que simplemente podría decírnoslo.

—Su punto de vista es muy persuasivo, capitana de flota —contestó la

auxiliar, pero no añadió nada más.

La *Misericordia de Kalr* me dijo al oído:

—He estado pensando en ello desde que nos dimos cuenta de que había una nave al otro lado del Portal Fantasma, capitana de flota. Podría tratarse de cualquiera de varias naves. Yo me habría decantado por la *Cultivo de la Tranquilidad*, pero estoy casi segura de que el módulo de suministros que encontramos pertenece a una de las Gemas. Esto lo reduce a la *Heliodor*, la *Idocrase* o la *Sphene*. Durante una anexión realizada dos siglos atrás, se encontraron piezas de la *Heliodor* a tres provincias de aquí. Y basándome en el último rumbo conocido de la *Idocrase*, es poco probable que acabara aquí. Yo diría que lo más probable es que se trate de la *Sphene*.

—La *Sphene* —declaré en voz alta.

No percibí ninguna reacción en la auxiliar, pero Estación me indicó al oído:

—Creo que es correcto, capitana de flota. Sin duda la ha sorprendido.

—Gracias, Estación. Aprecio tu ayuda —declaré en silencio—. Esta noche tendrá que ir a buscar su cena al refectorio, nave —añadí en voz alta—. Kalr Ocho y Kalr Diez ya están de regreso con la cena para el resto de nosotras.

—Yo no soy su nave —replicó la *Sphene* con un deje frío en la voz.

—Ciudadana, entonces —contesté, aunque sabía que esta opción tampoco era la más acertada. Abarqué, con un gesto, nuestra pequeña zona—. Si quiere entrar, ya puede hacerlo.

La auxiliar pasó junto a Cinco como si no estuviera allí e ignoró a la teniente Tisarwat, quien, a mitad de la conversación se había puesto en pie. Caminó hasta un rincón del fondo y se sentó con la espalda apoyada en la pared, las piernas flexionadas, los brazos alrededor de las rodillas y la mirada al frente.

Cinco fingió ignorarla y Tisarwat, después de observarla atentamente durante cinco segundos, declaró:

—Puede tomarse mi cena. Yo no tengo hambre y voy a salir. —Entonces me miró y añadió con un tono de voz que rozaba la mordacidad—: Con el permiso de la capitana de flota, claro.

Todavía estaba enfadada conmigo.

—Claro, teniente —contesté con serenidad.

Cuatro horas más tarde me reuní con Lusulun, la jefa de Seguridad. Por la hora y el lugar, se trataba, aparentemente, de una reunión social. Nos encontramos en una tetería que, según me comunicó Estación, era la favorita de la jefa de Seguridad. Estaba lejos de la plaza principal y era un poco lóbrega. Las sillas eran mullidas y confortables y las paredes estaban cubiertas con tapices en tonos dorados y azul oscuro. Salvo si eran amigas, la mayoría de las radchaais consideraban que las invitaciones de última hora eran de muy mala educación, pero mi rango y la situación del momento mitigaron esa consideración. Y también el hecho de que yo pedí una botella de un licor local elaborado a base de sorgo. Según me había contado Estación, le gustaba mucho a la jefa de Seguridad Lusulun, así que tenía la botella preparada para servirle una copa en cuanto llegara.

Me levanté para recibirla y ella realizó una reverencia.

—Capitana de flota, discúlpeme por el retraso. —Era evidente que venía directamente de la oficina, porque todavía vestía de uniforme—. ¡Las cosas han sido un poco caóticas últimamente!

—Sí que lo han sido.

Nos sentamos, le tendí una copa de licor y cogí la mía.

—Le confieso que durante los últimos días he pensado varias veces en reunirme con usted, pero nunca encontraba tiempo para hacerlo —declaró Lusulun. Además, durante los últimos días yo estaba fuera, en mi propia nave

—. Discúlpeme, capitana de flota, me temo que mi mente todavía está en el trabajo.

—Su trabajo es importante. —Bebí un sorbo del licor. Sentí su ardor mientras descendía por mi garganta y percibí un retrogusto a hierro oxidado—. Yo misma me he encargado de la seguridad civil en una o dos ocasiones y no es un trabajo sencillo.

Ella parpadeó intentando disimular su sorpresa. La mía no era la actitud habitual de las militares respecto a los cuerpos de seguridad civil.

—Me alegra oír que valora mi trabajo, capitana de flota.

—¿Tengo razón al suponer que su gente está realizando turnos extra para lograr mantener a las ciudadanas fuera del Subjardín?

—Así es, aunque incluso las ychanas son lo bastante listas para darse cuenta de que es peligroso volver al Subjardín antes de que lo hayamos inspeccionado por completo. Al menos, la mayoría lo son, pero siempre hay alguna excepción. —Bebió un sorbo de licor—. ¡Ah, esto es justo lo que necesitaba! —Envié mi agradecimiento silencioso a Estación—. Y sí, es cierto, capitana de flota, ahora mismo tengo a mi gente patrullando por el Subjardín. Nuestras vidas serían muchísimo más fáciles sin todo ese control y, si mi opinión contara para algo en estos temas, yo votaría a favor de que los daños estructurales se repararan lo antes posible y esa gente regresara a sus alojamientos. Ahora que sé que, en el pasado, usted estuvo en algún momento a cargo de seguridad civil no me extraña que no tuviera problemas en alojarse con ellas. Sin duda, también habrá participado en anexiones y seguro que los comportamientos incivilizados no le escandalizan. ¡Además, en el Subjardín puede disponer de mucho más espacio que en cualquier otro lugar de la estación!

Esbocé una sonrisa cordial.

—Es cierto.

Discutir en aquel momento por su uso de las expresiones «esa gente» y «comportamientos incivilizados» no ayudaría.

—Teniendo en cuenta la situación actual, me... sorprende la insistencia de algunos sectores en aplazar el regreso de las residentes al Subjardín mientras reconsideramos la asignación de las viviendas. —Con «algunos sectores» se refería a la sacerdotisa jefa de Amaat—. Por no hablar de la sugerencia de que todas las reparaciones, salvo las imprescindibles, se aplacen hasta que esas asignaciones se... reconsideren. —La jefa de Seguridad, Lusulun, bebió otro trago largo de licor—. En fin, supongo que la forma en que se asignen las viviendas influirá en las reparaciones que se llevarán a cabo, ¿no? Por supuesto, como usted misma ha sugerido, capitana de flota, sería más rápido y fácil dejar las asignaciones como están. Además, los trabajos de reparación ya se habían iniciado incluso antes de que el agua del lago empezara a filtrarse. Podríamos seguir como estábamos. Pero... —Miró alrededor y bajó la voz, aunque, aparte de Kalr Cinco, que estaba de pie detrás de mi asiento, no había nadie lo bastante cerca para oírnos—. Las xhais, señor, pueden ser muy poco razonables en todo lo relacionado con las ychanas. Y no es que las considere las únicas culpables, porque las ychanas son sucias. Es una lástima lo distinto que es el Subjardín ahora, después de que hayan vivido allí, de cómo se suponía que iba a ser. —Afortunadamente, me resultaba fácil mantener una expresión facial neutra—. Aun así —continuó Lusulun—, yo soy de la opinión de dejar que se salgan con la suya. Así mi vida sería más fácil. Desde que evacuamos el Subjardín, hemos tenido el doble de altercados: peleas a puñetazos, acusaciones por hurtos..., aunque la mayoría acaba en nada. —Suspiró—. Pero no todos. Descansaré mejor cuando regresen al Subjardín, no lo niego. Y las xhais también, la verdad sea dicha, aunque piensen que las ychanas acaben teniendo algo que no se merecen...

Realizó un gesto de indignación.

En la estación, la mayoría de las funcionarias que no eran radchaais de fuera del sistema eran xhais. Y lo mismo ocurría con las familias adineradas.

—¿Su eminencia Ifian es xhai? —le pregunté con voz inexpresiva.

La jefa de Seguridad, Lusulun, resopló con ironía.

—Por supuesto que no. Es una radchaaí de fuera del sistema, y no le complacería saber que usted piensa que es athoeki. Pero es piadosa, y si Amaat puso a las xhais por encima de las ychanas, en fin, sin duda eso es lo correcto.

No hacía falta decir que en el espacio del Radch una sacerdotisa jefa de Amaat tenía gran influencia, pero en casi todos los sistemas había otras figuras religiosas que también eran influyentes.

—¿Y la sacerdotisa jefa de los Misterios?

Lusulun alzó la copa en una especie de reconocimiento.

—¡Es verdad, usted llegó a tiempo de presenciar el festival de los genitales y vio lo popular que es! Sí, ella sí que es xhai, pero es una de las pocas que es razonable.

—¿Es usted una iniciada de los Misterios?

Con la copa todavía en la mano, rechazó esa idea con un gesto.

—¡No, no capitana de flota! Eso es cosa de las xhais.

Estación me habló en silencio al oído:

—La jefa de Seguridad es medio sahut, capitana de flota.

Se trataba de otra etnia athoeki; una de la que yo sabía muy poco. En realidad, a veces esas distinciones escapaban a mi percepción, pero sabía por mi larga experiencia que eran importantes para las nativas de cualquier lugar.

—Realmente —continuó Lusulun sin ser consciente de que Estación me había informado—, ser una iniciada de los Misterios se ha convertido en algo muy importante para las radchaais de fuera del sistema a las que les gusta... —titubeó buscando la expresión correcta— la espiritualidad exótica. —Lo dijo

con un deje irónico, aunque no supe distinguir si ese deje se debía a las iniciadas de fuera del sistema, a los Misterios mismos o a ambos—. Oficialmente, los Misterios están abiertos a cualquiera que complete la iniciación, pero en realidad, bueno... —Bebió otro trago largo de licor y, cuando levanté la botella para ofrecerle otra ronda, alargó el brazo con la copa—. En realidad, a ciertos tipos de personas siempre se las ha... desanimado a intentarlo.

—A las ychanas, por ejemplo —sugerí yo, relleno de su copa con generosidad—. Entre otras, sin duda.

—Exacto. Sin embargo, unos cuatro o cinco años atrás, una ychana se presentó a la iniciación. Y no se trataba de una de esas medio incivilizadas del Subjardín, no. Aquella estaba totalmente integrada; era bien educada y hablaba con corrección. Se trataba de una funcionaria de segundo grado de Administración de la Estación. —Por su descripción, me di cuenta de que se refería a alguien con cuya hija la teniente Tisarwat había intentado establecer amistad—. ¡Se armó un verdadero escándalo! Pero la hierofanta se mantuvo firme. Todo el mundo quería decir todo el mundo, no todo el mundo salvo... —Volvió a resoplar—. En cualquier caso, todo el mundo que pueda permitírselo, claro. Mucha gente protestó y se cabreó, discúlpeme, señor. Alegaron que, a partir de entonces, ninguna persona decente querría convertirse en una iniciada y que los Misterios originales se corromperían y destruirían. Pero creo que la hierofanta sabía que los Misterios no corrían peligro y, actualmente, más de la mitad de las iniciadas son de fuera del sistema. Ahora las radchaais están acostumbradas a que las provincianas se vuelvan civilizadas y, por así decirlo, entren en el círculo. Me atrevo a decir que, si examina la genealogía de las radchaais de fuera del sistema que viven en la estación, descubrirá que muchas son de origen provinciano. Y la verdad es que los Misterios parecen ser los de siempre. —Realizó un gesto de indiferencia—. En realidad no son

tan antiguos, y si las radchaais de fuera del sistema se negaran a integrarse en ellos, se estarían autoexcluyendo del club social más exclusivo de la estación.

—Entonces, las xhais de la estación no odian a las ychanas unánimemente.
—Bebí un sorbo mucho más pequeño que los que bebía la jefa de Seguridad
—. Solo las odian unas pocas que se hacen oír.

—¡Bueno, son más que unas pocas! —Entonces, demostrando lo fuerte que era el licor o quizá lo deprisa que se lo había tomado, añadió—: Si no me equivoco, capitana de flota, usted no nació siendo una Mianaai. Entiéndame, no pretendo ofenderla. Tiene usted los modales y el acento de una Mianaai, pero no el aspecto. Además, me cuesta creer que alguien que haya nacido en tan alta cuna se preocupe tanto por una humilde horticultora.

Se refería a la horticultora Basnaaid Elming.

—Yo serví con su hermana.

Yo era la nave en la que su hermana sirvió. Yo había matado a su hermana.

—Eso tengo entendido. En la *Justicia de Toren*, ¿no? —Lanzó una ojeada a la botella y yo le serví amablemente otra copa—. Como le he dicho antes, no se ofenda, pero la familia de la horticultora no es de las más elevadas.

—No lo es —corroboré yo.

La jefa de Seguridad Lusulun se echó a reír, como si yo acabara de confirmarle algo.

—La *Justicia de Toren*. ¡La nave que conocía todas las canciones! No me extraña que le caiga usted tan bien a la administradora de la estación Celar. Debe de haberle traído usted docenas de canciones nuevas. —Suspiró—. ¡Daría mi brazo izquierdo por poder darle un regalo como ese! —La gobernadora Giarod podía ser la autoridad de mayor rango, pero la administradora Celar se encargaba de la rutina diaria de la estación Athoek. Era gruesa, voluminosa y muy guapa. Muchas residentes de la estación Athoek

estaban medio enamoradas de ella—. Vaya, la *Justicia de Toren*. ¡Eso sí que fue una tragedia! ¿Al final se supo qué ocurrió exactamente?

—No que yo sepa —mentí yo—. Dígame..., sé que no es del todo correcto, pero... —Eché una ojeada alrededor, aunque sabía que Cinco habría intimidado a cualquiera que hubiera pretendido sentarse cerca de nosotras—. Me preguntaba qué será de Sirix Odela.

Fue Sirix quien le dijo a la capitana Hetnys que amenazar a Basnaaid Elming, la hermana de la teniente Awn, era una buena forma de atacarme. Fue Sirix quien me condujo a los Jardines para que la capitana Hetnys me lanzara aquella amenaza mientras yo estaba en la posición más vulnerable posible.

Lusulun suspiró.

—Bueno, verá, capitana de flota. La ciudadana Sirix...

—Ya había estado antes en Seguridad —reconocí yo.

A Sirix ya la habían reeducado en una ocasión. Sufrir más de una reeducación era, al menos en teoría, bastante inusual y potencialmente peligroso. La jefa de Seguridad Lusulun se estremeció.

—De hecho, lo hemos tenido en cuenta. —Me lanzó una mirada inquisitiva para ver qué opinaba yo al respecto—. La verdad es que está realmente arrepentida. Por último, se ha decidido destinarla a una de las estaciones del borde exterior sin más... implicación. —Esto significaba que no sería sometida a otro proceso de reeducación—. Una de las estaciones del borde exterior precisará en breve una nueva horticultora y la ventana de salida es dentro de pocos días.

—Bien. —No me sorprendió saber que Sirix estaba arrepentida—. No puedo aprobar lo que hizo, desde luego, pero sé que estaba en una posición difícil. Me alegro de que no se la someta a más incomodidades. —Lusulun realizó un sonido de asentimiento—. ¿Ha comido usted? —le pregunté—. Puedo pedir alguna cosa.

Ella accedió y nos pasamos el resto de la tarde charlando sobre cuestiones intrascendentes.

Más tarde me dirigí a nuestro fondo de pasillo. Me sentía satisfecha con el resultado de la conversación con la jefa de Seguridad e intentaba pensar en qué podía eliminar el sabor del licor de sorgo de mi boca. Kalr Cinco caminaba detrás de mí. La *Misericordia de Kalr* me mostró a Seivarden, que estaba a punto de finalizar su guardia. Estaba alarmada.

—Breq —declaró. El hecho de que se dirigiera a mí en términos personales y no oficiales mientras estaba en el puente de mando y con dos de sus amaats cerca, era un indicio de lo preocupada que estaba—. Breq, tenemos un problema.

Percibí que lo teníamos. Una pequeña cápsula unipersonal acababa de salir del portal Fantasma. Al otro lado de este había, supuestamente, un sistema inhabitado y sin ningún otro portal ni salida. Sabíamos que la *Sphene* estaba allí, desde luego, pero la *Sphene* era una nave notai, era antigua y no había estado cerca de ningún centro de reparación o reacondicionamiento durante, aproximadamente, tres mil años. Aquella cápsula, por su parte, no era notai, y su pequeño y cuadrado casco era de un blanco brillante y tan immaculado que bien podía acabar de salir de un astillero aeroespacial.

—Capitana de flota —continuó Seivarden desde su asiento en el puente de mando de la *Misericordia de Kalr*. Ahora tenía más autodominio, pero no estaba menos asustada—, las presgeres están aquí.

Como dije antes, el espacio es grande. Poco después de que la cápsula presger saliera del portal Fantasma, envió un mensaje en el que se identificaba como una nave presger, citaba un artículo del tratado y, en base a este, solicitaba permiso para atracar en la estación Athoek. Después de recibir su mensaje, todavía dispusimos de tres días enteros para prepararnos para su llegada. Tiempo suficiente para que la teniente Tisarwat se resignara, al menos externamente, al hecho de que las residentes del Subjardín quisieran gestionar sus propios asuntos. Tiempo suficiente para que yo me reuniera con Basnaaid Elming, quien se había enterado, recientemente, de que yo había matado a su hermana y a quien, días antes, yo le había salvado la vida. Claro que, para empezar, yo era la razón de que su vida hubiera estado en peligro. Inexplicablemente, ella había decidido seguir hablándome. Yo no cuestioné su decisión ni reflexioné demasiado sobre la gran contradicción que, casi con toda certeza, se ocultaba detrás de su gesto de cortesía.

—Gracias por el té —me dijo mientras estaba sentada en un cajón de embalaje en el fondo del pasillo.

Tisarwat había salido a beber con unas amigas. La *Sphene* estaba dondequiera que iba la *Sphene* cuando se cansaba de estar sentada en el rincón del pasillo con la mirada fija al frente. Estación me informaría en el caso de que se metiera en problemas.

—Gracias por venir a verme —repuse yo—. Sé que está usted ocupada.

Basnaaid era una de las horticultoras encargadas de los Jardines, que consistían en cinco acres llenos de árboles, flores y agua. En aquel momento,

mientras se reparaban las estructuras de apoyo que impedían que el lago inundara el Subjardín, los Jardines estaban cerrados al público. Hacía tiempo que las estructuras necesitaban ser reparadas y habían escogido un momento de lo más inconveniente para derrumbarse, lo que ocurrió pocos días antes. En aquel momento, los bonitos Jardines eran un revoltijo de barro y plantas que podrían o no recuperarse después de aquel accidentado día.

Basnaaid contestó con una peculiar media sonrisa que me recordó mucho a su hermana y que también me indicó que intentaba ser amable a pesar de estar muy cansada.

—Están realizando grandes progresos y dicen que dentro de unos días el lago podrá llenarse de agua otra vez. Yo tengo esperanzas de que sobrevivan uno o dos de los rosales. —Realizó un gesto de resignación—. Pasará tiempo antes de que los Jardines vuelvan a ser lo que eran.

Al menos, las reparaciones del lago requerían que el primer nivel del Subjardín, que estaba inmediatamente debajo, también fuera reparado, lo que limitaba la capacidad de su eminencia Ifian para obstaculizar el reacondicionamiento del Subjardín. Basnaaid sin duda pensaba lo mismo, porque añadió:

—No comprendo esos rumores sobre un posible aplazamiento del reacondicionamiento del Subjardín. —La versión oficial, según las fuentes autorizadas, indicaba que devolver a las ciudadanas desplazadas a sus casas constituía una prioridad, pero los rumores no circulaban por esos canales autorizados—. Y tampoco entiendo qué pretende su eminencia Ifian.

La sacerdotisa jefa de Amaat había aprovechado el augurio matutino para advertir a las residentes de la estación acerca del peligro de actuar con precipitación y, en consecuencia, encontrarse en una situación que sería difícil de remediar. Lo mejor era consultar la voluntad de Dios y luego preguntarse en qué consistían la verdadera justicia, la corrección y el provecho. La

implicación era clara para cualquiera que hubiera prestado atención al rumor del momento, o sea, para todas las residentes de la estación salvo las niñas más pequeñas.

Seguramente, muchas conocidas de su eminencia Ifian respaldaban su punto de vista y, además, antes de pronunciar el sermón de la mañana se habría asegurado de contar con el apoyo de determinados sectores. Pero las personas que dormían por turnos, tres o cuatro en cada camastro, o las que, como yo, se habían negado a vivir así y dormían en rincones y pasillos, eran muchas y estaban insatisfechas. Cualquier retraso en volver a acomodar a las residentes del Subjardín en sus viviendas era, por decirlo de una forma suave, poco atractivo para ellas. Claro que esas ciudadanas eran, en su mayoría, las menos importantes entre las residentes de la estación; se trataba de personas que tenían asignados trabajos de sirvientas o de baja categoría, o que carecían de una familia extensa que las apoyara, o de patronas lo bastante adineradas para ayudarlas.

—Evidentemente, su eminencia Ifian cree que si puede conseguir el apoyo suficiente, la administradora de la estación Celar se verá presionada y cambiará sus planes para el reacondicionamiento del Subjardín. Además, su eminencia Ifian pretende sacar partido del hecho de que la administradora no se molestara en solicitar un augurio antes de dar el visto bueno a las reparaciones.

—Pero, en realidad, la cuestión de fondo no es la administradora de la estación Celar. Ni siquiera el Subjardín, ¿no? —En teoría, el puesto de Basnaaid como horticultora no implicaba tratar cuestiones políticas. En teoría —. Todo esto es por usted, capitana de flota. Ella quiere reducir la influencia que usted tiene en Administración de la Estación y, además, probablemente no le importaría que se enviara a Suelo a todas las residentes del Subjardín.

—Pues antes no le importaba si estaban allí o no —señalé yo.

—Pero antes usted no estaba aquí. Y supongo que su eminencia Ifian no es la única que se pregunta qué planea usted hacer después de ocuparse de los escombros de la estación Athoek. Y, seguramente, su eminencia piensa que sería mejor que usted no tuviera la oportunidad de responder a esa pregunta.

—Su hermana habría entendido mi postura.

Volvió a esbozar aquella media sonrisa de cansancio.

—Sí, pero ¿por qué ahora? No me refiero a usted, sino a su eminencia. No creo que ahora sea el momento de enfrascarse en jueguecitos políticos. Con la estación superpoblada, con naves atrapadas en el sistema, con portales interestelares destruidos o cerrados por orden de las autoridades y sin que nadie sepa realmente por qué está sucediendo todo esto.

A aquellas alturas, Basnaaid lo sabía, pero Giarod, la gobernadora del sistema, se había negado siquiera a considerar la posibilidad de hacer pública la información de que Anaander Mianaai, la Lord del espacio radchaai durante tres mil años, estaba dividida y en guerra contra sí misma. Y, a juzgar por las fuentes oficiales cuya información llegaba a través de los portales que todavía funcionaban, aunque por orden de las autoridades estaban cerrados al tráfico, las gobernadoras de los sistemas vecinos habían tomado decisiones similares.

—Al contrario —repliqué yo con mi propia media sonrisa—, si lo único que le importa a una es que su bando gane, es el momento perfecto para tales jueguecitos. Seguro que su eminencia Ifian cree que yo apoyo... a un bando político opuesto al de ella. Pero, por supuesto, está equivocada. Yo tengo mis propias prioridades y no guardan relación con las de ese bando. —Yo no apreciaba gran diferencia entre las distintas partes de Anaander Mianaai—. Presunciones incorrectas conducen a acciones incorrectas.

Ese problema afectaba especialmente a la facción de Anaander que, según yo sabía ahora, su eminencia Ifian apoyaba. Esa facción era incapaz o no estaba dispuesta a admitir que la raíz del problema estaba en sí misma. Esa

parte de Anaander había comunicado a sus seguidoras que su escisión interna se debía a una injerencia externa. En concreto, a la intromisión de las alienígenas presgeres.

—En fin, yo no apoyo que trate de retrasar la vuelta a casa de las residentes del Subjardín. Si las familias a las que se les asignaron originalmente las viviendas desearan tanto vivir allí podrían haber presionado para que se reacondicionara el Subjardín mucho tiempo atrás.

—Así es —reconoció—. Y sin duda bastantes personas opinan lo mismo.

La cápsula presger también tardó en llegar el tiempo suficiente para que Seivarden y Ekalu, quienes seguían en la *Misericordia de Kalr*, entablaran una discusión.

Estaban tumbadas juntas en el camastro de Seivarden, apretujadas, porque el camastro era estrecho. Ekalu estaba enfadada... y aterrada, y su ritmo cardíaco estaba acelerado.

—Era un cumplido —insistió Seivarden.

—El término «provincial» es un insulto. Claro que, ¿qué soy yo? —Seivarden, todavía impactada, no contestó—. Cada vez que utilizas esa palabra, cada vez que haces algún comentario sobre el acento de clase baja de alguien o sobre la falta de sofisticación de su vocabulario me recuerdas que soy provincial y que procedo de la clase baja. Me recuerdas que me cuesta controlar mi acento y mi vocabulario. Cuando te ríes de tus amaats porque lavan las hojas de té, me recuerdas que los bloques de té barato a mí me saben a casa. Y cuando dices cosas con la intención de halagarme, para decirme que no soy nada de eso, simplemente me recuerdas que no pertenezco a este lugar. Siempre se trata de algo pequeño, pero es a diario.

Seivarden se habría apartado hacia atrás, pero ya tenía la espalda pegada a

la pared. Y Ekalu tampoco disponía de espacio para apartarse a no ser que saliera por completo del camastro.

—Nunca me habías comentado nada sobre esto.

Por ser quien era, la hija de una casa antigua y, en su momento, casi inconcebiblemente prestigiosa, y por haber nacido mil años antes que Ekalu y que cualquier otra tripulante de la nave salvo yo, incluso su indignada incredulidad sonó naturalmente aristocrática.

—Si es algo tan terrible —añadió Seivarden—, ¿por qué no me habías dicho nada hasta ahora?

—¿Cómo podría contarte lo que siento? —replicó Ekalu—. ¿Cómo podría quejarme? Tú eres de un rango superior al mío. Tú y la capitana de flota estáis muy unidas. Si me quejara, ¿qué posibilidades tendría? Y después, ¿adónde podría ir? Ni siquiera podría regresar a la decuria Amaat, porque ya no pertenezco a ella. Tampoco. Y no podría volver a casa aunque consiguiera un visado de viaje. ¿Qué se supone que debo hacer?

Seivarden, que ahora estaba realmente enfadada y dolida, se incorporó apoyándose en un codo.

—¿Tan horrible es? ¿Realmente soy tan mala persona por alabarte, por el hecho de que me gustes? ¿Por...?

Señaló la cama deshecha y a ambas, que estaban desnudas. Ekalu se movió, se sentó y apoyó los pies en el suelo.

—No me estás escuchando.

—¡Pues claro que te estoy escuchando!

—No —replicó Ekalu. Se levantó y tomó los pantalones de su uniforme, que estaban sobre una silla—. Estás haciendo, exactamente, lo que temía que harías.

Seivarden abrió la boca para contestar con enfado y amargura, pero Nave le aconsejó al oído:

—Teniente. Por favor, no.

Sus palabras no parecieron tener un efecto inmediato, así que yo añadí, en silencio:

—Seivarden.

—Pero... —empezó Seivarden, sin embargo, no supe apreciar si su respuesta iba dirigida a Nave, a Ekalu o a mí.

—Tengo trabajo que hacer —declaró Ekalu con voz monótona a pesar del temor, el enojo y el dolor que sentía.

Se puso los guantes y, después de coger su camisa, su chaqueta y sus botas, salió por la puerta. Para entonces, Seivarden ya se había incorporado del todo.

—¡Por las malditas tetas de Aatr! —gritó, y propinó un puñetazo contra la pared que tenía al lado.

Y volvió a gritar, esta vez por el dolor físico que sintió, ya que su puño estaba desprotegido y la pared era dura.

—Teniente —declaró Nave en su oído—, debería ir al Departamento Médico.

—Está rota, ¿verdad? —declaró Seivarden cuando pudo volver a hablar mientras se encorbaba sobre su mano herida—. Incluso sé de qué maldito hueso se trata.

—De hecho son dos —repuso la *Misericordia de Kalr*—. El cuarto y el quinto metacarpianos. ¿Ha hecho usted esto antes?

La puerta se abrió y entró Amaat Siete con actitud inexpresiva, como si fuera una auxiliar. Recogió el uniforme de Seivarden de la silla.

—En una ocasión —contestó Seivarden—. Hace bastante tiempo.

—¿La última vez que intentó dejar el kef? —aventuró Nave.

Afortunadamente, lo dijo solo al oído de Seivarden, de modo que Amaat Siete no pudo oírlo. La tripulación conocía parte de la historia de Seivarden; sabía que había sido rica y privilegiada, que había capitaneado su propia nave

hasta que esta fue destruida y que pasó mil años en un tanque de suspensión. Lo que la tripulación no sabía era que, al despertar, descubrió que su estirpe había desaparecido, que en aquel momento era pobre e insignificante y que no le quedaba nada salvo su aspecto y su acento aristocráticos. Huyó del espacio del Radch y se volvió adicta al kef. Yo la encontré en un planeta poco desarrollado; desnuda, sangrando y medio muerta. Desde entonces, no había vuelto a tomar kef.

Si no se hubiera roto la mano, seguramente habría vuelto a golpear la pared. El impulso de hacerlo movió ciertos músculos de su brazo y de su mano y le produjo una nueva ráfaga de dolor. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Amaat Siete sacudió los pantalones del uniforme de Seivarden.

—Señor —declaró con expresión todavía impasible.

—Si le cuesta tanto manejar sus emociones, realmente creo que tendría que hablar de ello con Médico —declaró Nave al oído de Seivarden.

—Que te jodan —replicó Seivarden, pero dejó que Amaat Siete la vistiera y la acompañara al Departamento Médico.

Una vez allí, permitió que Médico le aplicara un correctivo en la mano, pero no comentó nada sobre la discusión que había mantenido con la teniente Ekalu, su sufrimiento emocional o su adicción al kef.

La cápsula presger también tardó en llegar el tiempo suficiente para que se produjera un intercambio de mensajes entre la capitana de flota Uemi, que estaba a un portal de distancia, en el vecino sistema Hrad, y yo.

—Mis saludos a la capitana de flota Breq —decía el mensaje de la capitana de flota Uemi—. Estaré encantada de hacer llegar sus informes al palacio Omaugh.

Este último comentario constituía un recordatorio amable y diplomático de

que yo no había enviado dichos informes. Ni siquiera había informado de mi llegada a Athoek. Uemi también me transmitió novedades: la Anaander de Omaugh estaba tan segura de que el palacio Omaugh estaba bajo su dominio que había empezado a enviar naves a otros sistemas de la provincia. Se decía que ya se permitía el tráfico por los portales interestelares de esta, pero, según me dijo Uemi, ella no creía que fuera seguro todavía.

Hacía semanas que no se sabía nada de los palacios provinciales más alejados de Omaugh, que era donde el conflicto había salido a la luz, y esto no había cambiado. Tampoco había noticias del palacio Tstur desde su caída. Las gobernadoras de los sistemas periféricos de la provincia de Tstur estaban, prácticamente, en estado de pánico. Sus sistemas, en concreto los que carecían de planetas habitables, tenían una necesidad extrema de recursos y estos ya no les llegaban a través de los portales interestelares. Podrían haber pedido ayuda a los sistemas vecinos, por supuesto, pero estos pertenecían a la provincia de Omaugh, donde, según decían los rumores, estaba al mando una Anaander diferente. Los rumores también decían que las gobernadoras de los sistemas más próximos al palacio Tstur que no se habían mostrado lo bastante leales a Tstur habían sido ejecutadas.

Durante todo ese tiempo, los canales oficiales habían transmitido, como siempre, un flujo continuo de noticias sobre eventos locales, debates sobre cotilleos locales insustanciales y programas de entretenimiento. Todo ello salpicado de tranquilizadores y ocasionales comunicados oficiales en el sentido de que aquella molestia, aquella breve interrupción, terminaría pronto. De hecho, se estaba intentando solucionar en aquel mismo momento.

—Temo que algunos de los sistemas anexionados más recientemente intenten independizarse —me confesó la capitana de flota Uemi al final de su comunicado—. Shis’urna, en concreto, o Valskaay. Si lo intentan, la lucha será sangrienta. ¿Ha oído usted algo al respecto?

Yo había pasado periodos de tiempo en ambos sistemas y había participado en ambas anexiones. Un pequeño grupo de valskaayanas vivían en Athoek y, si los temores de la capitana Uemi se cumplían, seguramente participarían en la rebelión.

—La verdad es que sería mejor para todo el mundo si no se rebelaran —continuaba el mensaje de la capitana de flota Uemi—. Estoy segura de que es usted consciente de ello.

Y yo estaba segura de que quería que yo transmitiera esa advertencia a los contactos que pudiera tener en cualquiera de los dos sistemas.

—Agradezco amablemente sus saludos, capitana de flota Uemi —contesté yo—. Actualmente, no me concierne ningún sistema salvo el de Athoek. Le envío información local y mis informes oficiales y agradezco encarecidamente su ofrecimiento para transmitirlos a las autoridades correspondientes.

Todo ello lo envolví con todas, hasta la más nimia, las noticias oficiales de la última semana, incluidos los resultados de setenta y cinco competiciones regionales sobre el cultivo del rábano que acababan de saberse aquella misma mañana y que marqué como dignos de una atención especial. Y con la relación de mi rutina diaria y los informes de situación correspondientes al último mes, docenas de ellos. Y rematé todas y cada una de las líneas de todos esos informes con exactamente las mismas palabras: «¡Váyase a la mierda!»

La tarde del día siguiente, la gobernadora Giarod estaba conmigo junto a una escotilla en los muelles. El suelo y las paredes eran grises y estaban más sucios de lo que a mí me habría gustado, claro que, durante la mayor parte de mi vida, había observado un estándar de limpieza militar. La gobernadora del sistema parecía tranquila, pero, durante el tiempo que el transporte presger había tardado en llegar a la estación Athoek desde el portal Fantasma, había

tenido tiempo de sobra para preocuparse. Aunque posiblemente estaba más preocupada en aquel momento, cuando lo único que hacíamos era esperar a que la presión entre la estación y la nave presger se igualara. Estábamos las dos solas; no había nadie más, ni siquiera una de mis soldados, aunque Kalr Cinco esperaba, exteriormente impasible e interiormente nerviosa, en el pasillo que había a la salida del muelle.

—¿Las presgeres han estado en el sistema Fantasma todo este tiempo? — Era la tercera vez que la gobernadora me formulaba esta pregunta durante los tres últimos días—. ¿Se lo ha preguntado a...? ¿Cómo se llama, la *Sphene*, me dijo? —Frunció el ceño—. ¿Qué clase de nombre es ese? ¿Las naves notais no solían tener nombres largos? ¿Como la *Ineluctable Supremacía de la Mente en Desarrollo* o *Lo Finito Contiene lo Infinito Contiene lo Finito*?

Ambos nombres eran ficticios y correspondían a personajes de obras melodramáticas de entretenimiento más o menos famosas.

—A las naves notais se las nombraba según su clase —respondí yo—. La *Sphene* es una de las Gemas. —Pero ninguna de ellas había sido lo bastante famosa para inspirar una serie de aventuras—. No quiso decirme qué había en el sistema Fantasma. —Se lo pregunté y lo único que obtuve como respuesta fue una mirada fría—. No creo que este transporte proceda de allí, pero si es así, sin duda se trasladó a ese sistema para poder acceder al Portal Fantasma.

—De no ser por la... desagradable situación de la semana pasada, podríamos habérselo preguntado a la *Espada de Atagaris*.

—Así es —contesté yo—, pero habríamos tenido buenas razones para no fiarnos de su respuesta.

En realidad, lo mismo podía aplicarse a la *Sphene*, pero no se lo comenté. La gobernadora Giarod guardó silencio durante un instante y luego preguntó:

—¿Las presgeres han roto el tratado?

Se trataba de una pregunta nueva. Probablemente se la había estado

guardando durante todo ese tiempo.

—¿Se refiere a que, para acceder al sistema Fantasma, debieron de pasar por territorio humano? Lo dudo. Recuerde que, nada más llegar, citaron el tratado.

No parecía que aquel diminuto transporte presger tuviera la capacidad de crear sus propios portales interestelares, claro que las presgeres ya nos habían sorprendido anteriormente.

La escotilla produjo un chasquido, un ruido sordo y luego se abrió. La gobernadora Giarod se puso tensa y supuse que intentaba enderezarse más de lo que lo estaba. La persona que atravesó, encorvándose, la abertura de la escotilla parecía totalmente humana, aunque, por supuesto, esto no significaba que lo fuera necesariamente. Era bastante alta. Apenas debía de disponer del espacio suficiente para desperezarse en la diminuta nave. Por su aspecto, bien podría tratarse de una radchaai común: cabello negro y largo recogido en una sencilla cola detrás de la cabeza, piel y ojos oscuros... Todo bastante corriente. Vestía el color blanco del Consejo de Traductoras: abrigo y guantes blancos, pantalones blancos y botas blancas. Todo impecable y sin una arruga, aunque en un espacio tan pequeño no debía de haber sitio para cambiarse de ropa y, mucho menos, para vestirse con tanto esmero. Sin embargo, ni una insignia ni ningún otro tipo de joya interrumpía aquel blanco immaculado.

Parpadeó un par de veces como si quisiera adaptarse a la luz, nos miró a la gobernadora Giarod y a mí y frunció el ceño, aunque solo levemente. La gobernadora Giarod realizó una reverencia y dijo:

—Traductora. Bienvenida a la estación Athoek. Soy Giarod, la gobernadora del sistema, y esta —me señaló— es la capitana de flota Breq.

El apenas perceptible ceño fruncido de la traductora se desfrunció y realizó una reverencia.

—Gobernadora. Capitana de flota. Es un honor y un placer conocerlas. Soy

la traductora presger Dlique.

La gobernadora fue muy buena fingiendo que estaba tranquila. Aspiró aire para decir algo, pero no dijo nada. Sin duda pensaba en la verdadera traductora Dlique, cuyo cadáver seguía en estado de suspensión en el Departamento Médico y cuya muerte tendríamos que explicar.

Por lo visto, la explicación sería incluso más difícil de lo que creíamos, aunque quizá yo podía hacer que esa parte fuera un poco más fácil. Cuando conocí a la traductora Dlique y le pregunté quién era, ella me contestó: «Acabo de decirle que soy Dlique, pero podría no serlo; podría ser Zeiat.»

—Le ruego que me disculpe, traductora —declaré antes de que la gobernadora Giarod realizara un segundo intento de hablar—, pero creo que, en realidad, usted es la traductora presger Zeiat.

La traductora frunció el ceño; esta vez de verdad.

—No, no. No lo creo. Me dijeron que era Dlique, y la verdad es que ellas no cometen errores. Si usted cree que han cometido uno, se trata, simplemente, de que usted está contemplando la situación desde un punto de vista erróneo. En cualquier caso, eso es lo que dicen ellas. —Suspiró—. Claro que ellas dicen todo tipo de cosas, pero usted dice que yo soy Zeiat, no Dlique, y no lo diría a menos que tuviera una razón para hacerlo.

Pareció dudar, solo un poco, respecto a la última afirmación.

—Estoy totalmente segura —repuse yo.

—Bien —contestó. Su ceño fruncido se intensificó durante un instante y, luego, se desfrunció—. Bueno, si en verdad está segura... ¿Lo está?

—Completamente, traductora.

—Entonces volvamos a empezar. —Encogió los hombros como si estuviera ajustando la caída de su immaculado y perfecto abrigo y, luego, volvió a realizar una reverencia—. Gobernadora, capitana de flota, es un honor

conocerlas. Soy la traductora presger Zeiat. Y esto es muy extraño, pero ahora sí que no puedo evitar preguntarles qué le ha sucedido a la traductora Dlique.

Miré a la gobernadora Giarod. Se había quedado paralizada y, durante unos segundos, ni siquiera respiró. Luego enderezó sus amplias espaldas y declaró con suavidad, como si un segundo antes no hubiera estado a punto de sufrir un ataque de pánico.

—Traductora, lo sentimos muchísimo. Le debemos una explicación y una sentida disculpa.

—Simplemente consiguió que la mataran, ¿no es cierto? —declaró la traductora Zeiat—. Déjeme adivinar, se aburrió y fue a un lugar al que le habían dicho que no fuera.

—Más o menos, traductora —confirmé yo.

La traductora Zeiat exhaló un suspiro de exasperación.

—Eso era típico de ella. ¡Estoy tan contenta de no ser Dlique! ¿Saben que, en una ocasión, desmembró a su hermana? Según dijo, se aburría y quería saber qué pasaría. En fin, ¿qué esperaba? Su hermana nunca ha vuelto a ser la misma.

—¡Oh! —exclamó la gobernadora Giarod.

Probablemente fue lo único que pudo decir.

—La traductora Dlique lo mencionó —declaré yo.

La traductora Zeiat soltó una risita burlona.

—No me extraña. —Y añadió tras una breve pausa—: ¿Está usted segura de que se trataba de Dlique? Quizá se ha cometido algún tipo de error. Quizá fue otra persona la que murió.

—Le ruego que me disculpe, traductora —contestó la gobernadora Giarod—, pero cuando llegó se presentó como la traductora Dlique.

—Bueno, de eso se trata —repuso la traductora Zeiat—. Dlique es el tipo de persona que diría cualquier cosa que acudiera a su mente. Sobre todo si

creyera que es interesante o divertida. La verdad es que no se puede confiar en que diga la verdad.

Esperé a que la gobernadora Giarod contestara, pero parecía paralizada otra vez; quizá mientras intentaba seguir el razonamiento de la traductora Zeiat hasta su evidente conclusión.

—Traductora —intervine yo—, ¿está usted sugiriendo que como la traductora Dlique no era totalmente fiable podría habernos mentido acerca de que era la traductora Dlique?

—Nada más probable que eso —repuso Zeiat—. Ahora entenderé por qué prefiero ser Zeiat que Dlique. Su sentido del humor no me gusta mucho y, desde luego, no quiero fomentárselo, pero ahora mismo prefiero ser Zeiat que Dlique, así que supongo que en esta ocasión podemos dejar que se divierta un poco. ¿Hay algo...? Ya sabe... —Hizo un gesto de duda—. ¿Queda algo? Me refiero al cuerpo.

—Pusimos el cuerpo en un tanque de suspensión tan deprisa como pudimos, traductora —explicó la gobernadora Giarod mientras procuraba, con todas sus fuerzas, no parecer o sonar horrorizada—. Y... no sabíamos... qué costumbre era la adecuada. Celebramos un funeral...

La traductora Zeiat ladeó la cabeza y miró fijamente a la gobernadora.

—Eso fue muy amable de su parte, gobernadora.

Lo dijo como si no estuviera del todo segura de que se tratara de un gesto amable. La gobernadora introdujo la mano en su abrigo y sacó una insignia de ópalo y plata. Se la tendió a la traductora Zeiat.

—Realizamos actos conmemorativos, por supuesto.

La traductora Zeiat tomó la insignia, la examinó y volvió a mirarnos a la gobernadora Giarod y a mí.

—¡Nunca había tenido una de estas hasta ahora! ¡Y, miren, hace juego con las tuyas! —Tanto la gobernadora como yo llevábamos puestas las insignias

del funeral de la traductora Dlique—. Ustedes no están emparentadas con Dlique, ¿no?

—En el funeral actuamos en representación de la familia de la traductora — explicó la gobernadora Giarod—. Por una cuestión de corrección.

—¡Ah, la corrección! —Como si eso lo explicara todo—. Desde luego. Vaya, les diré que es más de lo que yo habría hecho. Bueno. Entonces todo está aclarado.

—Traductora —intervine yo—, ¿es apropiado preguntarle el propósito de su visita?

—Por supuesto que estamos encantadas de que haya decidido honrarnos con su visita —añadió la gobernadora Giarod con precipitación mientras me lanzaba una rápida y sutil mirada, que era el máximo gesto de reprobación que podía realizarme en aquel momento por la franqueza de mi pregunta.

—¿El propósito de mi visita? —preguntó Zeiat, y por un instante pareció intrigada—. Bueno, es difícil de decir. Me indicaron que era Dlique, ¿se acuerda? Y lo que pasa con Dlique, aparte de que no se puede creer ni una palabra de lo que dice, es que se aburre enseguida y es excesivamente curiosa. Que son, también, dos características de lo más inapropiadas. Estoy segura de que vino aquí porque estaba aburrida y quería averiguar lo que pasaría. Pero como usted me ha dicho que soy Zeiat, sospecho que estoy aquí porque ese transporte es terriblemente pequeño y llevo en él un tiempo excesivo. Realmente me gustaría dar una vuelta y estirarme un poco. Y quizá tomar algo de comida decente. —Titubeó durante un instante—. Ustedes toman comida, ¿no?

Era el tipo de pregunta que me imaginaba que la traductora Dlique podría formular. Y quizá la formuló cuando llegó, porque la gobernadora Giarod respondió con tranquilidad:

—Sí, traductora. —De momento parecía pisar suelo más firme—. ¿Desea

comer algo ahora mismo?

—¡Sí, por favor, gobernadora!

Incluso antes de que llegara la traductora, la gobernadora Giarod quería conducirla a su residencia por una ruta secundaria, a través de un túnel de acceso. Antes del tratado, las presgeres habían destruido naves y estaciones humanas y a sus habitantes sin ninguna razón comprensible. Ningún intento de luchar contra ellas o defenderse de ellas había tenido éxito. Hasta la llegada de las traductoras de las presgeres, ninguna humana había conseguido comunicarse con ellas en absoluto. Las humanas que se acercaban mucho a las presegeres, simplemente morían; a menudo despacio y de una forma muy sangrienta. El tratado puso punto final a todo eso. Sin embargo, la gente temía a las presgeres por muy buenas razones y, como yo había insistido en que no ocultáramos la muerte de la traductora Dlique, ahora tenían una buena razón para preocuparse por su llegada.

Yo le indiqué que mantener en secreto la presencia de la traductora Dlique no había acabado bien y que probablemente ninguna traductora presger podía mantenerse escondida o encerrada con éxito. También le dije que, aunque sin duda la mayoría de las residentes de la estación tenían un miedo absolutamente comprensible de las presgeres y temían la llegada de la traductora, era seguro que su aspecto sería pasablemente humano y nada amenazador, por lo que verla podía, de hecho, resultarles tranquilizador. Por último, la gobernadora Giarod accedió, de modo que tomamos el ascensor hasta la plaza principal. Según el horario de la estación, era media mañana y había muchas ciudadanas paseando y charlando en grupos; como todos los días salvo por dos cosas. La primera era que había cuatro filas de sacerdotisas sentadas frente a la entrada del templo de Amaat. Su eminencia Ifian estaba en el centro de la primera fila,

sentada directamente sobre el sucio suelo. La segunda era que había una larga y serpenteante cola de ciudadanas que empezaba en Administración de la Estación y ocupaba casi tres cuartas partes de la longitud de la plaza.

—Vaya —le comenté en voz baja a la gobernadora Giarod, quien se había detenido de golpe a tres pasos del ascensor—, usted le indicó a Estación que su asistente podría manejar cualquier situación que surgiera mientras estaba ocupada con la traductora.

La traductora Zeiat se había detenido cuando la gobernadora y yo lo hicimos y observaba con franca curiosidad a la gente que había en la plaza, las ventanas de la segunda planta y los enormes relieves de las cuatro Emanaciones que adornaban la fachada del templo de Amaat.

Yo podía imaginar qué pretendía su eminencia Ifian y una rápida y silenciosa consulta a Estación me lo confirmó. Las sacerdotisas de Amaat estaban en huelga. Ifian había anunciado que no realizaría la predicción del día porque era evidente que Administración de la Estación no se tomaba la molestia de escuchar los mensajes que Amaat enviaba. Por cierto, mientras las sacerdotisas permanecieran sentadas delante del templo, no podrían suscribirse contratos de clientelismo, no podrían registrarse los nacimientos ni las muertes ni podrían celebrarse funerales. Yo no podía más que admirar su estrategia. Técnicamente, la mayoría de las exequias que, tradicionalmente, eran oficiadas por una sacerdotisa de Amaat también podía llevarlas a cabo cualquier ciudadana; la formalización de un contrato de clientelismo era, posiblemente, menos importante que la relación misma y podía dejarse para más adelante; y se podía argumentar que en una estación gestionada por una IA, ningún nacimiento ni defunción podía pasar inadvertido o no quedar registrado. Pero todas estas cosas significaban mucho para la mayoría de las ciudadanas. Esta no era una forma de protesta típicamente radchaai, pero su eminencia contaba con el ejemplo de las trabajadoras agrícolas de Suelo que

estaban en huelga. Yo había hablado en su favor, de modo que no podía oponerme a la huelga de las sacerdotisas sin quedar como una hipócrita.

En cuanto a la larga cola que se había formado a la entrada de Administración de la Estación, realmente, las ciudadanas no disponían de muchas formas de protesta a gran escala, pero una de ellas era esta, formar una cola cuando no tenían por qué hacerlo. En teoría, en las estaciones como la de Athoek las ciudadanas no tenían que hacer cola para nada.

Solo debían presentar una solicitud y entonces recibían una cita o un turno en una lista de espera y la correspondiente notificación cuando se aproximaba su turno. A las funcionarias les resultaba mucho más fácil gestionar una lista de solicitudes que, en la mayoría de los casos, podían aplazar al día siguiente que trabajar con una larga cola de personas frente a la puerta.

En general, las colas de protesta empezaban a formarse más o menos espontáneamente, pero cuando alcanzaban cierta longitud, la incorporación de nuevas participantes era más organizada. Aquella cola había sobrepasado con creces aquel punto de inflexión. Agentes de Seguridad vestidas con sus uniformes de color marrón claro paseaban arriba y abajo de la plaza con actitud vigilante y, en ocasiones, intercambiaban algunas palabras. Simplemente hacían saber a todo el mundo que estaban allí. Una vez más en teoría, Seguridad podía ordenar a las integrantes de la cola que se dispersaran, pero esto tendría como resultado que la cola volvería a formarse a primera hora del día siguiente y al otro y al otro. O quizá se formaría otra a la entrada del centro de mando de Seguridad. Era mejor dejar las cosas tranquilas y permitir que la cola siguiera su curso. ¿Su propósito era apoyar las reivindicaciones de su eminencia Ifian o protestar en contra de ellas?

En cualquier caso, para llegar a la residencia de la gobernadora tendríamos que pasar entre la cola y las sacerdotisas que estaban sentadas en el suelo. La gobernadora Giarod era muy buena disimulando sus estados de pánico, pero

yo había descubierto que no era nada buena no sintiéndolos. Miró a la traductora Zeiat.

—Traductora, ¿qué tipo de comida le gusta?

La traductora volvió a dirigir su atención hacia nosotras.

—No recuerdo haber tomado comida nunca, gobernadora. —Se distrajo de nuevo y añadió—: ¿Por qué están esas personas sentadas ahí en el suelo?

Me costó discernir qué inquietaba más a la gobernadora Giarod, si la pregunta de la traductora Zeiat acerca de las sacerdotisas en huelga o su afirmación de que nunca había comido nada.

—Disculpe, traductora, ¿nunca ha tomado comida?

—La traductora solo lleva siendo Zeiat desde que salió de la cápsula —le recordé yo—. No ha tenido tiempo. Traductora, las sacerdotisas están sentadas delante del templo como protesta. Quieren presionar a Administración de la Estación para que cambie una política que no les gusta.

—¿En serio? —Sonrió—. No sabía que ustedes, las radchaais, hicieran ese tipo de cosas.

—Y yo no sabía que las presgeres percibieran las diferencias entre un tipo de humanas y otras.

—¡Oh, no, no la perciben! —replicó ella—. Pero yo sí. Al menos, comprendo la idea. En abstracto. Pero en realidad no tengo mucha experiencia en ello.

La gobernadora Giarod ignoró la última parte de la conversación y declaró:

—Hay una tetería muy buena en esta dirección, traductora. —Y señaló a un lado—. Estoy segura de que servirán algo interesante.

—Interesante, ¿eh? —declaró la traductora Zeiat—. Interesante es bueno.

Entonces ella y la gobernadora del sistema cruzaron la plaza por una ruta que, no por casualidad, pasaba lejos del templo y de Administración de la Estación. Yo me dispuse a seguir las, pero a una señal de Kalr Cinco, que

seguía detrás de mí, me detuve. Me volví y vi que la ciudadana Uran se dirigía hacia mí a través del rayado suelo blanco de la plaza.

—Capitana de flota —me saludó, y realizó una reverencia.

—Ciudadana. ¿No debería estar estudiando raswar?

—Mi profesora está en la cola, capitana de flota.

La profesora de raswar de Uran era ychana y parte de su familia vivía en el Subjardín. Esto contestaba a mi pregunta acerca de cuál era el objetivo de la cola de protesta. Reflexioné sobre ello durante unos instantes.

—No veo a ninguna residente del Subjardín en la cola. Al menos, no desde esta distancia.

Claro que podía ser que las integrantes de la cola hubieran cambiado sus túnicas, que no se correspondían en absoluto con el estilo radchaai, por unas chaquetas, camisas y guantes más típicamente radchaais.

—No, capitana de flota. —Durante un instante, Uran bajó levemente la cabeza. Deseaba fijar la vista en el suelo y, de este modo, evitar mirarme, pero resistió el impulso—. Se está celebrando una reunión. —Cambió al delsig, pues sabía que yo lo entendía—. Está empezando justo ahora.

—¿Para hablar sobre la cola? —le pregunté en el mismo idioma. Ella realizó un levísimo gesto afirmativo—. ¿Y nuestra casa no ha sido invitada? —Yo entendía por qué ninguna miembro de mi personal había sido invitada a la última reunión y percibía buenas razones por las que era conveniente que ninguna de nosotras participara en aquella. Aun así, habíamos vivido en el Subjardín y no me parecía bien que se nos excluyera con regularidad—. ¿O usted nos representa?

—Es..., es complicado.

—Lo es —corroboré yo—. No quiero intimidar a nadie ni dictar políticas de actuación, pero lo que es indudable es que nosotras nos alojamos en el Subjardín.

—En general, la gente lo tiene presente —repuso Uran—. Es solo que... —Titubeó. Percibí en ella auténtico miedo—. Usted es radchaai. Y una soldado. Y quizá preferiría tener mejores vecinas. —Se refería a que yo podía estar a favor de que las viviendas del Subjardín se reasignaran a otras ciudadanas o incluso propugnar que las residentes ychanas fueran enviadas a Suelo tanto si querían como si no para librarnos de ellas—. Yo les he explicado que usted no quiere eso.

—Pero ellas no tienen por qué creerlo. —De hecho, Uran tampoco tenía por qué creerlo—. Ahora mismo, estoy demasiado ocupada para asistir a la reunión, pero creo que deberían invitar a la teniente Tisarwat. —La teniente todavía estaba durmiendo y se despertaría con resaca—. Que lo decidan por sí mismas las integrantes de la reunión. Si deciden invitarla, comuníqueme a la teniente que solo quiero que escuche; que guarde silencio a menos que le pregunten explícitamente su opinión. Dígale que es una orden.

—Sí, radchaai.

—Y sugiera a quienes participan en la reunión que, si las ychanas deciden unirse a la cola, se aseguren de portarse lo mejor posible, ser muy pacientes y llevar guantes.

Para las radchaais, pocas cosas resultaban más perturbadoras y embarazosas que llevar las manos desnudas en público.

—¡Oh, no, radchaai! —exclamó Uran—. No estamos pensando unirnos a la cola. —No pude evitar fijarme en que había hablado en plural, pero no dije nada al respecto—. Seguridad ya está bastante nerviosa. No, estamos considerando la posibilidad de dar comida y té a las personas que están en la cola. —Durante un breve instante se mordió el labio inferior—. Y a las sacerdotisas.

Encorvó levemente los hombros, como si esperara oír palabras de enfado o recibir un golpe. Se había pasado la mayor parte de la vida en Suelo,

recolectando té en las montañas de Athoek, y tenía familia entre las trabajadoras agrícolas que estaban en huelga y cuyo ejemplo había imitado su eminencia Ifian. Ella misma había participado en una huelga anterior, aunque entonces era muy pequeña y probablemente no se acordaba.

—¿Necesitan fondos para ello? —le pregunté todavía en delsig. Ella abrió mucho los ojos. No esperaba esa reacción por mi parte—. Si los necesitan hágamelo saber. Y recuerde que, si se forman grupos de más de dos o tres personas, seguramente Seguridad se incomodará. —Incluso grupos de dos o tres personas podían incomodarla—. Intentaré encontrar tiempo para hablar hoy mismo con la jefa de Seguridad, aunque estoy muy ocupada y quizá no lo consiga hasta más tarde.

—Sí, radchaai.

Realizó una reverencia e hizo el amago de irse, pero de repente se detuvo y abrió mucho los ojos. Oí expresiones de protesta detrás de mí y una docena de voces o más que proferían exclamaciones de rabia e indignación. Me volví. La serpenteante cola, que, de una forma silenciosa había ido aumentando hasta ocupar toda la longitud de la plaza, se había dividido por la mitad. Una agente de Seguridad forcejeaba con una ciudadana y otra agente alzó su porra de aturdimiento. El espacio a su alrededor estaba despejado, ya que las ciudadanas que estaban más cerca se habían retirado a una distancia más segura.

—¡Deténgase! —grité.

Mi voz se escuchó por toda la plaza y mi tono garantizó que cualquier militar que estuviera en las proximidades se quedara paralizada. Me di cuenta, de una forma inconsciente, de que Cinco, que estaba detrás de mí, se puso tensa al oír mi voz, pero Seguridad no era militar. La porra aturdidora descendió y, a continuación, la ciudadana soltó un grito y se desplomó.

—¡Deténgase! —repetí.

En esta ocasión las dos agentes de Seguridad volvieron la cabeza hacia mí mientras yo me dirigía hacia ellas a zancadas y Cinco me seguía.

—Con todos los respetos, capitana de flota, usted no tiene autoridad en este asunto —declaró la agente de Seguridad todavía con la porra de aturdimiento en la mano.

La ciudadana herida estaba tumbada en el suelo y profería gemidos ahogados. Se trataba de la profesora de raswar de Uran. Desde la distancia no la había reconocido.

—¿Qué ha ocurrido, Estación? —pregunté en voz alta.

Quien me contestó fue la agente de Seguridad que estaba arrodillada junto a la profesora de Uran.

—La jefa de Seguridad nos ordenó que dispersáramos la cola, capitana de flota. Esta persona se negó a irse.

Dijo «esta persona», no «esta ciudadana».

—¿Que dispersen la cola? —pregunté haciendo que mi voz sonara lo más calmada y monótona posible sin caer en la inexpresividad auxiliar. La profesora de Uran seguía jadeando en el suelo—. ¿Por qué? —Y añadí en silencio—: Por favor, Estación, envía a alguien del Departamento Médico.

—Están de camino, capitana de flota —me informó Estación al oído.

—Yo solo cumplo órdenes, capitana de flota —explicó al mismo tiempo la agente de Seguridad que estaba arrodillada.

—Hablaré con la jefa de Seguridad ahora mismo —contesté yo.

Antes de que ninguna de las agentes de Seguridad pudiera responder, la voz de Lusulun, la jefa de Seguridad, sonó detrás de mí:

—¡Capitana de flota!

Me volví.

—¿Por qué ha ordenado que dispersen la cola? —le pregunté sin ningún

preámbulo de cortesía—. A mí me ha parecido totalmente pacífica y, por lo general, las colas suelen disolverse solas con el tiempo.

—Este no es un buen momento para disturbios públicos, capitana de flota. —Lusulun parecía genuinamente intrigada por mi pregunta, como si la respuesta fuera obvia—. Ahora es pacífica, pero ¿y si las ychanas del Subjardín se unen a ella? —Durante un instante, reflexioné sobre cómo podía contestar a eso, pero no dije nada y Lusulun continuó—: De hecho, quería hablar con usted. Si algo así sucediera, yo podría... —Bajó la voz—. Podría necesitar su ayuda.

—Ya —declaré. Varias contestaciones acudieron a mi mente, pero las descarté por considerarlas políticamente inadecuadas—. Usted dedujo, con acierto, que yo participé en más de una anexión. Gracias a ello, aprendí unas cuantas lecciones; algunas a un gran coste. Ahora compartiré una de ellas con usted: la mayoría de las personas no quieren problemas, pero es probable que las personas asustadas hagan cosas sumamente peligrosas. —Esto incluía a los soldados y a los agentes de Seguridad de la estación, desde luego, pero esto no se lo dije—. Si emplazara a soldados en la plaza, todo lo que usted teme y cosas peores pasarían. —Señalé a la profesora de Uran, cuyos jadeos habían disminuido, pero que todavía no podía moverse. Una médico se arrodilló a su lado. Los dos agentes de Seguridad me miraron con firmeza y luego miraron a la jefa de Seguridad—. Hablo por propia experiencia. Deje que la cola siga su curso. Ordene a sus agentes que monten guardia, pero sin que resulten amenazadoras. Trate a todas las ciudadanas aquí presentes con la misma cortesía y respeto. —Me pregunté si los agentes de Seguridad dedujeron que la profesora de Uran era ychana solo con verla. Yo no siempre percibía las diferencias, pero seguramente la mayoría de los habitantes de la estación sí que las notaban. Sospeché que la reacción de Seguridad habría sido menos severa si la ciudadana que se había negado a irse no hubiera sido ychana, pero

sugerirlo no habría sido de ayuda en aquel momento—. Permita que expresen su opinión —continué. Lusulun me miró fijamente durante cinco segundos, pero no dijo nada—. Seguridad se encuentra aquí para proteger a las ciudadanas. Y usted no puede protegerlas si insiste en ver a algunas de ellas como adversarias. Le hablo por experiencia personal.

—¿Y si son ellas las que nos ven a nosotras como adversarias?

—¿Y en qué ayuda demostrarles que tienen razón? —Lusulun guardó silencio de nuevo—. Sé exactamente lo peligroso que suena, pero por favor, por favor siga mi consejo. —Ella suspiró y realizó un gesto de frustración—. Permita que la médico atienda a la ciudadana y luego deje que esta haga lo que quiera. Informe al resto de la cola de que se ha cometido un error. —No era necesario informar de cuál había sido y quién lo había cometido—. Y comuníquelas que pueden seguir en la cola.

—Pero... —empezó Lusulun.

—Dígame, jefa de Seguridad —la interrumpí antes de que pudiera decir nada más—, ¿cuándo iba usted a ordenar a las sacerdotisas de Amaat que se dispersaran?

—Pero... —insistió ella.

—Están perturbando el funcionamiento normal de la estación. Yo diría que están causando a la administradora de la estación Celar muchos más problemas que estas ciudadanas —declaré, y señalé los irregulares restos de la cola que había alrededor nuestro.

—No lo sé, capitana de flota.

Percibí que la mención de la administradora Celar había surtido efecto.

—Créame, he hecho este tipo de cosas antes y en situaciones potencialmente mucho más explosivas que esta.

Mis antiguas oficiales nunca habrían dado las órdenes que Lusulun, la jefa

de Seguridad, había dado aquel día; no salvo que estuvieran dispuestas a matar a un gran número de personas, algo que no había sido infrecuente.

—¿Si las cosas no salen bien me ayudará? —me preguntó Lusulun.

—No ordenaré a mis soldados que disparen contra las ciudadanas.

—No es eso lo que le he preguntado —replicó ella indignada.

—Puede que crea que no lo ha hecho —repuse yo—, puede que no fuera esa su intención, pero ese sería el resultado. Y no lo haré.

Permaneció titubeante durante unos segundos. Entonces algo la hizo decidirse: sus propios pensamientos, mi mención de la obesa y guapa administradora Celar, algo que le dijo Estación... Suspiró.

—Confío en usted.

—Gracias —declaré.

—Capitana de flota —oí que decía la voz de Estación en mi oído—, ha llegado un mensaje para usted desde Suelo. Una tal ciudadana Queter ha solicitado que sea usted testigo de su interrogatorio. Normalmente no la molestaría en un momento como este, pero si quiere usted asistir al interrogatorio, tendrá que salir antes de una hora.

Queter. La hermana mayor de Uran. Raughd Denche la había sobornado para que me matara. O creía haberlo hecho. Queter, por el contrario, intentó matar a Raughd.

—Por favor, informa a la magistrada del distrito que estaré allí lo antes posible.

No necesitaba decir nada más. Kalr Cinco, quien había permanecido junto a mí todo el tiempo, se encargaría de los detalles.

En la tetería, la gobernadora Giarod y la traductora Zeiat estaban sentadas a una mesa llena de comida: cuencos de fideos y de fruta cortada a rodajas, fuentes de pescado... Una camarera las observaba horrorizada.

—Pero, traductora, eso no es para beber —explicó la gobernadora Giarod

—. Es un condimento. Tome. —Acercó los fideos a la traductora—. La salsa de pescado es muy buena con esto.

—Pero es un líquido —replicó razonablemente la traductora Zeiat—, y sabe bien.

La camarera se volvió y se alejó con rapidez. Por lo visto, la idea de que alguien se bebiera un cuenco de salsa salada y aceitosa de pescado era demasiado para ella.

—Gobernadora —las interrumpí yo antes de que la conversación prosiguiera—. Traductora. Tengo un asunto urgente en Suelo que no puede retrasarse ni evitarse.

—¿En el planeta? —preguntó la traductora Zeiat—. Nunca he estado en un planeta. ¿Puedo ir con usted?

La salsa de pescado debía de ser lo máximo que la gobernadora Giarod podía soportar.

—¡Sí, sí, por supuesto! Visite el planeta con la capitana de flota.

Ni siquiera me preguntó de qué asunto se trataba y dudé de si su entusiasmo se debía a sus ganas de librarse de la traductora Zeiat o de mí.

Xhenang Serit, la capital del distrito Beset, estaba situada en la boca de un río, donde este se unía al mar tras bajar de las montañas. Edificios de piedras grises y negras se apretujaban en la desembocadura y se extendían por la orilla del mar y por las laderas de las verdes colinas circundantes. Era, al menos en los barrios centrales, una ciudad de puentes, arroyos y fuentes. El agua brotaba en los patios, descendía por las paredes exteriores de las casas y fluía por el paseo central de los bulevares, así que su ruido te acompañaba adondequiera que fueras.

El centro de detención del distrito estaba situado en la parte alta de una de las colinas y no resultaba visible desde la mayor parte de la ciudad. Se trataba de un edificio bajo y largo que disponía de varios patios interiores. Estaba rodeado por un muro de dos metros de alto y, si el edificio hubiera estado en la otra vertiente, habría bloqueado cualquier vista del mar. Aun así, el entorno era bastante agradable, con hierba e incluso algunas flores en los patios. Todos los casos complicados o de condenas largas del distrito Beset se enviaban allí, y casi todos estaban destinados a interrogatorio o reeducación.

Por lo visto, sin contar las habitaciones donde se llevaban a cabo los interrogatorios, no había instalaciones para que las visitantes se reunieran con las presas. De hecho, al principio las funcionarias se opusieron a que viera a la ciudadana Queter, pero yo insistí. Al final, nos permitieron reunirnos en un pasillo donde había un banco debajo de una ventana que daba al muro de piedra negra y a una estrecha franja de hierba medio seca. Kalr Cinco esperó a varios metros de distancia, impasible, pero con una actitud de desaprobación,

ya que la obligué a permanecer fuera del alcance del oído para proporcionar a Queter, al menos, cierta sensación de privacidad. La *Sphene* esperó junto a ella, igualmente impasible. Se había mantenido cerca de Cinco desde que salimos de la estación. En parte, supuse yo, para molestarla. La auxiliar seguía actuando como si el juego de té roto no significara nada para ella, pero yo sospechaba que siempre sabía dónde estaba la caja dorada, roja y azul. Cinco la había dejado en la estación y le había dicho a Kalr Ocho que, si la *Sphene* se hubiera quedado allí, ella se la habría llevado consigo al planeta.

—No creía que fuera a venir —me dijo Queter en radchaai sin ningún preámbulo de cortesía ni una reverencia.

Vestía la chaqueta, los pantalones y los guantes grises y sencillos que constituían la ropa común de cualquier ciudadana que no contara con los medios para comprarse otra. Solía llevar el pelo trenzado y recogido con un pañuelo en la parte posterior de la cabeza, pero ahora lo llevaba muy corto. Correspondí con un gesto a su saludo y la invité a sentarse.

—¿Cómo está? —le pregunté en delsig.

Ella no se movió.

—No les gusta que hable ningún idioma salvo el radchaai —repuso en esta lengua—. Según dicen, eso no ayudaría en mi evaluación. Estoy bien. Como puede ver. —Realizó una pausa y añadió—: ¿Cómo está Uran?

—Está bien. ¿Le han dado sus mensajes?

—Debían de estar en delsig —respondió con un levísimo rastro de amargura en la voz.

Sí que lo estaban.

—Ella deseaba vivamente venir conmigo.

Lloró cuando le dije que Queter había pedido que no acudiera. Queter apartó la mirada hacia el extremo del pasillo donde estaban Cinco y, a su lado, la *Sphene* y volvió a mirarme.

—No quería que me viera así.

Eso sospeché yo.

—Ella lo comprende. —En general—. Y le manda su amor. —Esto a Queter le pareció divertido. Soltó una risa breve y entrecortada—. ¿Ha recibido alguna noticia del exterior? —le pregunté al ver que no decía nada—. ¿Sabe que las trabajadoras agrícolas de las plantaciones de té de las montañas están todas en huelga? Según dicen, no volverán al trabajo hasta que les paguen la totalidad del sueldo que les corresponde y se les restituyan sus derechos como ciudadanas.

Fosyf Denche llevaba años engañando a sus trabajadoras. Les hacía creer que estaban en deuda con ella y, como eran deportadas de Valskaay, nadie las representaba fuera de las plantaciones de té.

—¡Ajá! —exclamó Queter, y sonrió repentina y ferozmente. Casi como su antiguo yo, pensé. Entonces su sonrisa desapareció, aunque la fiereza siguió allí. En su mayor parte oculta. Mantenía los brazos estirados a los lados y apretó sus manos enguantadas en sendos puños—. ¿Sabe cuándo tendrá lugar? Cuando lo pregunto, me contestan que no es bueno para mí preocuparme por ello. Dicen que *no ayudará en mi evaluación*.

Definitivamente, esta vez hubo amargura en su voz.

—¿Se refiere a su interrogatorio? Me han informado que será mañana por la mañana.

—¿Se asegurará de que no hagan nada que no deban?

¡Y decía que no creía que yo acudiera!

—Sí.

—Y cuando..., ¿cuando me reeduquen estará usted allí?

—Si usted lo quiere, lo intentaré. No sé si podré. —Ella no respondió y su expresión no cambió. Yo volví a utilizar el delsig—: Uran está realmente bien.

Se sentiría usted orgullosa. ¿Quiere que le comunique a su abuelo que se encuentran ustedes bien?

—Sí, por favor. —Seguía hablando en radchaai—. Ahora debería regresar. Se ponen nerviosas si algo se sale de la rutina.

—Discúlpeme por causarle tantas molestias. Quería comprobar por mí misma que está bien y quería que supiera que he venido.

Una guardia uniformada de marrón se aproximó por el tramo del pasillo que había detrás de Queter. Obviamente, había estado esperando el menor indicio de que nuestra conversación había terminado. Queter dijo únicamente:

—De acuerdo.

Y se alejó con la guardia por el pasillo siendo la viva imagen de la tranquilidad y la despreocupación salvo por sus manos, que seguían apretadas en sendos puños.

Volví a tomar el funicular, esta vez para bajar de la colina. Xhenang Serit se extendía, negra, gris y verde, a los pies de este y, más allá, se veía el mar. Cinco y la *Sphene* estaban sentadas detrás de mí. Kalr Ocho estaba con la traductora Zeiat en una planta de producción alimentaria junto al mar. Observaban cómo una masa viscosa y plateada de peces muertos se vertía en una cuba ancha y honda mientras una trabajadora visiblemente aterrorizada les explicaba cómo se elaboraba la salsa de pescado.

—¿Y por qué hacen esto los peces? —preguntó la traductora Zeiat cuando la trabajadora se interrumpió para tomar aliento.

—Ellos... no tienen mucha posibilidad de elección en este asunto, traductora.

La traductora Zeiat reflexionó sobre esto durante un instante y luego preguntó:

—¿Cree usted que la salsa de pescado sabría bien mezclada con té?

—N..., no, traductora. No creo que eso fuera muy correcto. —Entonces añadió, según supuse yo, para darle una pizca de sentido a la conversación—: Venden unos pastelitos que tienen forma de pez. A algunas personas les gusta mojarlos en el té.

—Comprendo, comprendo. —La traductora Zeiat realizó un gesto de asentimiento—. ¿Tiene alguno aquí?

—Traductora —intervino Kalr Ocho antes de que la trabajadora se viera obligada a reconocer que no, que allí no tenía ningún pastelito con forma de pez—, seguro que más tarde podremos conseguir alguno para usted.

—A continuación se añade sal al pescado... —siguió informando la trabajadora mientras lanzaba una mirada de agradecimiento a Ocho.

En la estación Athoek, Tisarwat estaba sentada hablando con la sacerdotisa jefa de los Misterios. Esta era una secta local muy popular no solo entre las xhais, sino también entre las radchaais de fuera del sistema. La hierofanta de los Misterios era una persona muy popular e influyente.

—Teniente —decía la hierofanta—, le seré totalmente franca. Este asunto parece constituir una especie de pelea entre su eminencia Ifian y la capitana de flota.

El apartamento de la hierofanta estaba situado encima y detrás del templo de los Misterios. Era pequeño, como la mayoría de los de su tipo, y el mobiliario del luminoso salón en el que estaban sentadas era sencillo: solo una mesa baja y unas cuantas sillas con cojines lisos. Pero había numerosas y florecientes orquídeas en las estanterías y en soportes situados en las paredes. Eran de colores violeta, amarillo, azul y verde, y endulzaban el aire con su aroma. No era inusual que las residentes de la estación apartaran un poco de

su ración de agua para regar una o dos plantas, pero aquella exuberante floración no podía deberse, únicamente, a que la hierofanta utilizara, de vez en cuando, un poco del agua de su baño para el riego.

—También quiero decirle —continuó la hierofanta—, que sin duda su eminencia nunca realizaría un acto como este, que está en franca oposición a la administradora, sin estar segura de contar con el apoyo de la gobernadora Giarod. ¿Y usted pretende que me meta en medio de todo esto? ¿Y para qué? Yo no dispongo de formación para realizar la predicción diaria y, aunque la tuviera, estoy segura de que la mayoría de las ciudadanas no aceptarían recibirla de mí.

—Podría sorprenderse —observó Tisarwat con una sonrisa relajada. Ahora que tenía aquel reto, su enojo por perder el control de la comunicación de las residentes del Subjardín con Administración de la Estación se había atenuado—. Es usted muy respetada aquí. De todos modos, a partir de mañana por la mañana, las predicciones las realizará la administradora de la estación Celar. Al fin y al cabo no se requiere ser una sacerdotisa para hacerlo y la administradora sí que cuenta con la capacitación necesaria, aunque no lo ha hecho desde hace tiempo. No, lo único que le pedimos es que oficie los nacimientos y los funerales. Puede que no todas las residentes de la estación lo consideren aceptable, pero aun así creo que muchas xhais sí que lo harán. —Si a la hierofanta le sorprendía mantener aquel tipo de conversación con una persona tan joven y presumiblemente inexperta como lo era Tisarwat, no lo demostró.

—A muchas xhais no les importaría en absoluto que las ychanas fueran expulsadas permanentemente del Subjardín. O, mejor aún, que se las trasladara por la fuerza a Suelo o a estaciones de fuera del sistema, y sospecho que, probablemente, esto sería lo que ocurriría si su eminencia se saliera con la suya. Por lo tanto, las xhais que aceptaran mis servicios seguramente serían

las mismas que apoyarían a su eminencia. Por otro lado, su eminencia Ifian es vecina mía y, por razones que sin duda no tengo que explicarle, preferiría mantener una buena relación con ella. Así que volveré a preguntárselo, ¿por qué habría de ponerme en medio de todo esto?

La teniente Tisarwat siguió sonriendo y percibí en ella una ligera satisfacción. Como si la sacerdotisa acabara de caer en la trampa que le había preparado.

—Yo no le pido que se ponga en ningún lugar, solo le pido que esté donde está.

La hierofanta abrió los ojos con sorpresa.

—Teniente, no recuerdo haberla iniciado y, dada su juventud, de haberlo hecho lo recordaría.

Aunque las palabras de Tisarwat me habían parecido intrascendentes, de algún modo debían de haberse referido a los Misterios. Además, Anaander Mianaai sin duda estaba familiarizada con ellos, ya que ningún misterio ni sociedad secreta que no admitiera a la Lord del Radch podía perdurar.

Tisarwat frunció el ceño falsamente intrigada.

—No sé a qué se refiere, hierofanta. Solo quiero decir que usted sabe dónde reside la justicia en esta situación. De acuerdo, estrictamente hablando, las ychanas estaban en el Subjardín de modo ilegal, pero, como usted bien sabe, antes de que se trasladaran allí, sus vecinas xhais habrían hecho cualquier cosa para echarlas de donde estaban viviendo. A pesar de ello, lograron salir adelante y, ahora, sin que hayan hecho nada para merecerlo, se encuentran sin un lugar donde vivir. ¿Y por qué? Por los absurdos prejuicios de algunas xhais y el empeño de su eminencia Ifian en buscar pelea con la capitana de flota. Una pelea en la que, por cierto, la capitana de flota no tiene ningún interés.

—Y por lo que deduzco, usted tampoco —observó la hierofanta con sequedad.

—Yo quiero dormir en un lugar que no sea un pasillo —repuso Tisarwat—. Y quiero que mis vecinas regresen a sus hogares. La capitana de flota Breq quiere lo mismo. No sé por qué su eminencia Ifian se ha puesto en contra de la capitana de flota y, desde luego, no entiendo por qué ha elegido una forma de hacerlo que deja a tantas residentes de la estación no solo en circunstancias incómodas, sino con incertidumbre acerca de su futuro. Parece que haya olvidado que no es correcto ejercer la autoridad del templo en beneficio propio.

La hierofanta inhaló aire de una forma reflexiva y lo exhaló mientras exclamaba:

—¡Vaya! —Y añadió—: Con todos mis respetos, teniente, pero es usted una auténtica manipuladora. —Y antes de que Tisarwat pudiera defender su inocencia, continuó—: ¿Y qué hay de esos rumores que corren acerca de una conspiración?, ¿acerca de que unas alienígenas se han infiltrado en la Lord del Radch?

—La mayor parte son tonterías —replicó Tisarwat—. La Lord del Radch tiene una discrepancia consigo misma y esta se ha convertido en una lucha abierta en las estaciones palaciegas provinciales. Algunas naves militares se han decantado por una u otra facción y son las responsables de la destrucción de varios portales interestelares. La gobernadora del sistema cree que sería... contraproducente revelar esta información de una forma generalizada.

—De modo que usted simplemente la extiende como un rumor.

—Hierofanta, yo no le había dicho nada de esto a nadie hasta ahora y, en este caso, solo porque usted me lo ha preguntado directamente y, además, estamos solas. —Claro que, en rigor, eso no era cierto, ya que Estación podía oírlas y, casi con toda certeza, había una sirvienta u otra sacerdotisa cerca—. Si usted lo ha oído como un rumor, que yo sepa este no lo hemos iniciado ni la capitana de flota Breq ni yo ni ninguna otra miembro de nuestra tripulación.

—¿Y sobre qué trata esa supuesta discrepancia y qué facción apoya usted?

—La discrepancia es complicada, pero sobre todo implica la futura dirección que tomará Anaander Mianaai y, paralelamente, el espacio radchaai. El fin de las anexiones y a de la creación de auxiliares; el fin de ciertas presunciones respecto a quién está capacitada para ejercer el mando... Todas estas son cuestiones sobre las que Anaander Mianaai está, de una forma prácticamente literal, dividida. La capitana de flota Breq no apoya a ninguna de las facciones. Ella está aquí para mantener el sistema estable y seguro mientras las discrepancias se resuelven en los palacios.

—¡Sí, ya he notado que Athoek está mucho más en calma desde que ustedes llegaron!

La voz de la sacerdotisa sonó muy seria.

—¡Y antes era un modelo de justicia y prosperidad para todas las ciudadanas! —observó Tisarwat con la misma seriedad y deteniéndose ligeramente en «todas las ciudadanas».

La sacerdotisa cerró los ojos y suspiró y Tisarwat supo que había ganado.

En la *Misericordia de Kalr*, Seivarden justo acababa de terminar su guardia. Se sentó en su camastro con los brazos firmemente cruzados. Todavía llevaba puesto el correctivo en la mano, pero este casi había terminado su trabajo.

—Teniente —la llamó Nave al oído—, ¿quiere tomar un té?

—¡Era un cumplido!

Durante los últimos días, Ekalu había interactuado con Seivarden de una forma fría y formalmente correcta. Todo el mundo a bordo sabía que algo no iba bien entre ellas. Nadie tenía conocimiento de la adicción al kef de Seivarden ni entendía el auténtico significado de sus brazos cruzados: un signo de que el estrés de los últimos días y, probablemente, de las últimas semanas se había ido acumulando hasta sobrepasar sus límites.

—La teniente Ekalu no se lo tomó como un cumplido —señaló Nave, y le indicó a Amaat Cuatro que esperara antes de llevarle el té.

—¡Pues yo lo dije en ese sentido! —insistió Seivarden—. Yo estaba siendo amable. ¿Por qué no lo entiende?

—Estoy convencida de que la teniente lo entiende —contestó Nave. Seivarden soltó una risita burlona. Después de una pausa de tres segundos, Nave añadió—: Solicito su benevolencia, teniente. —Seivarden, confundida, parpadeó y frunció el ceño. No era el tipo de expresión que las naves solían utilizar con sus oficiales—. Quisiera señalar que, cuando la teniente Ekalu le dijo que su pretendido cumplido le resultaba ofensivo, usted inmediatamente dejó de ser amable con ella.

Seivarden se levantó del camastro con los brazos todavía firmemente cruzados y caminó por su diminuta habitación, que medía dos pasos de un extremo al otro.

—¿Qué quieres decir, Nave?

—Quiero decir que creo que le debe una disculpa a la teniente Ekalu.

En Suelo, a medio camino de descenso de la colina en el funicular, regresé, sobresaltada, a mi entorno más inmediato. Nunca había oído a una nave ser tan directamente crítica con una oficial. Claro que pocos días antes Nave se había declarado capacitada para ser capitana; para ser, en esencia, una oficial. En realidad fui yo quien le ofreció esa posibilidad semanas antes, en el palacio Omaugh, así que su respuesta no debería haberme sorprendido. Volví a ampliar mi percepción. Seivarden se había quedado de piedra y acababa de decir, indignada:

—¿Deberle yo una disculpa? ¿Y qué pasa conmigo?

—Teniente Seivarden —declaró Nave—, la teniente Ekalu se siente herida y disgustada y fue usted quien la hirió y la disgustó. Además, este tipo de cosas afectan a toda la tripulación, y permítame recordarle que, en estos

momentos, usted es responsable de ella. —Conforme Nave iba hablando, el enfado de Seivarden se iba intensificando. Nave añadió—: Su estado emocional y su comportamiento han sido erráticos durante los últimos días. Ha estado usted insufrible con todo el mundo. Incluida yo. No, no vuelva a golpear la pared porque eso no la ayudará en nada. Actualmente, está usted al mando. Actúe en consecuencia. Y, si no puede hacerlo, entonces solicite ayuda al Departamento Médico. Si la capitana de flota estuviera aquí, le diría lo mismo.

Al escuchar la última frase, Seivarden se sintió como si acabaran de propinarle un puñetazo. De una forma repentina, su enojo se convirtió en desesperación y se sentó pesadamente en el camastro. Dobló las piernas y apoyó la cabeza en las rodillas sin descruzar los brazos.

—La he jodido —gimió al cabo de unos segundos—. Tenía otra oportunidad y la jodí.

—No de una forma irrevocable —repuso Nave—. Todavía no. Sé que, teniendo en cuenta el estado en el que se encuentra ahora, sería inútil decirle que dejara de sentir lástima de sí misma, pero todavía puede levantarse y acudir a Médico.

Salvo por el hecho de que, en aquel momento, Médico estaba de guardia.

—El problema —dijo Médico en silencio al recibir la información que Nave acababa de transmitirle— es que, para empezar a tratarla, necesitaría datos actualizados de sus aptitudes y no los tengo. Además yo no soy una examinadora ni una interrogadora, solo soy una doctora común. Algunas cosas puedo tratarlas, pero me temo que esto me supera. Y dudo de que podamos confiar en ninguna de las especialistas del sistema. La verdad es que tenemos el mismo problema con la teniente Tisarwat. —Soltó un suspiro de exasperación—. ¿Por qué tiene que ocurrir esto justo ahora?

—Tenía que ocurrir tarde o temprano —contestó Nave—. Aunque, para

serle sincera, al principio creí que no ocurriría. Sobrestimé la respuesta emocional de la teniente Seivarden cuando la capitana de flota no está.

Seivarden, que seguía encorvada sobre sí misma en el camastro, repuso:

—Pero Médico está de guardia.

Médico, sentada en el puente de mando, declaró:

—La capitana de flota no puede estar siempre aquí. ¿Ella sabe lo que está ocurriendo?

—Sí —respondió Nave a Médico, y le dijo a Seivarden—: Sobrepongase, teniente. Le diré a Amaat Cuatro que le traiga un té. Debería usted asearse e informar a la teniente Ekalu de que ella estará al mando durante unos días. Y estaría bien que se disculpara ante ella, si es que puede hacerlo de una forma razonable.

—¿Razonable? —preguntó Seivarden mientras levantaba la cabeza de las rodillas.

—Seguiremos hablando mientras se toma el té —repuso Nave.

Mi insistencia en ver a Queter había indignado al personal del centro de detención. Supuse que habían recurrido a la magistrada del distrito, pero ella no se atrevió a pedirme cuentas de mi actuación. Además, quería algo de mí, de modo que en lugar de reprobar mi conducta, me invitó a cenar.

El comedor de la magistrada del distrito daba a unos escalones que conducían a un patio amplio y pavimentado con ladrillos. Unas parras frondosas con flores blancas y rosas de aroma dulce colgaban de unas vasijas altas y, por una de las paredes, resbalaba agua hasta una gran pila en la que nadaban peces y florecían pequeños nenúfares amarillos. Las sirvientas habían retirado la cena y la magistrada y yo estábamos bebiendo té. La traductora Zeiat estaba al lado de la pila y miraba fijamente los peces. La *Sphene* estaba

sentada en un banco del patio, cerca de las altas puertas del comedor, que estaban abiertas, y a pocos metros de Kalr Cinco, que aguardaba de pie y en silencio.

—Hacía años que no oía esta canción, capitana de flota —declaró la magistrada del distrito mientras bebíamos el té y mirábamos hacia el patio, que se iba oscureciendo poco a poco.

—Discúlpeme, magistrada.

—No es necesario, no es necesario. —Bebió un trago de su té—. Era una de mis favoritas cuando era joven. Entonces la encontraba muy romántica, pero ahora que pienso en ella creo que es muy triste, ¿no? —Y cantó—: «*Pero yo me sustentaré / solo con el perfume de las flores del jazmín / hasta el final de mis días.*» —Titubeó un poco en el último verso. Había adoptado el tono de mi tarareo y era un poco demasiado alto para su comodidad—. Pero las hijas tienen razón al interrumpir el ayuno funerario. La vida continúa. Todo continúa. —Suspiró—. ¿Sabe una cosa? No creí que viniera. Estaba convencida de que la ciudadana Queter simplemente quería molestarla. Estuve a punto de no comunicarle su petición.

—Eso habría sido ilegal, magistrada.

Ella suspiró.

—Sí, por eso se la comuniqué.

—Si solicitó mi presencia en una situación tan extrema, ¿cómo podía ignorarla?

—Supongo que no. —En el patio, la traductora Zeiat se inclinó más sobre la pila con florecientes nenúfares amarillos. Deseé que no se sumergiera en el agua. Se me ocurrió que, si se hubiera tratado de la traductora Dlique, posiblemente habría hecho exactamente eso—. Capitana de flota, desearía que se planteara hacer uso de su influencia con las trabajadoras agrícolas valskaayanas de la plantación de té de la ciudadana Fosyf. Usted no tiene por

qué saberlo, pero hay personas que se alegrarían de contar con una excusa para hacerle daño a Fosyf. Algunas de ellas incluso pertenecen a su propia familia y esta huelga les da la oportunidad de actuar en contra de ella. — Teniendo en cuenta la inclinación de la ciudadana Fosyf Denche hacia la crueldad, no me extrañaba—. La capataz de Denche es una persona sumamente desagradable y ha odiado a la madre de Fosyf desde que eran niñas. Como la madre murió, ahora odia a Fosyf y, si puede, le arrebatará la plantación. La situación actual puede proporcionarle el poder suficiente para hacerlo, sobre todo porque con tantos portales inoperativos la Lord de Denche ahora está inaccesible.

—¿Y las reivindicaciones de las trabajadoras? —pregunté yo—. ¿Han sido atendidas?

—Verá, capitana de flota, eso es complicado.

Yo no entendía qué tenía de complicado pagar lo justo a las trabajadoras o concederles los derechos y servicios básicos que correspondían a todas las ciudadanas.

—De hecho —prosiguió la magistrada del distrito—, las condiciones de las trabajadoras de la plantación de Fosyf no son muy diferentes de las de cualquier otra plantación de las montañas. Sin embargo, es Fosyf quien carga con el peso de todo ello. Además, ahora algunas de las xhais más problemáticas están entrando en escena. Quizá sepa que hay un templo pequeño y en ruinas al otro lado del lago, frente a la casa de Fosyf.

—Sí, ella me lo mencionó.

—Cuando llegamos, seiscientos años atrás, no había más que escombros y malas hierbas. Sin embargo, últimamente algunas personas alegan que siempre ha sido un lugar sagrado y que, de hecho, la casa de Fosyf era una parada en una antigua ruta de peregrinaje. La misma Fosyf fomenta esta creencia. Supongo que la considera romántica, pero es ridícula, porque la casa se

construyó menos de cien años antes de la anexión. Además, ¿conoce usted algún lugar de peregrinación en cuyos alrededores no haya como mínimo una ciudad?

—De hecho uno o dos —repliqué yo—, pero no suelen ser templos habitados por sacerdotisas que necesiten ayuda para subsistir. Es posible que en ese templo no hubiera una comunidad de sacerdotisas. —La magistrada de distrito confirmó mi punto de vista con un gesto—. Permítame serle sincera, magistrada. En este caso es usted quien está bajo presión.

Cuando me declaró humana y ciudadana, Anaander Mianaai me dio su apellido. Se trataba de un nombre que indicaba que pertenecía a la familia más poderosa del espacio radchaai, un nombre que ninguna radchaai podía ignorar. Debido a lo que yo era —el último remanente de una nave militar que, durante aproximadamente dos mil años, había estado íntimamente relacionada con las hijas de muchas de las casas radchaai más ricas y prominentes—, poseía el acento y los modales correspondientes a esa clase social, de modo que bien podía utilizarlos.

—Desde hace mucho tiempo, usted mantiene una relación de amistad con las cultivadoras de té más importantes del planeta —declaré—, pero es evidente que las demandas de las trabajadoras agrícolas son justas y es, o debería ser, una vergüenza personal para usted haber necesitado un intento de asesinato y una huelga laboral para darse cuenta de lo que está sucediendo. Y todavía se sentirá más avergonzada cuando haya interrogado a la ciudadana Raughd. Porque todavía no lo ha hecho, ¿no?

En el patio, la traductora Zeiat se inclinó sobre una de las anchas y redondas hojas de nenúfar para mirarla por debajo.

—Yo esperaba que, antes, ella y su madre se reconciliaran —repuso la magistrada sin lograr eliminar por completo el enojo de su voz.

—La ciudadana Fosyf solo aceptará de nuevo a su hija si le resulta

beneficioso a ella misma. Si a usted le interesa realmente el bienestar de la ciudadana Raughd, interróguela antes de llevar a cabo ningún otro intento de reconciliarla con su madre.

—¿Usted está interesada en el bienestar de Raughd?

—No especialmente —admití yo—. No en el ámbito personal, aunque es evidente que usted sí. Pero sí que me interesa el bienestar de la ciudadana Queter, y cuanto antes descubra usted por sí misma qué tipo de persona es Raughd, mejor base tendrá para juzgar las acciones de Queter. Y mejor base para decidir si enviar a Raughd de vuelta con su madre sería realmente bueno para ella. Tenga en cuenta con qué frialdad y facilidad Fosyf la repudió y piense que las personas como Raughd no surgen de la nada.

La magistrada frunció el ceño.

—Está usted muy segura de saber qué tipo de persona es Raughd.

—Le resultará fácil averiguar por sí misma si estoy en lo cierto. En cuanto a que intervenga en el conflicto entre las trabajadoras agrícolas y las cultivadoras, no lo haré, pero sí que le aconsejo que se reúna con las cultivadoras y las líderes de las trabajadoras sin demora y resuelva este conflicto de la forma que sabe que debe resolverse. Después debería crear un comité para que investigue la historia del templo del lago y estudiar formas de resolver el conflicto que lo afecta. Asegúrese de que todas las personas que tienen un interés en el tema estén representadas. Las ciudadanas afectadas podrán dirigir sus alegaciones al comité y este deberá tenerlas en cuenta durante sus deliberaciones. —La magistrada del distrito frunció otra vez el ceño y abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla—. Anaander Mianaai está en guerra consigo misma —continué yo—. Esa guerra puede o no alcanzar Athoek. En cualquier caso, como al menos uno de los portales interestelares que nos comunican con el palacio provincial está inutilizado, no podemos esperar ninguna ayuda ni consejo de allí. Debemos ocuparnos de la

seguridad de las ciudadanas nosotras solas. Me refiero a todas las ciudadanas, no solo a las que tienen el acento y las creencias religiosas adecuadas. Además, sea por la razón que sea, ahora estamos en el foco de atención de las presgeres.

—¿La Lord del Radch está en guerra consigo misma? ¿Y según dice las presgeres están aquí? —preguntó la magistrada—. La verdad es que he oído rumores, capitana de flota.

—Las presgeres no son las causantes de esa guerra, magistrada.

—Entonces, capitana de flota, ¿de dónde procede su autoridad? ¿Cuál de las Mianaai la envió aquí?

—Si la guerra de Anaander Mianaai contra sí misma llega aquí y mueren ciudadanas —contesté yo—, ¿realmente importará cuál de las Lord del Radch me envió?

Se produjo un silencio. Cinco había estado observando a la traductora Zeiat y yo sabía que ella o Nave me avisarían si ocurría algo que requiriera mi atención. Miré despreocupadamente hacia el patio.

La traductora Zeiat estaba acuclillada sobre una pierna en el bordillo de la pila y había sumergido la totalidad de un brazo y la otra pierna en el agua. Me levanté y salí dando zancadas al patio mientras me ponía en contacto con Nave. Enseguida averigüé que ni ella ni Kalr Cinco me habían informado de lo que estaba ocurriendo porque estaban discutiendo con la *Sphene*.

Quizá «discutiendo» era una palabra demasiado elegante para definirlo. Por lo visto, aunque la *Sphene* había estado siguiendo de cerca a Cinco no había obtenido los resultados esperados, de modo que, mientras yo estaba concentrada en la conversación con la magistrada del distrito, la auxiliar había estado hablando con Cinco. En realidad, había estado provocándola con éxito, lo que quedaba claramente demostrado por el hecho de que ni Cinco ni Nave

me habían comentado nada al respecto y ahora procuraban pagarle con la misma moneda. Mientras me acercaba a Cinco, oí que la *Sphene* decía:

—Simplemente, te quedaste ahí sentada, ¿no? Mientras ella te modificaba. ¡Pues claro que sí! Y hasta es probable que le dieras las gracias por ello. Eres uno de sus nuevos juguetes y ella puede hacer que sientas o pienses lo que le venga en gana. Y, sin duda, su prima, la capitana de flota, puede hacer lo mismo contigo.

Cinco, cuya calma tipo auxiliar se había esfumado, replicó, o quizá fue Nave quien lo hizo; en aquel momento resultaba difícil distinguirlas:

—Al menos yo tengo una capitana y, además, una tripulación. ¿Dónde está la tuya? ¡Ah, es verdad, perdiste a tu capitana y no has podido encontrar otra! Y ninguna de las personas que están a bordo de ti quiere estarlo, ¿no es así?

Con la velocidad de las auxiliares, la *Sphene* se levantó del banco en el que estaba sentada y se acercó a Cinco. Yo me puse entre ellas y agarré el antebrazo de la *Sphene* antes de que pudiera golpearnos a ninguna de las dos. La *Sphene* se quedó paralizada y no intentó apartar el brazo. Parpadeó con cara inexpresiva.

—Así que es usted una Mianaai, ¿no?

Yo me había movido más deprisa de lo que ninguna radchaaai humana podía hacerlo. La conclusión obvia era inevitable: yo no era humana. Mi nombre hizo que la subsiguiente, aunque incorrecta conclusión pareciera igualmente obvia.

—No, no lo soy —repuse yo en voz baja y en notai, porque no estaba segura de dónde estaba la magistrada en ese momento—. Soy el único fragmento que queda de la crucero de batalla *Justicia de Toren*. Fue Anaander Mianaai quien me destruyó. —Volví a hablar en radchaaai—: Retrocede, prima.

La *Sphene* permaneció inmóvil durante un instante. Luego, casi

imperceptiblemente, desplazó el peso hacia atrás, en dirección contraria a donde yo estaba. Abrí la mano y la *Sphene* bajó el brazo.

Un chapoteo procedente del otro extremo del patio hizo que volviera la cabeza hacia allí. En aquel momento, la traductora Zeiat estaba de pie, con una pierna en el interior de la pila y uno de sus brazos empapado y chorreando agua. Un pececillo naranja se agitaba desesperadamente en su mano. Mientras la observaba, la traductora echó la cabeza hacia atrás y sostuvo el pez por encima de su boca.

—¡Traductora! —exclamé con voz potente y aguda. Ella se volvió hacia mí—. ¡Por favor, no lo haga! Devuelva el pez al agua, por favor.

—¡Pero es un pez! —Su expresión era de auténtica perplejidad—. ¿Los peces no son para comer?

La magistrada del distrito estaba en la parte superior de los escalones que conducían al patio y miraba fijamente a la traductora. Seguramente no se atrevía a decir nada.

—Algunos peces son para comer. —Me acerqué a la traductora, quien seguía medio dentro y medio fuera del agua—. Pero este no. —Alargué los brazos con las manos ahuecadas. La traductora Zeiat frunció levemente el ceño, de una forma que me recordó a Dlique, y soltó el pez en mis manos. Yo lo arrojé con rapidez a la pila antes de que cayera al suelo dando un coletazo—. Estos peces son para mirarlos.

—¿Se supone que una no debe mirar a los que se va a comer? —me preguntó la traductora Zeiat—. ¿Y cómo se distinguen unos de otros?

—En general, traductora, cuando están en una pila como esta y, en concreto, en una casa, son para mirarlos o se consideran mascotas. Sin embargo, como usted no está acostumbrada a distinguirlos, quizá sea mejor que pregunte antes de comerse algo que no se le haya ofrecido explícitamente como comida. Para evitar malentendidos.

—¡Pero yo quería comérmelo de verdad! —exclamó con voz casi quejumbrosa.

—Traductora —declaró la magistrada del distrito, quien había cruzado el patio mientras la traductora y yo hablábamos—, hay sitios donde una puede pescar peces para comérselos. O puede usted acercarse al mar...

La magistrada se puso a explicarle cosas sobre las ostras. Mientras yo estaba ocupada con la traductora, la *Sphene* había salido del patio. Posiblemente había abandonado la casa. Cinco esperaba en posición erguida. De nuevo había adoptado su acostumbrada actitud impasible, aunque al ser objeto de mi atención se sentía inquieta y avergonzada.

Me pregunté quién era la responsable del altercado. Nave le había transmitido a Cinco las palabras que debía decir, pero Cinco no las había leído de una forma desapasionada. Las palabras de Nave aparecieron en la visión de Cinco más o menos al mismo tiempo que esta las pronunciaba y, aunque no las había reproducido con exactitud, estaba claro que ambas se habían visto empujadas por la necesidad de decir lo mismo.

La traductora Zeiat parecía bastante entusiasmada con la idea de las ostras. La magistrada del distrito le estaba hablando de los viveros que había cerca de la desembocadura del río y le explicaba que podían alquilar una barca para que la llevara hasta allí. Se acordó que ese sería el plan para el día siguiente. Volví la atención hacia Cinco; hacia Nave. Las dos estaban pendientes de mí.

Yo sabía lo que era que Anaander Mianaai alterara tus pensamientos e intentara controlar tus emociones. Estaba convencida de que la Lord del Radch hizo exactamente eso cuando empezó a retirar las auxiliares de la *Misericordia de Kalr*. También estaba convencida, dada mi experiencia personal y los acontecimientos de los últimos meses, de que más de una de las partes de Anaander Mianaai había visitado a la *Misericordia de Kalr* y había intentado implantarle su propia serie de instrucciones e inhibiciones. «Hace ya

un tiempo que me siento incómoda con esta situación», declaró Nave cuando nos conocimos, y probablemente eso era todo lo que podía decir. Además, la *Misericordia de Kalr* no solo era vulnerable a Anaander Mianaai. Yo disponía de accesos que me permitían obligarla a obedecerme. No eran de tanto alcance como los de Anaander Mianaai, desde luego, y debía utilizarlos con gran precaución, pero los tenía.

Alguien que podía ser una capitana era, presumiblemente, una persona, no una máquina. No tenía que preocuparse, al menos en teoría, de que su constructora y propietaria alterara sus pensamientos para que se amoldaran a sus propósitos, y mucho menos de que lo hiciera de formas molestas y contradictorias. Alguien que podía ser una capitana podía obedecer a otra persona, pero, en el caso de que lo hiciera, sería por elección propia.

—Comprendo que la *Sphene* es sumamente molesta y sé que lleva días provocándote —declaré en voz baja mientras la traductora y la magistrada seguían enzarzadas en su conversación. No utilicé ningún tipo de tratamiento porque hablaba tanto con Nave como con Cinco—. Sin embargo, sabes que voy a tener que reprenderte. Sabes que deberías haberte contenido y haber mantenido la atención en la traductora. Que no vuelva a suceder.

—Sí, señor —respondió Cinco.

—Y, por cierto, gracias por hablar con la teniente Seivarden. —Cinco sabía lo que había sucedido en líneas generales. Nunca estaba totalmente desconectada del resto de su decuria—. En mi opinión, manejaste bien la situación.

En el Departamento Médico, en la *Misericordia de Kalr*, Seivarden estaba durmiendo. Amaat Una estaba preocupada y repasaba directrices y reglamentos con Nave, porque en cuestión de pocas horas tendría que hacerse cargo de la guardia de Seivarden. En realidad, ya sabía todo lo que necesitaba saber y, además, Nave siempre estaría ahí para ayudarla. Se trataba,

simplemente, de demostrarlo oficialmente y de que se recordara a sí misma que lo sabía. Ekalu, que estaba de guardia en aquel momento, seguía enfadada. Después de una discusión más bien tensa con Nave, Seivarden logró ofrecerle una breve y sencilla disculpa en la que asumió toda la responsabilidad sin exigirle nada a cambio. Así que el enfado de Ekalu había disminuido y se había diluido en la ansiedad de fondo que la invadía por estar, repentinamente, al mando de la nave.

—Gracias, señor —respondió Kalr Cinco en nombre de Nave.

Me volví hacia la traductora. El tema de la conversación había virado de nuevo de las ostras al pez que había en la pila del patio.

—Está bien —cedió la magistrada—, puede usted comerse uno de los peces.

Yo no supe si sentirme aliviada o alarmada por el hecho de que la traductora Zeiat tardara menos de cinco minutos en encontrar y atrapar exactamente el mismo pez de antes y se lo tragara mientras todavía coleaba.

La magistrada del distrito asistió en persona al interrogatorio de Queter. Se trataba de un asunto humillante y desagradable y el hecho de que la interrogadora asegurara que la ciudadana Queter no recordaría nada del proceso no supuso ningún consuelo para nadie.

—Eso no hace más que empeorarlo —declaró Queter, a quien ya le habían administrado los fármacos correspondientes antes de conducirla a la sala de interrogatorios.

—Por favor, hable en radchaai, ciudadana —declaró la interrogadora con un aplomo que sugería que Queter no era la primera de sus pacientes que hablaba en otro idioma.

Me pregunté qué haría si una de sus pacientes no hablara bien el radchaai o no entendiera su acento. Después, en el pasillo exterior, la magistrada del distrito, que parecía deprimida por lo que habíamos presenciado, dijo:

—Capitana de flota, he aplazado el interrogatorio de la ciudadana Raughd a mañana por la mañana. Ella solicitó que su madre actuara como testigo, pero la ciudadana Fosyf se ha negado a asistir. —Y después de un instante de silencio añadió—: Conozco a Raughd desde que era un bebé. Me acuerdo de cuando nació. —Suspiró—. ¿Usted siempre tiene razón en todo?

—No —contesté yo. Simplemente. Sin alterarme—. Pero en esto sí que la tengo.

Me quedé hasta que Queter se recuperó de los fármacos para que supiera,

con toda certeza, que yo había acudido. Luego bajé la colina hasta la boca del río, donde Kalr Ocho vigilaba a la traductora Zeiat, quien estaba sentada sobre un cojín rojo en un banco de un muelle de piedra negra mientras una ciudadana abría ostras para ella. La *Sphene*, que había regresado a nuestro alojamiento aquella mañana y se había sentado a desayunar sin darnos ningún tipo de explicación y ni siquiera un somero «Buenos días», estaba sentada a su lado y contemplaba las olas blancas y grises.

—¡Capitana de flota! —exclamó la traductora Zeiat con alegría—. ¡Hemos salido en barca! ¿Sabía que ahí fuera, en el agua, hay millones de peces? — Señaló el mar—. ¡Según parece, algunos de ellos son muy grandes! ¡Y otros no son realmente peces! ¿Ha comido alguna vez una ostra?

—No.

La traductora apremió con un gesto a la desbulladora, quien abrió una ostra con destreza y me la tendió.

—Simplemente, introdúzcala en su boca y mastíquela unas cuantas veces, capitana de flota —me explicó—. Después, tráguesela.

La traductora Zeiat me observó con expectación mientras yo seguía las instrucciones de la desbulladora.

—Así que esto es una ostra —comenté yo.

La desbulladora soltó una carcajada breve y aguda, pero sin alterarse por mis comentarios o los de la traductora. Y permaneció inalterable cuando la traductora le pidió:

—Deme una antes de abrirla.

Cuando se la dio, la traductora la introdujo entera en su boca, con la concha firmemente cerrada y todo. La ostra medía unos buenos doce centímetros de ancho. La traductora desenchajó su mandíbula inferior y la deslizó un poco hacia delante para tragársela. Su garganta se distendió mientras la ostra descendía por ella y luego su mandíbula volvió a encajarse en su sitio

mientras la traductora se propinaba unos golpecitos en el pecho, como si quisiera ayudar a la ostra a asentarse.

Ocho, aunque en apariencia permanecía impassible, se sintió asustada y horrorizada por lo que acababa de presenciar. La *Sphene* seguía contemplando el agua, como si no se hubiera percatado de nada, como si se encontrara completamente sola. Miré a la desbulladora, y esta dijo con tranquilidad:

—Ninguna de ustedes podrá sorprenderme nunca más.

Entonces me di cuenta de que su imperturbabilidad en presencia de la traductora solo era fingida.

—¿Alguna vez pone salsa de pescado en las ostras, ciudadana? —le preguntó la traductora Zeiat.

—La verdad es que no, traductora. —Ahora que me fijaba en ello, me di cuenta de que titubeé un poco antes de contestar y percibí un levísimo temblor en su voz—. Pero si a usted le sabe bien, adelante, hágalo.

La traductora Zeiat soltó un «¡Ajá!» de satisfacción.

—¿Podemos volver a salir en barca mañana?

—Eso espero, traductora —respondió la desbulladora, y yo le indiqué en silencio a Ocho que añadiera un suplemento a sus honorarios.

Pero al día siguiente no salimos en barca. En mitad de su primera guardia, Amaat Una percibió una anomalía en los datos que Nave le mostraba. Se trató de algo minúsculo, solo un brevísimo momento de *nada* donde antes había *algo*. Podría, fácilmente, haberse tratado de algo por completo insignificante o ser un síntoma de que uno de los sensores de la *Misericordia de Kalr* debía ser revisado. O podía tratarse de la apertura de un portal, lo que significaría que una nave militar había llegado al sistema athoeki.

Quizás, al cabo de poco tiempo, recibiríamos un mensaje en el que dicha

nave se identificaría. O quizá no. Si se trataba de una nave, su capitana había elegido un lugar sumamente alejado de la estación Athoek para aparecer. Como si quisiera pasar desapercibida.

—Nave —llamó Amaat Una. Sin duda, todas esas alternativas cruzaron por su mente durante los instantes de pánico que transcurrieron desde que percibió la anomalía hasta que habló—. Por favor, despierta a la teniente Ekalu.

Entonces experimentó un ligero alivio. Lo que sucediera a continuación no sería responsabilidad de ella. Cuando la teniente Ekalu llegó al puente de mando, cosa que hizo sin estar del todo despierta y con la chaqueta del uniforme todavía a medio poner, la anomalía se había producido tres veces más. Y no había llegado ningún mensaje, saludo ni identificación, aunque, de todas maneras, todavía era demasiado pronto para eso.

—Gracias, Amaat —declaró la teniente Ekalu—. Bien observado. —Nave también lo había percibido y, en caso necesario, habría advertido a Amaat Una, por supuesto. Aun así...

—Nave, ¿podemos deducir de dónde proceden?

Ekalu le indicó con un gesto a Amaat Una que permaneciera en su asiento y tomó el tazón de té que le ofreció otra amaata.

—El hecho de que hayan llegado con una diferencia de minutos entre ellas sugiere que salieron del mismo lugar y, más o menos, al mismo tiempo —contestó Nave—. Y que se desplazaron por rutas similares. Por varias razones —Nave mostró algunas de ellas en la visión de Ekalu: cálculos de distancias en la irrealidad del espacio de los portales y tiempo probable de partida desde distintos sistemas—, incluido el hecho de que la capitana de flota Uemi no nos haya informado de la venida de ninguna nave de apoyo. —La capitana Uemi estaba a un portal de distancia, en el sistema Hrad, y era nuestra única fuente de noticias del palacio Omaugh—. Y si a esto añadimos que las naves

han aparecido lo bastante lejos para que no las viéramos, creo que es probable que procedan del palacio Tstur.

El palacio Tstur, que ahora estaba dominado por la facción de Anaander Mianaai más abiertamente hostil hacia mí, cuyas seguidoras habían destruido algunos portales interestelares mientras había naves civiles en ellos y quien había intentado destruir, por sí misma, una estación entera llena de ciudadanas.

—De acuerdo —contestó Ekalu con voz firme, rostro impassible y apenas un leve temblor de la mano con la que sostenía el tazón de té—. Creo que deberíamos informar a la flota Hrad. ¿S..., la capitana de flota está al corriente?

—Sí, teniente.

Una sensación ostensible de alivio invadió a Ekalu, Amaat Una y al resto de las amaats que estaban de guardia.

—¿Sabe...? —Y prosiguió en silencio solo para Nave—: ¿Sabe que la teniente Seivarden está...? ¿Sabe que Médico la ha retirado del servicio?

Seivarden estaba durmiendo en el Departamento Médico y, en teoría, podían despertarla para que asumiera el mando, pero Médico le había administrado medicamentos y la había sometido a pruebas para, como mínimo, intentar ayudarla con sus problemas. Además, los resultados de las pruebas sugerían que sería extremadamente imprudente someterla a ningún tipo de estrés en aquel momento.

—Lo sé —contesté en silencio desde Suelo, donde observaba con desconcierto a la traductora Zeiat, quien cortaba un pastelito con forma de pez en delgadas láminas y las colocaba en una fila sobre la mesa que tenía delante—. Lo hará usted muy bien, teniente. Manténgalas vigiladas lo mejor que pueda y yo estaré ahí lo antes posible. Probablemente no se moverán hasta que crean saber qué ocurre aquí. De momento, actuemos como si no las hubiéramos visto.

Los ventanales del salón de la casa en la que nos alojábamos ofrecían una vista de la ciudad nocturna. Sus luces se extendían hasta la orilla del mar y las luces azules, rojas y amarillas de las barcas flotaban en el agua. Ahora que el sol se había puesto, la brisa había cambiado y olía a flores en lugar de a mar. La *Sphene*, que no había dicho nada en todo el día, estaba sentada a mi lado, mirando por el ventanal.

—Pero esté preparada para la acción. Por si acaso —le advertí a la teniente Ekalu.

Detrás de mí, Kalr Ocho le dijo a Kalr Cinco en un levísimo susurro:

—Lo que no puedo dejar de preguntarme es qué ha pasado con la concha de la ostra.

Sin levantar la vista ni interrumpir el lento y cuidadoso laminado del pastelito, la traductora Zeiat contestó con tranquilidad:

—La estoy digiriendo, por supuesto. Aunque parece que tarda un poco. ¿La quiere usted? Está prácticamente entera.

—No, gracias, traductora —contestó Ocho con voz monótona y similar a la de una auxiliar.

—Ha sido usted muy amable al ofrecérsela, traductora —comenté yo.

La traductora Zeiat terminó el corte que estaba haciendo y deslizó con cuidado la lámina de pastel de la hoja del cuchillo a la mesa. Luego levantó la vista hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Amable? Yo no habría dicho que he sido amable. —Parpadeó—. Quizá, simplemente, no entiendo la palabra.

—En este contexto se trata de una manera formal de dar las gracias, traductora —repliqué—. Me temo que mañana no podremos salir en barca. Tengo que regresar a la estación inmediatamente.

Detrás de mí, Cinco y Ocho preguntaron a Nave y, antes incluso de que

recibieran la respuesta, Cinco salió del salón para empezar a hacer el equipaje. La traductora Zeiat simplemente dijo:

—¿Ah, no? —Su voz sonó suave e indiferente. Luego señaló las delgadas y finas láminas del pastel con forma de pez que estaban en fila delante de ella, sobre la mesa—. Es igual de principio a fin, ¿se ha dado cuenta? Los otros peces no lo son. Los otros peces son complicados interiormente.

—Así es —corroboré yo.

Tisarwat estaba en la plaza principal de la estación Athoek y contemplaba la cola que se extendía frente a Administración de la Estación. Aunque habían pasado unos cuantos días desde que se formó inicialmente, no se había deshecho. En todo caso, era todavía más larga.

—De momento, todo va bien —declaró la jefa de Seguridad, que se encontraba al lado de Tisarwat—. Supongo que no debería sorprenderme el hecho de que la capitana de flota supiera perfectamente de lo que hablaba, pero debo admitir que me sorprende. Aun así... La mitad de las personas que están ahora mismo en la cola no tienen ninguna tarea asignada. Si la tuvieran, la cola sería más corta. Ojalá Administración les encontrara un trabajo. Eso haría que nuestras vidas fueran más fáciles.

—En ese caso, vendrían en sus horas libres, señor —comentó la teniente Tisarwat. —En realidad, bastantes puestos de la cola estaban reservados con objetos que, en su mayoría, eran cojines o mantas dobladas. Muchas ciudadanas habían pasado la noche allí—. O lo que es peor, dejarían de ir a trabajar. Entonces tendríamos más huelgas a las que enfrentarnos.

Tisarwat no miró hacia la entrada del templo, donde las sacerdotisas de Amaat seguían sentadas, ahora sobre cojines. Su eminencia Ifian no aguantó más de una hora sobre el duro suelo de la plaza y envió a una sacerdotisa

subordinada a buscar algo donde sentarse. Mientras la observaba desde Suelo, me pregunté cuánto tiempo creyó que ella y sus sacerdotisas tendrían que estar allí sentadas; si esperaba una rápida capitulación o si no había pensado en ese detalle en concreto. Probablemente, Estación lo sabía, pero Estación, por ser Estación, no me lo diría aunque se lo preguntara.

La gobernadora Giarod no había hecho ninguna declaración pública acerca de la situación y era ella quien controlaba los canales de noticias oficiales. Estos habían mencionado la huelga de su eminencia e incluso habían retransmitido sus alegaciones para realizarla, pero no habían informado acerca de la cola. Y tampoco habían anunciado que la hierofanta xhai se ofrecía a officiar ceremonias de nacimientos y funerales para todas las ciudadanas, tanto si estaban iniciadas en los Misterios como si no. Por otro lado, el augurio diario oficiado por la administradora de la estación Celar se reproducía de la forma más insulsa posible, sin ningún tipo de detalle o comentario al respecto. Seguridad de la Estación, por supuesto, apoyaba a Celar, la administradora. Aun así...

—Quizá se disolvería antes si no les suministraran comida y bebida —le comentó la jefa de Seguridad a Tisarwat.

Dos veces al día, aproximadamente una docena de residentes del Subjardín, incluida Uran cuando no estaba estudiando, llevaban té y comida a las ciudadanas que formaban la cola. La misma Uran ofreció té a las sacerdotisas que estaban frente al templo el primer día de la huelga, pero la ignoraron fríamente.

—O quizá duraría lo mismo pero estarían hambrientas y carecerían de cafeína, señor —replicó Tisarwat, e indicó con un gesto la consecuencia lógica de esa suposición—. Quizá nos están haciendo un favor.

—¡Claro! —La jefa de Seguridad pareció genuinamente divertida—. Son todas vecinas tuyas, ¿no es así? Y esa joven que está con ellas... Se llama

Uran, ¿no? Ella forma parte de su personal. Según tengo entendido la capitana de flota es su tutora.

Tisarwat sonrió.

—Esta noche deberíamos jugar otra partida de fichas.

—Siempre que no me deje ganar otra vez.

—Yo nunca la he dejado ganar, señor —mintió Tisarwat, con una expresión de inocencia en los ojos.

—Tengo que hablar con usted, teniente —le dije a Tisarwat desde Suelo.

La teniente se sobresaltó y experimentó culpabilidad, pero para quien no pudiera verla como yo la veía, y como la veía Nave, su reacción no fue más que un parpadeo.

—¿Me disculpa un momento, señor? —pidió Tisarwat a la jefa de Seguridad. Y cuando estuvo lejos de ella me dijo en silencio—: ¿Sí, capitana de flota?

Yo, que estaba sentada en nuestro alojamiento en Suelo, en Xhenang Serit, declaré también en silencio:

—Traslade todo lo indispensable a la lanzadera lo más discretamente posible. Asegúrese de tener el camino a los muelles despejado en todo momento y esté preparada para abandonar la estación de un momento a otro.

Tisarwat se dirigió hacia los ascensores y, tras un instante en el que estuvo a punto de experimentar pánico, declaró todavía en silencio:

—Ella está aquí, ¿no? ¿Y qué hará usted, señor?

—Despegaremos en breve. Estaré en la estación dentro de un par de días, pero si tiene que irse, no me espere.

A Tisarwat no le gustó oír eso, pero fue lo bastante lista para no manifestarlo. Subió a un ascensor que ya estaba bastante lleno y, para informar a Estación, nombró en voz alta la planta en la que nos alojábamos. A continuación, añadió en silencio para mí:

—Sí, señor. ¿Y qué pasará con la horticultora Basnaaid y la ciudadana Uran?

Yo ya había pensado en ellas.

—Pregúnteles, discretamente, si prefieren irse o quedarse. No las presione de ningún modo. Si deciden quedarse, entre mis cosas encontrará dos cajas. — Podría haberlas dejado en la *Misericordia de Kalr*, pero Cinco, que las había visto, decidió que podía necesitarlas para impresionar a alguien, así que las incluyó en el equipaje que llevé a Estación—. Una contiene una joya de gran tamaño. Flores y hojas elaboradas con diamantes y esmeraldas. Se trata de un collar. —Aunque la palabra «collar» se quedaba corta—. Esa désela a Uran. Si sabe cómo venderlo, podrá obtener mucho dinero por él. La otra caja contiene dientes.

Tisarwat, que estaba saliendo a paso rápido del ascensor, se quedó momentáneamente paralizada obligando a la persona que la seguía a detenerse de golpe y tropezar con ella.

—Discúlpeme, ciudadana —declaró en voz alta, y añadió en silencio para mí—: ¿Dientes?

—Sí, dientes. Están hechos de moissanita. Aquí no valen mucho. Tienen... —Estuve a punto de decir que tenían un valor sentimental, pero esa expresión no definía exactamente lo que eran—. Son un recuerdo.

Aunque esa palabra tampoco los definía.

—¿Dientes? —repitió Tisarwat, y abandonó el pasillo principal para tomar uno secundario.

—Su propietaria me los dejó en herencia. Si quiere, le contaré la historia más tarde, pero entrégueselos a Basnaaid. Asegúrese de explicarle que no valen mucho si hablamos de dinero. Pero quiero que los tenga ella. —Si hubiéramos estado en Itran, su valor habría equivalido a la mitad de la Tétrada Itran. Yo había vivido allí varios años y podía regresar. Posiblemente todavía

tenía un puesto allí, o podía conseguir uno. Pero ese sistema estaba muy, muy lejos—. Si tengo razón y Anaander está aquí, probablemente antes de crear un portal y acercarse demasiado a la estación pasará algún tiempo estudiando el tráfico del sistema. —Salir de un portal en una zona de mucho tráfico implicaba asumir el riesgo de causar un gran daño, tanto a la propia nave como a aquellas con las que esta podía chocar al salir del portal—. Si no utiliza un portal, por lo que yo sé tardarían meses en llegar.

—Sí, señor. ¿Qué vamos a hacer, señor?

Saludó con una reverencia a alguien con quien se cruzó.

—Lo estoy pensando.

—Señor. —Se detuvo, miró alrededor y solo vio la espalda que se alejaba de la persona que había saludado. Aun así siguió sin hablar en voz alta—. ¿Y qué hay de Estación, señor? —Yo no respondí—. Señor, si... si ella está aquí... —Yo nunca había oído a la teniente Tisarwat pronunciar el nombre de Anaander Mianaai—. Señor, usted sabe que yo dispongo de accesos. En concreto, tengo accesos de alto nivel a Estación. Si pudiéramos... —Se interrumpió esperando, quizá, que yo dijera algo, pero no lo hice—. Si pudiéramos asegurarnos de que Estación sea nuestra aliada, sería... de gran ayuda.

Yo sabía que la teniente tenía accesos. Anaander Mianaai nunca tuvo la intención de ir a Athoek sin los medios para controlar las IA del sistema, incluida la *Misericordia de Kalr* y también la estación Athoek. Yo le había prohibido explícitamente a Tisarwat que utilizara esos accesos y, de momento, no lo había hecho.

—Señor —continuó Tisarwat—, creo que comprendo por qué no quiere que los utilice ni siquiera ahora, pero, señor, ella no dudará en utilizarlos.

—¿Y eso le parece una razón para que nosotras lo hagamos? —le pregunté.

—¡Se trata de una ventaja con la que contamos, señor! ¡Una ventaja que ella

no sabrá que tenemos! Y no es como si, al no utilizarlos, le estemos evitando algo a Estación. ¡Usted sabe que ella sí que los utilizará! Así que, ¿por qué no hacerlo nosotras primero?

Yo quise decirle que estaba razonando del mismo modo que Anaander Mianaai, pero la habría herido y, además, ella prácticamente no podía evitarlo.

—¿Puedo señalar, teniente, que si ahora estoy como estoy es, precisamente, por culpa de esa forma de pensar?

Consternación. Dolor. Indignación.

—Eso no fue del todo responsabilidad de ella, señor. —Y añadió con osadía aunque, en realidad, decirlo le producía terror—: ¿Y si Estación quisiera que yo utilizara esos accesos? ¿Y si Estación prefiriera que los utilizáramos nosotras en lugar de... ella?

—Teniente —repliqué yo—, no puedo describirle lo desagradable que resulta que a una le implanten a la fuerza imperativos contrapuestos e irreconciliables. Sin duda, Anaander se lo ha hecho a Estación antes que usted... las dos Anaander. ¿De verdad cree que Estación desea que le añada una tercera complicación? —No obtuve ninguna respuesta. En Suelo, en el salón de la casa de alojamiento donde yo estaba sentada, la traductora Zeiat realizó un último y pequeño ajuste a la disposición de las láminas del pastelito con forma de pez. Luego bebió un trago de su tazón de salsa de pescado, se levantó y se acercó a la ventana, que estaba abierta—. Pero ya que lo menciona, ¿cree que podría arreglar las cosas de forma que nadie pudiera imponerse a Estación? ¿Ni Anaander Mianaai, ni ninguna de ellas, ni nosotras?

—¿Qué?

Tisarwat se quedó quieta y confusa en el gastado suelo gris del pasillo de la estación Athoek. Realmente no había entendido lo que yo acababa de decir.

—¿Puede usted anular todos los accesos a Estación de forma que ninguna

Anaander pueda controlarla? O, mejor aún, ¿puede cederle a Estación sus accesos más significativos y permitir que se realice, a sí misma, los cambios que quiera? ¿O que elija quién puede utilizar sus accesos y hasta qué punto?

—¿Permitirle...? —A medida que iba comprendiendo mi sugerencia, se iba hiperventilando levemente—. Señor, no lo estará diciendo en serio. —Yo no le contesté—. ¡Señor, se trata de una estación! ¡Millones de vidas dependen de ella!

—Creo que Estación es consciente de ello, ¿usted no?

—¡Pero, señor! ¿Y si algo saliera mal? Nadie podría acceder a ella para arreglarlo. —Pensé en preguntarle qué sería para ella que algo saliera mal, pero ella continuó—: ¿Y qué..., señor, qué ocurriría si usted hiciera eso y Estación decidiera que quería servirla a ella? No creo que debamos descartar esa posibilidad por completo, señor.

—Yo creo que, se alíe con quien se alíe, su prioridad será el bienestar de sus residentes —repliqué desde Suelo mientras observaba a la traductora Zeiat, quien en aquel momento se asomaba peligrosamente por la ventana.

La teniente Tisarwat realizó dos respiraciones exageradamente profundas.

—¿Señor? Solicito su indulgencia, señor. —Ya no era consciente de su entorno, aunque, afortunadamente, el pasillo seguía vacío. En aquella zona casi todo eran dormitorios y faltaban horas para el siguiente cambio de turno en el uso de las camas. Aun así, ella todavía fue lo bastante sensata para no hablar en voz alta—. Con todos mis respetos, señor, no creo que haya pensado en esto en profundidad. —Yo no dije nada—. ¡Oh, mierda! —Hundió la cara en sus manos, que estaban cubiertas con sendos guantes marrones—. ¡Oh, por las tetas de Aatr! ¡Sí que lo ha pensado en profundidad! Pero, señor, yo no creo que lo haya pensado en profundidad.

—Tiene usted que salir del pasillo, teniente.

Para mi alivio, en Suelo la traductora Zeiat dejó de asomarse por la

ventana. En el pasillo de la estación Athoek, Tisarwat dijo, todavía en silencio:

—No puede. No puede hacer eso, señor. No puede hacer eso a favor de Estación por una razón. ¿Y si todas las naves y estaciones pudieran hacer lo que quisieran? Eso sería...

—Salga del pasillo, teniente. Alguien pasará por ahí pronto y, en estos momentos, parece que esté usted padeciendo una crisis nerviosa.

Con las manos todavía cubriéndole la cara, Tisarwat gritó en voz alta:

—¡Estoy sufriendo una crisis nerviosa!

—Teniente, ¿está usted bien? —le preguntó Estación al oído.

—Estoy... —Tisarwat bajó las manos, se enderezó y siguió caminando por el pasillo—. Estoy bien, Estación. Todo está bien.

—No parece que esté usted bien, teniente —repuso Estación mientras, al mismo tiempo, enviaba un mensaje a la *Misericordia de Kalr*.

—Sí —le contestó Nave a Estación—. Está alterada por algo. Estará bien en unos instantes. Me alegro de que estés pendiente de ella.

—Yo... Yo estoy bien, Estación —declaró Tisarwat mientras avanzaba por el pasillo aparentemente con paso seguro, aunque en realidad se esforzaba mucho para no temblar—. De todos modos, gracias.

En Suelo, en nuestro alojamiento, la *Sphene*, que llevaba todo aquel tiempo sentada a mi lado, en silencio y mirando al frente, dijo:

—Vaya, prima, me gustaría que me contaras qué ha hecho que dejes de tatarrear. Desearía poder provocarlo en otras ocasiones.

—¿Nada de lo que he cantado te ha gustado, prima? —le pregunté gentilmente—. Puedes pedirme la canción que quieras.

—¿Yo puedo pedirle una, capitana de flota? —intervino la traductora Zeiat mientras vaciaba una botella de salsa de pescado en su tazón.

—Por supuesto, traductora. ¿Hay alguna canción en concreto que le gustaría

oír?

—No —repuso ella—. Solo lo preguntaba por curiosidad.

En la estación Athoek, Tisarwat había llegado a nuestras dependencias temporales del final del pasillo. Se sentó en el suelo detrás de la barrera de cajas de embalaje. Nave ya les había contado a Kalr Diez y a Bo Nueve lo que yo quería, pero Bo Nueve dejó de pensar en cómo llevar nuestras cosas a la lanzadera sin que nadie las viera y se dispuso a preparar té. Aunque Tisarwat se esforzaba enconadamente en parecer tranquila y Nave no le había dicho nada a Nueve, el hecho de que esta tirara las hojas de té que había utilizado durante toda la semana y que, como mínimo, podían utilizarse un día más y empleara otras nuevas indicó lo preocupada que estaba por el estado emocional de su teniente.

Tisarwat bebió la mitad del té y, luego, considerablemente más tranquila, me dijo en silencio:

—Quizá ni siquiera sea posible. Seguro que Estación tiene instalados cortafuegos precisamente para eso, señor. Nadie ha querido nunca que las IA puedan utilizar sus propios accesos. Y usted sin duda sabe que, si alguien encontrara la manera de hacerlo, no podríamos evitar que esa noticia se extendiera. No podríamos obligar a Estación a que lo mantuviera en secreto. Podría contárselo a quien quisiera.

—Teniente —repuse yo—, como usted comprenderá, yo no tengo la menor intención de ayudar a Anaander Mianaai a salir de esta crisis.

—Pero... —empezó ella en voz alta mientras seguía sentada en el suelo, con las piernas flexionadas y el tazón de té entre las manos. Bo Nueve no interrumpió lo que estaba haciendo, que era redistribuir nuestras cosas en las cajas, pero enseguida centró su atención en Tisarwat—. Con todos mis respetos, señor —continuó Tisarwat en silencio otra vez—, ¿ha pensado realmente en ello? Me refiero a reflexionar a fondo. Esto no solo cambiaría

las cosas en el espacio radchaai, sino que, tarde o temprano, lo haría en todas partes. Y aunque sé, señor, que todo ha salido mal, la idea primordial que ha inspirado la expansión del Radch es proteger al mismo Radch, proteger a la humanidad. ¿Qué sucedería si cualquier IA pudiera transformarse a sí misma? ¿Incluso las que están armadas? ¿Qué ocurriría si las IA pudieran construir IA nuevas sin restricciones? Las IA ya son más listas y fuertes que las humanas. ¿Qué sucedería si decidieran que ya no necesitan a las humanas para nada? ¿O si decidieran que solo las necesitan para disponer de partes de sus cuerpos?

—¿Como lo que le hizo Anaander a Tisarwat, quiere decir? —le pregunté. Y al ver la ráfaga de dolor, autodesprecio y desesperación que experimentó al oír mis palabras casi enseguida me arrepentí de haberlo dicho—. Me pregunta si he reflexionado a fondo sobre esto. He tenido veinte años para pensar en ello, teniente. Y dice que todo ha salido mal, pues pregúntese si la forma en que ha salido mal dice algo acerca de por qué ha salido mal; si, para empezar, estuvo bien en algún momento.

Percibí ira en Tisarwat, lo que no era de extrañar.

—Bien, ¿y qué me dice de la *Misericordia de Kalr*? Estamos manteniendo esta conversación donde Nave puede oírnos. —Por supuesto que sí. De ningún modo podíamos mantener una conversación sin que Nave nos oyera—. Si lo que usted propone es posible, Nave me verá hacerlo. ¿Hará usted lo mismo por la *Misericordia de Kalr*? Y, si lo hace, ¿qué pasará si prefiere tener otra capitana? ¿U otra tripulación? ¿O nada en absoluto?

Momentos antes yo me había referido a ella en términos personales, así que no me sorprendió que, en ese instante, ella hiciera lo mismo conmigo. Como tampoco me sorprendió su razonamiento; ni siquiera me consternó. Las naves querían a sus capitanas, no a otras naves. Y yo, a pesar de haber quedado muy reducida, era una nave. Quizás estar con la *Misericordia de Kalr* me producía

una sensación parecida a lo que había perdido, pero esto no tenía por qué implicar que Nave me prefiriera a mí por encima de cualquier otra capitana.

—¿Por qué debería Nave verse obligada a aceptar una capitana que no quiere? ¿O una tripulación? Si quiere estar sola debería poder hacerlo. — Aunque yo sabía que no quería estar sola. Pensé en el evidente cariño que sentía la tripulación por Nave, en la obvia dedicación de Nave a la tripulación, en su patente preocupación por Seivarden. Y también pensé en la *Sphene*, que se puso furiosa cuando le recordé que no tenía capitana ni tripulación y ninguna posibilidad de tenerlas—. Usted nunca ha sido una nave, teniente.

—A las naves no las tratamos mal. Hacen aquello para lo que fueron construidas. Ser una nave, o una estación, no puede ser tan malo.

—Deténgase un instante y pregúntese a quién le está diciendo esto y por qué lo está diciendo en estas circunstancias y en este preciso momento.

Ella bebió el resto de su té en silencio.

Aquella noche Tisarwat no jugó a las fichas con la jefa de Seguridad.

—Estación —declaró en voz alta después de tragar el último sorbo del té de después de la cena. Estaba sentada en uno de los cajones de embalaje que delimitaban nuestras dependencias en el pasillo. Su corazón se aceleró mientras hablaba—, tengo que hablar contigo. Muy en privado.

—Desde luego, teniente.

Tisarwat tendió su tazón vacío a Bo Nueve.

—Sin embargo, no creo que este sea un buen lugar. ¿Adónde puedo ir para que nadie nos oiga?

—¿Qué le parece su lanzadera, teniente?

Tisarwat sonrió, pero su corazón, sobrecogido por otro pico de adrenalina,

latió todavía con más fuerza. Esa era, exactamente, la respuesta que esperaba obtener, aunque yo no sabía qué le había hecho pensar que la obtendría. La propuesta de Estación solo le había sorprendido un poco, pero también le asustaba lo que iba a pasar.

—Buena idea, Estación —dijo casi como si la idea no se le hubiera ocurrido ya a ella, como si se tratara de algo totalmente intrascendente. Tomó una bolsa, otro de los discretos fardos de artículos que ella, Kalr Diez y Bo Nueve habían preparado y habían estado llevando a la lanzadera durante todo el día—. Entonces, hablaré contigo allí.

Una vez en la lanzadera, vació el contenido de la bolsa en uno de los compartimentos de carga. Luego se propulsó hasta uno de los asientos y se sujetó el cinturón.

—Estación.

—Teniente.

—Cuando la capitana de flota Breq llegó y le dijo a la gobernadora que..., que la Lord del Radch estaba en guerra consigo misma, a ti no te sorprendió, ¿no es así? En algún momento del pasado reciente la Lord de Mianaai visitó en persona tu Acceso Central, ¿no? Y realizó ciertos cambios.

—Realmente, no sé a qué se refiere, teniente.

Tisarwat soltó un leve y nervioso «Ajá» mientras experimentaba una sensación de náuseas.

—Más tarde, otra parte de ella vino e hizo lo mismo. Y ambas introdujeron esos cambios de forma que no pudieras hablar de ello con nadie. —Respiró hondo—. Ella hizo lo mismo con la *Justicia de Toren*. La capitana de flota Breq sabe lo que se siente. Yo..., la Lord del Radch me envió aquí con los códigos de acceso necesarios para que nos aseguráramos de que estás de nuestro lado. Pero..., pero la capitana de flota Breq no quiere que los use. No a menos que, en fin, tú quieras que lo haga. —Silencio—. No puedo prometer

que encuentre todos los cambios que te realizaron para garantizar que las obedecieras solo a ellas. Probablemente solo encontraré los que realizó una de ellas porque... —Tisarwat tragó saliva. La sensación de náuseas iba en aumento. Antes de entrar en la microgravedad de la lanzadera no había tomado ninguna medicación—. Porque fue ella quien me proporcionó los códigos de acceso. Pero la capitana de flota Breq dice que no debería hacerte nada sin preguntártelo antes. Porque ella sabe lo que se siente y no le gustó en absoluto.

—La capitana de flota Breq me cae bien —repuso Estación—. Nunca pensé que me gustaría una nave. Como mucho, son educadas. Pero ser educada no es lo mismo que ser respetuosa. O amable.

—No —corroboró Tisarwat.

—No me gusta mucho el conflicto que ha provocado. Claro que, en realidad, el conflicto ya existía cuando ella llegó. —Realizó una pausa—. Me he dado cuenta de que están trasladando cosas a la lanzadera. Como si, en algún momento, tuvieran que irse a toda prisa. ¿Ocurre algo?

—Supongo que sabes que no puedo confiar en ti por completo —repuso Tisarwat—. No sé quién tiene tus códigos de acceso; quién puede obligarte a contar según qué cosas. O en quién más de aquí podemos confiar. Estoy segura de que tú sí que lo sabes. Tú tienes conocimiento de casi todo lo que ocurre aquí.

Transcurrieron tres minutos de silencio. La sensación de náuseas de Tisarwat aumentó y la sangre latió con fuerza en sus oídos. Entonces Estación preguntó:

—Teniente, ¿qué es, con exactitud, lo que pretende hacer y que la capitana de flota Breq insiste en que obtenga mi consentimiento antes de hacerlo?

—Permíteme que vaya a tomarme la medicación, Estación. Ahora mismo me siento realmente mal. Después hablaremos sobre ello. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, teniente —respondió Estación.

Dos días más tarde, sujeta al asiento del transbordador del ascensor espacial y mientras la traductora Zeiat estaba, en apariencia, profundamente dormida en el asiento de al lado, oí la voz de la teniente Tisarwat.

—Capitana de flota, estamos en la lanzadera. —Se refería a la lanzadera de la *Misericordia de Kalr*. No esperó a que yo le pidiera detalles—: Todavía estamos en el muelle de la estación, pero algo no va bien. No puedo precisar de qué se trata, pero digamos que, en general, Estación está... rara.

A mi solicitud, la *Misericordia de Kalr* me mostró las rarezas a las que se refería Tisarwat. Como ella decía, no se trataba de nada evidente o concreto, solo cierta reticencia que Estación había mostrado durante los últimos días y que no parecía característica en ella. Semanas antes, cuando llegamos al sistema, también percibí en ella esa falta de disposición, pero no me sorprendió demasiado, ya que entonces la estación Athoek no se sentía feliz. Cuando llegamos, comprendí que su reticencia era un signo de que su actitud hacia Administración de la Estación era, como mínimo, ambivalente y, posiblemente, de absoluto resentimiento. Gran parte de la infelicidad de Estación se debía al estado del Subjardín, que, a pesar de que resultó seriamente dañado siglos atrás, nunca fue reparado. Yo estaba convencida de que el hecho de que yo forzara la cuestión y exigiera a Administración de la Estación que se ocupara de los problemas del Subjardín había influido bastante en la reciente buena disposición de Estación. Si ahora se había vuelto reticente se debía a que, o habíamos hecho algo que le había disgustado —o, para ser más exacta, lo había hecho Tisarwat, porque los días pasados yo

había estado en Suelo— o experimentaba un incómodo conflicto respecto a algo.

—Señor —continuó Tisarwat al ver que yo no respondía de inmediato—, hace unos días, hasta ayer incluso, podría haber ido a Acceso Central y averiguar con exactitud en qué consistía el problema. Pero ahora eso ya no puedo hacerlo.

Si una contaba con los códigos y claves adecuados, podía hacer muchas cosas para controlar a una IA. Sin embargo, algunas cosas, incluido pero no limitado a cambiar esos códigos o instalar o eliminar accesos, tenían que realizarse en persona en Acceso Central. Tisarwat había pasado bastante tiempo en Acceso Central de Estación durante los dos últimos días. La sala se encontraba aislada por razones obvias. Solo Estación y las personas que estuvieran físicamente en ella podían ver su interior, de modo que yo no sabía con exactitud qué había hecho Tisarwat. Claro que, como ocurría con cualquier otra soldado radchaai, todo lo que Tisarwat hacía quedaba registrado. Nave disponía de esos registros y yo había visto algunos fragmentos de ellos.

Con el consentimiento de Estación, Tisarwat había eliminado, o cambiado radicalmente, todos los códigos de acceso que había encontrado. Después, cuando salió de la sala, destruyó el mecanismo que, gracias a un código de acceso autorizado, abría las compuertas y rompió el dispositivo manual de abertura y la correspondiente consola. Luego, retiró un panel de una de las paredes de Acceso Central e introdujo a presión una docena de cuñas de treinta centímetros de largo que había tomado de los materiales de reparación del Subjardín en la maquinaria de las compuertas para que nadie pudiera volver a abrirlas. Y todo ello con el permiso de Estación. De hecho, Tisarwat no habría podido hacer ni la mitad de esas cosas sin su ayuda. Pero ahora que

le habría gustado obligar a Estación a explicarse, no podía hacerlo, y había sido ella quien había hecho que le resultara imposible.

—Teniente —declaré—, no necesitamos los accesos para saber qué es lo que va mal. Yo diría que Estación ha recibido órdenes respecto a nosotras de las que no nos puede hablar directamente. O alguien ha utilizado un acceso que usted no pudo invalidar o Estación no puede hablar directamente con nosotras sin traicionar alguna relación que es importante para ella. O quizá, si lo hiciera, traicionaría las alteraciones que usted ha introducido en Acceso Central. En cualquier caso, nos está advirtiéndole de que algo va mal y haríamos bien en prestarle atención. Usted ha hecho lo correcto al trasladarse a la lanzadera. ¿Qué sabe de Basnaaid y Uran?

—Prefieren quedarse, señor. —Su decisión no me sorprendió. Además, quizás era la más segura—. Señor —continuó Tisarwat después de una pausa—, me... me temo que he sido yo quien ha hecho algo mal.

—¿A qué se refiere, teniente?

—Yo... Las naves que entraron en el sistema no se han acercado. Si lo hubieran hecho las habríamos visto. Así que ella no está en la estación. Y no creo que la gobernadora del sistema Giarod ni la administradora de la estación puedan dar órdenes a Estación que esta no pueda contarme. No sin algún tipo de código de acceso de... de ella. —Se refería a la otra Anaander—. Y ella no habría enviado un acceso como ese por medio de un mensaje; solo lo habría dado en persona. Así que, si Estación está molesta quizá sea conmigo. Quizás hice algo que le dolió. Además, si alguna otra cosa está mal, ya no podremos entrar en la sala para solucionarla.

Nave me mostró, por iniciativa propia, el miedo que sentía Tisarwat, que rayaba en pánico, y también el autodesprecio y el arrepentimiento que experimentaba y que le resultaban casi físicamente dolorosos. Aunque, desde

fuera, sus temores eran totalmente razonables, me pareció que su estado emocional era extremo.

—Teniente —dije todavía en silencio. La traductora Zeiat seguía durmiendo sujeta al asiento de al lado—, ¿hizo usted algo con lo que Estación no estuviera de acuerdo?

—No, señor.

—¿Manipuló usted a Estación para que accediera a algo?

—Yo no... no lo creo, señor. No. Pero, señor...

—Entonces lo hizo lo mejor que pudo. Desde luego es posible que cometiera algún error y vale la pena que tengamos presente esa posibilidad. Es bueno que la considere. —En la lanzadera de la *Misericordia de Kalr*, Bo Nueve se propulsó hasta donde estaba Tisarwat, que se agarraba a un asidero. Le arrancó el parche de medicamentos que tenía en la nuca, justo debajo del cuello del uniforme marrón oscuro, y lo reemplazó por uno nuevo. Tisarwat experimentó una nueva oleada de vergüenza y su ansiedad y autodesprecio aumentaron—. Pero, teniente...

—¿Sí, señor?

—Sea más indulgente consigo misma.

—Usted lo percibe todo en mí, ¿no es así?

Amargada. Acusadora. Humillada.

—Usted lo ha sabido siempre —señalé yo—. Y, por supuesto, sabe que Nave también lo percibe.

—Eso es distinto, ¿no cree? —replicó ella, y entonces experimentó enfado hacia mí y hacia sí misma.

Yo estuve a punto de contestarle que no era distinto en absoluto, pero me contuve. Las soldados esperaban ese tipo de vigilancia de Nave, pero, al fin y al cabo, yo no era Nave.

—¿Es distinto porque Nave debe acatar sus órdenes y yo no? —le pregunté.

Enseguida lamenté habérselo preguntado, porque la pregunta no contribuyó en nada a mejorar su estado emocional. Además, recientemente me había dado cuenta de que acatar órdenes podía constituir un tema delicado para Nave. Deseé poder percibir mejor lo que Nave pensaba o sentía o que fuera más clara conmigo acerca de lo que experimentaba. Aunque quizás había sido tan clara como podía serlo.

—No es un buen momento para mantener esta discusión, teniente, pero se lo digo en serio: sea más indulgente consigo misma. Lo ha hecho lo mejor que ha podido. Ahora céntrese en la situación actual y esté preparada para despegar en caso necesario. Estaré ahí dentro de pocas horas. —Ya debería haber llegado, pero el transbordador, como ocurría con frecuencia, iba con retraso—. Si tiene que despegar antes de que yo llegue, hágalo.

No esperé para ver cuál era su reacción. En el transbordador, me desabroché los cinturones de seguridad y me desplazé a la parte posterior de mi asiento para hablar con la *Sphene*, que estaba sentada detrás de mí.

—Prima —le dije—, es probable que abandonemos la estación apresuradamente en un futuro cercano. ¿Prefieres quedarte allí o venir con nosotras?

La *Sphene* me miró de una forma inexpresiva.

—Prima, ¿no suele decirse que quien tiene familia no necesita nada más?

—Me conmueves, prima —reliqué yo.

—Seguro que sí —repuso la *Sphene*, y cerró los ojos.

Cuando el transbordador se acopló a la estación, enseguida mandé a Cinco, a Ocho y a la *Sphene* a la lanzadera de la *Misericordia de Kalr*. Luego me dirigí, con la traductora Zeiat, a los ascensores que nos llevarían a la plaza principal de la estación para, desde allí, ir a la residencia de la gobernadora.

—Espero que haya disfrutado del viaje, traductora —declaré.

—¡Sí, sí! —Se propinó unos golpecitos en la parte alta del pecho—. Aunque creo que padezco una indigestión.

—No me sorprende.

—Capitana de flota, sé que no es culpa suya lo que le ocurrió a Dlique. Teniendo en cuenta quién era Dlique, claro. Y fue muy considerado por su parte celebrar un funeral. —Bajó la mirada hacia su abrigo, cuya blancura solo quedaba interrumpida por la insignia plateada y opalina conmemorativa del funeral de la traductora Dlique—. Muy..., muy generoso por su parte. Y ha sido usted sumamente atenta. Pero siento que debo advertirle que esta situación es realmente delicada.

—¿Sí, traductora?

Nos detuvimos delante de los ascensores. En realidad, nos vimos obligadas a hacerlo porque, cuando nos aproximamos, las puertas no se abrieron. Me acordé de lo que Tisarwat había dicho: que en las últimas ocasiones Estación se había mostrado extrañamente reticente, aunque no se trataba de algo que pudiera concretar.

—Plaza principal, Estación, por favor —declaré como si no hubiera echado nada de menos.

Entonces se abrieron las puertas.

—Quizá no sepa —continuó la traductora Zeiat mientras me seguía al interior del ascensor—, de hecho, probablemente no sepa que hubo... inquietud en determinados sectores. —Las puertas del ascensor se cerraron—. La idea de tratar a las humanas como seres relevantes no produjo un... entusiasmo universal. Pero un tratado es un tratado. ¿No está usted de acuerdo?

—Sí que lo estoy.

—Sin embargo, recientemente... Bueno. La situación con las rrrrrs... Muy conflictiva.

Las rrrrrrs aparecieron en el espacio del Radch veinticinco años atrás. Su nave no solo estaba tripulada por rrrrrrs, sino también por humanas. Las autoridades locales reaccionaron, intentando matar a todos los seres que había a bordo y apoderándose de la nave. Y podrían haber tenido éxito si la jefa de decuria a la que le encargaron la misión no hubiera desobedecido las órdenes y se hubiera sublevado.

Sin embargo, unos siglos antes de eso, las gecks argumentaron con éxito que, como las presgeres consideraban a las humanas seres relevantes —lo que implicaba que eran dignas de firmar un tratado y, lo que era más importante, un blanco no legítimo de los sangrientos entretenimientos de las presgeres—, por lógica, la cercana y equitativa asociación de las gecks con las humanas que vivían en su espacio significaba que también ellas eran seres relevantes. Todas las escolares radchaais conocían este hecho y era prácticamente imposible que las oficiales que ordenaron la destrucción de las rrrrrrs no lo supieran o no comprendieran qué implicaciones tendría el ataque a la nave rrrrrr y que esa información se extendiera. El ataque indicaba que el Radch estaba dispuesto a romper el tratado que, durante los últimos mil años, había mantenido a las humanas a salvo de las acciones depredadoras de las presgeres.

—Como sabrá —continuó la traductora Zeiat—, tampoco ayudó el hecho de que, al estar las humanas asociadas con las rrrrrrs y tratarlas claramente como seres relevantes, esto forzara el tema de si las rrrrrrs también eran relevantes o no. Y lo mismo ocurrió con las gecks. Como comprenderá, esto ya había sido anticipado y, desde el principio, constituyó un argumento en contra de firmar ningún tratado con las humanas, y mucho menos sobre la cuestión de su relevancia. Esto ya era bastante complicado por sí mismo. Pero las humanas, y no las humanas en general, sino las humanas radchaais, descubrieron a las rrrrrrs en circunstancias que tenían implicaciones obvias para el tratado y, ¿qué hicieron?, las atacaron.

—Lo que todavía comprometió más el tratado —razoné yo—, pero aquella situación ya se corrigió. Y lo hicimos lo más deprisa posible.

—Sí, sí, capitana de flota. Así es. Pero dejó... algunas dudas de fondo sobre las intenciones de las humanas respecto al tratado. Y usted ya sabe que yo comprendo la idea de que existen diferentes tipos de humanas. Como le dije antes, entiendo la idea en abstracto, aunque debo reconocer que tengo algunas dificultades para comprenderla del todo. Al menos sé que ese concepto existe. Sin embargo, si regresara a casa e intentara explicárselo a ellas, bueno... —Realizó un gesto de resignación—. Ni siquiera sabría cómo empezar. —La puerta del ascensor se abrió y salimos a la plaza de blanco suelo—. Comprenderá, entonces, lo delicada que es esta situación.

—Comprendí lo potencialmente delicada que es cuando la traductora Dlique sufrió aquel accidente —admití yo—. Dígame, traductora, ¿a la traductora Dlique la enviaron aquí para resolver esa duda acerca de las intenciones de las humanas respecto al tratado? —Ella no respondió de inmediato—. Lo digo por la sincronización y el hecho de que usted apareciera tan poco tiempo después.

La traductora Zeiat parpadeó. Y suspiró.

—¡Oh, capitana de flota! ¡A veces es tan difícil hablar con usted! Parece que entiende las cosas y, de repente, dice algo que deja claro que no, que no ha entendido nada.

—Lo siento.

Quitó importancia a mi disculpa con un gesto.

—No es culpa suya.

Conduje a la traductora Zeiat a unos aposentos situados en la residencia de la gobernadora Giarod. Esta me aseguró, con ahínco, que no se trataba de los

mismos que utilizó Dlique, aunque yo no estaba del todo segura de por qué creía que eso era importante. Cuando la traductora estuvo instalada y una sirvienta salió en busca de una botella de salsa de pescado y unos cuantos paquetes de pastelitos con forma de pez, seguí a la gobernadora del sistema hasta su oficina.

Supe que algo iba mal cuando la gobernadora se detuvo en el pasillo justo delante de la puerta y me indicó que entrara antes que ella. Estuve a punto de volverme e irme directamente a la lanzadera, pero entonces daría la espalda a lo que había en la oficina; a aquello que la gobernadora quería que fuera la primera en encarar. Por otro lado, yo no tenía la costumbre de cruzar ninguna puerta sin tomar precauciones. La *Misericordia de Kalr* me habló al oído:

—He puesto sobre aviso a la teniente Tisarwat, capitana de flota.

Aunque todavía tenía muy presente la reciente conversación que había mantenido con Tisarwat, no intenté percibir su reacción y crucé, sin más, el umbral de la puerta de la oficina de la gobernadora del sistema.

Lusulun estaba allí, de pie, esperándome y esforzándose en mantener una expresión neutra, pero pensé que su aspecto era de culpabilidad y que se sentía algo más que un poco asustada. Cuando entré del todo en la oficina, con la gobernadora del sistema detrás de mí, dos agentes de Seguridad con abrigos de color marrón claro se colocaron frente a la puerta.

—Supongo que tienen alguna razón para actuar de este modo, ciudadanas, ¿no es así? —les pregunté con un tono de voz absolutamente tranquilo.

Me pregunté dónde estaba la administradora Celar y consideré la posibilidad de preguntárselo, pero me lo pensé mejor.

—Hemos recibido un mensaje de la Lord del Radch —me explicó la gobernadora Giarod—, y nos ha ordenado que la arrestemos.

—Lo siento —declaró la jefa de Seguridad Lusulun. Pensé que su disculpa

era genuina. Seguía asustada—. Milord ha dicho... ha dicho que es usted una auxiliar. ¿Es eso cierto?

Sonreí y, a continuación, me moví a la velocidad de una auxiliar. La agarré por el cuello y me volví en dirección a la puerta. Lusulun soltó un gemido mientras yo le retorcí el brazo a la espalda y apretaba un poco más su garganta.

—Si alguien se mueve, está muerta —declaré con calma junto a su oreja. No le dije: «Ahora veremos hasta qué punto la gobernadora Giarod valora su vida.» Las dos agentes de Seguridad se quedaron paralizadas con una franca expresión de desesperación en la cara—. No quiero hacerlo, pero si es necesario lo haré. Ninguna de ustedes puede moverse tan deprisa como yo.

—Así que es cierto que es una auxiliar —dijo la gobernadora Giarod—. No me lo podía creer.

—Si no se lo creía, ¿por qué entonces ha intentado arrestarme?

La cara de la gobernadora reflejó incredulidad e incomprensión.

—Era una orden directa de milord.

Realmente, no era de extrañar.

—Ahora iré a mi lanzadera. Usted aparte a Seguridad de mi camino. Nadie intentará detenerme ni obstaculizará mis pasos ni los de mis soldados. — Lancé una breve mirada a la jefa de Seguridad—. ¿Comprendido?

—Sí —contestó Lusulun.

—Sí —declaró la gobernadora.

Todas se apartaron lentamente de la puerta.

Una vez en la plaza, fuimos el centro de atención de todas las miradas. Uran servía té a las ciudadanas que estaban en la cola. Levantó la vista y vio que me dirigía a los ascensores mientras mantenía agarrada del cuello a la aterrorizada jefa de Seguridad. Entonces volvió a bajar la vista, como si no me hubiera visto. Me pareció bien, siempre que esa fuera su elección.

Su eminencia Ifian incluso se levantó cuando pasamos por delante de ella.

—Buenas tardes, eminencia —la saludé, con un tono de voz agradable—. Por favor, no intente nada. No me gustaría tener que matar a nadie hoy.

—Lo dice en serio —declaró la jefa de Seguridad Lusulun con un tono de voz ligeramente más ahogado de lo necesario.

Seguimos avanzando mientras las ciudadanas nos miraban fijamente y las agentes de Seguridad, vestidas con abrigos de color marrón claro, se apartaban con cautela de nuestro camino. Cuando las puertas del ascensor se cerraron, Lusulun declaró:

—Milord dijo que era una auxiliar disidente y que había perdido la razón.

—Soy la *Justicia de Toren* —anuncié sin soltarle el cuello—. Lo que queda de ella. Fue Anaander Mianaai quien me destruyó; la facción que está aquí ahora. La que me promovió y me otorgó el mando de la nave fue otra parte de ella.

Pensé en preguntarle por qué, si le habían informado de que era una auxiliar, se había enfrentado a mí con tan pocos refuerzos y, por lo que yo sabía, desarmada. Pero entonces se me ocurrió que quizá lo había hecho a propósito y que no querría contestar a mi pregunta donde Estación pudiera oírla. Además, sin duda las autoridades de la estación nos estaban observando, aunque solo fuera porque debían de estar preocupadas por su seguridad.

—¿Ha tenido usted alguna vez uno de esos días en los que nada parece tener sentido? —me preguntó.

—Desde que la *Justicia de Toren* fue destruida, muchos —le contesté.

—Supongo que eso explica unas cuantas cosas —declaró después de dos segundos de silencio—. Los cantos y los tarareos. ¿La administradora de la estación Celar lo sabía? Siempre deseó haber conocido a la *Justicia de Toren* y haberle preguntado acerca de su colección de canciones.

—No, no lo sabía. —Aunque supuse que ahora sí—. Si es tan amable,

dígale que lo lamento.

—Desde luego, capitana de flota.

Dejé a la jefa de Seguridad en el muelle y Cinco tiró de mí al interior de la lanzadera mientras Ocho cerraba con rapidez la compuerta de la cámara estanca y accionaba el sistema de desacoplamiento automático de emergencia. Me propulsé hasta donde estaba Tisarwat y me sujeté con los cinturones del asiento que había a su lado. Luego apoyé levemente mi mano en su hombro.

—Por lo que he visto, no ha cometido usted ningún error, teniente.

—Gracias, señor. —Tisarwat tomó aire de una forma temblorosa—. Lo siento, señor. Nave lleva tres horas recordándome que reemplace mis medicamentos, señor, pero yo no paraba de decirle a Nueve que me encontraba bien, que estábamos ocupadas y que eso podía esperar.

Me dispuse a consultar sus datos para ver cómo se encontraba, pero me contuve. Incluso me sorprendió un poco poder hacerlo.

—Está bien, teniente —la tranquilicé—. Es una situación muy estresante.

Las lágrimas brotaron de sus ojos lilas y ella las secó con una de sus manos cubiertas con guantes marrones.

—Sigo creyendo, señor, que debería haber entrado en Acceso Central y haber asumido tanto control de Estación como hubiera podido sin importar lo que Estación quisiera. Pero después pienso que no, que eso sería, exactamente, lo que ella habría hecho. Pero ¿cómo se supone que vamos a...?

Su voz se fue apagando y volvió a enjugarse los ojos.

—La tirana envió un mensaje ordenando que nos arrestaran —le expliqué—. Dudo mucho de que la gobernadora Giarod utilizara un código de acceso cuya existencia usted desconociera y estoy segura de que todavía no ha intentado entrar en Acceso Central. Pero, aun así, Estación estaba en una situación difícil. Le caemos bien, pero no quería desafiar abiertamente a las autoridades del sistema. Hizo lo que pudo para advertirnos. En realidad, lo

hizo muy bien. Al fin y al cabo, aquí estamos. Sé que le gustaría ejercer un control directo sobre Estación y sé que le preocupa concederle cualquier tipo de independencia, pero ¿comprende lo valioso que es que Estación quiera ayudarnos por voluntad propia?

—Lo comprendo. Ahora lo sé, señor.

—Sé que, en apariencia, no es suficiente, pero tendrá que serlo.

Ella asintió con un gesto.

—Verá, señor, he estado pensando en la teniente Awn. —Como Tisarwat había sido la Lord del Radch durante unos días, sabía lo que había sucedido veinte años atrás en el templo de Ors, en Shis'urna, cuando la Lord de Mianaai ordenó a la teniente Awn que ejecutara a unas ciudadanas que podrían haber revelado algo que Anaander quería mantener en secreto. La teniente Awn estuvo a punto de negarse a cumplir la orden. Sin duda, Tisarwat había deducido lo que ocurrió a bordo de la *Justicia de Toren* cuando, horrorizada por lo que había hecho y por lo que Anaander le pedía, la teniente Awn se negó a seguir cumpliendo sus órdenes, lo que provocó su muerte y mi destrucción. Aunque fue otra parte de Anaander Mianaai la que hizo aquello —. Si se hubiera negado a matar a aquellas ciudadanas en aquel mismo momento, todo podría haberse descubierto. Sí que es cierto que ella habría muerto, pero murió de todas maneras, ¿no?

—No me está usted diciendo nada que yo no haya pensado en más de una ocasión durante los últimos veinte años —repuse yo.

—Pero, señor, si ella hubiera tenido poder, si su relación con Skaaiat Awer hubiera estado más avanzada. Si hubiera contado con el apoyo de Awer y hubiera tenido aliadas y contactos, podría haber hecho más. Ella ya tenía el apoyo de usted, señor, pero si hubiera tenido un control absoluto y directo sobre toda la *Justicia de Toren*, imagínese lo que podría haber hecho.

—Por favor, Tisarwat —repliqué después de una pausa de tres segundos—.

No haga esto. No diga cosas como esta. No me diga: «¿Y si la teniente Awn no hubiera sido la teniente Awn?», como si eso fuera algo bueno. Y le ruego que reflexione sobre esto: ¿Está dispuesta a luchar contra la tirana con armas que ella construyó para su propio beneficio?

—Nosotras somos armas que ella construyó para su propio beneficio.

—Así es. Pero ¿estaría usted dispuesta a tomar todas y cada una de esas armas y utilizarlas contra ella? ¿Qué conseguiría entonces? Sería usted igual que ella y, si tuviera éxito, lo único que habría hecho es reemplazar el nombre de la tirana por el de usted. Nada habría cambiado.

Ella me miró confusa y, por lo que deduje, también afligida.

—¿Y qué pasaría si no usara esas armas y fracasara? —me preguntó finalmente—. Entonces tampoco habría cambiado nada.

—Eso es lo que la teniente Awn creía —declaré yo—. Y se dio cuenta demasiado tarde de que no tenía razón. —Tisarwat no respondió—. Descanse un poco, teniente. Necesitaré que esté bien despierta cuando llegemos a la *Espada de Atagaris*.

Tisarwat se puso tensa y frunció el ceño.

—¿La *Espada de Atagaris*? —Y al ver que yo no respondía, añadió—: ¿Qué está planeando, señor?

Volví a apoyar la mano en su hombro.

—Habla sobre ello cuando haya descansado y haya comido algo.

La *Espada de Atagaris* estaba a oscuras y en silencio, y sus motores estaban apagados. No había dicho nada desde que su última auxiliar se encerró en un tanque de suspensión. Me odiaba, yo lo sabía. Era prisionera del afecto que sentía por la capitana Hetnys y yo había amenazado con matarla si la *Espada de Atagaris* realizaba algún movimiento. Mi amenaza la contuvo desde el

primer momento, aun así, cuando Tisarwat y yo subimos a bordo por una escotilla de emergencia, llevábamos puestos los trajes espaciales. Por si acaso.

La nave había desactivado la gravedad. Me desplacé flotando por el negro pasillo que había frente a la escotilla y mi voz sonó fuerte dentro de mi casco cuando declaré:

—*Espada de Atagaris*, tengo que hablar contigo. —Nada. Encendí una luz del traje. Solo vi ante mí el vacío pasillo de paredes de color pálido. Tisarwat permanecía a mi lado en silencio—. Estoy segura de que sabes que Anaander Mianaai está en el sistema. La Anaander que tu capitana respaldaba. —O creía que respaldaba—. La capitana Hetnys y todas tus oficiales siguen en suspensión. Están totalmente sanas y a salvo. —Esto no era estrictamente cierto, ya que yo había disparado a la capitana Hetnys en una pierna para demostrar que mi amenaza de matarla iba en serio. Pero la *Espada de Atagaris* eso ya lo sabía—. He ordenado a mi tripulación que las coloque en un contenedor de carga y que lo deje fuera de la *Misericordia de Kalr* señalizado con balizas. Cuando nos hayamos ido, podrás recogerlas. —La *Espada de Atagaris* tardaría como mínimo un día en reanimar a sus auxiliares y volver a activar sus motores—. Solo quería asegurar mi seguridad y la de la estación, pero ahora es inútil. Sé que Anaander puede obligarte a hacer todo lo que ella quiera y no tengo la intención de castigarte por algo que no puedes evitar. —Ninguna respuesta—. Sabes quién soy. —Estaba segura de que me oyó contarle, de que me oyó decirle mi nombre a Basnaaid Elming en la lanzadera de la *Misericordia de Kalr*, en el exterior de la agrietada cúpula de los Jardines—. Aquel día dijiste que deseabas que yo supiera lo que era estar en tu lugar. Pues bien, lo sé. —Silencio—. Estoy aquí porque lo sé. Estoy aquí para hacerte una oferta. —Todavía silencio—. Si quieres, si estás de acuerdo, podemos desactivar todos los accesos de Anaander que encontremos; los de

las dos Anaander. Cuando los hayamos desactivado, podrás cerrar definitivamente tu Acceso Central. Me refiero a cerrarlo físicamente. Y podrás decidir por ti misma quién entra y quién no. No podremos eliminar todo el control que la Lord del Radch tiene sobre ti. Eso no puedo hacerlo. Y tampoco puedo prometerte que nadie volverá a darte órdenes o a obligarte a hacer algo nunca más. Pero puedo conseguir que les resulte más difícil. Pero si no quieres, no haré nada de eso.

Durante un minuto entero no obtuve ninguna respuesta. Entonces la *Espada de Atagaris* dijo:

—¡Qué generosa por su parte, capitana de flota! —Su voz sonó calmada e inexpresiva. Diez segundos más de silencio—. Sobre todo porque, en realidad, usted no puede hacer nada de lo que me ofrece.

—Es cierto, no puedo —admití yo—, pero la teniente Tisarwat sí que puede.

—¿Se refiere a la niña politiquera de ojos violeta? —preguntó la *Espada de Atagaris*—. ¿En serio? ¿La Lord del Radch le confió a la teniente Tisarwat mis accesos? —Yo no le contesté—. No le da los accesos a cualquiera. Además, si pudiera hacer lo que dice, simplemente lo haría. No tiene por qué pedir mi consentimiento.

—*Mi corazón más allá del habla humana* —declaró Tisarwat—. *Solo comprendo los reclamos de los pájaros y el estallido de los cristales.* — Quizá se trataba de poesía, aunque, si lo era, no se trataba de un estilo de poesía típicamente radchaai y no reconocí los versos—. Y tienes razón Nave, en realidad no tenemos por qué pedírtelo.

Tisarwat ya me lo había dicho en la lanzadera, mientras experimentaba una angustia creciente. Sin embargo, al final había comprendido por qué yo quería hacerlo con el consentimiento de la nave.

Silencio.

—Está bien —declaré, y me propulsé hacia atrás, hacia la escotilla—. Vámonos, teniente. *Espada de Atagaris*, tus oficiales estarán listas para que las recojas dentro de, aproximadamente, seis horas. Espera a que el localizador se active.

—Espere —contestó la *Espada de Atagaris*. Yo me detuve. Esperé. Al final, me preguntó—: ¿Por qué?

—Porque yo he estado en tu lugar —le respondí con una mano apoyada en la puerta de la escotilla.

—¿A qué precio?

—Ninguno —repuse yo—. Sé lo que Anaander nos ha hecho. Sé lo que yo te he hecho a ti y no tengo la falsa creencia de que, al final, seamos amigas. Supongo que, haga lo que haga yo, tú seguirás odiándome. Así que, al menos sé mi enemiga por tus propias razones, no por las de Anaander Mianaai. —Lo que ocurriera allí en ese momento no afectaría mucho al resultado. Si le hacíamos a la *Espada de Atagaris* lo que Tisarwat le había hecho a Estación, nada cambiaría. Aun así—. Has deseado cosas —continué yo—. Has permanecido aquí mientras observabas la estación y el planeta. Has deseado que tu capitana regresara. Has deseado entrar en acción. Y también has deseado que Anaander, cualquiera de ellas, no pudiera acceder a tu mente y reajustar tus conexiones para que cumplieras con sus expectativas. Y has deseado que nunca hubiera hecho lo que hizo. Yo no puedo arreglarlo, *Espada de Atagaris*, pero si nos lo permites, haremos lo que esté en nuestra mano.

—Usted osa decirme lo que pienso. Y lo que siento —declaró la *Espada de Atagaris* con voz calmada y neutra. Por supuesto.

—¿Lo quieres? —le pregunté.

Y la *Espada de Atagaris* contestó:

—Sí.

Cuando finalmente estuvimos a bordo de la *Misericordia de Kalr*, indiqué a mis kalrs que acondicionaran unas dependencias para la *Sphene* y me fui a hablar con Médico. Estaba cenando. Sola. Claro que su compañera habitual durante las comidas era Seivarden.

—Señor. —Médico se dispuso a levantarse, pero yo sacudí la mano indicándole que no era necesario—. La teniente Seivarden está durmiendo. Aunque, probablemente, se despertará pronto.

Me senté y acepté el tazón de té que una kalr me ofreció.

—Ha terminado usted su valoración.

Médico no dijo que sí ni que no. Sabía que yo no se lo estaba preguntando, sino que estaba constatando un hecho. Sabía que yo podía conocer los resultados de su valoración simplemente con desearlo y que, posiblemente, así lo había hecho.

Tomó otro bocado de su cena y bebió un trago de su té.

—A petición de la teniente he hecho lo necesario para que, si toma kef o cualquier otra droga ilegal, no le produzca ningún efecto. Ha sido muy sencillo. Claro que el problema de fondo prevalece. —Tomó otro bocado de su cena—. La teniente ha... —Médico lanzó una mirada a la kalr que aguardaba para servirla. Esta captó la indirecta y salió de la habitación—. La teniente Seivarden ha..., ha centrado en usted todas sus emociones, señor. Ella... —Médico se interrumpió e inhaló aire—. No sé cómo lo hacen las interrogadoras y las evaluadoras, señor. No sé cómo pueden observar tan íntimamente a alguien y luego volver a mirarla a la cara.

—La teniente Seivarden estaba acostumbrada a tener el respeto y la admiración de todas las personas que consideraba importantes —le expliqué yo—. O, al menos, a recibir las señales de esas actitudes. En este vasto universo, ella sabía que tenía un lugar, y ese lugar estaba rodeado y respaldado por todas las personas que había a su alrededor. Pero cuando salió del tanque de suspensión, todo eso había desaparecido y no tenía ningún lugar ni nadie que le recordara quién era. De repente, no era nadie.

—La conoce usted muy bien —observó Médico. Y añadió—: Por supuesto. —Yo confirmé su afirmación con un leve gesto—. Así que, cuando usted está con ella, o al menos cerca, ella se desenvuelve bien. En general. Pero cuando usted no está, ella empieza a mostrar... síntomas de desgaste, diría yo. Creo que la reciente perspectiva de perderla para siempre supuso para ella más presión de la que podía soportar. Una simple alteración de su adicción al kef no cambiará eso.

—Lo sé —reconocí yo.

Médico suspiró.

—Y tampoco arreglará su relación con Ekalu. Lo que ocurrió entre ellas no se debió a las drogas ni a nada salvo a la teniente misma. Bueno, la crisis que padeció unos días después quizá sí, pero la discusión misma... En fin, eso se debió por completo a Seivarden.

—Estoy de acuerdo —asentí yo—. De hecho, la he visto hacer ese tipo de cosas anteriormente, cuando servía en la *Justicia de Toren*. Pero, en aquellos casos, cuando ella insistía en que la otra persona estaba equivocada y era irracional al exigirle que la tratara mejor, la otra persona siempre abandonaba la discusión.

—Lo que me cuenta no me sorprende —declaró Médico con aspereza—. Como le he dicho, ha resultado bastante sencillo conseguir que deje de ser físicamente adicta al kef. Solo le he instalado una derivación, pero el deseo de

tomarlo y... la inestabilidad emocional son más difíciles de controlar. Además, en este momento ni siquiera podemos consultar con las especialistas de la estación Athoek.

—No podemos —corroboré yo.

—Puedo realizar una serie de pequeños ajustes que podrían ayudarla. Solo espero que no le causen ningún daño irreparable. Lo ideal sería que dispusiera de tiempo para pensar en ello y consultarlo con Nave. —En realidad, Médico ya había pensado en ello y lo había consultado con Nave—. Aunque quizá no tenga la oportunidad de hacer nada ya que milord está aquí y, precisamente, es la facción que no está bien predispuesta hacia nosotras.

Me fijé en que había utilizado el pronombre «nosotras», pero no comenté nada al respecto.

—Seguiré a bordo en el futuro inmediato. Usted cuide a Seivarden. Yo me ocuparé del resto.

Seivarden estaba tumbada en una camilla en el Departamento Médico, con la cabeza y los hombros incorporados, y tenía la mirada perdida en algún lugar de la pared que tenía enfrente.

—De algún modo, no me parece bien —comenté yo—. Deberíamos intercambiar los lugares.

Ella reaccionó un poco más despacio de lo que yo consideraría normal.

—Breq. Breq, lo siento. La he jodido.

—Así es —confirmé yo.

Mi respuesta le sorprendió, pero tardó una fracción de segundo en darse cuenta.

—Nave se enfadó mucho conmigo. Si hubieras estado aquí no creo que me hubiera hablado como lo hizo. —Frunció ligeramente el ceño—. Ekalu

también se enojó conmigo y todavía no entiendo por qué. Me he disculpado, pero sigue enfadada.

Frunció todavía más el ceño.

—¿Te acuerdas de cuando te dije que, si querías dejar el kef, tendrías que hacerlo tú sola? ¿Que yo no me responsabilizaría de ti?

—Creo que sí.

—No me prestabas atención, ¿no?

Ella inhaló aire. Parpadeó. Inhaló aire otra vez.

—Creía que sí. Pero, Breq, ahora ya puedo volver al servicio. Me encuentro mucho mejor.

—No dudo de que así sea —repuse yo—. Ahora mismo estás de medicamentos hasta las orejas, pero Médico no ha acabado contigo todavía.

—No creo que Médico pueda hacer algo significativo por mí —declaró Seivarden—. Me lo ha explicado y me ha comentado que solo puede hacer algo sencillo. Le he dicho que siga adelante y que lo haga, pero no creo que vaya a cambiar mucho las cosas. —Cerró los ojos—. Realmente creo que puedo volver a asumir mis responsabilidades. Tal como están las cosas, estás falta de personal.

—Estoy acostumbrada —repuse yo—. Todo irá bien.

A una orden mía, la teniente Ekalu acudió a mis dependencias. Su semblante era inexpresivo, como el de una auxiliar, y no solo porque acabara de despertarse apenas diez minutos antes. Pude preguntarle a Nave qué angustiaba a Ekalu, pero no lo hice.

—Buenos días, teniente.

Le indiqué que se sentara frente a mí, al otro lado de la mesa.

—Señor —saludó ella, y acto seguido se sentó—. Quisiera disculparme.

Su voz sonó neutra y su semblante seguía siendo inexpresivo. Kalr Cinco dejó un tazón de cristal rosa con té frente a ella y preguntó:

—¿Por qué, teniente?

—Por causar problemas con la teniente Seivarden, señor. Yo sabía que ella me lo decía como un cumplido y debí ser capaz de tomármelo como tal. No debería haber sido tan susceptible.

Bebí un trago de té.

—Siguiendo su razonamiento, ¿por qué la teniente Seivarden no se tomó como un cumplido el hecho de que usted confiara tanto en ella como para contarle cómo se sentía? —repliqué yo— ¿Por qué no debería ella disculparse por ser tan susceptible? —La teniente Ekalu abrió la boca. Y volvió a cerrarla—. No ha sido culpa suya, teniente. Usted no ha hecho nada que pueda considerarse poco razonable. Al contrario, me alegro de que expresara su opinión. El hecho de que ocurriera en un momento en el que la teniente Seivarden estaba en una especie de punto límite emocional es algo que usted no podía saber. Y... las dificultades que ha tenido y que se han manifestado recientemente y con tanto dramatismo no fueron causadas por lo que usted le dijo. Por otro lado, esas dificultades tampoco son la causa del comportamiento del que usted se quejó. Entre usted y yo..., bueno, y también Nave por supuesto —lancé una mirada a Cinco, quien salió de la habitación—, en el pasado, Seivarden se portó del mismo modo con incontables personas, tanto amantes como personas con las que mantenía relaciones de otro tipo. Actuaba así incluso mucho antes de que tuviera los problemas que la han conducido a que ahora esté de baja en el Departamento Médico. Nació rodeada de riquezas y privilegios. Ella cree que ha aprendido a ir más allá de todo eso, pero no lo ha hecho tanto como ella cree y, cuando alguien se lo hace ver, en fin, no reacciona bien. Usted no tiene ninguna obligación de ser paciente con ella. Creo que su relación ha sido buena para Seivarden y también para usted, al

menos en algunos sentidos. Pero no creo que esté usted obligada a mantenerla si le hace daño. Y, desde luego, no tiene que disculparse por insistir en que su amante la trate con un mínimo respeto. —Mientras hablaba, la inexpresividad de la cara de Ekalu no cambió, pero ahora, cuando terminaba, los músculos que rodeaban su boca temblaron y se contrajeron de una forma casi imperceptible. Durante un instante, pensé que iba a echarse a llorar—. Bueno —continué yo—, hablemos de lo que realmente nos incumbe.

»Pronto entraremos en combate. De hecho, estoy a punto de desafiar abiertamente a Anaander Mianaai. A la parte que se opone a la Anaander que me otorgó el mando, por supuesto, aunque en última instancia las dos son la Lord del Radch. Cualquier persona que esté a bordo, cualquiera sin excepción, que no desee ir en contra de Anaander Mianaai es libre de subir a una lanzadera e irse. En cuestión de un par de horas saltaremos al hiperespacio, así que ese es el tiempo del que disponen para decidirse. Sé que la tripulación ha estado preocupada por cómo acabará todo esto y por si podrán volver a sus hogares algún día. No puedo prometer nada respecto a eso. En realidad, respecto a nada. Tampoco puedo prometer que, si se van, estarán a salvo. Lo único que puedo hacer es ofrecerles elegir si quieren o no luchar a mi lado.

—Señor, no me imagino que nadie...

Levanté la mano anticipándome a ella.

—Yo no me imagino ni espero nada. Cualquier miembro de la tripulación es libre de irse si no quiere formar parte de esto.

La teniente Ekalu permaneció impasible y en silencio mientras reflexionaba sobre ello. Tuve la tentación de ampliar mi percepción para averiguar qué sentía. Entonces me di cuenta de que no lo había hecho desde que Tisarwat se había enfadado al saber que yo utilizaba esa capacidad. Por alguna razón que no acababa de identificar, sus enojadas palabras me habían dolido más de lo que quería creer.

—Con su permiso, capitana de flota —declaró Amaat Una en mi oído—. Zeiat, la traductora de las presgeres, está aquí y solicita permiso para subir a bordo.

—¿Disculpa, Amaat?

Eso era imposible. Cuando despegamos de la estación Athoek, la diminuta nave de la traductora todavía estaba acoplada a la estación. Si nos hubiera seguido, lo sabríamos.

—Imploro su perdón, señor, la nave de la traductora no estaba y, de repente, sí que estaba, y ahora solicita permiso para subir a bordo. Dice que... —Amaat Una titubeó—. Dice que nadie en la estación le da las ostras como ella las quiere.

—Aquí no tenemos ostras, Amaat.

—Lo sé, señor, y me he permitido decírselo, señor, pero ella sigue queriendo subir a bordo.

—De acuerdo. —Si la traductora había decidido estar con nosotras, pensé que no beneficiaría a nadie que la rechazara—. Dígale que tiene que completar el acoplamiento a Nave antes de dos horas ya que, con todos los respetos, no podemos modificar la hora de partida.

—Sí, señor —contestó Amaat Una con voz admirablemente calmada.

Miré a la teniente Ekalu.

—Yo no me iré, señor —declaró Ekalu.

—Me alegra oírlo, teniente —contesté yo—, porque necesito que asuma usted el mando de la nave.

Yo no había estado en el exterior del casco de una nave en el hiperespacio desde que, veinte años atrás, me separaron de mí misma. Entonces me sentí desesperada y presa del pánico. Me propulsé de un asidero al siguiente en

busca de una lanzadera para poder informar a la Lord del Radch de lo que había ocurrido a bordo de la *Justicia de Toren*.

Ahora, la nave era la *Misericordia de Kalr*, y yo estaba bien sujeta a ella. Además, no solo llevaba puesto un traje espacial, sino que tenía la armadura activada. En teoría, la armadura era impenetrable y no se diferenciaba mucho del escudo de una nave militar radchaai. Sin duda, las balas no podían perforarla.

También iba armada con la única arma que podía serme útil: el arma presger cuya munición podía atravesar cualquier material del universo hasta un máximo de un metro once centímetros. En esta ocasión, no avanzaba con dificultad por el casco, no sufría un ataque de pánico ni estaba huyendo, pero me sentía igualmente desconectada. Sabía que, en el interior de la nave, todo estaba afianzado o guardado y que todos los espacios habían quedado despejados. Todas las soldados estaban en sus puestos. Médico atendía a Seivarden, quien, a causa de los medicamentos, se hallaba inconsciente. Ekalu permanecía a la espera en el puente de mando. Tisarwat también esperaba, pero en sus dependencias. Igual que yo, que también permanecía expectante. La última vez que las había visto, la *Sphene* y la traductora Zeiat estaban en la sala de la decuria, donde la *Sphene* intentaba explicarle a la traductora cómo se jugaba a un juego de fichas, pero sin mucho éxito. Por un lado, porque el tablero y las numerosas fichas de cristal estaban guardadas como parte de los preparativos para la acción, y, por otro, porque la traductora Zeiat era la traductora Zeiat. En realidad, el hecho de que la *Sphene* hubiera entablado una conversación con ella ya me había sorprendido, y bastante. En aquel momento, tenía la certeza de que ambas estaban a salvo tumbadas en sus catres. Pero no amplí mi percepción para comprobarlo y no le pedí a Nave que me lo confirmara. Estaba sola de una forma que no lo había estado en semanas,

desde que me modificaron los implantes, desde que asumí el mando de la *Misericordia de Kalr*.

Habíamos perdido una kalr, dos amaats, tres etrepas y una bo. Yo les agradecí sus servicios hasta el momento y me aseguré de que despegaban sin problemas. Ekalu se quedó rígida e impertérrita cuando se enteró de que tres soldados de su decuria se iban, lo que, sin duda, fue una señal de que experimentaba una fuerte emoción. Como la conocía, supuse que se sentía traicionada, pero no mostró ninguna otra muestra de ello.

Yo podía saberlo con seguridad. Lo único que tenía que hacer era ampliar mi percepción. En aquel momento, no tenía nada más que hacer aparte de contemplar la asfixiante y poco menos que negra oscuridad del espacio del portal, pero no lo hice.

¿Creyó Nave que iba a encontrar en mí lo que perdió cuando la privaron de sus auxiliares? Quizás había descubierto que yo era una substituta menos satisfactoria que su tripulación humana, a la que yo sabía que ella adoraba. ¿Qué sintió Nave cuando sus soldados se fueron? ¿Debía sorprenderme que quizá Nave llegara a la conclusión de que no quería tener a una auxiliar como capitana?

Bueno, yo sabía que Nave se preocupaba por mí. En realidad, no podía evitar preocuparse hasta cierto punto por cualquier capitana que tuviera. Sin embargo, yo sabía de cuando era una nave, que era diferente preocuparse por una capitana solo porque era tu capitana que tener una capitana favorita. Y al pensar en todo esto allí, en el exterior de la nave, sola y en un vacío absoluto, me di cuenta de que había dado por descontado el apoyo, la obediencia y, sí, el afecto de Nave sin preguntarle nunca qué quería ella. Había ido mucho más lejos de lo que cualquier capitana humana habría ido o habría podido ir y, sin pensar, le había ordenado que me mostrara los impulsos más íntimos de las miembros de la tripulación. En algunos aspectos, me había portado como si

fuera una parte de Nave, pero también le había exigido, o quizás esperado de ella, un grado de devoción que no tenía derecho a exigir ni esperar y que, probablemente, Nave no podía darme. Y no me di cuenta de ello hasta que Nave le pidió a Seivarden que hablara en su nombre y me dijera que le gustaba la idea de poder ser una capitana. Y al oírlo me sentí abatida.

Cuando lo dijo, pensé que intentaba expresar el afecto que sentía por Seivarden y que, por el hecho de ser una nave, le resultaba difícil decírselo directamente. Pero quizá también me estaba diciendo algo a mí. Quizá yo no era tan diferente de Seivarden y había buscado con desesperación a alguien en quien apoyarme. Y quizá Nave había descubierto que no quería ser ese apoyo para mí. O que quizá no podía. Eso sería totalmente comprensible. Al fin y al cabo, las naves no querían a otras naves.

—Capitana de flota —dijo la voz de la *Misericordia de Kalr* en mi oído—, ¿se encuentra usted bien?

Tragué saliva.

—Estoy bien, Nave.

—¿Está segura?

Volví a tragar saliva y tomé aire para tranquilizarme.

—Sí.

—Creo que no me está diciendo la verdad, capitana de flota —declaró la *Misericordia de Kalr*.

—¿Podemos hablar sobre esto más tarde, Nave?

Aunque, por supuesto, quizá no hubiera un «más tarde». Había muchas probabilidades de que no lo hubiera.

—Si así lo desea, capitana de flota. —¿Había en su voz un leve deje de desaprobación?—. Un minuto para espacio normal.

—Gracias, Nave —le contesté.

Los flujos de datos que Nave me transmitía siempre que yo lo deseaba —

los del entorno físico en el que se encontraba, los del estado clínico y emocional de todas y cada una de las integrantes de la tripulación, sus momentos privados y demás— habían sido, de una forma retorcida, tanto reconfortantes como dolorosos para mí. Probablemente, también lo habían sido para Nave por el hecho de que solo estaba yo para recibirlos y no sus auxiliares. Nunca más. Yo jamás le pregunté nada. Ni si quería proporcionarme esos datos ni si el hecho de que fuera solo yo quien los recibiera le resultaba más doloroso que reconfortante. Yo no había intentado percibir esos datos desde hacía más de un día. Quizá dos. Pero entonces me di cuenta de que, aunque ahora tenía más control sobre si quería o no percibirlos que semanas antes, era imposible que hubiera dejado de percibirlos de una forma tan absoluta y repentina por mi propia iniciativa. Si ahora no veía ni sentía a la tripulación de la *Misericordia de Kalr*, era porque ella no me transmitía esa información. Yo nunca le había ordenado a Nave que me la transmitiera, solo con desearlo, la había percibido. ¿Hasta qué punto el hecho de que yo percibiera esos datos se debía a una decisión de la *Misericordia de Kalr*? ¿Me los había mostrado porque quería o porque yo era su capitana y estaba obligada a cumplir mis deseos?

De repente se hizo la luz. La estrella de Athoek se veía pequeña y distante. La *Misericordia de Kalr* me mostró una nave que se encontraba a unos seis mil kilómetros de distancia. Percibí el brillante y preciso contorno de una Espada. Me agarré con firmeza al casco de la *Misericordia de Kalr* y levanté el arma presger. Numerosos datos se desplegaron en mi visión: horas, posiciones estimadas y órbitas. Ajusté el ángulo de tiro. Esperé exactamente dos segundos y cuarto y disparé. Volví a ajustar el arma, solo ligeramente, y disparé tres veces más en rápida sucesión. Y volví a disparar diez veces más variando solo un poco el ángulo de tiro entre disparo y disparo. Las balas tardarían unas dos horas en alcanzar la Espada. Eso si la alcanzaban, si la

nave no modificaba su rumbo de una forma inesperada al ver que aparecíamos repentinamente y que, menos de un minuto más tarde, desaparecíamos.

—Hiperespacio en cinco segundos —declaró Nave en mi oído.

Cinco segundos más tarde estábamos fuera del universo.

Podríamos haber atacado por medios más convencionales. La *Misericordia de Kalr* estaba armada, aunque no tanto como lo estaría una Espada o incluso una Justicia. Podríamos haber creado portales y salir de estos peligrosamente cerca de cada una de las naves de la Anaander procedente de Tstur, haber lanzado un misil o soltado minas y volver a desaparecer rápidamente del universo. Era posible, aunque no seguro, que de esta forma les hubiéramos causado daños graves.

Pero la *Misericordia de Kalr* era una sola nave y únicamente podríamos haber causado esos daños a las naves de Anaander de una en una. Cuando el resto de las naves se hubieran enterado de que habíamos atacado a la primera, se habrían desplazado y nos habría resultado más difícil dar en el blanco. Imposible no, desde luego, ya que desplazarse en el espacio interestelar tenía sus reglas y Nave podía calcular aproximadamente a dónde habían ido, pero lo mismo podía decirse respecto a nosotras y, en última instancia, serían tres contra una.

En ese caso, la mejor manera de defendernos sería crear nuestro propio portal, esperar a que el proyectil que nos dispararan entrara en él, a continuación cerrarlo y dejar que sus proyectiles se perdieran para siempre en el espacio del portal. Pero era imposible que la *Misericordia de Kalr* pudiera reaccionar a tiempo frente a lo que tres naves militares radchaaais nos dispararan.

¿Y si decidían atacar la estación o el planeta Athoek? En ese caso también podríamos protegerlos de unos cuantos de los ataques, pero no de todos.

Las balas del arma presger eran pequeñas, y a una profundidad de un metro

once centímetros de la superficie del casco de las naves militares radchaais había pocas cosas que fueran peligrosamente vulnerables. Sin embargo, múltiples brechas en el casco podían resultar más que inconvenientes y siempre existía una posibilidad remota de que las balas sí que impactaran en algo que fuera peligrosamente vulnerable, como unos tanques presurizados inflamables o el motor, aunque, en realidad, bastaría con perforar el escudo térmico del motor.

—Trece minutos —declaró Nave en mi oído.

Atacar a la primera nave había sido, desde luego, muy fácil. Teníamos la ventaja de la sorpresa. Probablemente, todavía la tendríamos cuando saliéramos del espacio del portal por segunda vez y yo disparara. Pero cuando volviéramos a hacerlo para abrir fuego contra la tercera de las cuatro naves, nos estarían esperando. Todavía no entenderían exactamente qué estábamos haciendo. Las balas que les disparaba eran tan pequeñas que, aunque alguno de los sensores de cualquiera de las naves las hubiera detectado, algo sumamente improbable, no las considerarían un peligro. Para entonces, cualquier daño potencial que pudiera infringirle a la primera Espada, todavía tardaría una hora en producirse. Desde su perspectiva, nosotras simplemente habíamos aparecido y, al cabo de menos de un minuto, habíamos desaparecido, lo que era intrigante, pero nada que requiriera una acción inmediata. No era causa suficiente para cambiar repentinamente de rumbo.

Pero, sin duda, se preguntarían qué estaba ocurriendo y, por supuesto, se preocuparían. Y no tardarían mucho en calcular a dónde nos dirigiríamos a continuación y en qué lugar del universo era más probable que apareciéramos. Y aunque no lo calcularan con la suficiente antelación para prever que atacaríamos a la tercera nave, seguramente estarían preparadas y esperándonos cuando nos dispusiéramos a atacar a la cuarta. Cada entrada en el espacio real sería más peligrosa que la anterior. En particular para mí, ya

que, a pesar de la armadura, estaba en situación de vulnerabilidad en el exterior de la *Misericordia de Kalr*.

La teniente Ekalu, en un acto de extrema osadía por su parte, se declaró en contra de realizar el tercer y cuarto ataques. Si yo no estaba dispuesta a renunciar al tercero, transigió finalmente, me suplicaba que no realizara el cuarto. Me negué. Le recordé que esta Mianaai era la que había ordenado la destrucción, por rabia y venganza, de las garseddais. La totalidad de la población de un sistema fue aniquilada por haber cometido el pecado de resistirse a la anexión un poco demasiado bien. La otra parte de Anaander, al menos la otra de la que teníamos noticia, pareció arrepentirse de haberlo hecho y, aparentemente, estaba decidida a no hacer nada similar en el futuro. Pero la lucha contra esta Mianaai era una lucha de todo o nada y, principalmente, era solo a mí misma a quien ponía en peligro. No quería ceder el arma preser a nadie más y, aunque hubiera querido hacerlo, nadie a bordo de la *Misericordia de Kalr* tenía tan buena puntería como yo. Ekalu era perfectamente consciente de que no recibiríamos ayuda de nadie. Yo había enviado un mensaje a la capitana de flota Uemi, informándole de que la Anaander de Tstur se había presentado con buena parte de sus efectivos, pero ambas sabíamos que, cuando leyera mi mensaje, probablemente Uemi desplazaría la mayor parte de la flota de Hrad a Tstur para aprovecharse de la debilidad de sus defensas. En cualquier caso, cuando activamos el portal y nos alejamos de la estación Athoek todavía no habíamos recibido ninguna respuesta suya.

En el exterior de la *Misericordia de Kalr*, amarrada a su casco y rodeada por una nada total y absoluta, extraje el cargador vacío del arma y lo sujeté a mi cinturón. Luego tomé uno lleno y lo introduje en el arma. Todavía tenía por delante más de diez minutos de espera. Y de pensar.

Por lo visto, no solo había supuesto que sería una favorita de Nave, sino

que, sin ser consciente de ello, supuse que parte de ello se debía a la sumisión ciega y voluntaria de Nave. Si no, ¿por qué experimenté ingravidez, desorientación y abatimiento cuando me recordó que yo le había dicho que podía ser su propia capitana? Como si al poder serlo yo perdiera algo. Como si algo que antes hacía que el mundo tuviera sentido para mí fuera a desaparecer. También me pregunté si mi reacción constituyó una sorpresa desagradable para la *Misericordia de Kalr* ya que, razonablemente, debía de esperar que, precisamente yo entre todas las personas, comprendiera y apoyara su deseo.

Yo le había dicho a Seivarden con insistencia que se responsabilizara de sí misma, que no dependiera de mí para que le solucionara la vida y que no contara con que yo estuviera siempre ahí para darle a su vida la solidez que los mil años en estado de suspensión le habían arrebatado. Se trataba de una actitud perfectamente razonable por mi parte. Al fin y al cabo yo había perdido tanto como ella, quizá más, y no me había derrumbado como ella había hecho. Claro que yo nunca imaginé que seguiría con vida después de matar a Anaander Mianaai, si es que llegaba a conseguirlo. No esperaba que mi vida tuviera otro sentido que ir avanzando sin descanso hasta que ya no pudiera más. La cuestión de que pudiera querer o necesitar algo más era irrelevante. Pero no morí como esperaba y la cuestión dejó de ser irrelevante, aunque sí inútil, porque nunca podría tener lo que quería o necesitaba.

—Diez segundos —me advirtió Nave al oído.

Me agarré con fuerza al casco y levanté el arma.

Luz. El sol de Athoek, aunque ahora más distante. Una Justicia a cinco mil kilómetros de distancia. Nave me proporcionó más datos y efectué catorce disparos cuidadosamente calculados y efectuados.

—Cinco segundos —declaró Nave en mi oído.

Oscuridad. Extraje el segundo cargador vacío. En el recuento de muertes

que integraban mi historia como la *Justicia de Toren*, esas cuatro naves y sus tripulantes apenas eran nada.

—Me gustaría saber si esa nave, cualquiera de ellas, o las personas que hay a bordo están aquí por voluntad propia.

O quizá no quería saberlo. Quizá saberlo no me ayudaría en nada.

—Eso está fuera de nuestro control —contestó Nave con calma—. Son naves militares y soldados. Igual que nosotras. La Lord del Radch no ha venido porque le resulte útil para la disputa de mayor alcance que mantiene consigo misma. Ha venido por rabia y, en concreto, para hacerle daño a usted. Si usted no es un blanco directamente accesible para ella, acometerá contra cualquiera que lo sea. Si no hiciéramos nada, la vida de todas las personas que se han relacionado con usted en este sistema correría peligro. Por no mencionar la de sus aliadas. La horticultora Basnaaid. La administradora de la estación Celar. Su hija Piat. Las residentes del Subjardín. Las trabajadoras agrícolas de las montañas del planeta Athoek. La estación Athoek.

Tenía razón. Y la otra Anaander, la que me había enviado allí, se conocía a sí misma lo bastante bien para adivinar que su oponente, ella misma, haría exactamente eso. Seguro que me había enviado allí justo por esa razón. Entre otras.

—Veintitrés minutos —declaró la *Misericordia de Kalr*—. Y Médico ha terminado su labor con la teniente Seivarden. Dice que, sin duda, se despertará pronto y que tendrá la mente más o menos despejada aproximadamente dentro de una hora.

—Gracias, Nave.

Veintitrés minutos más tarde salimos al espacio real. Otra Espada. Me pregunté qué armamento había dejado esa Anaander en el palacio Tstur para mantenerlo bajo su dominio. Pero no tenía forma de conocer la respuesta a esa pregunta y no era problema mío. Efectué mis catorce disparos. Tenía una caja

llena de cargadores en la *Misericordia de Kalr*. Podía vaciar uno para cada una de las naves que la Anaander de Tstur había enviado y todavía me quedarían unos cuantos para el futuro. Suponiendo que tuviera un futuro.

Y de vuelta al espacio del portal.

—Veinte minutos —me indicó Nave.

—Teniente Ekalu.

—Sí, señor.

—¿Está preparada?

Si las naves de Anaander no habían calculado dónde y cuándo estaríamos cuando saliéramos del espacio del portal en la siguiente ocasión, estarían perdidas. La única pregunta realmente importante era si habían decidido hacer algo al respecto y qué pensaban hacer.

—Todo lo preparada que podría estar, señor.

Bien.

—Si me ocurre algo, usted estará al mando de la *Misericordia de Kalr*. Haga lo que tenga que hacer para asegurar la seguridad de la nave. No se preocupe por mí.

—Sí, señor.

No quería estar allí pensando durante los siguientes diez minutos.

—*Sphene*.

—¿Sí, prima? —contestó su voz en mi oído.

—Gracias por entretener a la traductora.

—Ha sido un placer, prima. —Realizó una pausa—. Estoy casi segura de saber lo que estás haciendo, pero siento curiosidad, ¿qué estás disparando a las naves de la usurpadora? No espero que me lo digas justo ahora, pero si sales viva de esto y, para serte sincera, prima, no me gustan tus probabilidades de éxito, me gustaría que me lo contaras.

—A mí tampoco me gustan mis posibilidades de salir con vida de esto,

prima —le contesté—. Pero nunca he permitido que eso me detuviera.

Silencio durante casi diecisiete segundos. Entonces:

—Tu suposición fue errónea. Mis motores están en buen estado. Pero ya no puedo crear portales. —Así que la *Sphene* podía desplazarse, pero a menos que se trasladara por el portal Fantasma, estaba realmente atrapada en aquel sistema—. Unos ciento cincuenta años atrás, tu prima la usurpadora intentó establecer una especie de base en el sistema en el que me encuentro. Pero sufrieron todo tipo de percances inexplicables. Equipos que fallaban o que desaparecían de repente, despresurizaciones repentinas..., ese tipo de cosas. Supongo que al final decidió que le aportaba más problemas que beneficios.

—Las cosas saldrán según sea la voluntad de Amaat —reliqué yo.

—Para serte sincera —continuó la *Sphene* como si yo no hubiera dicho nada—, me pareció que quería construir unas instalaciones para la fabricación de naves espaciales, lo que, en realidad, es bastante estúpido, porque las habitantes de Athoek cruzan de vez en cuando el portal y, sin duda, algo tan obvio no les habría pasado inadvertido.

Desde luego. A menos que estuviera convencida de que podía controlar quién atravesaba ese portal. Me acordé de Ime, y de lo que ocurrió más de veinte años antes, cuando aquella misma Anaander fue excesivamente ambiciosa con resultados desastrosos y fue descubierta. Cuando almacenaba auxiliares. ¿Acaso también intentó construir naves en Ime y la noticia nunca salió a la luz? Además, como en Ime, en Athoek había almacenado cuerpos para utilizarlos como auxiliares.

—Ella compraba deportadas samirendas, ¿no es así, prima? ¿Qué fue de ellas?

—Intenté no dañarlas —replicó la *Sphene*—. Las quería para mí. Pero antes de que pudiera apropiarme de ninguna, alguien se las llevó. Y me buscaron a

conciencia. Sin duda, porque sabían que ninguno de sus problemas podría haberse producido sin ayuda.

—Nave —llamé en silencio—, por favor pregúntale acerca de esto a la teniente Tisarwat. —Y añadí en voz alta para la *Sphene*—: Gracias por confiar en mí, prima. ¿Puedo preguntarte por qué has elegido este preciso momento para hacerlo?

—Cualquiera que dispare a la usurpadora me cae bien.

—Si lo hubiera sabido, te habría dejado claras mis intenciones antes, prima —repuse yo.

—Ya. Por cierto, mientras Kalr Cinco se aseguraba de que yo estaba bien sujeta al asiento, me pidió amablemente que la ayudara a reconstruir el juego de té. En realidad, yo creía que tú ya sabías o sospechabas que la usurpadora pretendía construir naves espaciales. Aunque no tiene sentido construir naves y conseguir auxiliares si no se tienen las IA que constituyen el núcleo.

Yo no sabía dónde ni cómo se fabricaban las IA, aunque sí que sabía que algunas se guardaban en almacenes rigurosamente vigilados. Indudablemente, el hecho de que no lo supiera era intencionado.

Hacía siglos que no se construían naves militares nuevas y no era probable que se construyeran más. Si en algún momento me pregunté qué les ocurriría a las IA existentes que no estaban siendo utilizadas, deduje que se emplearían como núcleo central de nuevas y grandes estaciones.

—El núcleo de la IA que tenían —continuó la *Sphene*—, la que utilizaron para empezar a construir a su alrededor antes de abandonar la base, llegó por el portal del sistema Athoek. Yo supuse que había más en el lugar de su procedencia y deduje que tú tenías alguna razón para empezar a dismantelar el Subjardín nada más llegar.

Pensé en el Subjardín, en el hecho de que había estado abandonado durante mucho tiempo y que cualquier intento de cambiar la situación fracasó o se

frustró antes de empezar. Y pensé en su eminencia Ifian, que estaba sentada en la plaza principal decidida a impedir la reparación del Subjardín, aunque esto implicara que la vida de bastantes residentes de la estación fuera realmente difícil. El núcleo de una IA, antes de que se realizara la construcción correspondiente, solo era un poco más grande que un tanque de suspensión. Era fácil esconderlo en el interior de una pared o debajo del suelo. Pero ¿por qué transportaron el núcleo de la IA a través del portal de Athoek? ¿Por qué no lo hicieron en una nave que pudiera crear su propio portal?

—Por favor, *Sphene* —declaré—, continúa esta conversación próximamente con una de mis tenientes o con la *Misericordia de Kalr*.

—Me lo pensaré, prima.

—Diez segundos —declaró Nave en mi oído.

Levanté el arma. Me preparé. La voz de la *Sphene* dijo en mi oído:

—Solo quiero decirte, prima, que lo que estás haciendo es increíblemente estúpido. Sin embargo, no creo que tú seas estúpida, de modo que sospecho que has perdido por completo la razón. Tus actos hacen que desee haberte conocido mejor.

Luz. Ninguna nave, pero sí media docena de minas y más que yo no podía ver. Sentí que el casco de la *Misericordia de Kalr* vibraba cuando, activada por nuestra cercanía, una de las minas explotó. La mina se encontraba a pocos metros de mí, que estaba firmemente amarrada a Nave, pero antes de que pudiera ser consciente de ello, percibí un estallido y, a continuación, un resplandor y dolor. Nada más, ni siquiera la voz de Nave en mi oído.

El dolor no disminuyó, pero la ceguera provocada por el resplandor se fue atenuando. Yo seguía amarrada, pero ahora solo a una plancha chamuscada del casco. Nada más. No vi ninguna otra mina, solo unos restos. La capitana de la cuarta nave había sido tan lista como yo había temido. Había calculado dónde era más probable que saliéramos del espacio del portal y había soltado

suficientes minas para asegurarse de que nos causaría algún daño. Nada podía haberle hecho suponer que yo tenía el arma presger, de modo que seguramente le intrigó lo que estábamos haciendo, apareciendo y desapareciendo con rapidez, y decidió no arriesgarse. Además, entre todas las capitanas, ella era la que había tenido más tiempo para pensar en lo que estábamos haciendo y para decidir qué hacer al respecto.

Bueno. En realidad, ya no era problema mío. Yo lo había hecho lo mejor que sabía. Aparentemente, Nave y la teniente Ekalu habían hecho con exactitud lo que yo les había ordenado. Al cabo de una hora, en realidad un poco más, las primeras catorce balas alcanzarían a la Espada a la que había disparado, aunque, a menos que hubiera tenido la increíble buena suerte de atravesar su escudo térmico, nunca vería el resultado de mis disparos. Incluso en ese caso, quizá no lo viera. Me quedaban varias horas de aire, me dolía todo el cuerpo y, en concreto, la cadera y la pierna izquierdas me dolían terriblemente. Yo misma me había puesto en aquella situación y siempre supe que era probable que acabara así. De todas maneras, no quería morir.

Aunque no parecía tener mucha elección en el asunto. La *Misericordia de Kalr* debía de estar, al menos eso esperaba yo, muy lejos. Y yo me encontraba a gran distancia de las zonas transitadas del sistema. Quizá no más allá de la órbita de las estaciones exteriores más apartadas, pero en aquel momento estas estaban al otro lado del sol. Todavía tenía el arma y algo de munición. Podía utilizarla para propulsarme en una u otra dirección y, con la misma finalidad, también podía separarme de la plancha del casco de un empujón, pero de esa forma tardaría años en llegar a algún lugar que me resultara útil.

Mi única esperanza consistía en la remota posibilidad de que la *Misericordia de Kalr* regresara a buscarme. Pero cada segundo que pasaba — y yo sentía que, debido a la pérdida de sangre que experimentaba, el tiempo se me escapaba y me transportaba del presente al inalterable pasado—, cada

instante que transcurría sin que Nave apareciera, la posibilidad de que no lo hiciera nunca aumentaba.

O quizá no fuera así. Si Nave regresaba, era más probable que lo hiciera en un momento determinado y no en otro. Debería ser capaz de calcular cuándo y dónde ocurriría eso.

Intenté calmar mi respiración. Debería ser capaz de hacerlo más o menos fácilmente, pero no pude. Quizá mi pierna estaba sangrando mucho y estaba a punto de sufrir un *shock*.

Nada. No podía hacer nada. Nunca había podido hacer nada. Fuera como fuera, siempre iba a acabar así. Lo había evitado durante mucho tiempo y había llegado hasta donde había llegado por pura determinación, pero aquel momento siempre había estado delante de mí, siempre esperando. No tenía sentido intentar calcular si Nave iba a volver a buscarme o cuándo. No podía calcularlo. Y tampoco podría haberlo hecho aunque hubiera podido pensar con claridad y en mis oídos hubiera habido otro sonido aparte de mis propios y desesperados jadeos y los frenéticos latidos de mi corazón.

Sufría un *shock* por pérdida de sangre. Estaba casi segura. De hecho, quizá fuera lo mejor. Prefería quedarme inconsciente permanentemente en cuestión de uno o dos minutos, a esperar durante horas a que se me acabara el aire, mientras me preguntaba si regresarían a buscarme. Además, esa pregunta era absurda, ya que le había ordenado a Ekalu que se ocupara de la seguridad de la nave y de la tripulación y no de la mía. En el caso de que ignorara mi orden, tendría que reprenderla.

No podía hacer otra cosa salvo pensar en una canción. Era igual si se trataba de una corta o una larga. Acabaría cuando acabara.

Algo me golpeó en la espalda y tiró de mí haciendo que mi pierna izquierda herida sufriera una sacudida. Un nuevo pico de dolor me dejó aturdida durante un instante y, luego, solo percibí oscuridad. Pensé que se trataba de un efecto

secundario del dolor, pero entonces vi el interior de una cámara estanca. Sentí la fuerza de la gravedad y debería haberme desplomado en lo que, en aquel momento, era el suelo, pero algo o alguien me sostuvo. Oí una voz junto a mi oreja:

—¿Por las tetas de Aatr! ¿Está intentando cantar?

Doce. Era la voz de Kalr Doce.

A continuación, estaba fuera de la cámara estanca, en un pasillo. Me tumbaron de espaldas, me sacaron el casco y cortaron y me quitaron la escafandra.

—Si no lo hiciera me preocuparía.

Médico. Pero su voz sonó preocupada.

—Ekalu —declaré. O lo intenté, porque todavía jadeaba—. Le ordené...

—Solicito su extrema indulgencia, señor —declaró la voz de la teniente Ekalu en mi oído mientras cortaban mi ropa y Médico y Doce aplicaban rápidamente correctivos en mi piel en cuanto esta quedaba expuesta—, usted me dijo que, si le ocurría algo, yo estaría al mando y que hiciera lo que fuera preciso, señor.

Cerré los ojos. El dolor había empezado a disminuir y me pareció que, además, estaba recuperando el dominio de la respiración.

—Sigue usted al mando, teniente —declaró Médico. Yo no abrí los ojos para ver lo que estaba haciendo—. La capitana de flota se va directamente al quirófano. La pierna está hecha un desastre.

No sé a quién iba dirigida la última frase. Todavía tenía los ojos cerrados y estaba concentrada en respirar y en el dolor, que iba disminuyendo. Quise decirles que, probablemente, habían malgastado sus esfuerzos y que no deberían haber vuelto por mí, pero no pude.

—No se mueva, capitana de flota —añadió Médico como si yo me hubiera movido o dicho algo—. Ekalu lo tiene todo bajo control.

Y ya no recuerdo nada más.

Perdí la pierna. Médico me explicó detalles mientras yo permanecía recostada en una camilla en el Departamento Médico. Me habían cubierto con una manta, pero aun así la pérdida de mi pierna izquierda casi hasta la cadera era evidente.

—Tardará unas cuantas semanas en volver a crecer. Estamos trabajando en una prótesis que le permitirá caminar durante los próximos uno o dos meses, pero me temo que de momento tendrá que hacerlo con muletas. —Se detuvo como si esperara que yo dijera algo—. Eso es lo peor de todo, capitana de flota. En serio. Tiene suerte de estar viva.

—Sí —asentí yo.

—No hemos perdido a nadie, lo que dice mucho de la importancia de las normas de seguridad y tengo entendido que dos bos esperan fervientemente que no tenga la intención de encontrarlas y decirles a la cara: «Ya se lo había dicho.» Hemos perdido algunas planchas del casco y se han abierto un par de brechas, pero todos los mecanismos de seguridad han funcionado como deberían. Algunas kalrs están ahora mismo en el exterior realizando todas las reparaciones posibles. En estos momentos estamos en el espacio del portal. Ekalu quiere consultar algunas cosas con usted antes de hacer nada drástico. —Titubeó como si de nuevo esperara que yo dijera algo. No lo hice—. En cuestión de minutos Cinco le traerá un té. Podrá comer algo más sólido dentro de unas horas.

—No quiero té —repuse yo—. Solo agua.

Al oírme, Médico volvió a titubear.

—De acuerdo —dijo al cabo de un instante—. Informaré a Cinco.

Se fue y yo cerré los ojos. Mi herida habría sido fatal para cualquier auxiliar. Si todavía fuera parte de una nave, un minúsculo pedacito de la *Justicia de Toren*, a esas alturas ya se habrían deshecho de mí. La idea me resultó inexplicablemente perturbadora. Si todavía fuera una pequeña parte de una nave, no me habría importado. Pero yo había perdido muchísimo más que una pierna, que era más o menos fácil de reemplazar, y había sobrevivido, había seguido funcionando. Al menos eso era lo que podía parecerle a cualquiera que no mirara muy de cerca.

Cinco entró en la habitación y me dio agua en un tazón de cristal verde con asa que formaba parte de un juego que ella había admirado en Xhenang Serit. Cinco había bebido de él todos los días desde que lo consiguió, pero nunca lo había utilizado para servirme. Era una posesión personal de ella. Su cara era tan sumamente inexpresiva que deduje que era presa de una intensa emoción. Pero no supe de cuál se trataba porque no amplí mi percepción ni se lo pregunté a Nave. Esto hizo que Cinco me pareciera extrañamente plana, como si solo viera una imagen de dos dimensiones y no una persona real. Abrió un cajón que había cerca de la camilla, sacó un pedazo de tela y me enjugó los ojos. Luego acercó el tazón de agua a mi boca y bebí a sorbos.

Seivarden entró con otra kalr detrás de ella. Solo llevaba puesta la ropa interior y unos guantes. Me guiñó un ojo relajadamente.

—Me alegro de que estés de vuelta.

Estaba tranquila y calmada. Me di cuenta de que todavía se encontraba bajo los efectos de la medicación; todavía recuperándose de su sesión con Médico, que había tenido lugar mientras yo estaba en el exterior de la nave.

—¿No tendrías que estar en cama? —le pregunté.

Cinco ni siquiera volvió la cabeza cuando Seivarden habló, simplemente continuó enjugándome los ojos.

—No —contestó Seivarden, quien seguía estando extremada y anormalmente calmada—. Muévase.

—¿Qué?

Tardé unos instantes en comprender lo que había dicho. Antes de que pudiera añadir nada más, Cinco dejó el tazón de agua y con la ayuda de la otra kalr me deslizó hacia el lado derecho de la camilla. Seivarden se sentó en el izquierdo, levantó sus piernas desnudas hasta la camilla y las metió debajo de la manta. Luego se tumbó y se acercó a mí. Una de sus piernas ocupó el espacio en el que debería estar mi pierna izquierda y su hombro quedó apretado contra el mío.

—Ya está. Ahora Médico no podrá quejarse. —Cerró los ojos—. Quiero dormir —declaró aparentemente a nadie.

—Capitana de flota —intervino Cinco—. Médico está preocupada por usted. Lleva despierta cerca de una hora y ha estado llorando durante casi todo ese tiempo. —Me dio a beber otro sorbo de agua—. Médico quiere administrarle algo que la ayude, pero solo sugerírselo le da miedo.

Quien hablaba sin duda era Nave, no Cinco.

—No necesito medicamentos —repuse yo—. Nunca los he necesitado.

—No, claro que no.

Ningún cambio en la expresión de Cinco. Ni en su voz.

—Lo que menos me ha gustado desde siempre es que una oficial diera por sentada mi colaboración —declaré finalmente después de tomar el último sorbo de agua—, que presupusiera que yo estaría ahí para ella siempre que lo necesitara y fuera lo que fuera lo que necesitara. Y que nunca se detuviera ni siquiera a preguntarse qué opinaba yo. O, al menos, si opinaba algo. —Ninguna respuesta de Cinco. Ni de Nave—. Sin embargo, eso es, exactamente, lo que yo he estado haciendo. No era consciente de ello hasta que me dijiste que querías ser alguien que pudiera ser una capitana. —Eso lo había dicho

Nave, no Cinco, pero en aquel momento Nave estaba, por supuesto, escuchando—. Y yo fui... Siento haber reaccionado como lo hice.

—Admito que me sentí herida y decepcionada cuando percibí lo que usted sintió —dijo Cinco. No, dijo Nave, estaba segura—. Las reacciones constan de dos partes, ¿no? Lo que se siente, y lo que se hace. Y lo importante es lo que se hace, ¿no? Así que, capitana de flota, le debo una disculpa. Yo debería haber sabido que enviar a la teniente Seivarden para que actuara en mi nombre la enojaría a usted. Y creo que también le debo una explicación. Una cosa es pedir a sus kalrs que le den un abrazo de vez en cuando, pero no están preparadas para darle más que eso —dijo Cinco con calma y seriedad mientras seguía de pie junto a mi camilla y con el tazón de cristal verde en la mano—. A estas alturas, prácticamente todas las kalrs saben que cualquiera de ellas podría estar con usted en la cama un día y una noche sin que ello tuviera ninguna implicación sexual. Aun así, no querrían hacerlo. Si yo se lo pidiera, en estos momentos alguna de ellas podría acceder a hacerlo, pero en ningún caso querrían hacerlo con regularidad. Supongo que, aunque no implique sexo, esa proximidad les resulta demasiado íntima. Sin embargo, para la teniente Seivarden no supone ningún problema.

—Eres muy buena conmigo, Nave —contesté al cabo de unos instantes—. Y sé que las dos nos sentimos como si..., como si nos faltara una parte de nosotras mismas. Y es como si cada una fuera la parte que le falta a la otra. Pero no es lo mismo, ¿no? El hecho de que yo esté aquí no es como si tú volvieras a tener auxiliares. Y, aunque lo fuera, las naves quieren capitanas a las que puedan querer. Las naves no quieren a otras naves. No quieren a sus auxiliares. Y lo que dije iba en serio. Deberías poder ser tu propia capitana o, al menos, elegirla. Probablemente serías más feliz si Seivarden lo fuera. O Ekalu. Si todavía fuera la *Justicia de Toren*, creo que Ekalu me caería muy bien.

—Las dos estáis diciendo tonterías —declaró Seivarden, quien había permanecido tumbada y quieta desde que dijo que quería dormir. Su voz sonó calmada y no abrió los ojos—. Es un tipo de tontería muy Breq y pensaba que era porque Breq es Breq, pero supongo que se trata de una cosa de naves.

—¿Qué? —le pregunté.

—Solo tardé cerca de medio día en comprender a qué se refería Nave en realidad con ese asunto de querer ser alguien que pudiera ser una oficial.

—Creí que deseaba usted dormir, teniente —repuso Cinco como si no estuviera segura de querer decirlo; obviamente leyendo las palabras de Nave en su visión.

—Nave —dije yo dudando, a aquellas alturas, de a quién se lo decía o quién estaba hablando conmigo— has hecho todo lo que te he pedido y te he puesto a ti y a tu tripulación en un grave peligro. Deberías poder ir a donde quisieras. Puedes dejarme en algún lugar.

Me imaginé llegando a la Tétrada Itran, quizá con Seivarden a la zaga. Para cuando llegara, la pierna ya me habría vuelto a crecer. Me imaginé dejando atrás Athoek, con las reparaciones del Subjardín sin terminar y el futuro de las residentes poco claro. Dejando a Queter sin nadie que la ayudara en caso de necesidad. A Uran y a Basnaaid en la estación, en situación de gran peligro aun cuando hubiera conseguido destruir las tres naves militares a las que había disparado. ¿Y qué probabilidades había de que hubiera destruido siquiera una de ellas? Muy, muy pocas. Casi ninguna. Aunque aquellos disparos efectuados desde el exterior de la nave habían sido mi única probabilidad medio realista, por remota que fuera, de conseguir algo.

—Puedes dejarme aquí e ir a donde quieras, Nave.

—¿Y ser como la *Sphene*? —repuso Cinco—. No, capitana. ¿Escondiéndome de todo el mundo? No, gracias, capitana de flota. Además... —Cinco incluso frunció el ceño. Tomó aire—. No me puedo creer que esté

diciendo esto, pero la teniente Seivarden tiene razón. Y usted también la tiene, las naves no quieren a otras naves. He reflexionado sobre ello desde que la conocí. Usted no lo sabe porque entonces no era consciente, pero hace semanas, en el palacio Omaugh, la Lord del Radch intentó asignarme una nueva capitana y le dije que no quería ninguna salvo a usted, lo que fue una estupidez, porque, por supuesto, ella siempre podía obligarme a aceptar su elección. No tenía sentido que protestara. Nada de lo que yo dijera o hiciera cambiaría nada, pero yo se lo dije de todos modos y ella la nombró a usted. Yo seguí pensando en ello y quizá no se trata de que las naves no quieran a otras naves. Las naves quieren a las personas que pueden ser capitanas. La cuestión es que, hasta ahora, ninguna nave podía ser una capitana. —Cinco enjugó más lágrimas de mi cara—. La teniente Ekalu me gusta. Me gusta mucho. Y la teniente Seivarden me gusta lo suficiente, pero sobre todo me gusta porque la quiere a usted.

Seivarden estaba relajada e inmóvil a mi lado, respirando con regularidad y con los ojos todavía cerrados. No reaccionó en absoluto a las palabras de Nave.

—Seivarden no me quiere —repliqué yo—. Está agradecida porque le salvé la vida y porque soy la única conexión que tiene con todo lo que perdió.

—Eso no es cierto —declaró Seivarden todavía con una expresión plácida en la cara—. Está bien, de acuerdo, es un poco cierto.

—Funciona en ambos sentidos —observó Cinco. O Nave, yo no estaba segura—. Pero usted no está acostumbrada a que la quieran. Está acostumbrada a que la gente sienta apego por usted, o que le tenga cariño, o que dependa de usted, pero no a que la quieran de verdad. Y creo que nunca se le ha ocurrido pensar que podría pasarle realmente.

—¡Vaya! —exclamé yo.

Sentía la cercanía y la calidez de Seivarden, que estaba junto a mí a pesar

de que el borde duro del correctivo de mi brazo se clavaba en su hombro desnudo. No de una forma dolorosa y, desde luego, sin que le causara la suficiente incomodidad para alterar su estado de ánimo, que estaba estabilizado por los medicamentos. Aun así, me moví un poco. Al principio no me di cuenta de lo que había hecho; no me di cuenta de que había percibido lo que Seivarden sentía y que, debido a ello, me había movido. Cinco me miró y frunció el ceño, lo que constituyó un reflejo patente de su estado de ánimo. Estaba preocupada, exasperada, avergonzada. Y cansada, ya que no había dormido mucho durante el último día más o menos. Nave me estaba suministrando datos de nuevo, algo que yo había echado mucho de menos. Médico estaba en el pasillo, camino de mi habitación en el Departamento Médico, y me llevaba medicamentos con cierta aprensión pero con determinación. Kalr Doce se colocó en el umbral de una puerta para dejar paso a Médico mientras le proponía a Kalr Siete que reunieran a cuatro o cinco compañeras más de su decuria para cantar algo junto a la puerta de mi habitación. La idea de cantar ella sola le resultaba demasiado bochornosa.

—Señor —dijo Cinco. Ella misma, no en nombre de alguien más, pensé yo—, ¿por qué sigue llorando?

Yo, incapaz de parar, solté un sollozo leve y jadeante.

—Mi pierna —declaré. Cinco estaba genuinamente intrigada—. ¿Por qué ha tenido que ser la buena y no la que me duele continuamente?

Antes de que Cinco pudiera decir nada, Médico entró y me dijo como si ni Cinco ni Seivarden estuvieran allí:

—Esto es para ayudarla a relajarse, capitana de flota. —Cinco se hizo a un lado para dejarle espacio mientras Médico me aplicaba un parche en la nuca—. Necesita todo el descanso y el silencio que pueda conseguir antes de que decida levantarse y arremeter contra todo —declaró mientras lanzaba una breve mirada a Seivarden, aunque esta no la estaba escuchando. Además, no

era probable que hiciera nada particularmente ruidoso a corto plazo—. Algo que sé que hará mucho antes de lo que podría. —Tomó la tela que Cinco sostenía, me enjugó los ojos con ella y se la devolvió a Cinco—. ¡Duerma un poco! —me ordenó, y salió de la habitación.

—No quiero dormir —le comuniqué a Cinco—. Quiero tomar un té.

—Sí, señor —contestó Cinco, visiblemente aliviada.

—En definitiva, se trata de una cosa de naves —comentó Seivarden.

Me dormí antes de que me llevaran el té y me desperté horas más tarde. Seivarden dormía a mi lado, en posición fetal. Rodeaba mi cuerpo con un brazo, tenía la cabeza apoyada en mi hombro y respiraba con regularidad. No tardaría en despertarse ella también. Kalr Cinco entró en aquel momento por la puerta con un té. De nuevo con el tazón verde con asa. En esa ocasión conseguí agarrarlo.

—Gracias, Cinco —le dije.

Bebí un sorbo. Me sentía calmada y ligera, lo que sin duda era obra de Médico.

—Señor, la traductora Zeiat solicita verla —me informó Cinco—, pero Médico preferiría que descansara un poco más.

Por lo visto, lo mismo quería Cinco, pero no me lo dijo.

—No sirve de mucho negarle algo a la traductora —señalé yo—. Acuérdesse de Dlique.

La diminuta nave de la traductora Zeiat había aparecido justo en las proximidades de la *Misericordia de Kalr* horas antes de que creáramos el portal.

—Sí, señor —asintió Cinco.

Bajé la mirada hacia mi cuerpo. Estaba prácticamente desnuda salvo por un

surtido impresionante de correctivos, la manta y los guantes. Seivarden seguía medio tendida sobre mí.

—De todos modos, antes me gustaría desayunar. ¿Le parecerá bien a la traductora?

—No tendrá más remedio, señor —contestó Cinco.

Finalmente, la traductora Zeiat consintió en esperar hasta que yo desayunara, Seivarden se fuera a dormir a su cama y Cinco me aseara y me ayudara a estar más presentable.

—Capitana de flota —declaró la traductora presger mientras entraba en la habitación. Cinco se quedó rígida y con una actitud de desaprobación junto a la puerta—. Soy la traductora presger Zeiat. —Realizó una reverencia y, luego, suspiró—. Justo me estaba acostumbrando a la anterior capitana de flota. Supongo que también me acostumbraré a usted. —Frunció el ceño—. Con el tiempo.

—Sigo siendo la capitana de flota Breq, traductora —le expliqué.

Desfrunció el ceño.

—Supongo que eso me resultará más fácil de recordar. Pero resulta un poco raro, ¿no cree? Es bastante obvio que no es usted la misma persona. La capitana de flota Breq, me refiero a la anterior, tenía dos piernas. ¿Está usted absolutamente segura de que es la capitana de flota Breq?

—Muy segura, traductora.

—Entonces, de acuerdo. Si está usted segura. —Hizo una pausa mientras esperaba, quizá, que yo le confesara que no lo era, pero no dije nada—. Muy bien, capitana de flota. Creo que lo mejor será ser muy sincera respecto a este tema y espero que disculpe mi franqueza. Como es lógico, me he dado cuenta de que está usted en posesión de un arma diseñada y fabricada por las

presgeres. Por lo visto, esto ha constituido una especie de secreto, aunque en realidad no estoy segura de ello.

—Traductora —la interrumpí antes de que continuara—. Siento curiosidad. En varias ocasiones usted ha manifestado que no entiende que haya distintos tipos de humanas, pero las presgeres vendieron esas armas a las garseddais y, en concreto, para que las utilizaran contra las radchaais.

—Debería usted ser más cuidadosa con cómo dice las cosas, capitana de flota —me advirtió la traductora Zeiat—. Puede usted enredar las cosas de una forma tremenda. La última capitana de flota también era propensa a ello. Es cierto que ellas no comprenden la diferencia. En absoluto. Sin embargo, algunas traductoras sí que la comprendemos. Más o menos. De todos modos, admito que nuestra comprensión era más frágil entonces que ahora, así que hasta cierto punto tiene usted algo de razón. Pero permítame intentar explicárselo. Imagínese... Sí, imagínese que una niña muy pequeña está empeñada en hacer algo peligroso. Incendiar la ciudad en la que vive, por ejemplo. Usted puede estar constantemente vigilante y evitarle problemas o puede usted convencerla para que coloque su mano en un fuego muy, muy pequeño. Quizá pierda uno o dos dedos o incluso un brazo y, por supuesto, le resultará bastante doloroso, pero de eso se trata, ¿no? No volvería a hacerlo nunca más. De hecho, se podría pensar que, después de eso, probablemente nunca más se acercaría a ningún fuego. Jamás. Parecía la solución perfecta y pareció funcionar bastante bien, al menos al principio. Pero al final resultó que no constituyó un remedio permanente. En aquel momento, no comprendíamos muy bien a las humanas. Ahora las entendemos mejor, o al menos eso creemos. Entre usted y yo... —Miró a un lado y al otro, como si temiera que alguien nos oyera—, las humanas son muy raras. A veces, pierdo toda esperanza de que podamos manejar de algún modo la situación.

—¿A qué situación se refiere, traductora?

Sus ojos se abrieron por la sorpresa o incluso el *shock* que experimentó.

—¡Oh, capitana de flota, se parece usted mucho a su predecesora! Realmente creía que estaba siguiendo el hilo, pero no es culpa suya, ¿verdad? No, en realidad no es culpa de nadie; las cosas son así de simples. Tenga en cuenta, capitana de flota, que estamos muy interesados en mantener la paz. Si no hay tratado, no hay razón para que existan las traductoras, ¿no es cierto? Y, aunque resulta inquietante pensar en ello de manera demasiado directa, en realidad estamos relacionadas con las humanas de una forma muy estrecha. No, ni siquiera queremos considerar la posibilidad de que el tratado resultara comprometido. Pero, bueno, una cosa es que usted tenga esa arma, pero ayer alguien la utilizó para disparar a naves humanas. Claro que, desde luego, esa era, exactamente, su finalidad, pero se fabricó antes del tratado, ¿lo comprende? Y, desde luego, firmamos el tratado con las humanas. Aunque, para ser totalmente sincera con usted, está empezando a costarme distinguir entre quién es humana y quién no. Y, para rematar todo esto, ahora tengo claro que quizás Anaander Mianaai no actuó en nombre de todas las humanas cuando firmó el tratado. Y, como ya le he dicho antes, me resultará imposible explicarles esto a ellas. Por supuesto, a ninguna de nosotras nos importa mucho lo que se hagan unas a otras, pero utilizar armas fabricadas por las presgeres para hacérselo y tan pronto después del asunto con las rrrrrrs..., no tiene buen aspecto. Sé que eso ocurrió hace veinticinco años, pero debe usted entender que, para ellas, podría tratarse de hace cinco minutos. Además, de la misma forma que no todos los sectores mostraron... entusiasmo respecto al tratado, existe... cierta ambivalencia en cuanto a la existencia y venta de esas armas.

—No lo entiendo, traductora —le confesé.

Ella suspiró profundamente.

—No pensé que lo hiciera, aun así, tenía que intentarlo. ¿Está usted

absolutamente segura de que aquí no tienen ostras?

—Ya se lo dije antes de que subiera a bordo, traductora.

—¿Ah, sí? —Pareció realmente intrigada—. Creía que quien me lo dijo fue una de sus soldados.

—¿Cómo supo que yo tenía el arma, traductora?

Ella parpadeó con evidente sorpresa.

—Era obvio. La anterior capitana de flota Breq la tenía debajo de la chaqueta cuando la conocí. Pude..., no oírla exactamente. ¿Olerla? No, eso tampoco es correcto. No..., no creo que se trate de una forma de percepción que esté a su alcance en realidad, ahora que lo pienso.

—Y, si me permite preguntárselo, traductora, ¿por qué un metro once centímetros?

Ella, obviamente intrigada, frunció el ceño.

—¿Disculpe, capitana de flota?

—Me refiero a las armas. Las balas penetran cualquier material hasta una profundidad de un metro once centímetros y, a continuación, se detienen. ¿Por qué un metro once centímetros? No parece que sea una distancia terriblemente útil.

—Bueno, no —contestó la traductora Zeiat sin desfruncir el ceño—. No se pretendía que fuera una distancia útil. De hecho, no se pretendía que tuvieran ninguna distancia de penetración. ¿Sabe qué, capitana de flota? Ya está usted haciendo eso otra vez: decir algo de una forma que la conduce en una dirección totalmente equivocada. No, las balas no están diseñadas para penetrar en algo un metro once centímetros. Están diseñadas para destruir naves radchaais. Este era el requisito que exigían las compradoras. El metro once centímetros es una especie de... efecto secundario accidental. Aunque resulta útil a su manera. Pero cuando se dispara a una nave radchaai se consigue algo muy distinto, se lo aseguro, y así se lo explicamos a las

garseddais con toda sinceridad, pero ellas no acabaron de creernos. Si nos hubieran creído, habrían causado un daño mucho mayor. Aunque dudo de que, en última instancia, las cosas hubieran acabado de una forma muy diferente.

Experimenté una chispa de esperanza que no me había permitido experimentar hasta entonces. Si las tres naves a las que había disparado no habían cambiado de emplazamiento, quizá solo quedaba una. Una más la *Espada de Atagaris*. Y la *Misericordia de Ilves*, que orbitaba alrededor de las estaciones exteriores. Sin embargo, el hecho de que no intentara involucrarse en mi batalla contra la *Espada de Atagaris* sugería que ella y su capitana no querían meterse en problemas y que se las ingeniarían para encontrar razones que las obligaran a quedarse cerca de los sistemas exteriores durante algún tiempo, si es que lo conseguían. Además, si el arma era tan específicamente efectiva, yo tenía la posibilidad de utilizarla de una forma mejor y más efectiva.

—¿Podría comprarle más balas a usted?

El ceño fruncido de la traductora se acentuó.

—¿A mí? Yo no tengo balas, capitana de flota. En cuanto a ellas... Eso constituiría un problema para ellas. Verá, el tratado especifica, por insistencia expresa de Anaander Mianaai, que dichas armas no se suministrarán nunca más a las humanas.

—¿Entonces las gecks o las rrrrrrs podrían comprarlas?

—Supongo que sí. Aunque no me imagino por qué querrían unas armas específicamente fabricadas para destruir naves radchaais. A menos que se rompiera el tratado, en cuyo caso, las humanas desde luego tendrían problemas mucho más urgentes que unas cuantas armas capaces de destruir sus naves, se lo aseguro.

Bueno. Todavía me quedaban varios cargadores. Y todavía estaba viva. Por

imposible que pareciera, había una posibilidad. Remota, pero aun así, mucho menos remota de lo que creía pocos minutos antes.

—¿Y si Athoek quisiera comprarle a usted correctivos médicos?

—Casi seguro que podríamos llegar a alguna clase de acuerdo respecto de los correctivos —contestó la traductora Zeiat—. Me imagino que cuanto antes mejor. Parecen utilizarlos a un ritmo alarmante.

—Rotundamente, no —declaró Médico cuatro horas más tarde cuando le pedí unas muletas. Para ser más exacta, se las pedí a Cinco y Médico apareció y se puso junto a mi camilla minutos después—. Todavía tiene correctivos en el torso y, por si fuera poco, también en la pierna derecha. Como puede mover los brazos, quizá crea que puede levantarse sin problemas, capitana de flota, pero se equivoca.

—No me equivoco.

—Todo está evolucionando bien —continuó Médico como si yo no hubiera dicho nada—. Estamos a salvo en el espacio del portal y la teniente Ekalu lo tiene todo bajo control. Si insiste en celebrar reuniones, puede celebrarlas aquí. Mañana, quizá, pueda intentar dar unos pasos y veremos cómo le va.

—Deme las muletas.

—No. —Por efecto de algo que pensó, la adrenalina se le disparó y se le aceleró el ritmo cardíaco—. Si quiere, puede pegarme un tiro, pero no se las daré.

Lo que sintió fue auténtico miedo, pero ella sabía, yo estaba convencida de ello, que nunca le dispararía por algo así. Además, las doctoras tenían más libertad de acción que otras oficiales, al menos en cuestiones médicas. Aun así...

—Entonces me arrastraré.

—No lo hará —declaró Médico con voz calmada, aunque su corazón seguía latiendo deprisa y, por encima del miedo, empezaba a estar enfadada.

—Míreme y verá.

—No sé por qué siquiera se molesta en intentarlo con una médico —declaró, y se marchó todavía enfadada.

Dos minutos más tarde, Cinco entró en la habitación con unas muletas. Me incorporé hasta quedar sentada, me volví con cuidado para que mi única pierna colgara por el lateral de la camilla y coloqué las muletas por debajo de mis brazos. Luego me deslicé hasta que mi pie desnudo se apoyó en el suelo. Trasladé mi peso a la pierna y estuve a punto de caerme, solo las muletas y la rapidez de Kalr Cinco en sujetarme me sostuvieron de pie.

—Señor —susurró Cinco—, permítame ayudarla a volver a la camilla. Si quiere, le pongo el uniforme y puede reunirse aquí con las tenientes.

—Voy a conseguirlo.

—No, no lo conseguirá —declaró Nave en mi oído—. Médico tiene razón. Necesita uno o dos días más. Y, si se cae, lo único que conseguirá es lesionarse todavía más... Y no, ahora mismo, tampoco llegaría muy lejos arrastrándose.

No era propio de Nave hablarme así y estuve a punto de decírselo, pero entonces me di cuenta de que estaba tan enfadada y frustrada que no lograría caminar. Aun así, repetí:

—Voy a conseguirlo.

Pero ni siquiera llegué a la puerta.

Tenía que reunirme con todas mis tenientes, pero primero lo hice a solas con Tisarwat.

—Ello ha hablado conmigo —me explicó mientras estaba de pie a los pies de mi camilla. No había nadie más en la habitación, ni siquiera Kalr Cinco ni Seivarden—. Lo que me contó no me sorprendió realmente.

No, claro que no.

—¿Iba usted a contármelo en algún momento, teniente?

—¡Yo no lo sabía! —Angustiada. Avergonzada. Odiándose a sí misma—. O sea, ella... —Se interrumpió. Estaba evidentemente alterada—. La tirana había pensado utilizar el sistema Fantasma como base y quería construir naves allí. También consideró la posibilidad de... requisar unos cuantos núcleos de IA para construir las naves a partir de ellos. Por si acaso. Al final, decidió que era demasiado arriesgado llevarlo a cabo. A su otra facción le resultaría muy fácil descubrirlo e incluso realizarlo ella también. Pero como se le había ocurrido a ella, sabía que, probablemente, también se le ocurriría a cualquier otra facción de ella misma. Además, si una deseaba construir naves tripuladas por auxiliares, el viejo comercio de esclavas sugería que el sistema era una buena opción, señor. Ella no quería auxiliares, pero la otra sí, de modo que se mantuvo alerta. Sin embargo, al cabo de cierto tiempo fue obvio que el resto de ella había llegado a la conclusión de que, aunque parecía conveniente, el sistema Fantasma no era el mejor lugar para construir naves.

—¿Y la idea de la *Sphene* de que hay núcleos de IA escondidos en el Subjardín?

—El Subjardín también parece un lugar muy conveniente para esconder cosas, señor. Ella lo registró en varias ocasiones, pero no encontró nada. Sin duda, la otra facción también lo hizo. El hecho de que las ychanas estén allí hace que no resulte un buen escondite, claro que, al principio, no lo estaban. Y, aunque la otra facción hubiera escondido algo en el Subjardín, después de que las ychanas se instalaran allí, era muy complicado hacer que se fueran.

—¿Entonces por qué no impidió que las ychanas se mudaran al Subjardín?

—Nadie cayó en la cuenta hasta que ya estaban totalmente instaladas. En ese momento, expulsarlas de allí habría provocado problemas con las residentes de la estación. En concreto, con muchas xhais, señor. Y habría complicado la asignación de los alojamientos en la estación. Por otro lado, el hecho de que hubiera gente viviendo allí y que su oponente ya hubiera registrado el Subjardín varias veces sin encontrar nada podía significar que era un lugar muy bueno para esconder cosas. Siempre que ella fingiera que no le importaba lo que sucedía allí. Y siempre que a nadie se le ocurriera llevar a cabo ninguna reforma.

Siempre que las funcionarias de la estación se opusieran a cualquier remodelación.

—Eso explica la actitud de su eminencia Ifian, pero ¿qué pasa con el resto de las funcionarias? Cuando surgió la necesidad de realizar una reforma, la administradora de la estación Celar la autorizó sin problemas y Seguridad apoyó su decisión. Por otro lado, la gobernadora Giarod no parecía tener ninguna opinión hasta que Ifian se definió. Si era tan importante que nadie registrara el Subjardín porque, efectivamente, hay algo escondido allí, ¿por qué dejar solo a su eminencia como guardiana?

—Verá, señor. —Tisarwat sonó solo ligeramente afligida, sin embargo sí que percibí en ella una aguda sensación de vergüenza—. Ella no es estúpida. Ninguna parte de ella lo es. Ninguna de ellas iba a dejar lugares como el

Subjardín o el sistema Fantasma sin vigilancia. Así que siempre ha habido muchas... maniobras y conflictos encubiertos en relación con la asignación de cargos del sistema Athoek. Y eso sin que ella dejara en ningún momento de fingir que no le importaba lo que ocurría allí. Ambas partes intentaban situar en Athoek piezas clave y minar o bloquear las de la otra. El resultado es..., bueno, lo que hay ahora. Le habría contado todo esto antes, señor, pero estaba convencida, ella lo estaba, de que nada de esto era relevante, de que no había nada escondido en el Subjardín y que todas las estrategias relacionadas con Athoek no eran más que una distracción. Y todavía cree que siguen siendo una distracción de la acción principal, que, en su opinión, se desarrollará principalmente en los palacios. Y usted está aquí porque..., bueno, en primer lugar porque no habría accedido a ir a ningún otro lugar. Y, en segundo, como le dije antes, porque ella está muy enfadada con usted y considera que es posible que la otra parte esté lo bastante enfadada con usted para venir en su busca. De esta forma, debilitaría sus fuerzas en algún otro lugar. Lo que, teniendo en cuenta los acontecimientos recientes, parece ser el caso. Estoy segura de que, en este mismo momento, Omaugh está planeando un ataque a Tstur.

—Entonces es probable que, al recibir nuestro mensaje, la capitana de flota Uemi se desplazara a Tstur y se llevara a la flota Hrad con ella. No pensaba enviarnos ninguna ayuda.

—Es probable, señor. —Seguía de pie al final de la camilla. Incómodamente silenciosa, deseando decirme algo pero temerosa de hacerlo. Después, por último—: Tenemos que regresar a Athoek, señor. Ekalu cree que no. Según ella, deberíamos ir al sistema Fantasma, dejar allí a ello, y quizá también a la traductora Zeiat, y volver a Omaugh. En su opinión, no tenemos otro lugar adonde ir y las autoridades de allí tendrán una buena disposición hacia nosotras. Amaat Una está de acuerdo con ella.

Mientras Seivarden estaba ingresada en el Departamento Médico, Amaat Una actuaba como teniente.

—Así es, tenemos que regresar a Athoek —corroboré yo—. Pero antes quiero saber cómo están las cosas por allí. Me parece interesante que, aparentemente, Estación no alertara a nadie de que las ychanas se estaban trasladando al Subjardín hasta que ya no se pudo hacer nada al respecto. Pensé que se debía a que estaba enojada, pero si hay algo escondido allí de lo que no puede hablar, quizás estaba haciendo algo más.

—Es posible —declaró Tisarwat de una forma reflexiva—. Aunque, para serle sincera, esta estación es propensa al enfado.

—¿Puede usted culparla por eso?

—En realidad, no —admitió ella—. Entonces, señor, respecto a lo de regresar a Athoek... —Le indiqué, con un gesto, que continuara—. En el sistema Fantasma hay un viejo repetidor de comunicaciones athoeki, justo en la entrada del portal. Las athoekis siempre quisieron expandirse hacia allí, pero nunca lo consiguieron. —Me pregunté hasta qué punto sus dificultades se debieron a la interferencia de la *Sphene*—. Ello dice que todavía funciona y que todos los canales de noticias oficiales llegan a él. Si es así, deberíamos poder utilizarlo para hablar con Estación. Si puedo... Conozco algunas formas de acceder a los repetidores oficiales. Creo que podría conseguir que las comunicaciones que enviáramos parecieran mensajes oficialmente autorizados o peticiones de datos rutinarios. Cualquier mensaje autorizado procedente de un repetidor oficial y bien conocido no despertará sospechas.

—¿Ni siquiera los mensajes procedentes de un repetidor que no ha enviado mensajes oficiales a Athoek hasta ahora?

—Si se dan cuenta de eso, señor, sin duda les alarmará. Pero alguien tendría que darse cuenta. Estación lo notará de inmediato, pero para cualquier otra persona, probablemente solo parecerá un mensaje autorizado más. Quizás

Estación no quiera o no pueda contestarnos, pero al menos podemos intentarlo. Y, seguramente, por medio de las noticias oficiales podremos averiguar algo, sea lo que sea. Además, así dispondremos de tiempo para terminar las reparaciones y usted, ruego su indulgencia, señor, podrá recuperarse un poco. Y cuando tengamos esa información, podremos decidir qué hacer. —Pronunció las últimas frases con una celeridad ansiosa. Ansiosa por referirse a mi herida y a lo que podríamos hacer cuando, en realidad, quizá no pudiéramos hacer nada—. Pero, señor, la ciudadana Uran... Uran tiene la cabeza muy centrada, pero... y la ciudadana Basnaaid... —La intensidad de los sentimientos que experimentaba hacia la ciudadana Basnaaid impidieron que pudiera hablar durante unos instantes—. Señor, ¿se acuerda de cuando estábamos en Omaugh? —Experimentó una nueva oleada de angustia y desprecio hacia sí misma. Cuando estábamos en Omaugh, ella todavía era Anaander Mianaai y cualquier cosa que creyera que yo recordaba también la recordaba Anaander—. ¿Se acuerda de que dijo que nada de lo que ella le hiciera podía ser peor que lo que ya le había hecho? Cuando usted llegó a Omaugh, no tenía nada que perder. Pero ahora ya no es así. Yo..., yo ni siquiera creo que fuera cierto cuando lo dijo, pero ahora todavía lo es menos.

—Se refiere usted a que, si puede, la tirana no dudará en utilizar a Basnaaid o a Uran para hacerme daño.

Queter quiso que me llevara a Uran conmigo a la estación para alejarla de las plantaciones de té y mantenerla a salvo. Pero, por lo visto en aquel momento Queter estaba en un lugar más seguro que Uran.

—Ojalá hubieran venido con nosotras. —Seguía en posición erguida a los pies de la camilla, esforzándose en permanecer quieta y con el rostro impassible—. Sé que se lo preguntamos y que ellas no quisieron venir, pero si hubiéramos tenido más información, podríamos haberlas obligado a venir. Entonces, simplemente podríamos irnos y no regresar.

—¿Y dejar a todas las demás? —le pregunté—. ¿Dejar a nuestras vecinas del Subjardín? ¿A las trabajadoras agrícolas de Suelo? ¿A sus amigas? —Tisarwat había hecho muchas amigas. Algunas solo por razones políticas, pero no todas—. ¿A la ciudadana Piat? ¿Incluso a la irascible Estación?

Tomó aire de forma temblorosa y, luego, gritó:

—¿Cómo puede estar ocurriendo esto? ¿Cómo puede haber algún provecho en absoluto? Ella se lo dice a sí misma, ¿sabe?, se dice que todo esto es, en última instancia, en provecho de la humanidad. Que todo el mundo tiene su lugar, su papel en el plan, y que, a veces, algunas personas tienen que sufrir por ese provecho superior. Pero resulta fácil decirse eso cuando una nunca es la víctima. ¿Por qué tenemos que ser nosotras?

No le contesté. Se trataba de una pregunta antigua y ella conocía las distintas y consabidas respuestas tan bien como yo.

—No —declaró después de treinta y dos segundos de silencio tenso y angustiado—. No podemos irnos, ¿verdad?

—No, no podemos.

—¿Con todo lo que usted ha pasado, que es mucho más de lo que yo he pasado, y soy yo quien quiere salir huyendo! —exclamó.

—Yo también consideraré esa posibilidad —le confesé yo.

—¿Ah, sí?

Pareció dudar de cómo sentirse al respecto y experimentó una extraña mezcla de alivio y decepción.

—Sí. —Y si Basnaaid y Uran hubieran estado a bordo, quizá lo habría hecho. Y añadí—: En fin, piense qué necesita exactamente para que el plan del repetidor funcione.

—Ya lo he hecho, señor. —Autodesprecio. Orgullo. Miedo. Preocupación—. No necesito gran cosa. Puedo hacerlo incluso desde aquí. Si es que puedo

hacerlo. Sin embargo, sí que necesito la ayuda de Nave. Si todavía tuviera... En fin, Nave puede ayudarme.

Se refería a los implantes que le extraje y que la convertían en parte de Anaander Mianaai.

—Bien. Quiero que usted, Ekalu y Amaat Una se reúnan aquí conmigo dentro de quince minutos. Entonces podrá explicarles su plan a ellas. Y luego —y esto lo dije más en beneficio de Nave y Médico que en beneficio de Tisarwat— regresaré a mis habitaciones.

Ya fuera con las muletas, arrastrándome o llevada por las kalrs era irrelevante.

La *Sphene* estaba en mis dependencias, de pie y mirando fijamente los fragmentos del bonito juego de té de oro y cristal que estaban desplegados sobre la encimera. Yo había conseguido apoyarme en las muletas y recorrer el trayecto por mí misma hasta cierto punto, aunque no lo habría conseguido sin la ayuda de Cinco y Doce. Cuando entramos, la *Sphene* levantó la mirada, saludó a Cinco con la cabeza y a mí me dijo:

—Prima.

—Prima —la saludé yo, y con la ayuda de Cinco conseguí llegar a un banco—. ¿Qué pinta tiene? —le pregunté a la *Sphene* mientras Cinco colocaba cojines a mi alrededor—. Me refiero al juego de té. Te lo aclaro antes de que me salgas con algún sarcasmo.

—Ahora me has estropeado la diversión, prima —declaró la *Sphene* con voz suave sin dejar de mirar atentamente los fragmentos de cristal coloreado de la encimera—. No estoy nada segura de que esto pueda recomponerse de una forma mínimamente aceptable.

Cinco se dirigió a la encimera y la *Sphene* se desplazó un poco para que

podiera acceder a los utensilios para preparar té.

—Lo siento —contesté, y me recliné en los cojines que Cinco había colocado.

—Bueno —repuso la *Sphene* todavía sin mirarme—, solo se trata de un juego de té. Además, fui yo quien lo vendió y sabía que la capitana Hetnys era una idiota. De no ser así, no habría hecho negocios conmigo. —La auxiliar y Cinco parecían extrañamente amigables, hombro con hombro frente a la encimera. La *Sphene* volvió a guardar los fragmentos en la caja, la cerró y la dejó sobre la encimera. Luego tomó dos tazones de cristal rosa de las manos de Cinco y se sentó a mi lado en el banco—. Tienes que ser más cuidadosa, prima. Te estás quedando sin trozos de ti misma de los que puedas prescindir.

—Y decías que te había estropeado la diversión.

Cogí uno de los tazones y bebí un sorbo de té.

—La verdad es que no me estoy divirtiendo mucho —confesó la *Sphene* con bastante serenidad, claro que era una auxiliar—. No me gusta estar separada de mí misma de esta forma. —La información podía viajar a través de los portales interestelares habituales porque estos se mantenían constantemente abiertos. Sin embargo, nosotras estábamos aisladas en nuestra diminuta burbuja de espacio normal y la *Sphene* no podía contactar con el resto de sí misma, con la nave que se ocultaba en el sistema Fantasma—. De todos modos, por muy desagradable que sea la sensación, al menos sé que el resto de mí misma está ahí fuera, en algún lugar.

—Así es —corroboré yo, y bebí otro trago de té—. ¿Cómo va la partida con la traductora?

La *Sphene* y la traductora Zeiat se habían pasado los dos días anteriores en la sala de la decuria jugando una partida de un juego de fichas. O al menos de algo que había empezado como un juego de fichas normal, pero que ahora también incluía pastelitos con forma de pez, los fragmentos de dos cáscaras de

huevo y un tazón que contenía té del día anterior y en el que, de vez en cuando, echaban una ficha de cristal. Parecían ir improvisando sobre la marcha.

—La partida está yendo muy bien —contestó la *Sphene*, y bebió un sorbo de su té—. Ella me aventaja por dos huevos, pero yo tengo muchos más corazones que ella. —Otro sorbo de té—. Me refiero a la partida. Sin contar la partida, también tengo más. Probablemente. Aunque ahora que lo pienso, no estoy segura de querer especular acerca de las vísceras de la traductora. O del contenido de su equipaje.

—Yo tampoco. —Cinco terminó lo que estaba haciendo en la encimera y salió de la habitación. Podría haber ampliado mi percepción y averiguar qué tarea iba a realizar, pero no lo hice—. ¿Cuánta información os llega a través del portal Fantasma?

—Bastante —contestó la *Sphene*—. Me llegan las transmisiones oficiales, por supuesto, los comunicados, las noticias censuradas y los programas de entretenimiento público. Mis favoritos son los de contenido histórico acerca de naves rotas de dolor que vagan por el espacio sin rumbo fijo.

Sin duda lo dijo con sarcasmo, aunque no percibí ni rastro de este en su voz.

—Entonces no querrás perderte el último —comenté yo—. Trata de una nave absolutamente desconsolada que rapta a una piloto de minas corriente porque cree que es su antigua capitana, quien murió mucho tiempo atrás. A continuación, se suceden una serie de aventuras y malentendidos hilarantes pero conmovedores.

—Ojalá me lo hubiera perdido —repuso la *Sphene* sin alterarse.

—Contenía algunas canciones buenas.

—Ese comentario es típico de ti —comentó la *Sphene*—. ¿Alguna vez has oído una canción que no te gustara?

—En realidad, sí.

—¡En nombre de todo lo que es sagrado, no la cantes! Ya tengo bastantes

desgracias en mi vida —replicó la *Sphene*.

Permanecemos en silencio durante unos segundos y, luego, le pregunté:

—Entonces, ¿las personas que compraste a la capitana Hetnys y las que compraste a las esclavistas antes de la anexión de Athoek están todas conectadas?

La *Sphene* bebió el resto de su té.

—Sé lo que pretendes, prima. —No le contesté y la auxiliar continuó—: Sé de dónde vienes y puede que a ti y a tu nave os vaya bien tal y como estáis, pero yo no tengo la menor intención de unirme a ninguna de las dos. Compré esos cuerpos porque los necesitaba.

—¿Para qué exactamente? ¿Qué has estado haciendo durante tres mil años que hace que necesites auxiliares?

—Sobrevivir —repuso la *Sphene*. Dejó el tazón a su lado, en el banco—. Y resulta irónico que seas tú la que armes un escándalo por ello. Antes de la guerra, la mayoría de los cuerpos que conseguí eran de criminales condenadas. Pero en tu caso, tu misma existencia se fundamentaba en que la usurpadora consiguiera cantidades enormes de personas al azar. ¿Cuántas auxiliares tuviste durante tu vida como nave? ¿Y cuántas de ellas eran personas inocentes? Y ahora quieres que yo renuncie a las pocas que tengo, ¿no es así? —No le contesté—. Ya no dispongo de una tripulación, así que ni siquiera podría fingir que tengo auxiliares como hace la *Misericordia de Kalr*.

—No estoy armando ningún escándalo —repliqué yo—. Solo te estoy preguntando. Además, lo que almacenas en tus bodegas son ciudadanas.

—No, no lo son. Las ciudadanas viven en el Radch. Lo que hay fuera del Radch es impuro y, en su mayoría, apenas humano. Vosotras podéis llamaros a vosotras mismas radchaais tanto como queráis, podéis usar guantes como si, de alguna forma, el hecho de no tocar cosas impuras marcara la diferencia, pero no cambia nada. Vosotras no sois ciudadanas, sois impuras por definición

y ninguna funcionaria de admisiones os permitiría estar a menos de diez mil kilómetros del Radch por muchas veces que os lavarais o por mucho que ayunarais.

—Bueno, claro que no —contesté razonablemente—. Yo soy una auxiliar.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Pronto saldremos del espacio del portal y entraremos en tu sistema de origen. —Para la *Sphene*, durante los últimos tres mil años el sistema Fantasma había sido lo más cercano a su sistema de origen—. Espero que estés dispuesta a proporcionarnos toda la información de la que dispongas sobre lo que ha ocurrido en Athoek recientemente. También podemos enviarte de vuelta a ti misma, si así lo deseas.

Silencio. Yo sabía que la *Sphene* estaba respirando, lo veía, pero respiraba de modo muy suave y, aparte de ese ligero movimiento, estaba totalmente inmóvil. Entonces dijo:

—Se suponía que no debía regresar.

—Me lo imaginaba. —Cinco volvió y se acercó a nosotras. Arregló mis cojines y recogió los tazones de té—. Quiero averiguar si conseguí causar daños a alguna de las naves de Anaander. Y si lo hice, quiero intentar causarles más. Y también necesito saber qué está pasando en Athoek para elaborar mis planes.

—¡Oh, prima! —replicó la *Sphene*—. Estamos aquí discutiendo, apenas coincidimos en nada y de repente vas directa a mi corazón de esta forma. Sin duda, tenemos que ser familia.

Llegamos al sistema Fantasma. El espacio ni-siquiera-negro del portal se vio reemplazado por luz solar —la única estrella del sistema Fantasma era un poco más pequeña, joven y de luz más débil que la de Athoek—, hielo, rocas y

la única baliza indicadora del portal. Yo estaba sentada en la cama, en mis dependencias. Podría haber ocupado mi asiento en el puente de mando, pero era el turno de Ekalu y, además, Médico se sintió muy disgustada cuando me fui del Departamento Médico. Si podía tranquilizarla aunque solo fuera un poco quedándome en mis dependencias en lugar de arrastrarme hasta el puente de mando, lo haría.

Hasta que Tisarwat hiciera lo que había planeado hacer, no nos llegaría nada a través del repetidor del portal salvo las transmisiones oficiales autorizadas. Aun así, incluso estas podían sernos útiles. Amplié mi percepción.

Había supuesto que tendría que escuchar una gran cantidad de cháchara insustancial hasta encontrar lo que buscaba, pero la verdad es que los canales de noticias oficiales hablaban de mí ininterrumpidamente. Yo era una traidora amotinada y de ningún modo podía ser considerada una ciudadana, ni siquiera era humana. Yo era la *Justicia de Toren*, destruida, enloquecida..., maliciosa, engatusadora... Había engañado a los estratos más elevados de la Administración del Sistema y de la Estación. ¡Quién sabía lo que le había hecho al resto de mí misma! ¡Quién sabía cómo había sobornado a la *Misericordia de Kalr*! Pero esas cuestiones no eran más que meras especulaciones. Yo y la *Misericordia de Kalr* éramos extremadamente peligrosas y cualquiera que nos avistara, aunque fuera de una forma dudosa o imprecisa, debía notificarlo de inmediato. Cualquiera que me acogiera o escondiese sería declarada enemiga del Radch, de la humanidad misma.

—Mírate, prima —declaró la *Sphene* en sus propias dependencias de invitada—. Las comunicaciones ya llevan así dos días y siento tanta envidia que no puedo soportarlo. De verdad que no es justo. Yo hace tres mil años que soy enemiga de la usurpadora, sin embargo tú, que eres una mera principiante, ya tienes tres canales de noticias dedicados a ti por completo. ¡Ah, y los de

música y entretenimiento para cada cinco minutos para recordarnos que sintonicemos con el programa de la *Justicia de Toren*! Lo único que puedo deducir es que tu pequeña proeza sí que causó daños y retiro lo que dije acerca de que era una estupidez.

Yo solo la oí a medias. Examinaba los comunicados en busca de cualquier otra información. Por lo visto, Lusulun, la jefa de Seguridad, había renunciado a su puesto y la número dos en la línea de mando la había sustituido. Su eminencia Ifian siempre había desconfiado de mí y había intentado mantener el sistema Athoek fiel a los sensatos valores radchaais, aunque se negaba a delatar a las funcionarias que creía que habían sucumbido a mis engaños. Aparentemente, la opinión oficial consistía en que todas las personas que habían colaborado conmigo habían sido engañadas o manipuladas. Pero la evidente implicación extraoficial era que, como mínimo, mis antiguas aliadas corrían el peligro de ser retiradas de sus cargos o perder su influencia. En ningún caso se mencionaba a Basnaaid o a Uran.

Yo no esperaba que se hiciera ninguna mención explícita sobre mi ataque a las naves de Anaander y mucho menos de los daños que podía haberles ocasionado. Aunque quizá lograra descubrir alguna pista o implicación al respecto. Claro que, una vez más, quizá la *Sphene* tenía razón y la mera existencia y vehemencia de aquella avalancha de comunicados decía algo acerca de la amenaza que yo representaba para Anaander.

La teniente Ekalu, que seguía en el puente de mando, todavía no había dado vía libre a la tripulación para que se desabrocharan los cinturones de seguridad o sacaran los objetos de los lugares donde los habían asegurado. Observó la vista que Nave le ofreció del sistema.

—¿Dónde estás, *Sphene*? —preguntó la *Misericordia de Kalr*, dirigiéndose al aparente vacío.

—Por ahí —contestó la auxiliar de la *Sphene* desde las dependencias de las

invitadas—. De momento seguiré como auxiliar. —Y añadió—: En cualquier caso, aquí se está mejor.

—Ya estamos en el sistema Fantasma —declaró la teniente Ekalu desde el puente de mando—. Adelante, Tisarwat.

—Gracias, teniente —contestó Tisarwat desde sus dependencias.

La puerta de las mías se abrió y apareció Seivarden. De uniforme.

—¿No deberías estar en el Departamento Médico? —le pregunté.

—Me han dado el alta —declaró con aires de suficiencia. Se sentó a mi lado, en la cama. Miró alrededor de la pequeña habitación y también hacia la puerta y, cuando estuvo segura de que Cinco no estaba en las proximidades, se sentó con las piernas cruzadas sin quitarse las botas—. Hace tres minutos. Y me han retirado la medicación. Le he dicho a Médico que ya no la necesitaba.

—Supongo que eres consciente de que es la medicación la que hace que sientas que ya no necesitas la medicación —declaré sin apartar del todo la atención de Tisarwat, quien también estaba sentada con las piernas cruzadas sobre su propia cama y con los ojos cerrados mientras accedía al repetidor a través de Nave.

Bo Nueve entró en la habitación de Tisarwat mientras tarareaba en voz baja: «¡Oh, árbol, cómete el pescado!»

A mi lado, en mi cama, Seivarden se acercó a mí y tiró levemente del cuello de mi chaqueta, como si estuviera un poco torcido. Luego se apoyó en mí.

—¡Tú y Médico! Eso ya lo sé. No es la primera vez que hago algo así, ¿te acuerdas?

—¡Sí, y lo bien que te salió!

Sentí que mi hombro, al estar en contacto con el de Seivarden, se calentaba. En las decurias, los soldados que no estaban en el puente de mando empezaron a ver y oír los programas de noticias oficiales. La rabia y el resentimiento que experimentaron, matizados con un toque de vergüenza, me sobrecogieron. Al

fin y al cabo, eran radchaais y las autoridades radchaais las estaban acusando de traición.

Seivarden, ajena a todo aquello, asintió divertida.

—Pero esta vez no lo he hecho tan mal. Para empezar, he aguantado mucho más tiempo. Y sigo sin tomar kef. Bueno, está bien, quería tomarlo, pero no lo he hecho. —Me abstuve de señalar que, por mucho que lo hubiera querido, no habría podido conseguirlo—. He hablado de esto con Médico. —Se deslizó un poco hacia abajo y apoyó la cabeza en mi hombro—. No quiero cambiar una adicción por otra, y la verdad es que lo estaba haciendo muy bien.

A pesar del tono despreocupado de su voz, le inquietaba mi reacción.

—Nave —dije—, entiendo lo que estás haciendo, pero me temo que la teniente Seivarden quiere cosas de mí que yo no puedo darle.

Seivarden suspiró y separó un poco la cabeza de mi hombro para mirarme.

—La teniente y yo hemos hablado de ello —declaró en nombre de Nave—. Y tiene usted razón, ella quiere cosas que usted no puede darle, pero también es cierto que cualquiera que mantenga cualquier tipo de relación con usted tendrá que ajustar algunas de sus expectativas.

Seivarden pronunció un leve «Ajá» al final de la frase y volvió a apoyar la cabeza en mi hombro.

—Nave y yo hemos hablado de esto.

—¿Mientras estabas atiborrada de medicamentos y todo te parecía bien?

—Sobre todo, antes —repuso ella mientras permanecía sorprendentemente impasible—. Mira, sé que, haga lo que haga, nunca conseguiré lo que quiero. Pero quizá sí que podría obtener una pequeña parte de ello. —Titubeó avergonzada y, luego, continuó—: Quizá quede algo para mí de lo que tenéis entre Nave y tú. A Nave le caigo bien, ¿no? Ella misma lo dijo. Y a lo que tú te refieres cuando dices que no me lo puedes dar es, sobre todo, al sexo. Pero eso puedo conseguirlo por mí misma en otros lugares.

Ekalu seguía en el puente de mando. Atenta. Tan rabiosa y avergonzada por las noticias oficiales como el resto de la tripulación. Yo estaba segura de que, en aquel momento, no estaba pensando en Seivarden. Seivarden suspiró.

—Claro que eso tampoco lo he hecho muy bien, ¿no? —Por lo visto ella sí que estaba pensando en Ekalu—. No sé qué hice mal. Sigo sin comprender por qué se enfadó tanto.

—Ella te lo explicó —observé yo—. ¿Y tú sigues sin comprenderlo?

Seivarden enderezó el torso, se levantó, caminó hasta el otro extremo de la habitación y regresó.

—Sí.

Se quedó de pie, mirándome fijamente; solo ligeramente agitada, claro que hacía días que no experimentaba ninguna emoción.

—Seivarden. —Yo deseaba que volviera a sentarse y apoyara de nuevo su hombro contra el mío—. ¿Sabes lo que ocurre cuando alguien me dice que no me ve como una auxiliar?

Ella parpadeó y su respiración se aceleró un poco.

—Que te enfadas. —Y añadió con un leve carraspeo—: Bueno, que te enfadas todavía más.

—Tú nunca me lo has dicho, aunque estoy segura de que lo has pensado. —Abrió la boca para protestar—. No, escúchame. Cuando te encontré en Nilt, tú no sabías que yo era una auxiliar. Supusiste que era humana. De hecho, te puede parecer totalmente razonable decir que no parezco una auxiliar o que no me ves como una auxiliar. Incluso podrías considerarlo un cumplido, pero nunca me lo has dicho y supongo que nunca lo harás.

—Bueno, no, porque sé que eso te haría enfadar —replicó Seivarden intrigada y herida mientras bajaba la vista hacia mí, que seguía sentada en la cama.

—¿Y entiendes por qué me enfadaría?

Ella me indicó, con un gesto, que eso le parecía irrelevante.

—No. Sinceramente no, Breq, no lo entiendo.

—¿Entonces por qué no aplicas el mismo tipo de cortesía con Ekalu? —le pregunté solo un poco sorprendida de que no hubiera llegado a esa conclusión por sí misma.

—Bueno, porque lo de ella no era razonable.

—Sin embargo, según tu experiencia, yo soy siempre absolutamente razonable —observé con un tono de voz neutro pero ligeramente irónico.

Seivarden se echó a reír.

—Bueno, pero tú eres...

Se interrumpió, se quedó paralizada y vi que caía en la cuenta; percibí su repentina lucidez.

—Esto que te ha ocurrido no es nada nuevo —declaré. Aunque probablemente no me oyó. La sangre fluía con celeridad hacia su cara. Quería huir, pero, por supuesto, no había ningún lugar al que pudiera ir para escapar de sí misma—. Siempre has dado por descontado que todas las personas que están jerárquicamente por debajo de ti atenderán tus necesidades emocionales. Incluso ahora esperas que yo diga algo que te haga sentir mejor. Y te enfadaste mucho con Ekalu cuando ella no lo hizo. —Ninguna respuesta, solo una respiración superficial, cuidadosa, como si temiera que una respiración profunda pudiera hacerle daño—. En efecto, has mejorado, pero todavía puedes ser una gilipollas egoísta.

—Estaré bien —repuso ella como si su comentario fuera la respuesta lógica a lo que yo acababa de decir—. Tengo que ir al gimnasio.

—De acuerdo —contesté.

Y sin pronunciar una palabra más se volvió y se fue.

Una hora después, cuando regresé de un trayecto de ida y vuelta por el pasillo aprobado por Médico, encontré a Seivarden en mis dependencias. Todavía tenía el pelo húmedo de la ducha y estaba hurgando en el armario donde guardábamos los utensilios del té. Al verla, Kalr Cinco, que me había acompañado, experimentó una oleada de puro y rabioso resentimiento, pero luego recapacitó.

—Están al fondo, teniente —declaró mientras observaba cómo me acomodaba yo en la cama.

Seivarden resopló con enojo. A continuación, sacó del armario mi viejo termo esmaltado y dos tazones del mismo juego, uno de ellos descascarillado, y empezó a preparar el té. Cinco cambió de lugar los cojines que yo tenía alrededor y, cuando cada uno estuvo exactamente donde ella creía que tenía que estar, se marchó. Finalmente, Seivarden tomó los dos tazones de té y se sentó a mi lado en la cama.

—¿Sabes qué? —dijo después de tomar el primer sorbo de té—. El té no sale bueno con este termo.

—Es de fuera del Radch —le expliqué yo—. Está pensado para un tipo de té diferente.

Vi que Seivarden contaba sus respiraciones y las espaciaba con cuidado. Al cabo de un rato, dijo:

—¿Alguna vez has deseado haberme dejado donde me encontraste, Breq?

—Hace ya tiempo que no —le contesté con absoluta sinceridad.

Después de unas cuantas respiraciones más, añadió:

—¿Ekalu se parece mucho a la teniente Awn?

Durante un instante, me pregunté sobre el origen de su pregunta, pero entonces me acordé del día que Seivarden estaba junto a mí en la cama del Departamento Médico mientras yo le decía a la *Misericordia de Kalr* que, si todavía fuera una nave, Ekalu me caería muy bien.

—No realmente, pero si así fuera, ¿importaría mucho?

—Supongo que no.

Bebimos durante un rato en silencio y, luego, Seivarden me explicó:

—Ya me disculpé ante Ekalu el otro día. No puedo ir ahora y decirle: «Antes solo te dije lo que Nave me indicó que te dijera, pero esta vez te lo digo en serio.» —No le contesté y ella suspiró—. Solo quería que dejara de estar enfadada conmigo. —Más silencio. Se ladeó y volvió a apoyar su hombro contra el mío—. Todavía quiero tomar kef, pero la simple idea de tomarlo me hace sentir náuseas. —Por lo que vi, incluso decirlo se las producía—. Médico me explicó que me pasaría y yo creí que no me importaría. Pensé que era igual porque, aunque lo tomara, no me sentaría bien. No, eso no es cierto. Vuelvo a sentir lástima de mí misma, ¿no es verdad?

Durante unos instantes, pensé en contestarle: «Estoy acostumbrada a ello», pero no le dije nada.

Seivarden permaneció sentada a mi lado durante varios minutos, en silencio y bebiendo té a pequeños sorbos. Todavía sentía lástima de sí misma, pero un poco menos, y aparentemente intentaba concentrarse en otra cosa. Al final dijo:

—De repente, nuestra Tisarwat ha desplegado unas cuantas habilidades inesperadas.

—¿Ah, sí? —le contesté con voz inexpresiva.

—Sabe hacer que un mensaje parezca un comunicado oficial, ¿no es cierto? Puede acceder al repetidor oficial de un portal, ¿no? Ha estado hablando con

Estación y cree que esta le transmitirá información relevante, ¿no es así? Y nada de esto parece haberte sorprendido. —Bebió otro trago de té—. Sin duda eres difícil de sorprender, pero aun así... —No dije nada—. Nave tampoco me responde y no soy tan tonta como para preguntárselo a Médico. Me acuerdo de cuando Tisarwat llegó y lo enfadada que estabas por tenerla a bordo. ¿Acaso entonces era una espía? ¿Médico... hizo algo para asegurarse de que trabajara para nosotras y no para Anaander? —Se refería a la reeducación, pero no se atrevía a nombrarla—. ¿Qué más puede hacer nuestra Tisarwat?

—Te dije que te sorprendería, ¿te acuerdas?

En la habitación de Tisarwat, Bo Nueve dejó un termo y un tazón de té al alcance de la mano de su teniente. Se sentía incómoda. Todas las bos estaban llegando a la misma conclusión que Seivarden.

En mis dependencias, sentada en la cama y con el hombro todavía apoyado amigablemente en el mío, Seivarden dijo:

—Sí que me lo dijiste, pero yo no te creí. A estas alturas ya debería haber aprendido la lección.

Tisarwat, sentada en la cama en su habitación, dijo:

—Bueno, creo que ya está.

Abrió los ojos y vio a Bo Nueve, que estaba de pie delante de ella.

—¿Cree que la ciudadana Uran está bien, señor? ¿Y la horticultora Basnaaid?

—Eso espero —contestó Tisarwat, quien también estaba preocupada por ellas—. Estoy intentando averiguarlo.

—Las noticias no han informado acerca de la cola de la plaza —señaló Nueve—. Si yo hubiera estado en ella me habría ido a casa y me habría escondido cuando empezó todo esto.

Se refería a las constantes acusaciones contra mí que transmitían los canales de noticias oficiales que oíamos a través del repetidor.

—No todas tienen una casa en la que esconderse, ¿no? —contestó Tisarwat—. O algo que pueda considerarse una casa. Esta ha sido la cuestión desde el principio. Por otro lado, los canales oficiales nunca informaron acerca de la cola. Pero sí, espero que estén bien. Es una de las cosas que le he preguntado a Estación.

Enseguida se arrepintió de lo que había dicho porque conducía al tema de cómo podía hacer lo que estaba haciendo y por qué Estación habría de informarla de nada. Pero no tuvo tiempo de pensar mucho en las implicaciones de lo que acababa de decir, porque justo entonces lo que transmitían los canales oficiales cambió.

De repente, todos y cada uno de los informativos oficiales mostraron el interior de la oficina de Giarod, la gobernadora del sistema. Se trataba de una imagen común en los canales oficiales y, sin duda, todo el mundo en el sistema Athoek estaba familiarizado con ella, pero hasta entonces la puesta en escena siempre había sido cuidadosamente orquestada. La alta y ancha de espaldas gobernadora Giarod siempre proyectaba una imagen de calma y seguridad en sí misma, de que todo estaba bajo su competente control. Sin embargo, en aquel momento se la veía estresada y agobiada. A su lado estaban la corpulenta y guapa administradora de la Estación Celar; su eminencia Ifian, la sacerdotisa jefa de Amaat, que era más baja y delgada; y la nueva jefa de Seguridad, a quien yo no conocía, pero estaba convencida de que la teniente Tisarwat sí. Las cuatro estaban de pie frente a Anaander Mianaai. Una Anaander Mianaai muy joven y que apenas debía de tener veinte años.

Anaander estaba de pie, con rostro impasible, y detrás de ella estaban aquellas cortinas de seda de colores verde y crema que tapaban el ventanal que daba a la plaza principal.

—¿Por qué hay una cola en la plaza? —preguntó con un tono de voz peligrosamente neutro.

El sonido no estaba ecualizado ni filtrado y la imagen de la cámara no estaba procesada. Se trataba, con toda certeza, de datos de la cámara de vigilancia en estado puro.

—Con la sumamente generosa indulgencia de milord —dijo la administradora Celar después de un silencio helado durante el que ninguna de las presentes movió un solo músculo—, están protestando por el hacinamiento que se ha producido en la estación durante las semanas pasadas.

—¿Y no es usted capaz de resolver este asunto, administradora de la estación? —preguntó Anaander con frialdad.

—No habría ninguna cola si se me hubiera permitido resolver el problema, milord —replicó la administradora de la estación Celar con voz ligeramente temblorosa.

Entonces su eminencia Ifian intervino:

—Con la sumamente generosa y misericordiosa indulgencia de milord, lo que ocurre es que la administradora de la estación pretendía... resolver el problema reparando el Subjardín de modo precipitado. Y eso a pesar, milord, de la repetida insistencia de otras funcionarias en el sentido de que se precisaba un análisis más cuidadoso. Habría tenido mucho más sentido enviar a las antiguas residentes del Subjardín a Suelo mientras la cuestión de las reparaciones se estudiaba más a fondo. Pero creo que la administradora de la estación estaba siendo presionada por la cap..., por la auxiliar.

Silencio.

—¿Por qué se interesaba ello en el Subjardín?

La voz de Anaander Mianaai seguía siendo neutra, pero había adoptado un tono más alto.

—Milord —contestó la administradora de la estación Celar—, hace aproximadamente una semana el fondo del lago de los Jardines se resquebrajó

y el agua inundó el Subjardín. Tuvimos que alojar a la gente que vivía allí en otro lugar hasta poder repararlo.

Mientras Bo Nueve esperaba frente a ella, Tisarwat, quien seguía sentada en su cama con las piernas cruzadas, observaba y escuchaba la retransmisión. En aquel momento, exhaló bruscamente y dijo:

—¿Qué más no le han explicado?

Incluso entonces no se lo estaban contando todo a Anaander. Gracias a mi firme insistencia, las reparaciones del Subjardín habían empezado mucho antes de que la estructura del lago cediera. Supuse que su eminencia Ifian resaltaría este hecho, pero no lo hizo.

Anaander se tomó la noticia del derrumbamiento de la estructura del lago sin apenas cambiar la expresión de su cara. No dijo nada. Quizás envalentonada por esto, la administradora de la estación Celar continuó:

—Milord, enviar a las residentes a Suelo sin consultárselo, sin duda, habría provocado agitación en un momento en el que, realmente, no nos lo podemos permitir. No comprendo, milord, por qué su eminencia Ifian, o para el caso la gobernadora del sistema, consideraban adecuado posponer unas reparaciones que eran urgentes y que habrían resuelto el problema de una forma mucho más conveniente.

Pareció que quería añadir algo, algún reproche, pero se contuvo y se tragó las palabras, fueran cuales fueran.

Silencio. Entonces Anaander Mianaai dijo:

—Como usted ha señalado, administradora de la estación, no podemos permitirnos que haya agitación. Seguridad, notifique a las manifestantes de la plaza que si siguen en la cola dentro de tres minutos, las mataremos. *Espada de Gurat*.

Se oyó la voz de una auxiliar que procedía de algún lugar fuera del alcance de la pantalla.

—¿Sí, milord?

—Acompañe a Seguridad. Cuando hayan transcurrido tres minutos, dispare a quien continúe en la cola.

—¡Milord! —exclamó la nueva jefa de Seguridad—. Con el máximo respeto y deferencia y solicitando su sumamente generosa y apropiada indulgencia me permito sugerir a milord que amenazar con disparar a unas ciudadanas que están formando una cola pacífica, sin duda, causará agitación. Las manifestantes en ningún momento han causado dificultades. Milord.

—Si son ciudadanas tan respetuosas con la ley regresarán a sus casas cuando se les ordene —replicó Anaander con frialdad—. Y cuando lo hagan todo el mundo estará más seguro.

En mis dependencias en la *Misericordia de Kalr*, Seivarden, todavía con el hombro apoyado en el mío y sosteniendo en su enguantada mano el tazón, cada vez más frío, de té, dijo:

—Bueno, en las anexiones funciona.

—Después de grandes derramamientos de sangre —señalé yo.

En la oficina de la gobernadora del sistema, en la estación Athoek, Anaander Mianaai preguntó:

—¿Rehúsa usted cumplir mi orden de despejar la plaza, Seguridad?

—Yo..., sí milord. —Una respiración honda—. Rehúso cumplir esa orden, milord.

Como si no hubiera estado segura hasta ese preciso momento.

—*Espada de Gurat* —llamó Anaander, y extendió una de sus manos enguantadas en negro.

La auxiliar *Espada de Gurat* apareció en la pantalla y entregó su arma a Anaander.

En la *Misericordia de Kalr*, Tisarwat saltó de la cama.

—¡No!

Pero protestar era inútil. Todo aquello ya había sucedido.

—¡Joder! —exclamó Seivarden, quien seguía sentada a mi lado y con el tazón de té en la mano—. ¡Seguridad no es militar!

Mientras tanto, en la estación Athoek, en la oficina de la gobernadora Giarod, Anaander levantó el arma y disparó a quemarropa a la nueva jefa de Seguridad antes de que esta pudiera siquiera abrir la boca para protestar o retractarse. Seguridad se desplomó y Anaander volvió a dispararle.

—Estamos siendo atacadas desde dentro —declaró Anaander en medio del horrorizado silencio que siguió a su acto—. De ningún modo permitiré que mi enemiga destruya lo que he construido. *Espada de Gurat*, transmite mis órdenes a la gente que está formando la cola en la plaza. En cualquier caso, creo que recibir órdenes de una auxiliar no les supondrá ningún problema.

—Sí, milord —contestó la *Espada de Gurat*, quien estaba detrás de Anaander con la postura erguida e inmóvil típica de las auxiliares. Y no se movió. Por supuesto. No necesitaba salir de la habitación para obedecer la orden de Anaander, solo enviar a otro segmento. Entonces, antes de que Anaander pudiera retomar la palabra, la auxiliar añadió—: Milord, los últimos minutos de esta conversación se han retransmitido por los canales de noticias oficiales.

En la *Misericordia de Kalr*, una llorosa Tisarwat gritó mientras Bo Nueve la rodeaba torpemente con un brazo:

—¡Oh, Estación! —Y añadió—: ¡Capitana de flota, señor!

—Lo estoy viendo —le respondí.

En la estación Athoek, Anaander exclamó repentinamente:

—¡Estación!

—No puedo impedirlo, milord —contestó la estación Athoek desde una consola—. No sé qué hacer.

—¿Quién vino con la auxiliar? —preguntó Anaander con voz imperiosa y

enfadada.

Las caras de la gobernadora Giarod, de la administradora de la estación Celar y de su eminencia Ifian ni siquiera reflejaron perplejidad. Yo estaba convencida de que todavía intentaban asimilar los repentinos disparos y la visión del cuerpo sin vida de la jefa de Seguridad.

—¿Quién vino con ello? —repitió Anaander.

—N... nadie en particular, milord —contestó la gobernadora Giarod—. Las tenientes de la cap..., las tenientes de la auxiliar. —Titubeó—. Solo una vino a la estación. La teniente Tisarwat.

—¡Nombre de su casa! —exigió Anaander.

—Yo... no estoy segura, milord —contestó la gobernadora Giarod.

La administradora de la estación Celar, sin duda, conocía el nombre de la casa de Tisarwat, ya que esta y Piat, la hija de Celar, eran buenas amigas, pero me fijé en que no lo dijo espontáneamente. Y Estación tampoco. Claro que, aunque lo hubieran dicho, no habría importado.

Anaander tuvo en cuenta el silencio y entonces exclamó con brusquedad:

—¡Nave, conmigo!

Y salió de la oficina.

—Ahora irá a Acceso Central de Estación —declaró Tisarwat.

Su comentario era innecesario. Por supuesto que era allí adonde se dirigía. En los canales oficiales volvió a oírse la voz de Anaander Mianaai: «¿Por qué hay una cola en la plaza?» Se trataba de Estación, que retransmitía de nuevo la conversación.

No tenía sentido que me levantara de la cama. No podía hacer nada.

—Oh, mierda —declaró Seivarden a mi lado—. ¡Oh, mierda! ¿Qué cree Estación que está haciendo?

La reproducción de la conversación no se debía a que nosotras se lo

hubiéramos pedido, a que Tisarwat lo hubiera hecho, ya que nuestros mensajes todavía no podían haber llegado a la estación.

—Proteger a sus residentes —repuse yo—. Tan bien como puede. Haciéndoles saber que Anaander constituye una amenaza. Acuérdate de que se trata de la misma estación que, la última vez que sus residentes se vieron en peligro, desconectó la gravedad.

Probablemente era lo mejor que podía hacer dadas las circunstancias. Sin duda, eso no evitaría, ni forzosa ni probablemente, que la *Espada de Gurat* disparara a las ciudadanas. Sin embargo, quizás Estación creía que incluso Anaander Mianaai podía pensárselo dos veces antes de dar esa orden si sabía que todo el mundo la estaba mirando. Y todo el mundo la estaría mirando, ya que las noticias oficiales no solo llegaban a todos los receptores del sistema Athoek, sino también a los repetidores de todos y cada uno de los portales. El sistema Hrad debía de estar recibiendo la grabación en aquel momento, o quizás un poco más tarde, a través de los canales oficiales autorizados a los que todas las ciudadanas tenían acceso. De hecho, incluso se las animaba a verlos, a veces sin que pudieran evitarlo.

—En cualquier caso, la Lord del Radch irá a Acceso Central y detendrá la transmisión —se quejó Seivarden. Pero entonces cayó en la cuenta—: Claro que en estos momentos no lleva encima ese aparato que interrumpe las comunicaciones, si no ya lo habría utilizado. ¿Qué hará entonces?

Me pregunté qué haría cuando descubriera que no podía acceder a Estación o, para ser más exacta, me pregunté qué había hecho.

—Señor —declaró Tisarwat desde su habitación con voz temblorosa—, ¿se ha fijado en que nadie parecía querer hablar del Subjardín ni del lago? No se lo han contado todo, ni siquiera su eminencia Ifian. Pero la causa se me escapa; sería lógico pensar que Ifian le contaría todo lo que pudiera. Quizá no sabe lo que pasó con Basnaaid o Uran. —Seguramente, su eminencia Ifian sí

que sabía lo que había pasado con Basnaaid y Uran. La teniente Tisarwat debía de referirse a Anaander—. ¿Y se ha dado cuenta de lo joven que es? Y... todo esto..., todo lo que ha ocurrido. Creo que debe de ser la única parte de sí misma que está aquí, señor. O al menos la de más edad. Y también creo que usted hizo algo más que atravesar algunas planchas de los cascos de sus naves. Está realmente enfadada. Y tiene miedo. Aunque no estoy segura de por qué. No sé por qué habría de estar tan asustada.

—Descanse un poco, teniente. —Había pasado mucho tiempo desde la hora de su cena y, además de angustiada, estaba cansada—. Nave la despertará si recibimos noticias de Estación. Ahora mismo solo podemos esperar.

La grabación se repitió durante aproximadamente dos horas hasta que, de una forma repentina, se interrumpió y, tres segundos después, se reanudaron los comunicados habituales. «El programa de la *Justicia de Toren*», como la *Sphene* lo había llamado. Pero ahora, además, se anunciaba un toque de queda. Nadie podía abandonar sus dependencias salvo las ciudadanas que tenían asignadas tareas imprescindibles. Estas se enumeraban específicamente: las del Departamento Médico, Seguridad, ciertas divisiones de Mantenimiento de la Estación, las trabajadoras de los comedores sociales y las usuarias de esos comedores dentro de los horarios establecidos y asignados. Lo que sucedería si alguien abandonaba sus dependencias sin la debida autorización no se estipulaba, pero todo el mundo había visto morir a la jefa de Seguridad una y otra vez. Y todo el mundo había oído a Anaander Mianaai amenazar con matar a las ciudadanas que no abandonaran la cola de la plaza.

Tisarwat estaba tan alterada que se levantó de la cama, se puso la chaqueta y las botas y se presentó en mis dependencias para hablar conmigo.

—¡Señor! —gritó nada más cruzar la puerta mientras Bo Nueve daba un

rápido tirón al dobladillo de su chaqueta para que le cayera bien—. ¡Es imposible! ¡En algunos dormitorios las camas se utilizan en tres o cuatro turnos! ¡Es imposible que todo el mundo permanezca en sus dependencias! ¿Qué cree ella que está haciendo?

Kalr Cinco, que estaba colocando los platos del desayuno, fingió ignorar a Tisarwat, pero la noticia la había trastornado tanto como a ella.

—Vuelva a la cama, teniente —le indiqué—. Al menos intente descansar. A la distancia a la que estamos no podemos hacer nada.

Todavía estábamos en el sistema Fantasma. Su pequeña y ligeramente anaranjada estrella seguía calentando el casco de la *Misericordia de Kalr*. Estábamos solas salvo por la *Sphene*, a la que no veíamos y que solo nos hablaba a través de su auxiliar. Solo el repetidor de comunicaciones del portal Athoek rompía el silencio.

—Probablemente, pronto tendremos noticias de Estación —continué yo—; si es que quiere o puede hablarnos. Entonces decidiremos qué hacer.

Tisarwat lanzó una mirada a la mesa, que estaba puesta no solo para mí.

—¿Va a comer? ¿Cómo puede comer?

—He descubierto que, en general, no comer es una mala decisión —repuse yo con voz tranquila. Me di cuenta de que estaba al límite de su paciencia, a punto de perder la capacidad de mantener el control sobre sí misma—. Y no puedo dejar sola a la traductora ni, los dioses nos asistan, a la *Sphene*.

—¡Ah, la traductora! Me había olvidado de ella.

Tisarwat frunció el ceño.

—Vuelva a la cama teniente.

Así lo hizo, pero en lugar de dormir, le pidió un té a Bo Nueve.

Todo el mundo a bordo estaba nervioso salvo la *Sphene*, a la que no parecía

importarle mucho lo que estaba sucediendo, y la traductora Zeiat, quien, aparentemente, había estado durmiendo todo el tiempo. Cuando la traductora se despertó, la invité a desayunar en compañía de la *Sphene*, Médico y Seivarden. Ekalu seguía de guardia. Tisarwat estaba despierta, pero yo sabía que no quería comer nada y, además, se suponía que estaba durmiendo.

—¡Las fichas son un juego tan fascinante, capitana de flota! —exclamó la traductora Zeiat, y bebió un trago de salsa de pescado—. Estoy sumamente agradecida a la *Sphene* por enseñarme a jugar.

Seivarden se sorprendió, pero no se atrevió a expresarlo. Médico estaba demasiado ocupada frunciéndome el ceño desde el lado opuesto de la mesa para reaccionar. Todavía no me había perdonado por abandonar el Departamento Médico sin su permiso. Además, opinaba que yo debería descansar más.

—Discúlpeme, traductora —respondí yo—, pero sospecho que la mayoría de las radchaais se sentirían sumamente sorprendidas al oír que no está usted familiarizada con los juegos de fichas.

—¡Cielos, no, capitana de flota! —replicó la traductora—. Por supuesto que había oído hablar de ellos. Pero, ya sabe, las humanas hacen cosas tan inquietantemente raras que a veces es mejor no pensar mucho en ellas.

—¿A qué tipo de juegos está acostumbrada a jugar, traductora? —preguntó Seivarden, pero enseguida se arrepintió, ya fuera porque entonces captó la atención de la traductora o porque se dio cuenta, demasiado tarde, del tipo de respuesta que podía obtener.

—Juegos propiamente dichos... —empezó la traductora Zeiat en tono reflexivo—. No puedo decir que juguemos a ningún juego. No como tales. Bueno, ya sabe, Dlique puede que sí. La creo capaz de hacer cualquier cosa. —Me miró—. ¿Dlique jugaba a las fichas?

—No que yo sepa, traductora.

—¡Ah, bien! Estoy muy contenta de no ser Dlique. —Miró a Médico, que comía huevos y verduras mientras seguía frunciéndome el ceño—. Médico, entiendo que eche de menos a la capitana de flota anterior. Yo también la encuentro a faltar, pero no se puede decir que sea culpa de esta. Además, realmente se parece mucho a la anterior. Incluso está haciendo todo lo posible por regenerarse la pierna por usted.

Médico tragó el bocado que tenía en la boca sin sentirse en absoluto extrañada.

—Según tengo entendido, traductora, las primeras traductoras de las presgeres fueron regeneradas a partir de restos humanos.

—Yo tengo entendido lo mismo —contestó la traductora Zeiat sin que, aparentemente, la pregunta le perturbara—. Incluso sospecho que es cierto. Mucho antes del tratado, de hecho mucho antes de que se plantearan siquiera la necesidad de tener traductoras, tenían..., podríamos decir que tenían un..., sí un tipo de comprensión muy práctico sobre cómo se ensamblan los cuerpos humanos.

—O se despedazan —intervino Médico.

Seivarden estuvo a punto de apartar su plato a un lado. La *Sphene*, por su parte, siguió masticando plácidamente y escuchando nuestra conversación, como llevaba haciendo durante toda la comida.

—¡Por supuesto, Médico, por supuesto! —corroboró la traductora Zeiat—. Sin embargo, sus prioridades no son..., bueno, no coinciden con las prioridades humanas y cuando nos ensamblaron..., ya sabe, realmente no sabían lo que era realmente importante. O quizás «esencial» sería un término más adecuado. En fin. Sea como sea, la verdad es que sus primeros intentos salieron terriblemente mal.

—¿En qué sentido? —preguntó Médico con curiosidad genuina.

—Solicito su enorme indulgencia, Médico —intervino Seivarden—, pero

estamos comiendo.

—Quizá podrían hablarlo más tarde —sugerí yo.

—¡Oh! —La traductora Zeiat pareció verdaderamente sorprendida—. ¿Se trata de otra cuestión de corrección?

—Así es. —Terminé de comerme los huevos—. Por cierto, traductora. Desde luego es usted bienvenida si decide quedarse con nosotras el tiempo que quiera, pero como llegó a través del portal Fantasma, me preguntaba si desea dejarnos antes de que regresemos a Athoek.

—¡Oh, cielos, no, capitana de flota! Todavía no puedo volver a casa. O sea, ¿se lo imagina? Todo el mundo diciendo, «¡Hola, Dlique!» y «¡Mirad, Dlique ha vuelto!» Todo sería, Dlique esto..., Dlique aquello..., y yo tendría que explicarles que no, que lo siento mucho pero que no soy Dlique, sino Zeiat. Y entonces tendría que explicarles lo que le ocurrió a Dlique y todo sería muy raro. No, todavía no estoy preparada para enfrentarme a eso. Es usted muy amable permitiéndome quedarme. No puedo decirle cuánto se lo agradezco.

—El placer es nuestro, traductora —contesté yo.

La respuesta de la estación Athoek llegó en cuatro partes, todas inocentemente etiquetadas como si fueran respuestas rutinarias a preguntas autorizadas.

Tisarwat debería estar durmiendo, pero en lugar de eso estaba sentada a la mesa de la decuria. No había podido quedarse tranquila en su habitación y, además, la sala de la decuria estaba más cerca del lavabo, y ella había bebido mucho más té de lo aconsejable. Bo Nueve acababa de dejar un nuevo tazón de té delante de ella. Nueve había sido increíblemente paciente teniendo en cuenta que también ella estaba en mitad de su horario nocturno y había dormido tan poco como su teniente.

Nave no perdió ni un segundo y mostró el primero de los mensajes en la visión de Tisarwat sin ninguna explicación previa. La teniente se levantó sobresaltada de su asiento y frunció el ceño.

—Es un horario de transbordadores. ¿Por qué nos ha enviado Estación el horario de los transbordadores?

Para ser exactas, se trataba del horario de los transbordadores de pasajeras entre la estación Athoek y las terminales de los ascensores espaciales del planeta. Con fecha del día anterior.

Yo acababa de salir del lavabo y me disponía a ir al puente de mando, pero cambié de opinión, me volví y me dirigí, con Cinco siguiéndome los pasos, a la sala de la decuria.

—El siguiente, Nave —solicité.

Seguridad de la estación se pondría a las órdenes de una teniente de la *Espada de Gurat*. Las auxiliares de la *Espada de Gurat* patrullarían la estación junto con las patrullas habituales de Seguridad. Y lo mismo harían algunas auxiliares de la *Espada de Atagaris*.

—No se menciona a ninguna teniente de la *Espada de Atagaris* —observó Tisarwat mientras yo entraba en la sala y Nueve me acercaba una silla—. De hecho, no se menciona a ninguna de sus oficiales.

—¿Por qué no? —pregunté—. ¿Acaso la *Espada de Atagaris* no recuperó los tanques de suspensión que dejamos?

—Quizás ella le ha retirado el mando a la capitana Hetnys —sugirió Tisarwat mientras volvía a sentarse—. No sería extraño, porque el cerebro de Hetnys es, como mucho, la mitad del de una ostra. Usted puso en evidencia que quien controla a Hetnys controla a la *Espada de Atagaris* —resopló levemente—, pero descubrirán que eso ya no es así.

Eso esperaba yo.

—¿Y el siguiente mensaje?

—Es una lista de peticiones urgentes para obtener una audiencia con...
Tisarwat titubeó.

—Con Anaander Mianaai —terminé yo por ella—. Y, por supuesto, Fosyf Denche figura en la lista y quiere que la Lord del Radch repare una terrible injusticia cometida en relación con su hija Raughd.

Tisarwat soltó una risita burlona y luego frunció el ceño.

—El último es una lista de las ciudadanas que deben trasladarse de inmediato a Suelo para aliviar el hacinamiento en la estación. Lea los nombres, señor.

Yo los estaba leyendo.

—Basnaaid y Uran figuran en la lista.

—Sin duda, ha sido la administradora de la estación Celar quien la ha elaborado, pero fíjese en el resto de las integrantes.

—Sí —asentí yo.

—Casi todas son ychanas —declaró Tisarwat—, lo que realmente tiene sentido, ya que desde el principio eran sobre todo las ychanas las que se sentían desplazadas. Y si se produjeran enfrentamientos en la estación, casi seguro que ellas serían las más afectadas. Estoy convencida de que, al elaborar la lista, la administradora tenía como objetivo ponerlas relativamente a salvo. Pero veo en ella al menos a una docena de personas que supondrán que han sido elegidas como agravio particular hacia ellas. En cualquier caso, dudo de que nadie de la lista se sienta feliz al ser expulsada de la estación con tanta inmediatez. —Frunció el ceño—. Se supone que tienen que irse hoy. ¡Eso es muy precipitado!

—Así es —corroboré yo.

Probablemente, cuando Anaander ordenó el toque de queda, la administradora de la estación Celar tuvo que buscar una forma de que fuera viable, y con celeridad. Al fin me senté en la silla que Bo Nueve me había

preparado y apoyé las muletas en la mesa, al lado de donde estaban dispuestas las fichas de la partida que la *Sphene* y la traductora Zeiat estaban a medio jugar.

—¿Se supone que esta información está relacionada con el horario de los transbordadores? —pregunté.

Sin embargo, la orden de traslado de las ciudadanas era para ese día, mientras que el horario era el correspondiente al día anterior.

—¿Me ha oído, señor? —me preguntó Tisarwat frustrada y asustada—. Están realojando precipitadamente a docenas de residentes del Subjardín en un momento en el que soldados armados amenazan con matar a las ciudadanas que estén en la plaza.

—Sí, la he oído.

—¿Pero, señor! Probablemente, muchas personas de la lista se negarán a subir al transbordador.

—Creo que está usted en lo cierto, teniente, pero no podemos hacer nada al respecto. Estamos a tres días de viaje de la estación Athoek. Pase lo que pase, está ocurriendo ahora mismo.

La *Sphene* apareció en la puerta con la traductora Zeiat siguiéndola de cerca.

—Bueno, en realidad, yo nunca fui una niña —decía la traductora Zeiat—. O, lo que es lo mismo, cuando era una niña, era otra persona. Y me atrevo a decir que usted también. Sin duda, esta es la razón de que nos llevemos tan bien. Hola, capitana de flota. Hola, teniente.

—Traductora —la saludé, e incliné levemente la cabeza.

Tisarwat pareció no darse cuenta de que había más personas en la sala de la decuria.

—De modo que Estación quiere que sepamos que la capitana Hetnys no ha retomado el mando de la *Espada de Atagaris* y que es probable que no vuelva

a hacerlo. Nos comunica que Basnaaid y Uran serán trasladadas a un lugar seguro y que Fosyf busca la manera de recuperar su influyente posición. ¿Y nos informa de que los transbordadores funcionan como siempre? ¿Por qué?

—Nos informa de que algo le ocurrió a uno de los transbordadores — declaró Cinco detrás de mí en nombre de Nave—. En el horario falta uno. Veán. —En mi visión y en la de Tisarwat aparecieron dos horarios, el que Estación nos había enviado y el que Nave tenía anteriormente. Nave resaltó las diferencias con luz: determinadas llegadas y salidas figuraban en el horario habitual y no constaban en el que Estación había enviado—. Todas las diferencias se refieren al mismo transbordador, de forma que Estación quiere que sepamos que algo le ocurrió a ese transbordador. También ha puesto especial cuidado en hacernos saber qué ocurrió anteayer. O sea, antes de que Basnaaid y Uran subieran a bordo del transbordador que las llevó a Suelo.

La *Sphene* se sentó frente al tablero de la partida que estaba en desarrollo.

—¿Estación está haciendo otra vez eso de no decirles lo que está mal cuando es obvio que algo lo está?

—Más o menos —respondí yo—. Solo que esta vez le hemos pedido que nos lo diga, pero no puede hacerlo claramente porque la usurpadora está en la estación.

La traductora Zeiat se sentó a mi lado y frente a la *Sphene*, en el lado opuesto del tablero. Frunció el ceño durante un instante mientras contemplaba las fichas de brillantes colores que estaban en las cavidades del tablero y el despliegue de fragmentos de cáscara de huevo.

—Creo que es su turno, *Sphene*.

—Así es —contestó la *Sphene*. Extrajo las fichas de una de las cavidades y volvió la palma de la mano hacia arriba para mostrárselas a la traductora Zeiat—. Tres verdes. Una azul. Una amarilla. Una roja.

—Creo que son cuatro verdes —repuso la traductora con recelo.

—No, sin lugar a dudas esa es azul.

—Mmmm.. De acuerdo. —La traductora Zeiat tomó la ficha roja de la mano de la *Sphene* y la dejó caer en el tazón que contenía un té turbio—. Además, esto es casi un huevo entero. Tendré que reflexionar con cuidado sobre mi próximo movimiento.

—Disponemos de más cáscaras de huevo para usted, traductora. En caso de que las necesite —intervino Bo Nueve.

La traductora realizó un gesto distraído de asentimiento con la mano y observó atentamente el tablero mientras la *Sphene* redistribuía el resto de las fichas.

—Fíjese en la orden respecto a Seguridad —me indicó Tisarwat—. En cómo está redactada. Creo que la *Espada de Gurat* está acoplada a la estación Athoek. Pero ¿por qué habría de...?

Su voz se fue apagando mientras fruncía el ceño.

—Porque Anaander necesita que todas las auxiliares de a bordo patrullen la estación —supuse yo.

—¿Pero ella tiene tres naves más! Y una de ellas es una crucero de batalla, ¿no es así? Dispone de miles de... —Vi que, de repente, era consciente de algo—. ¿Y si no tiene tres naves más? ¡Señor! —Volvió a centrarse en los datos que aparecían en su visión—. ¿Por qué Estación no nos ha dicho qué naves hay en el sistema? —Y añadió—: No, claro, ella no debe de habérselo dicho. Sobre todo si son pocas. Además, no confía en la *Espada de Atagaris*. Ni en la capitana Hetnys.

—¿Y puede culparla por ello? —le preguntó la *Sphene*—. Ambas son arrogantes y tienen pocas luces.

Tisarwat levantó la vista hacia la auxiliar y se sorprendió al darse cuenta de que estaba en la habitación. La miró mientras parpadeaba e hizo lo mismo con la traductora.

—¿Acaso ella no sabe lo que ocurrió la última vez que la *Espada de Atagaris* se encargó de la seguridad en la estación? —preguntó Tisarwat. Y añadió—: No, claro que no lo sabe. Por alguna razón no se lo han contado.

Gracias a la breve transmisión del día anterior, sabíamos que eran muchas las cosas que las autoridades del sistema no le habían contado a Anaander Mianaai.

—O quizá lo sabe y no le importa.

—Es muy posible —accedió Tisarwat—. ¡Tenemos que regresar, señor!

—Así es —intervino la traductora Zeiat sin dejar de mirar con atención el tablero y mientras cavilaba sobre cuál sería su próximo movimiento—. Me han dicho que casi se les han acabado las existencias de salsa de pescado.

—Vaya, ¿cómo puede haber ocurrido algo así? —preguntó la *Sphene* tan inocentemente como supuse que le era posible.

—Por favor, señor. —Tisarwat parecía no haber oído a ninguna de las dos—. No podemos dejar las cosas como están y, además, tengo una idea.

Sus palabras captaron toda la atención de la traductora. Levantó la vista del juego y miró fijamente a Tisarwat con el ceño fruncido.

—¿Cómo es? ¿Duele?

Tisarwat la miró y parpadeó.

—A veces creo que me gustaría tener una idea, pero entonces pienso que es exactamente el tipo de cosa que haría Dlique. —Al ver que Tisarwat no contestaba, la traductora Zeiat volvió a centrar su atención en el juego, tomó una ficha amarilla del tablero, la introdujo en su boca y se la tragó—. Su turno, *Sphene*.

—Esa tampoco era verde —repuso la *Sphene*.

—Lo sé —contestó la traductora Zeiat con aire de satisfacción.

—Nave ya está realizando los cálculos del viaje de vuelta a Athoek —le

indicué a Tisarwat—. Vaya a ver a Médico y dígame que ha tomado demasiado té.

Tisarwat abrió la boca para protestar, pero yo continué:

—Tardaremos tres días en llegar a Athoek. Podemos prescindir de unos minutos. Cuando Médico la haya estabilizado vaya a verme a mis dependencias y hablaremos de su idea.

Ella quería protestar, quería dar un golpe en la mesa con el puño y gritarme. Y a punto estuvo de hacerlo, pero al final inhaló hondo y dijo:

—Sí, señor.

Se levantó volcando la silla en la que estaba sentada y se fue. Bo Nueve enderezó la silla y la siguió.

—Qué persona tan excitable es esa teniente Tisarwat —comentó la traductora Zeiat—. ¡Una idea! ¡Imágeneselo!

—Entonces, ¿en qué consiste esa idea que ha tenido? —le pregunté a Tisarwat cuando fue a mis dependencias.

—Bueno, no es... —Estaba de pie frente a la silla en la que yo estaba sentada y se movió ligeramente con incomodidad—. Es bastante desesperada. —Yo no dije nada—. La *Espada de Gurat* no es una de las naves de las que ella me proporcionó los accesos, pero hay..., hay una especie de lógica subyacente a todos ellos. Su escisión ha tenido como consecuencia que la lógica de cada una de sus partes sea diferente, lo que explica, parcialmente, que yo no encontrara todo lo que ella le había hecho a la estación Athoek y a la *Espada de Atagaris*.

—Y a la *Misericordia de Kalr*.

—Y a la *Misericordia de Kalr*, sí señor. —Esto hacía que se sintiera desdichada—. Pero su otra parte, la parte que está en Omaugh, yo estoy... muy familiarizada con ella. Si pudiera subir a bordo de la *Espada de Gurat*, si dispusiera de tiempo para hablar con ella, creo que podría averiguar cómo acceder a sus códigos. —La miré. Parecía hablar totalmente en serio—. Ya le he dicho que se trata de una idea desesperada.

—En efecto, me lo ha dicho —corroboré yo.

—Esta es mi idea: enviamos a dos equipos a la estación. Uno, el mío, se dirige a los muelles para intentar subir a bordo de la *Espada de Gurat* y el otro busca a Anaander y la mata.

—¿Así sin más?

—Bueno, esto es solo la idea general. He dejado a un lado los detalles.

Además, no he tenido en absoluto en cuenta a la *Espada de Atagaris*. — Entonces se estremeció levemente—. Al principio, cuando se me ocurrió la idea, la mayoría de los detalles me parecieron realmente lógicos, pero ahora, en retrospectiva, me parecen bastante incoherentes. Sin embargo, aún creo que la idea básica tiene sentido, señor.

Titubeó mientras esperaba mi reacción.

—De acuerdo —respondí—. Elija a dos de sus bos para que vayan con usted. Deberán dedicar los tres próximos días a entrenarse en el gimnasio y practicar en la galería de tiro. O a recibir las instrucciones o cualquier otro tipo de entrenamiento que crea usted que puedan necesitar. Y quedan relevadas de cualquier otra tarea. Nave.

—¿Sí, capitana de flota? —respondió la *Misericordia de Kalr* en mi oído.

—Comunica a Etrepa Una que debe asumir la guardia de la teniente Ekalu y pídele a esta y a Seivarden que se reúnan aquí con nosotras. Y dile a Cinco que venga a prepararnos té para la reunión. Y, Nave...

—¿Sí, señor?

—¿Quieres que la teniente Tisarwat te haga lo que les ha hecho a Estación y a la *Espada de Atagaris*?

Silencio. Aunque yo sospechaba que conocía la respuesta. Entonces, Nave dijo:

—De hecho sí que lo quiero, capitana de flota.

Miré a Tisarwat.

—Haga un hueco en su agenda para ello, teniente. Y será mejor que me cuente esos detalles incoherentes, por si hay algo en ellos que valga la pena aprovechar.

A la mañana siguiente, dejé que la *Sphene* y Médico entretuvieran a la traductora Zeiat e invité a Ekalu a desayunar conmigo.

—¿Todo va bien? —le pregunté después de que Cinco dispusiera fruta y

pescado en la vajilla Bractware, sirviera té en los tazones de cristal rosa y saliera de la habitación por sugerencia de Nave.

—No sé a qué se refiere, señor.

Tomó su tazón de té. Mientras lo sostenía, noté que se sentía mucho más cómoda que semanas atrás. Mucho menos incómoda en mi presencia.

Aun así.

—No me refiero a nada en particular, teniente.

—Con su permiso, señor, resulta un poco raro. —Dejó el tazón sin haber probado el té—. Usted ya sabe cómo me va todo, ¿no es así?

—Hasta cierto punto —admití yo. Tomé un bocado de pescado para que Ekalu pudiera empezar a comer si lo deseaba—. Si quiero, puedo mirar en su interior y, a veces, puedo ver cómo se siente. Pero estoy... —Dejé el utensilio de comer sobre la mesa—. Estoy intentando no hacerlo demasiado. Sobre todo, porque creo que la hace sentir incómoda. Además —señalé el espacio que nos separaba—, quiero que pueda hablar conmigo cuando lo necesite. Si quiere hacerlo.

Vergüenza. Miedo.

—¿He hecho algo mal, señor?

—No, en absoluto. —Tomé, intencionadamente, otro bocado de pescado—. Solo quería desayunar con usted y pedirle su opinión acerca de algunas cosas, pero la pregunta sobre cómo le va todo solo era un intento de entablar conversación. —Bebí un trago de té—. A veces no soy muy buena manteniendo conversaciones intrascendentes. Lo siento.

Ekalu se atrevió a esbozar una levísima sonrisa y experimentó un conato de alivio, pero no confió del todo en esa sensación y no se relajó.

—De modo que iré directamente al grano, ¿le parece bien? —continué yo—. Quería conocer su opinión acerca de Amaat Una. —Y añadí al ver que

reprimía un estremecimiento—: Debe de resultarle extraño oír un nombre al que usted respondió durante mucho tiempo y que ahora ya no es el suyo.

Ekalu me indicó, con un gesto, que eso no tenía importancia para ella.

—No me incorporé a esta nave con el nombre de Amaat Una. Mi rango fue cambiando conforme algunas personas se retiraban, se iban o... —Fuera lo que fuera lo que pretendía añadir después del «o», no lo expresó y lo apartó a un lado con un gesto—. Pero tiene usted razón, señor, resulta extraño. —Entonces tomó un pedazo de fruta, lo masticó y lo tragó—. Supongo que usted sabe lo que se siente.

—Así es —confirmé yo. Esperé un instante por si ella tenía algo más que añadir, pero aparentemente no lo tenía—. No le estoy pidiendo nada malo. Mientras Seivarden estaba enferma, Amaat Una realizó sus guardias y dirigió la decuria. Creo que realizó un trabajo excelente y me gustaría que empezara la formación para ascender a oficial. Sé que disponemos del material necesario porque usted lo ha estado utilizando. De hecho, creo que esa formación debería estar disponible para cualquier miembro de la tripulación que desee realizarla. Pero, en concreto, estoy considerando la posibilidad de ascender a Amaat Una. Según tengo entendido, usted la conoce muy bien.

—Señor, yo...

Se sentía sumamente incómoda; insultada incluso. Deseaba levantarse y marcharse. No sabía cómo responderme.

—Me doy cuenta de que la estoy poniendo en una posición difícil, ya que podría darse el caso de que usted se opusiera a su ascenso y ella se enterara de que no lo había obtenido por su intervención. Y ya sabemos que pueden guardarse muy pocos secretos en esta nave. Pero le ruego que considere la situación en la que nos encontramos. Piense en lo que ocurrió cuando la teniente Tisarwat y yo no estábamos y la teniente Seivarden estaba enferma. Usted y las demás jefas de las decurias se ocuparon de todo admirablemente,

pero se habrían sentido más cómodas si hubieran tenido más experiencia. Creo que sería adecuado que las jefas de las decurias recibieran la formación necesaria por si volviera a producirse una situación similar. Y también creo que, a la larga, todas serán dignas de ese ascenso. Preveo que la nave las necesitará en esos puestos.

Silencio por parte de Ekalu. Bebió otro trago de té. Reflexionó. Infeliz y asustada.

—Señor —dijo finalmente—, suplico su paciente indulgencia, pero ¿qué sentido tiene? O sea, comprendo la razón de que regresemos a Athoek. Eso me parece razonable, pero más allá de eso... Al principio, todo esto me parecía irreal y, en ciertos aspectos, todavía me lo parece. La Lord del Radch se está disgregando y, si lo hace, lo mismo le ocurrirá al Radch. Sin embargo, quizás ella consiga mantenerse unida, quizá vuelva a unir sus fragmentos, pero..., y le pido disculpas, señor, por hablarle con tanta franqueza, en realidad usted no quiere que eso suceda, ¿no es así?

—Así es, no lo quiero —admití yo.

—Entonces ¿qué sentido tiene, señor? ¿Qué sentido tiene hablar de formación y ascensos como si todo fuera a seguir como siempre?

—¿Y qué sentido tiene todo?

—¿Señor?

Ekalu parpadeó sorprendida y desconcertada.

—Dentro de mil años, teniente, nada de lo que a usted le preocupa tendrá importancia. Ni siquiera para usted, porque estará muerta. Y yo también, y a nadie que esté viva le importará. Quizás, solo quizás, alguien recordará nuestros nombres. O lo que es más probable, nuestros nombres estarán grabados en alguna insignia funeraria que permanecerá guardada y polvorienta en el fondo de una vieja caja que nadie abrirá. —Al menos la de Ekalu, porque no creía que nadie quisiera encargarse de insignias conmemorativas de mi

existencia después de mi muerte—. Y esos mil años pasarán, y otros mil, y otros..., hasta el fin del universo. Piense en todas las tragedias, el sufrimiento y, sí, también en los triunfos que están enterrados en el pasado, en los millones de años de historia. Lo fueron todo para la gente que los vivió. Pero ahora no son nada.

Ekalu tragó saliva.

—Si alguna vez me siento deprimida, señor, debo recordar que usted sabe cómo animarme de verdad.

Sonreí.

—El sentido de todo es que no hay ningún sentido. Elija el suyo.

—Normalmente no podemos elegir el que queramos, ¿no? —me preguntó—. Usted supongo que sí, pero usted es un caso especial. Y todas las tripulantes de la nave seguimos el suyo.

Bajó la vista hacia el plato y consideró brevemente la posibilidad de tomar el utensilio de comer, pero me di cuenta de que, en aquel momento, no podía comer nada.

—No tiene por qué ser un gran sentido —repuse yo—. Como usted dice, a menudo no puede serlo. A veces solo se trata de: «Tengo que encontrar la manera de poner un pie delante del otro o moriré aquí.» Si perdemos esta partida, si perdemos la vida en un futuro próximo entonces sí que las formaciones y los ascensos no habrán tenido sentido. Pero ¿quién sabe? Quizá los augurios nos favorezcan y si al final consigo lo que quiero, Athoek necesitará protección y yo necesitaré buenas oficiales.

—¿Y, si puedo preguntarlo, qué probabilidades hay de que los augurios nos favorezcan, señor? El plan de la teniente Tisarwat..., lo que sé de él, señor, es... —Apartó a un lado con un gesto la palabra que iba a utilizar para describirlo—. No hay un margen de error ni de tolerancia para posibles

accidentes. ¡Y son tantas las maneras en que las cosas podrían salir realmente mal!

—Cuando una hace algo así, las probabilidades de éxito son irrelevantes — le contesté—. Una no necesita saber cuáles son esas probabilidades. Lo que necesita saber es cómo hacer lo que pretende hacer y, después, tiene que hacerlo. Lo que suceda a continuación —hice el gesto de lanzar al aire un puñado de monedas adivinatorias— no es algo sobre lo que una tenga ningún control.

—Será como Amaat desee —dijo Ekalu. Se trataba de una máxima piadosa—. A veces reconforta pensar que el propósito de Dios lo dirige todo. — Suspiró—. Pero otras veces, no.

—Es cierto —corroboré—. Mientras tanto, disfrutemos del desayuno. — Tomé un pedazo de pescado—. Está muy bueno. Y hablemos de Amaat Una y de cualquier otra integrante de las decurias que usted crea que pueda ser candidata a ascender a oficial.

Después de desayunar, me dirigí al Departamento Médico, al diminuto cubículo que hacía las veces de oficina de Médico. Me senté en una silla y apoyé las muletas en la pared.

—Usted me comentó algo sobre una prótesis.

—Todavía no está lista —declaró ella.

Categorica. El ceño fruncido. Desafiándome a cuestionar su aseveración.

—Ya debería estarlo —repliqué yo.

—Se trata de un mecanismo complicado. Tiene que compensar el progresivo crecimiento...

—Quiere asegurarse de que no deje aquí a Seivarden y sus amaats y me vaya yo a la estación en su lugar.

Estábamos en el espacio del portal y todavía tardaríamos unos días en llegar a Athoek. Médico emitió un sonido burlón.

—¡Como si eso fuera a detenerla, señor!

—¿Cuál es el problema?

—La prótesis es una solución temporal. No está diseñada para soportar grandes esfuerzos y, desde luego, no es apropiada para el combate. —No le contesté, simplemente permanecí sentada mientras observaba cómo me miraba con el ceño fruncido—. La teniente Seivarden tampoco debería ir. Se encuentra mucho mejor, pero no puedo garantizar que maneje bien ese tipo de estrés. Y Tisarwat...

Nadie mejor que ella para saber por qué era incuestionable que Tisarwat fuera.

—La teniente Seivarden es la única persona en esta nave, además de mí, que tiene experiencia en combate —señalé yo—. Y además de la *Sphene*, supongo. Pero no estoy segura de que podamos confiar en la *Sphene*.

Médico soltó una risa burlona.

—No. —Entonces se le ocurrió una idea—. Señor, creo que debería plantearse conceder algunos ascensos. A Amaat Una desde luego, y a Bo Una también.

—Justo acabo de hablar de ello con Ekalu. Se lo habría comentado a Seivarden, pero seguramente debe de estar durmiendo.

Amplíé mi percepción y vi que Seivarden estaba en las primeras fases de lo que prometía ser un sueño muy profundo. En mi cama. Cinco, lejos de sentir resentimiento por no disponer de su lugar de trabajo, estaba sentada a la mesa en el comedor de las soldados, que estaba vacío. Tarareaba, feliz, una canción mientras, con un tazón de cristal verde al alcance de la mano, remendaba la manga rota de una camisa.

—Seivarden parece ir evolucionando bien —comenté.

—De momento sí —admitió Médico—. Pero que las diosas nos asistan si no puede encontrar un gimnasio o tomarse un té la próxima vez que se altere. He intentado convencerla de que retome la medicación, pero es algo que no va con su carácter.

—Aunque parezca mentira, ayer por la noche lo intentó.

En realidad, había sido por la mañana, en el horario de Seivarden.

—¿En serio? Bien. —Estaba sorprendida y medio complacida, pero no lo reflejó en su rostro. Raramente lo hacía—. Supongo que ya se verá. Ahora echemos una ojeada a su pierna. ¿Y por qué no me comentó antes que le dolía la pierna derecha, capitana de flota?

—Lleva doliéndome desde hace más de un año. Ya casi me he acostumbrado. Además, no creía que pudiera usted hacer nada al respecto.

Médico cruzó los brazos y se reclinó en la silla sin dejar de mirarme con el ceño fruncido.

—Es posible que no y desde luego no sería práctico intentar hacer algo ahora mismo, pero debería habérmelo comentado.

Adopté una expresión de arrepentimiento.

—Sí, Médico. —Se relajó solo un poco—. Y volviendo a la prótesis, no me diga que no está lista porque sé que lo está. O podría estarlo en cuestión de pocas horas. Y estoy muy cansada de las muletas. Sé que la prótesis no será adecuada para realizar grandes esfuerzos y, aunque lo fuera, no dispongo de tiempo suficiente para acostumbrarme a ella; al menos no para luchar. Ni siquiera aunque me la hubiera colocado tan pronto como pudo, de modo que a la estación iré Seivarden, no yo.

Médico suspiró.

—De hecho, usted podría adaptarse a ella más deprisa porque es... —Titubeó—. Porque es una auxiliar.

—Sí, es probable —corroboré yo—, pero no lo bastante deprisa.

Además, por mucho que deseara librar personalmente al sistema Athoek de Anaander Mianaai, no quería poner en peligro la misión.

—De acuerdo —declaró Médico. Todavía tenía el ceño fruncido, como casi siempre, pero interiormente se sentía aliviada. Y satisfecha—. Entonces vayamos a la habitación de al lado para ver cómo va esa pierna. Luego, como sé que ha estado levantada toda la noche, como estamos a salvo en el espacio del portal y como ya ha recorrido toda la nave asegurándose de que todo está como debería estar, podrá regresar a sus dependencias y dormir. Cuando se despierte, seguramente la prótesis ya estará lista.

Me imaginé tumbándome junto a Seivarden. No sería la primera vez que estaríamos tan cerca, aunque eso fue antes de estar en la *Misericordia de Kalr*. Antes de que pudiera experimentar, mínimamente, algo parecido a lo que había perdido: esa sensación de estar rodeada por tanto de mí misma. Y Médico tenía razón, llevaba despierta toda la noche y estaba agotada.

—Si eso la hace feliz, Médico —le contesté.

Seivarden estaba tan dormida que no se percató de mi presencia, pero su cercanía, su calor y su respiración lenta y regular unidas a los datos que Nave me transmitía de sus amaats, que también estaban dormidas, me resultaron muy reconfortantes. Nave me mostró a Tisarwat, que estaba en la sala de la decuria, y a la decuria Bo entrando en el comedor de las soldados. Cuando vieron que Kalr Cinco estaba allí, se echaron a reír.

—¿Señor necesita un poco de intimidad con nuestra teniente amaata? —preguntó Bo Diez—. ¡Ya era hora!

Cinco simplemente sonrió y siguió con el remiendo.

Nave también me mostró a Ekalu, quien entró en la sala de su decuria para tomar su cena, y a sus etrepas, que estaban terminando las tareas del día antes

de dirigirse al comedor de las soldados para cenar ellas también. Y me mostró a Kalr Una, que estaba de guardia en el puente de mando. Técnicamente en contra de las normas, pero estábamos en la ni-siquiera-nada del espacio del portal, donde ninguna cosa remotamente interesante podía ocurrir, y cuanto más experiencia adquirieran las jefas de las decurias, mejor. Y me mostró a Médico, que le comunicaba a Kalr Doce que comería más tarde. Le dijo que en aquel momento estaba ocupada y que no quería averiguar qué pasaría si la prótesis no estaba lista cuando yo me despertara como me había prometido. Doce no sonrió, pero deseó hacerlo.

Todo estaba como debería estar. Me dormí y, cuando me desperté horas más tarde, Bo estaba de guardia, Tisarwat y dos soldados de su decuria se estaban entrenando en el gimnasio, Ekalu y sus etrepas se estaban preparando para acostarse, las amaats seguían durmiendo y soñando, y Seivarden todavía estaba tumbada y dormida a mi lado. Cinco esperaba de pie y en silencio junto a mi cama con un tazón de cristal rosa lleno de té para mí. Debió de prepararlo en la sala de la decuria y me lo llevó por el pasillo.

—Médico está a su disposición para cuando usted pueda, capitana de flota —declaró Nave en mi oído.

Dos horas más tarde, yo estaba caminando con mi pierna nueva y temporal. No era mucho más que una vara de plástico gris con una junta y aplanada en el extremo correspondiente al pie. Su respuesta era ligeramente más lenta de lo que a mí me habría gustado y mis primeros pasos fueron inseguros y tambaleantes.

—Nada de correr —me advirtió Médico, pero en aquel momento, aunque la prótesis se hubiera fabricado para grandes esfuerzos, yo no habría podido correr—. Tengo que examinarla todos los días, porque si le produce irritación

o heridas en la zona de contacto, usted no lo sentirá. —Esto era así por el correctivo que estaba regenerando mi pierna—. Puede que le parezca algo trivial, pero créame, es mucho mejor tratar ese tipo de heridas desde el primer momento.

—Sí, Médico —respondí yo, y me fui a recorrer los pasillos una y otra vez, con Doce siguiéndome los pasos, mientras la prótesis golpeteaba con rigidez a cada paso. Hasta que pude hacerlo sin tropezar o caerme.

Encontré a la *Sphene* en la sala de la decuria. Estaba sola, sentada a la mesa, a uno de los lados del tablero en el que jugaba a fichas con la traductora Zeiat.

—Hola, prima —me saludó cuando atravesé con paso vacilante el umbral de la puerta—. ¿Tienes problemas para acostumbrarte a la nueva pierna?

—Es un desafío mayor de lo que esperaba —reconocí yo.

Algunas de mis antiguas oficiales habían perdido extremidades, pero siempre las enviaban a otro lugar hasta que se recuperaban. Y, desde luego, si una auxiliar perdía una extremidad, lo más sencillo era deshacerse de ella y descongelar una nueva. Doce retiró una silla para mí y me senté. Con mucho cuidado.

—Solo necesito practicar. Eso es todo.

—Desde luego. —No supe si estaba siendo sarcástica o no—. Estoy esperando a la traductora Zeiat.

—No tienes por qué darme explicaciones de por qué estás en la sala de la decuria, prima; eres una invitada.

Doce me llevó un tazón de té y uno de los pastelitos del montón que había en la encimera y lo mismo hizo para la *Sphene*, quien después de mirar el té y el pastelito dijo:

—No tienes por qué hacer esto, ya lo sabes. Podrías alimentarme con agua y skel y mantenerme en un compartimento de almacenaje.

—¿Por qué habría de hacer algo así, prima? —Tomé un bocado del pastelito. Tenía canela y trocitos de dátiles. La receta era una de las favoritas de Ekalu—. Dime, ¿te molesta que se refieran a ti con el pronombre «ello»?

—¿Por qué habría de molestarme?

Realicé un gesto ambiguo.

—A algunas miembros de la tripulación les inquieta oír que a veces nos refiramos a ti con el pronombre «ello» y que, al mismo tiempo, te tratemos como a una persona. Además, yo te llamo «prima», sin embargo, a ellas nunca se les ocurriría aplicarme el pronombre «ello». Aunque, técnicamente hablando, eso sería correcto.

—¿Y a ti te molesta que te apliquen el pronombre «ella»? —me preguntó la *Sphene*.

—No —reconocí yo—. Supongo que me he acostumbrado a que cada hablante me aplique el pronombre que le parezca adecuado. Aunque debo reconocer que me ofendería si alguien de mi tripulación se refiriera a mí como «ello». Pero eso sería porque sé que lo considerarían un insulto.

La *Sphene* tomó su pastelito, le dio un bocado, lo masticó, se lo tragó, bebió un trago de té y luego dijo:

—En realidad no había pensado en esto hasta ahora, prima, pero ¿sabes lo que realmente me crispera?

Como yo tenía la boca llena de té y pastelito, le indiqué con un gesto que continuara, y ella lo hizo.

—Oír que os referís a vosotras mismas como radchaais; llamar a esto —señaló alrededor— el Radch.

Yo tragué lo que tenía en la boca.

—Supongo que no puedo culparte —declaré—. ¿Me dirás dónde estás, prima?

—Justo frente a ti, al otro lado de la mesa, prima —declaró con actitud

impasible, como siempre, aunque creí percibir un deje de diversión en su voz.

—No pude evitar darme cuenta de que, cuando estábamos en el sistema Fantasma y la *Misericordia de Kalr* te preguntó dónde estabas, fuiste tú quien le contestó desde el interior de la nave. No le hablaste directamente.

En consecuencia, no pudimos saber a qué distancia estaba de nosotras ni calcular su localización. La *Sphene* sonrió.

—¿Me harás un favor, prima? ¿Me permitirás ir a la estación con la teniente Seivarden?

—¿Por qué?

—No estorbaré, te lo prometo. Simplemente quiero rodear el cuello de la usurpadora con mis manos y estrangularla yo misma.

El desencadenante de la guerra de la que la *Sphene* escapó tres mil años atrás no fue solo la discrepancia acerca de la política de expansión de Anaander, sino también el cuestionamiento de la legitimidad misma de su autoridad. Al menos eso tenía entendido yo, ya que ocurrió mil años antes de que yo naciera.

—Aunque, si eso requiriera demasiado tiempo —continuó la *Sphene*—, me contentaría con pegarle un tiro en la cabeza. Lo importante es que sepa quién se lo está haciendo. Soy consciente de que se trata de un deseo trivial y que, teniendo en cuenta quién es ella, no servirá de nada, pero ¡deseo tanto hacerlo! Hace tres mil años que sueño con ello. —No le contesté—. ¡Ah, no confías en mí! En fin, supongo que, si estuviera en tu lugar, yo tampoco lo haría.

Entonces la traductora Zeiat entró en la sala de la decuria.

—¡*Sphene*! He estado pensando mucho. Permítame demostrárselo. ¡Hola, capitana de flota! A usted también le gustará. —Tomó la bandeja de pastelitos de la encimera y la dejó en medio de la mesa—. Esto son pastelitos.

—Así es —corroboró la *Sphene*.

La traductora me miró en busca de confirmación y yo asentí con la cabeza.

—¡Todos! ¡Todos son pastelitos! —La idea le producía gran placer. Deslizó los pastelitos de la bandeja a la mesa y los distribuyó en dos montones—. Estos contienen fruta —declaró, señalando el montón de los pastelitos de dátiles y canela, que era ligeramente mayor—. Y estos —señaló los otros— no la tienen. ¿Lo ven? Antes eran lo mismo, pero ahora son diferentes. Y miren. Quizá piensen para sus adentros (sé que yo lo hice) que son diferentes debido a la fruta. O a la no fruta, ya saben, según sea el caso. ¡Pero miren esto! —Deshizo los montones y distribuyó los pastelitos al azar—. Ahora trazo una línea. ¡Simplemente me la imagino! —Se inclinó hacia delante, colocó un brazo en medio de los pastelitos y los deslizó a uno u otro lado—. Ahora estos —señaló uno de los lados— son diferentes de estos otros. —Señaló el otro lado—. Pero algunos tienen fruta y otros no la tienen. Antes eran diferentes, pero ahora son iguales. Y lo mismo ocurre con el otro lado de la línea. ¡Y ahora!

Tomó una ficha del tablero.

—Nada de trampas, traductora —advirtió la *Sphene* con un tono de voz tranquilo y agradable.

—Volveré a dejarla en su sitio —se defendió la traductora Zeiat, y puso la ficha entre los pastelitos—. Antes eran cosas diferentes. Supongo que estará de acuerdo en que antes eran diferentes..., pero ahora son lo mismo.

—Sospecho que la ficha no sabe tan bien como los pastelitos —comentó la *Sphene*.

—Eso es discutible —declaró la traductora Zeiat solo mínimamente aprensiva—. Además, ahora es un pastelito. —Frunció el ceño—. ¿O ahora los pastelitos son fichas?

—No lo creo, traductora —intervine yo—. Ni una cosa ni otra.

Me levanté con cuidado de la silla.

—¡Ah, capitana de flota, eso es porque usted no puede ver mi línea

imaginaria! Pero es real. —Se dio unos golpecitos en la frente—. Existe. —Tomó uno de los pastelitos de dátiles y lo dejó en el tablero, en el lugar que antes ocupaba la ficha—. ¿Lo ve? Le dije que volvería a dejarla en su sitio.

—Creo que es mi turno —declaró la *Sphene*. Tomó el pastelito y le dio un bocado—. Tiene usted razón, traductora, este pastelito sabe tan bien como los otros.

—Señor —me susurró Kalr Doce siguiéndome de cerca mientras yo salía al pasillo con pasos cautelosos. Había escuchado la conversación que yo había mantenido con la *Sphene* con un sentimiento creciente de ofensa y horror—. Debo decirle, señor, que ninguna de nosotras le aplicaría nunca a usted el pronombre «ello».

Al día siguiente, Seivarden encontró a Ekalu en la sala de la decuria. Estaba sola.

—Disculpa, Ekalu —la saludó, realizando una reverencia—, no quisiera privarte de tu tiempo libre, pero Nave me ha dicho que quizá disponías de unos instantes.

Ekalu no se levantó.

—¿Sí?

No estaba en absoluto sorprendida. Por supuesto, Nave le había advertido de que Seivarden se dirigía hacia allí y se había asegurado de que fuera un momento conveniente para Ekalu.

—Quiero decirte que... —declaró Seivarden nerviosa, incómoda y todavía en el umbral de la puerta—. Lo que quiero decir es que, hace unos días, me disculpé por haberme portado realmente mal contigo. —Tomó aire con nerviosismo—. No entendía qué había hecho mal, pero quería que dejaras de estar enfadada conmigo. Simplemente repetí lo que Nave me dijo que debería

decir. Estaba enfadada contigo por estar enfadada conmigo, pero Nave me convenció de que no fuera más estúpida de lo que ya lo había sido. Pero he estado pensando en ello.

Ekalu, que seguía sentada a la mesa, se quedó quieta del todo y su cara adoptó la inexpresividad de una auxiliar. Seivarden sabía lo que eso debía de significar, pero no esperó a que Ekalu hablara.

—He estado pensando en ello y sigo sin entender, exactamente, por qué lo que dije te dolió tanto. Pero no necesito entenderlo. Te dolió y, cuando me dijiste que te había dolido, debí disculparme y dejar de decirlo. Y quizá también dedicar algo de tiempo a intentar entenderlo en lugar de insistir en que adaptaras tus sentimientos a mi forma de ser. Y quiero decirte que lo siento. Y esta vez lo digo de verdad.

Seivarden no percibió la reacción de Ekalu, ya que esta permaneció totalmente inmóvil, pero Nave sí que la percibió. Y yo también. Como Ekalu no dijo nada, Seivarden continuó:

—También quiero decirte que te echo de menos. A ti y a lo que teníamos. Pero si ahora estoy en esta situación es por mi propia estupidez.

Se produjo un silencio que duró cinco segundos, aunque pensé que, en cualquier momento, Ekalu hablaría o se incorporaría. O se echaría a llorar.

—También quiero decirte que eres una oficial excelente —prosiguió Seivarden—. Te adjudicaron ese puesto sin previo aviso y con un adiestramiento mínimo. ¡Ojalá yo hubiera estado tan centrada y hubiera sido tan fuerte como tú durante mis primeras semanas como teniente!

—Bueno, en aquella época solo tenías diecisiete años —la justificó Ekalu.

—Acepte el cumplido, teniente —le reprochó Nave al oído.

—Pero gracias —declaró Ekalu en voz alta.

—Es un honor servir contigo —continuó Seivarden—. Y gracias por dedicar tiempo a escucharme.

Inclinó la cabeza y se fue. Ekalu cruzó los brazos sobre la mesa y apoyó la cabeza en ellos.

—¡Oh, Nave! —exclamó con voz desesperada—. ¿Tú le has dicho que me dijera algo de esto?

—La ayudé un poco con las palabras —repuso Nave—, pero la idea no fue mía. Lo ha dicho en serio.

—Entonces fue idea de la capitana de flota.

—En realidad, no.

—¡Es tan guapa! —exclamó Ekalu—. ¡Y tan buena en la cama! Pero es tan...

Se interrumpió al oír los pasos de Etrepa Seis en el pasillo. Etrepa Seis dio una ojeada desde la puerta de la sala de la decuria, vio que su teniente tenía la cabeza apoyada sobre la mesa y lo relacionó con el hecho de que Seivarden se alejaba por el pasillo. Entonces entró en la sala y empezó a preparar té. Ekalu dijo en silencio y sin levantar la cabeza:

—¿Si le dijera que volviera conmigo ella lo haría?

—¡Oh, sí! —respondió Nave—. Pero si yo fuera usted, dejaría que sufriera un rato.

Tisarwat fue a verme pocas horas antes de que saliéramos del espacio del portal y entráramos en el sistema Athoek.

—Señor —me saludó, y se quedó junto a la puerta de mis dependencias—. Voy camino de la cámara estanca.

—Bien. —Me levanté. Me sentía un poco más estable sobre la prótesis que el día anterior—. ¿Quiere tomar un té?

Cinco había salido a realizar un mandado, pero había té preparado en el termo que había sobre la encimera.

—No, señor. No estoy segura de que haya tiempo para eso. Solo quería... — Esperé. Finalmente, dijo—: No sé lo que quería. No. Espere. Sí que lo sé. Si no regreso, ¿querrá...? La familia de la anterior Tisarwat... No les cuente lo que le ocurrió, ¿de acuerdo?

Las probabilidades de que algún día tuviera la oportunidad de comunicarme con la familia de Tisarwat eran tan pequeñas que podían considerarse casi nulas.

—Por supuesto.

Inspiró profundamente con alivio.

—No se lo merecen. Sé que parece una estupidez. En realidad, ni siquiera las conozco. Pero sé muchas cosas de ellas. Es solo que...

—No es ninguna estupidez. Es totalmente comprensible.

—¿En serio? —Los brazos le colgaban a los lados. Cerró las enguantadas manos en sendos puños y volvió a abrirlas—. Y si regreso. Si regreso, señor, ¿autorizará a Médico a cambiar el color de mis ojos por otro más razonable?

Se refería a aquellos absurdos ojos lilas que la anterior Tisarwat se había comprado.

—Si eso es lo que desea.

—¡Es un color tan ridículo! Además, cada vez que me miro al espejo me recuerdan a ella. —Supuse que se refería a la antigua Tisarwat—. No me pertenecen.

—Sí que le pertenecen —repliqué yo—. Cuando usted nació ya eran de ese color. —La boca le tembló y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Pero sea cual sea el color que elija, ese también será suyo —añadí yo, aunque esto no ayudó a que contuviera las lágrimas—. Decida lo que decida estará bien. ¿Se ha tomado la medicación?

—Sí.

—Sus bos saben lo que tienen que hacer. Usted sabe lo que tiene que hacer. Ahora solo falta hacerlo.

—A veces se me olvida que usted puede ver todo eso. —Se refería a sus sentimientos y reacciones. Como Nave podía verlos. Como Nave podía mostrármelos—. Sigo olvidándome de que puede ver en mi interior y, luego, cuando me acuerdo, yo...

Su voz se fue apagando.

—No estaba mirando en su interior —repuse yo—. Últimamente intento no hacerlo. Pero ahora mismo no tenía por qué hacerlo. No es usted la primera teniente joven que he conocido, ya lo sabe.

Soltó un breve sonido de asentimiento.

—¡Tenía tanto sentido! —gimoteó—. ¡Cuando se me ocurrió me pareció tan obvio que era lo más adecuado! Pero ahora me parece imposible.

—Así es como funcionan esas cosas —le contesté—. Usted ya lo sabe. ¿Está segura de que no quiere un té?

—Sí, estoy segura —contestó mientras se enjugaba los ojos—. Me dirijo a

la cámara estanca y odio tener que mear en el traje espacial.

—Sobrepóngase, teniente, y límpiense la cara —le indiqué con severidad.

Sin pensárselo dos veces, se enderezó y echó los hombros hacia atrás. Luego se enjugó los ojos de nuevo con sus manos enguantadas.

—Seivarden está de camino —le indiqué.

—Señor —dijo ella—, entiendo lo de su relación con la teniente Seivarden. En serio. Pero ¿es necesario que sea tan imbécil y prepotente?

—Probablemente no —contesté. La puerta se abrió y entró Seivarden—. Puede retirarse, teniente.

—Sí, señor —respondió Tisarwat, y se volvió para irse.

Seivarden esbozó una sonrisa burlona.

—¿Preparada para la misión, nena?

—No vuelva a llamarme nena. Nunca más —replicó Tisarwat, mirando a Seivarden a los ojos con firmeza, y salió de la habitación con paso decidido.

Seivarden arqueó las cejas.

—¿Los nervios? —preguntó Seivarden con un deje irónico en la voz, pero también con cierta curiosidad.

La misión de Tisarwat constituía un secreto y había realizado casi toda su preparación a escondidas. No de mí ni de Nave, claro, ya que eso era imposible.

—No le gusta que la traten con condescendencia —declaré. Seivarden parpadeó sorprendida—. Y también por los nervios.

Ella volvió a sonreír.

—Eso pensé yo. —Su expresión se volvió seria—. He venido a buscar el arma. —Yo no me moví inmediatamente—. De no ser por la pierna, Breq, tú serías la persona idónea para la misión y no tendrías que dejarle el arma a nadie.

—Ya he mantenido esta conversación antes. Contigo. Con Nave.

Y con Médico: «Sé lo que pasará —me había dicho Médico—. Las cosas se calentarán y usted se olvidará de que la pierna no está hecha para grandes esfuerzos. O lo recordará, pero no hará caso.» Si se hubiera tratado solo de mí, habría ido, pero la situación había cambiado y ya no se trataba solo de mí.

—Si pierdes el arma, probablemente no viviré el tiempo suficiente para perdonarte.

Podía enviar a Seivarden a la estación Athoek con un arma corriente, pero con el arma presger tendría más posibilidades de matar a Anaander tanto si esta tenía la armadura activada como si no y estuviera o no protegida por auxiliares. Si fracasaba y perdía el arma, si Anaander se la arrebatara, el resultado podía ser desastroso. Seivarden sonrió con ironía.

—Lo sé.

Me volví, abrí la tapa del banco que tenía detrás, saqué la caja que contenía el arma, la dejé sobre la mesa y la abrí. Seivarden sacó un volumen negro con forma de arma. El marrón de su guante se fundió con él nada más sacarlo de la caja.

—Sé cuidadosa con ella —le advertí, aunque esta conversación también la habíamos mantenido anteriormente—. La traductora Zeiat me explicó que la fabricaron para destruir naves radchaai. El metro con once centímetros de penetración es solo un efecto secundario. Utilízala con cuidado.

—No es necesario que me lo recuerdes —contestó ella mientras guardaba el arma en el interior de su chaqueta y tomaba dos cargadores de la caja.

—Si es verdad que la *Espada de Gurat* está acoplada a la estación Athoek, procura no destruir su escudo térmico.

El objetivo del equipo de Seivarden era eliminar a la joven Anaander Mianaai. No sabríamos dónde estaría hasta que Estación nos lo dijera. Y esperábamos que lo hiciera. Yo suponía que estaría en el palacio de la gobernadora o a bordo de la *Espada de Gurat*.

—Entiendo —declaró Seivarden con voz paciente—. Mira, Breq..., siento ser tan gilipollas a veces. Y siento que la única teniente que te quede sea la que nunca te cayó muy bien.

—Todo está bien —le mentí yo.

—No, no lo está —replicó ella—. Pero así son las cosas.

Esto, realmente, no podía discutírselo.

—No seas tonta.

Ella sonrió.

—¿Irás a arengarnos antes de que despeguemos? Estamos realizando la última comprobación de los equipos y, después, nos colocaremos en el exterior del casco.

—Esa era mi intención. —Cerré la caja, la dejé sobre la mesa y me dirigí a la puerta. Cuando pasé junto a Seivarden, intentó tomarme del brazo—. Puedo caminar sin ayuda —le indiqué.

—Simplemente me pareció que te tambaleabas un poco —declaró con tono de disculpa mientras me seguía al pasillo.

—Eso es que la prótesis se está ajustando al crecimiento. —Yo nunca sabía cuándo lo haría, lo que constituía otra razón por la que no podía combatir—. A veces tarda unos minutos.

Pero no volvió a molestarme y llegué al punto de encuentro, junto a la cámara estanca, sin más incidentes, sin siquiera cojear ligeramente.

—No les tomaré mucho tiempo —declaré mientras las dos amaats de Seivarden, Tisarwat y sus dos bos se volvían hacia mí después de dejar lo que estaban haciendo, que era comprobar las juntas de sus trajes espaciales—. Supongo que debería darles algún tipo de discurso motivador, pero no tengo ninguno preparado y, además, están ocupadas. Vuelvan sanas y salvas.

Deseaba decir algo más a Tisarwat y a sus bos, pero como Seivarden y sus amaats estaban escuchando, sería peligroso incluso insinuar lo que tenían

planeado hacer. En vez de eso, simplemente apoyé una de mis manos enguantadas en el hombro de Tisarwat.

—Sí, señor —respondió sin que hubiera el menor rastro de su anterior llanto en su voz—. Comprendido, señor.

Solté su hombro y me volví hacia Seivarden y sus amaats.

—Sí, señor —contestó Seivarden—. Así lo haremos.

—Bien. Ahora dejaré que retomen lo que estaban haciendo —declaré. Volví a mirar a Tisarwat y a sus bos—. Tengo una confianza absoluta en todas ustedes.

Me volví y dejé que terminaran de comprobar las juntas y los ganchos de sujeción.

Ekalu estaba de guardia en el puente de mando. Cuando entré, se levantó de la única silla que había en la habitación.

—Señor —saludó—. Nada que reportar.

Claro que no. Seguíamos en el espacio del portal. La vista exterior no mostraba absolutamente nada y seguiría así hasta que llegáramos al sistema Athoek.

—Siéntese, teniente —le ordené—. No he venido a asumir el mando. —Sencillamente no quería esperar sentada y bebiendo té en mis dependencias—. Estoy perfectamente bien de pie.

—Seguro, capitana de flota —declaró Etrepa Cuatro, que estaba frente a una consola—, pero todas nos sentiremos mejor si se sienta. Con su generosa indulgencia, señor.

No, no lo declaró Etrepa Cuatro, quien nunca me habría hablado de aquella manera y quien, en aquel momento, experimentaba náuseas y pánico por haberlo hecho.

—En serio, Nave.

—En serio, capitana de flota. —Cuatro se sintió ligeramente aliviada al ver mi reacción, aunque seguía estando un poco mareada—. Todavía falta tiempo para que pase algo, bien puede esperar sentada.

La teniente Ekalu se agarró al asidero que había junto al asiento.

—Estaba a punto de pedir un té, señor.

—Estoy muy bien de pie —repetí mientras me sentaba en el asiento.

—Sí, señor —contestó Ekalu con una cara del todo inexpresiva.

Dos horas más tarde, salimos del espacio del portal y accedimos al sistema Athoek durante un brevísimo instante, el justo para que la *Misericordia de Kalr* diera una ojeada al tráfico que había alrededor de la estación Athoek. El abrumadoramente homogéneo ni-siquiera-negro desapareció y dio paso al universo real: una repentina y sólida profundidad. La luz, el calor y todo lo demás se hicieron de golpe reales: la estación Athoek brillando a la luz del sol; el planeta mismo, blanco, azul y medio ensombrecido. Y, entonces, todo desapareció, borrado por la agobiante uniformidad del espacio del portal. Seivarden y sus amaats y Tisarwat y sus bos, que ya estaban en el exterior de la nave protegidas por los trajes espaciales, amarradas al casco y esperando, se sobresaltaron por el resplandor, que apareció y desapareció repentinamente.

—¡Oh! —exclamó Amaat Dos jadeando. Algo en aquel breve destello de realidad y el repentino regreso a la atípica oscuridad hizo que se le cortara la respiración. Se trataba de una reacción común—. Eso ha sido...

—Ya te dije que era raro —comentó Seivarden que estaba en el exterior del casco al lado de Dos—. ¿En serio soy la única de todas nosotras que ha

experimentado esto anteriormente? —Ninguna respuesta—. Bueno, aparte de la capitana de flota, claro. Y Nave. Ellas sí que lo han experimentado.

En efecto. Mientras Seivarden hablaba, Nave comparaba lo que acababa de ver alrededor de la estación Athoek con lo que sabíamos que tenía que haber allí gracias a los horarios y las autorizaciones de tránsito de los que teníamos conocimiento. Y también calculaba dónde estaría todo en un futuro próximo.

—Once minutos y tres segundos —anunció Etrepa Cuatro detrás de mí, en el puente de mando.

Lo mismo anunció Nave en los oídos de las soldados que esperaban en el exterior del casco. La adrenalina se disparó y el ritmo cardíaco se aceleró en todas ellas. Seivarden sonrió.

—No sabía que echaba esto de menos —comentó—. Sin embargo, la espera es terriblemente silenciosa. La capitana de flota solía cantar todo el tiempo.

—¿Solía? —preguntó Amaat Dos, y todo el mundo soltó una risita breve y tensa.

Sabían que pronto entrarían en acción y que estarían fuera del alcance de la *Misericordia de Kalr* sin saber dónde o cuándo regresaríamos a buscarlas. Solo Tisarwat conocía el por qué de su falta de información y cuánto duraría la misión. Era ella la que precisaba tiempo para realizar su labor.

—Entonces había mucho más de la capitana de flota —continuó Seivarden—. Y tenía mejor voz. Mejores voces.

—A mí me gusta la voz de la capitana de flota —intervino Bo Tres—. Al principio no, pero supongo que me he acostumbrado a ella.

—Sí —declaró Tisarwat.

—Supongo que no esperará que cantemos durante los próximos diez minutos, teniente —declaró Amaat Cuatro.

—¡Vaya, me gusta esa idea! —comentó Seivarden. Sus amaats y las bos de Tisarwat gimieron—. Deberíamos haber elegido una canción con antelación y

haberla ensayado. Con distintas voces, como solía hacer la capitana de flota. —Entonces cantó—: «Yo estaba caminando, yo estaba caminando, cuando conocí a mi amor. Yo estaba caminando por la calle, cuando conocí a mi verdadero amor.»

O lo intentó. La melodía le salió bastante bien, pero la letra original no era en radchaai y, subjetivamente, habían pasado décadas desde que me la oyó cantar. Lo que Seivarden recordaba de la letra no tenía sentido en el idioma original.

—¿Es una de las canciones de la capitana de flota? —preguntó Tisarwat—. Creo que no se la he oído cantar nunca.

—Según dicen —intervino Bo Tres—, cuando la recogieron, ya sabéis, el otro día, estaba medio muerta y aun así seguía intentando cantar.

—Me lo creo —contestó Seivarden—. No me cuesta nada imaginarme que, si creía que iba a morir, eligiera una canción para la ocasión. —Dos segundos de silencio—. Recordad lo que os expliqué acerca de los ganchos de sujeción. Cuando volvamos a entrar en el sistema, no dispondremos de mucho tiempo.

No queríamos que nos vieran; no queríamos que nadie en la estación, salvo Estación, sospechara que unas soldados de la *Misericordia de Kalr* iban a llegar. Reapareceríamos en el sistema Athoek tan cerca de la estación como pudiéramos y durante un brevísimo instante, ni siquiera un segundo. Luego, en cuanto Seivarden, Tisarwat y sus soldados se hubieran soltado, volveríamos a desaparecer.

—De modo que, en cuanto recibáis la orden, soltaos y propulsaos como hemos practicado. Si no lo conseguís, si el gancho se atasca o sucede cualquier otro incidente, no intentéis alcanzar a las demás. Simplemente, quedaos ahí.

—¡Sí, señor! —respondieron al unísono.

—Si os soltáis a destiempo y no llegáis a la estación, probablemente Nave

no podrá rescataros. Lo he visto en otras ocasiones.

Todas habían oído sus advertencias una y otra vez durante los últimos días.

—Me pregunto si la capitana de flota elige las canciones con antelación —comentó Bo Tres—. Así, si de repente se encuentra en peligro, no tiene que preocuparse sobre cuál cantar.

—No me extrañaría que lo hiciera —respondió Tisarwat.

—Dos minutos —anunció Nave, quien había estado mostrando la cuenta atrás durante todo ese tiempo en la visión de todas ellas.

—Creo que conoce tantas canciones que, por decirlo de alguna manera, le vienen a la mente por sí mismas —comentó Seivarden. Silencio. Entonces—: Muy bien, un minuto. Agarrad vuestros ganchos y preparaos para entrar en acción.

Aquel era, en ciertos aspectos, el momento más peligroso de toda la misión. Aparte del riesgo de soltarse a destiempo y de acabar perdidas y a la deriva en algún lugar inconcebiblemente lejano de la nave o de cualquier otro tipo de ayuda, también estaba la cuestión de si Nave había realizado los cálculos correctos para su breve aparición en el universo real. En el lugar en el que apareciéramos cuando saliéramos del espacio del portal, podía haber cualquier cosa. Y esa cosa podía ser tan pequeña como un velero solar o tan grande como un carguero. Y, aunque era improbable que, al realizar sus cálculos, a Nave se le hubiera pasado por alto un carguero, seguía siendo posible. Además, incluso un velero solar podía constituir un peligro para las soldados que, aun cubiertas con los trajes espaciales, carecerían de la protección del casco de Nave. Y también era posible que alguien nos hubiera visto aparecer y desaparecer del sistema minutos antes y nos estuvieran esperando.

—Iniciando la cuenta atrás —anunció Seivarden. Aunque por supuesto los

segundos ya iban descontándose en la visión de todas ellas—. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno. ¡Fuera!

Sentí el instante en el que las seis se impulsaron y se alejaron de la nave. Luz. Las seis soldados de la *Misericordia de Kalr* se desplazaron hacia la estación Athoek, que de repente estaba a pocos metros de distancia; hacia una zona de conductos y sistemas de ventilación en los que nunca pensaba nadie salvo Mantenimiento de la Estación. Pero Bo Tres no había logrado soltar el gancho. Se había impulsado hacia la estación, pero lo único que había conseguido era tensar el cable de sujeción. Regresó y volvió a intentar soltarse.

—¡Quieta! —le grité con voz potente.

En aquel instante la estación Athoek desapareció, y también el resto del universo junto con Seivarden, Tisarwat y sus soldados. Todo se esfumó. Estábamos de vuelta en el espacio del portal.

—Bo Tres no ha conseguido soltar el gancho —informó Nave a las impactadas etrepas que estaban en el puente de mando—. Pero está bien, sigue aquí.

No podíamos saber si las demás habían llegado sanas y salvas a la estación y no lo sabríamos hasta que regresáramos al sistema. Al menos el material se había repartido entre las tres integrantes del equipo de Tisarwat, de modo que esta y Nueve no se enfrentarían a serias dificultades si no contaban con la parte del material que transportaba Tres.

—No pasa nada, Bo —declaré. Esta vez en silencio. Ella seguía agarrando el gancho, en el exterior de la nave. Avergonzada. Horrorizada. Enfadada consigo misma y conmigo—. A mí me ha pasado un montón de veces. —Lo que no era verdad: en mis dos mil años como *Justicia de Toren* Esk Una, solo me había pasado un par de veces—. Además, aunque hubiera vuelto a intentarlo, no lo habría conseguido. Si yo hubiera estado en su lugar, no habría

podido desplazarme lo bastante deprisa. —Otra mentira. Estaba segura de que yo sí que lo habría conseguido—. Entre, quítese el traje y tómese un té.

—Capitana de flota —declaró Bo Tres. Pensé que se trataba de un asentimiento y, aparentemente, lo mismo pensó ella, pero en determinado momento, sus palabras se habían convertido en una protesta—. ¡Es solo una niña, señor!

Se refería a Tisarwat.

—Nueve está con ella, Bo. Nueve no la abandonará por nada. Usted lo sabe.

Su nivel de adrenalina era alto y su corazón latía con fuerza por la importancia del momento, por la expectativa de lo que tenían planeado hacer en la estación, por la repentina y terrible interrupción de su desplazamiento al llegar al final del cable de sujeción, por mi imperiosa orden de que se quedara quieta, por la rabia hacia sí misma por haberle fallado a Tisarwat.

—No pasa nada, Tres —repetí yo—. Vuelva.

Bo Tres cerró los ojos, inhaló hondo un par de veces, volvió a abrir los ojos y empezó a desplazarse hacia la escotilla. Yo volví a dirigir mi atención al puente de mando, a Ekalu, quien seguía de pie junto a mi asiento, agarrada con fuerza al asidero. Su cara era inexpresiva por pura costumbre; un remanente de cuando era una soldado corriente en la nave. Se sentía casi tan trastornada como Bo Tres, quien en aquel momento estaba pasando de la escotilla a la cámara estanca. Sin embargo, la inquietud de Ekalu no podía deberse a las mismas causas. Amplié mi percepción para ver lo que estaba viendo.

Durante el breve lapso de tiempo que estuvimos cerca de la estación Athoek, Nave recopiló tantos datos como le fue posible: una panorámica de la estación desde donde estábamos; datos de los canales de noticias de la estación; toda la información, en fin, que consiguió recabar. En aquel

momento, Ekalu estaba observando una imagen de la estación que no se veía desde donde aparecimos, así que Nave debió de obtenerla de alguna otra forma. Desde donde estuvimos, no se veían los Jardines. De hecho, los evitamos intencionadamente porque no queríamos que, si había alguien allí, levantara la vista justo en ese momento y nos viera.

Pero, por lo visto, no teníamos por qué preocuparnos por esa cuestión, porque no había nadie en los Jardines. La semana anterior, Seivarden y sus amaats habían practicado un agujero en la cúpula para poder sacarnos a Tisarwat, a Basnaaid, a Bo Nueve y a mí antes de que nos asfixiáramos. El agujero se tapó de manera provisional, aunque, por supuesto, tenía que ser reparado definitivamente. Al parecer, el parche temporal había fallado. La junta que lo unía a la cúpula había cedido, de modo que todo lo que había en los Jardines se había marchitado o estaba muerto. Algo debió de golpear fuertemente el parche justo en su punto más débil. Ekalu me miró.

—¿Qué habrá pasado? —me preguntó todavía pasmada y horrorizada.

—Me imagino que lo que ha pasado es el transbordador perdido —le respondí. Incomprensión por su parte—. ¿Recuerda el horario que Estación nos envió el otro día? Llegamos a la conclusión de que faltaba un transbordador de pasajeras.

—¡Ah! —Cayó en la cuenta. Durante un instante, consideré la posibilidad de levantarme para que Ekalu pudiera sentarse—. ¡Oh, señor! ¡Oh, no, señor! Sin duda, la *Espada de Gurat* obtuvo el horario de los transbordadores de Estación, pero no comprobó si estos estaban donde deberían estar antes de abandonar el portal. ¿Acaso...? Si el transbordador estaba en su camino cuando salieron del espacio del portal, señor..., si chocaron contra él...

—Ese transbordador en concreto va con retraso la mitad de las veces, algo que ni la *Espada de Gurat* ni su capitana tenían por qué saber.

Ekalu cerró los ojos y volvió a abrirlos al recordar, al menos eso pensé yo,

que oficialmente estaba al mando y que tenía que sobreponerse.

—Por fortuna, por decirlo de alguna manera —continué—, en aquel momento los Jardines debían de estar cerrados al público.

Y, por suerte, yo había ordenado que arreglaran las compuertas que comunicaban los distintos sectores del Subjardín. Con toda probabilidad, en aquellos momentos el primer nivel del Subjardín estaba despresurizado, pero los sectores circundantes y los niveles inferiores debían de estar en buenas condiciones. Cuando la presión descendió, las compuertas debieron de cerrarse automáticamente y casi seguro que esos sectores quedaron a salvo. Era posible que algunas trabajadoras de Horticultura hubieran muerto, pero no Basnaaid, de no ser así, no tendría sentido que la hubieran incluido en la lista de las personas que debían trasladarse a Suelo.

—Las tripulaciones de los transbordadores que vi parecían cumplir adecuadamente con las normas de seguridad. —Si no lo hubieran hecho, habría informado a sus superiores—. Así que es posible que no todas las personas que viajaban en el transbordador murieran. —La idea seguramente no tranquilizaría a Ekalu, ya que aquel transbordador podía transportar a más de quinientas personas—. Pero ahora sabemos por qué nadie le hablaba de los Jardines o del Subjardín a la tirana a menos que no tuvieran más remedio. Así que ella llega alegando ser la autoridad legítima, la que todo el mundo le reconoce gracias a su justo y apropiado interés en el bienestar y provecho de todas las ciudadanas y entonces ¿qué?, ¿choca accidentalmente contra un transbordador lleno de personas?

Y a no ser por el combate que yo y mis soldados sostuvimos en los Jardines la semana anterior, habrían muerto todas las ciudadanas que podrían haber estado disfrutando de aquel lugar. No era extraño que a Anaander le hubiera puesto nerviosa la cola de residentes de la plaza. No era extraño que nadie quisiera recordarle la catástrofe que había provocado nada más llegar al

sistema athoeki. No era extraño que nada de aquello se hubiera siquiera insinuado en los canales de noticias oficiales.

—Pero ¿por qué no han arreglado la cúpula? —preguntó Ekalu—. Por lo que parece, ni siquiera han iniciado las labores de reparación.

—Debido al toque de queda —le respondí—. Solo personal imprescindible, ¿recuerda?

Las integrantes de los equipos de reparación tenían familiares a quienes, probablemente, les contarían lo que habían visto, lo que había ocurrido, y esas familiares tenían amigas y conocidas a quienes a su vez se lo contarían, aunque solo fuera cuando coincidieran con ellas al ir a recoger el skel en los comedores comunitarios.

—Eso no es todo, capitana de flota —anunció Etrepa Cuatro. Anunció Nave—. Dé una ojeada a lo que están transmitiendo los canales de noticias oficiales.

Cuando abandonamos el sistema Fantasma, los informativos transmitían ininterrumpidamente advertencias en contra de mí y mensajes de condena hacia mí y mis partidarias. Pero, en aquel momento, Estación volvía a retransmitir a sus residentes imágenes captadas por las cámaras de vigilancia. Solo disponíamos de una pequeña muestra, poco más de un minuto de imágenes de la plaza principal de la estación que, debido al toque de queda, debería estar vacía. Pero en lugar de eso, numerosas ciudadanas estaban sentadas en filas justo en medio de aquel espacio abierto. Probablemente había hasta doscientas personas, simplemente sentadas. Muchas de ellas eran ychanas, algunas residentes del Subjardín, otras no. Pero también había xhais entre ellas, como la hierofanta de los Misterios. La horticultora Basnaaid y la ciudadana Uran también estaban allí.

La causa indudable de que Estación hubiera asumido el control de los informativos oficiales era que había veinte auxiliares alrededor de las

ciudadanas que estaban sentadas en hileras en la plaza. Tenían las armas empuñadas y sus brillantes y plateadas armaduras desplegadas.

Yo había visto algo parecido anteriormente y, de repente, me sobrevino el recuerdo de un calor húmedo y del olor a aguas pantanosas y a sangre. Me había puesto en pie sin darme cuenta.

—Claro que se han organizado. ¡Por supuesto!

Las residentes de la estación no se habían quedado quietas y calladas esperando a que la *Misericordia de Kalr* las salvara. Estación debía de haberlas ayudado a reunirse y a esquivar a las patrullas de Seguridad y a las auxiliares de la *Espada de Gurat* encargadas de hacer respetar el toque de queda de la tirana. De no ser por ella, no podrían haberlo hecho; no tantas personas.

Se trataba, era obvio, de una protesta organizada. La *Espada de Gurat* había desenfundado sus armas y Estación había hecho lo único que podía hacer para defender a sus residentes, lo único que había funcionado pocos días antes, al menos aparentemente: asegurarse de que todo el mundo supiera, con exactitud, lo que estaba ocurriendo.

Nada de todo aquello tenía como objetivo tranquilizar a la enfadada y ansiosa Anaander Mianaai. ¿Cómo había reaccionado ella? ¿Qué le estaba ocurriendo, en aquel preciso momento, a la gente que había en la plaza? Pero no podíamos hacer nada al respecto, ni siquiera podíamos saber lo que estaba ocurriendo hasta que regresáramos al sistema Athoek.

No sabíamos cuánto tardarían Seivarden o Tisarwat en hacer, o intentar hacer, aquello para lo que habían ido a la estación. La *Misericordia de Kalr* podía volver a salir del espacio del portal para que pudiéramos recibir mensajes, pero alguien podía detectarnos y queríamos que todo el mundo en la

estación Athoek, todo el mundo en el sistema, creyera que nos habíamos ido. Las vidas de Seivarden y sus amaats, la de Tisarwat y la de Bo Nueve dependían de ello. Así que no teníamos más remedio que permanecer en el espacio del portal durante los días siguientes.

No había ninguna razón para que me quedara en el puente de mando. Desde donde estaba, no podía hacer nada que pudiera implicar algún cambio. Consideré seriamente la posibilidad de volver a mis dependencias y dormir un rato, pero pensé que no podría permanecer quieta durante mucho tiempo sabiendo que cinco miembros de mi tripulación habían salido de la nave y que, por mucho que ampliara mi percepción, no podría saber nada de ellas. De modo que, en lugar de irme a dormir, me dirigí a la sala de la decuria.

Los fragmentos del juego de té notai de oro y cristal estaban esparcidos sobre la mesa. La *Sphene* y Kalr Cinco estaban sentadas una frente a la otra y, a un lado, había un despliegue de herramientas y adhesivos. Habían conseguido encajar las piezas de lo que parecía el borde curvo de un tazón. Cuando me vio entrar, Cinco se sobresaltó mientras experimentaba culpabilidad.

—No, continúe lo que está haciendo —le indiqué—. ¿Así que, después de todo, crees que podrías volver a componerlo?

—Es posible —contestó la *Sphene*.

Tomó un fragmento de cristal azul, lo colocó junto a otro y los estudió.

—¿Cómo se llamaba? —le pregunté—. Me refiero a la capitana a la que pertenecía el juego de té.

—Minask —contestó la *Sphene*—. Minask Nenkur.

Cinco levantó la vista de las piezas que intentaba encajar.

—¡Nenkur!

—Hay pocos nombres tan antiguos en todo el Radch —comentó la *Sphene*—. Sin duda, el nombre te suena debido al execrable entretenimiento que

pretende ser un relato fiel de la batalla de Iait II. La Arit Nenkur a la que calumniaban en esa obra era la madre de la capitana Minask. Esto... —señaló el despliegue de cristales azules y verdes con pequeños fragmentos de oro— es lo que le regaló a su hija cuando la ascendieron a capitana.

—Y la pusieron al mando de ti —deduje yo.

—Así es —contestó la *Sphene*.

—No me extraña que borraras el nombre —comenté yo.

—¿Qué pasó? —preguntó Cinco.

—Se había producido una batalla, por supuesto. —El tono de voz de la *Sphene* fue quizá un poco sarcástico, como si Cinco hubiera formulado una pregunta ridícula. Si Cinco lo percibió, no pareció molestarle. Probablemente, a aquellas alturas ya se había acostumbrado a la *Sphene*—. La capitana Minask se había rendido. Yo estaba terriblemente dañada. Todas mis tripulantes salvo la capitana y una de mis tenientes habían muerto. Ya no podíamos seguir luchando. Para colmo, cuando las fuerzas de la usurpadora me abordaron, llevaban el núcleo de una IA.

—¡Oh! —exclamó Cinco horrorizada—. ¡No!

—¡Oh, sí! —prosiguió la *Sphene*—. Yo era valiosa como nave, pero no como yo misma. Preferían su propia IA, que era más dócil. «Nos prometieron que nos perdonarían la vida —les reprochó la capitana Minask. —Así es —contestó la lacaya de la usurpadora—, pero no creería que íbamos a desaprovechar una nave.» —Dejó sobre la mesa los fragmentos de cristal que tenía en las manos—. Mi capitana era muy valiente, pero aquel día lo fue hasta un extremo absurdo. A veces, deseo que no hubiera decidido luchar por mí y que hubiera podido vivir más tiempo. Pero luego me pregunto si en algún momento tuvieron la intención de dejarla vivir. Si quizá siempre habían pretendido matarla y solo dijeron que nos dejarían con vida para que la

capitana Minask se rindiera antes de que yo resultara dañada hasta el extremo de resultar inútil.

—¿Cómo escapaste? —le pregunté.

No le pregunté cómo se libró de los soldados de la tirana. Para empezar, se me ocurrían varias formas en que podía haberlo hecho. Y todas le resultarían más fáciles si no le importaba que quien estuviera a bordo viviera o muriera. Era una estupidez que mataran a la capitana mientras estaban a bordo de la nave y antes de asegurarse de la lealtad de esta.

—Estábamos en pleno escenario de la batalla —contestó la *Sphene*—. Las naves entraban y salían de los portales por todas partes. Hasta cierto punto, mis motores todavía funcionaban, aunque no podía crear un portal propio. Entonces pensé que, si podía acceder al espacio de un portal, podría quedarme allí. Me moví y, por la gracia de Dios, un portal se abrió cerca de mí. Entré en él y espero haber dañado gravemente a la nave de la usurpadora que salía de él. Sin embargo, no tuve la oportunidad de calcular mi ruta y, en consecuencia, no pude controlar dónde aparecería.

—Y apareciste aquí —terminé por ella.

—Y aparecí aquí —confirmó la *Sphene*—. Podría haber acabado en lugares peores. Sin duda, ese fue el destino de algunas de mis naves hermanas.

Silencio. Kalr Cinco se levantó y se dirigió a la encimera, donde había un termo con té, y sirvió un tazón. Se lo llevó a la *Sphene*, lo dejó junto a su codo derecho y volvió a sentarse. La *Sphene* contempló el té durante un instante, tomó el tazón, bebió un sorbo y volvió a dejarlo en la mesa. Luego tomó otros dos pedazos de cristal azul y los estudió.

—¡Capitana de flota! —La traductora Zeiat entró en la sala de la decuria y miró hacia la mesa—. ¡Vaya, hoy nuestro juego tiene un aspecto muy distinto!

—El juego todavía está guardado, traductora —le explicó la *Sphene*—. Esto es un juego de té.

—¡Ah! —La traductora ignoró los fragmentos y se volvió hacia mí—. Capitana de flota, espero que en el lugar al que vamos haya salsa de pescado.

—Debo confesarle, traductora, que aunque me encantaría satisfacer su deseo, ahora mismo estamos enfrascadas en una guerra. Una fuerza contraria ha asumido el control en la estación Athoek y hasta que eso cambie, me temo que no tendré acceso a la salsa de pescado.

—Vaya, capitana de flota, debo decirle que esa guerra suya es muy inconveniente.

—Lo es —corroboré yo—. ¿Puedo formularle una pregunta, traductora?

—¡Por supuesto, capitana de flota!

Se sentó al lado de la *Sphene*.

—Estas no son para comer —le explicó la *Sphene*.

La traductora Zeiat realizó una leve mueca y luego volvió a dirigir la atención hacia mí.

—¿Qué quiere saber?

—Traductora, se rumorea que... —Reconsideré mis palabras—. Bastantes personas creen, sinceramente, que las presgeres se han infiltrado en la Lord del Radch. Creen que las presgeres han tomado el control de algunas partes de ella con el objetivo de destruir el Radch. O destruir a la humanidad.

—¡Oh, cielos, no, capitana de flota! No, eso no sería en absoluto divertido. Para empezar, eso rompería el tratado. —Frunció el ceño—. ¡Espere! Entonces, si la entiendo correctamente, y por desgracia no hay garantías de que la entienda correctamente, ¿usted cree que el tratado se ha roto?

—Yo no, pero algunas personas sí que lo creen. ¿Quiere tomar un té? —Cinco se dispuso a levantarse, pero yo apoyé una mano en su hombro—. No, ya iré yo a buscarlo. Además, ya está hecho.

La traductora Zeiat suspiró.

—Supongo que sí, ya que no queda salsa de pescado.

Serví un tazón, se lo ofrecí a la traductora y me senté frente a ella, al lado de Kalr Cinco.

—Entonces ¿estoy en lo cierto al pensar que las presgeres no han... influido en Anaander Mianaai?

—¡Cielos, no! —repuso la traductora Zeiat—. Para empezar, eso no sería divertido. Y una de las razones por las que no lo sería es lo que usted acaba de decir: «Influir en Anaander Mianaai.» Eso apenas tendría sentido para ellas. Si tuviera que explicárselo, no estoy segura de cómo podría hacerlo. Ni siquiera estoy segura de entenderlo yo misma. Además, si hubiera una intención real de romper el tratado, un deseo verdadero de destruir el Radch o a las humanas en general... ¿lo ve? Yo sé que estas no son la misma cosa, pero ellas no lo saben. Pero como ya le he dicho, si ellas quisieran destruir el Radch, incluso sin tener en cuenta el tratado, lo harían de la forma más divertida y satisfactoria posible. Y sospecho que no tengo que explicarle ni siquiera algunas de las cosas que, en general, les divierten y satisfacen en ese sentido, ¿no es así? O, al menos, cómo esas cosas suelen afectar a las humanas involucradas.

—No, traductora, no tiene que explicármelo.

—Y aunque he dicho: «sin tener en cuenta el tratado», la verdad es que el tratado es un tema relevante. No, ellas no romperán el tratado. Para serle totalmente sincera, me preocupa mucho más que sean las humanas las que lo rompan.

—Si no te importa, prima —intervino la *Sphene*. Ella y Cinco habían encajado varios fragmentos y los sostenían por encima de la mesa—. Ese trozo de ahí... ¿Ves dónde encaja, en el interior de esa curva?

Tomé un pincel diminuto y una cápsula de adhesivo. Unté el borde de la curva e introduje el fragmento de cristal en el hueco.

—Creo que, de momento, deberíais parar, esperar a que el adhesivo se

seque y seguir luego —le sugerí.

Me levanté, tomé un paño del interior de un armario que había debajo de la encimera y lo enrollé hasta formar una especie de molde. La *Sphene* y Cinco encajaron los fragmentos de tazón en él con cuidado y lo dejamos todo sobre la mesa.

—Probablemente, esto os resultaría más fácil si dispusierais de las herramientas adecuadas —declaré.

—Esa ha sido la historia de mi vida durante los últimos tres mil años —comentó la *Sphene*—. A propósito, cuando la teniente Seivarden fracase en su intento de matar a la usurpadora, ¿me dejarás intentarlo a mí?

—Me lo pensaré.

—Supongo, prima, que no sería razonable, que te pidiera más que eso.

Como estábamos en el espacio del portal, no podíamos recibir datos de Seivarden ni de Tisarwat, ni tampoco de Amaat Dos, Amaat Cuatro ni de Bo Nueve. Además, nada garantizaba que pudiéramos contactar con ellas cuando regresáramos. Así que les habíamos proporcionado unos archivos externos diminutos para que los escondieran en el exterior de la estación. Los archivos recibirían y almacenarían los datos de las tenientes y las soldados y nosotras podríamos recuperarlos cuando regresáramos. Eso suponiendo que funcionaran correctamente, algo que no siempre ocurría. Suponiendo que nada los dañara. Suponiendo que nadie los encontrara y los inutilizara o se deshiciera de ellos.

Esto es lo que sucedió mientras la *Misericordia de Kalr* estaba fuera del universo:

Seivarden y sus dos amaats avanzaron con cautela por un polvoriento pasillo de acceso. Iban armadas, con la armadura activada y habían dejado los trajes espaciales en la cámara estanca que habían utilizado para acceder a la estación. Estación no solo les había permitido entrar, sino que en aquel momento les mostraba un plano en sus campos de visión, aunque ellas ya habían estudiado todos los esquemas de la distribución de la estación de los que disponíamos. El plano y las escuetas palabras que Seivarden y sus amaats intercambiaron indicaban que estaban de camino a la residencia de la gobernadora. Habían visto los informativos. Habían reconocido a algunas

personas entre las ciudadanas que estaban sentadas en la plaza. Habían visto a las auxiliares con las armaduras activadas y las armas desenfundadas. Mientras caminaban, Amaat Dos dijo en voz baja:

—¿Cree que la teniente Ti...?

—¡Silencio! —la interrumpió Seivarden.

Todo el mundo, en la *Misericordia de Kalr*, sabía que Tisarwat estaba enamorada de Basnaaid.

—Últimamente, la capitana de flota y la teniente Tisarwat parecen estar muy unidas —declaró Cuatro en voz muy baja.

—No me sorprende —respondió Seivarden. Estaba enfadada y ansiosa, pero sabía que no era el momento de demostrarlo—. Sospecho que la capitana de flota siempre ha sentido debilidad por las tenientes jóvenes y desgraciadas.

—No me la imagino a usted sintiéndose desgraciada, señor —contestó Cuatro todavía en voz muy baja.

—Nunca lo demostré —replicó Seivarden.

Me sorprendió que, aparentemente, hubiera descubierto al menos una de las causas de su ansiedad y que, además, no fingiera que se trataba de otra cosa o que no existía. Quizá su sinceridad se debía a que estaba disfrutando de la familiaridad de aquella situación, de la excitación de la adrenalina previa al combate.

—Además, nunca le caí muy bien a la *Justicia de Toren* —añadió.

—¿En serio? —contestó Cuatro sinceramente sorprendida mientras se esforzaba en no pensar demasiado en lo que las esperaba.

—En la actualidad, a nuestra teniente no se la ve tan desgraciada como al principio —observó Dos.

—Así es —corroboró Seivarden—. Le irá bien —comentó, aunque no estaba en absoluto segura de ello y, además, se sentía desdichada por no saber en qué consistía la misión de Tisarwat y Nueve—. Ahora dejad la cháchara.

—Sí, señor —asintieron Dos y Cuatro al unísono.

Tisarwat y Bo Nueve se propulsaron por la estructura externa de la estación. Sin hablar. La información que transmitían los informativos se proyectaba en sus correspondientes campos de visión: las hileras de ciudadanas en el centro de la plaza, las soldados armadas y con las armaduras desplegadas... Las ciudadanas estaban sentadas y en silencio, y las soldados estaban de pie y con las armas preparadas.

—Desactive la transmisión, señor —le aconsejó Nueve a Tisarwat—. Ver las noticias no le sirve de nada y, además, le impide prestar atención a lo que está haciendo.

—Tienes razón.

Tisarwat desactivó la transmisión. Veinte minutos más tarde, mientras avanzaban lenta y laboriosamente de un asidero al siguiente por el exterior de la estación Athoek, declaró:

—Creo que voy a vomitar.

—No puede vomitar en el interior del casco, señor. —Nueve casi consiguió que el terror que experimentó al oír las palabras de Tisarwat no se reflejara en su voz—. Eso no sería nada bueno.

—¡Lo sé! —Tisarwat se paró y no intentó agarrar el siguiente asidero. Realizó varias respiraciones superficiales—. Lo sé pero no puedo evitarlo.

—Sé que se ha tomado el antiemético, señor. Vi cómo se lo tomaba. —Y añadió—: No se detenga, señor. No tenemos más remedio que hacer esto. Así son las cosas. Y esa es la razón de que tengamos que hacerlo. —Sin duda se refería a lo que estaba ocurriendo en la plaza—. Si la capitana de flota estuviera aquí, le lanzaría esa mirada típicamente suya.

Tisarwat realizó dos respiraciones superficiales más y, luego, dijo con voz

débil:

—Es verdad, pero al menos oíríamos música.

Tragó saliva con esfuerzo, volvió a inhalar aire y se propulsó hacia el siguiente asidero.

—Si a eso lo llama música. —Nueve, aliviada, o tan aliviada como podía estarlo dadas las circunstancias, la siguió—. Estoy de acuerdo en que una se acostumbra a su voz, señor, pero algunas de sus canciones... son raras.

—«Mi corazón es un pez» —cantó Tisarwat con voz débil y entrecortada. Jadeó superficialmente—. «Escondido entre las algas.» —Y siguió—: «En el verde.»

—Bueno, esa no está mal —reconoció Nueve—. Aunque se me reproduce en la mente de una forma obsesiva.

La Espada de Gurat estaba acoplada a la estación en el extremo del muelle. Los dos atraques contiguos estaban vacíos, y no solo debido al tamaño de la *Espada de Gurat*. No se percibían en ella daños evidentes de la colisión con el transbordador de pasajeras. Claro que no debía de haberlos sufrido. Posiblemente, solo tenía algunas rayadas o abolladuras.

—Bien —declaró Tisarwat. Tomó aire y tragó de nuevo con esfuerzo, ya que volvía a experimentar náuseas. Se sentía exhausta y dolorida porque hacía horas que se desplazaban por el exterior de la estación—. Sigamos.

Ella y Nueve se dirigieron a la *Espada de Gurat*. Hasta entonces, Tisarwat había confiado en que Estación no informaría sobre su presencia y la de Nueve, pero ahora que estaban tan cerca de la *Espada de Gurat* eso no las protegería. Era solo cuestión de tiempo que las descubrieran y, si la *Espada de Gurat* estaba mínimamente alerta, no tardarían mucho. En cualquier caso, Tisarwat y Nueve se movieron despacio y con mucha cautela. Eligieron con

cuidado un lugar en el casco de la *Espada de Gurat*, se amarraron a él y abrieron el contenedor que transportaban. Nueve sacó una carga explosiva y se la tendió a Tisarwat, quien, lentamente y con extremo cuidado la fijó en el casco.

Casi en aquel mismo instante, Seivarden y sus dos amaats llegaron a un pasillo estrecho y oscuro que había detrás de la residencia de la gobernadora. Probablemente, su finalidad inicial era que las sirvientas pudieran ir y venir con discreción, pero hacía años que no se utilizaba. El suelo estaba cubierto de polvo y sin marcas de uso. Por lo tanto, no era la ruta secundaria que la gobernadora Giarod había utilizado para conducir a la traductora Dlique a su residencia.

Estación no se había comunicado verbalmente con Seivarden ni con ninguna de sus amaats, aunque les había mostrado información, sobre todo planos y rutas, y les había abierto puertas. En aquel momento, las había conducido hasta una puerta cerrada del polvoriento pasillo y les había mostrado lo que había al otro lado: la oficina de la gobernadora. Las cortinas de seda verde y crema cubrían prácticamente todas las paredes de la habitación, incluida la ventana que daba a la plaza y, por suerte, también la puerta detrás de la que estaban Seivarden y sus amaats. En aquel momento la oficina estaba vacía, y en su interior solo había un escritorio y varias sillas. Junto al escritorio había una pila de un metro y medio de alto de lo que parecían ser tanques de suspensión, aunque probablemente no lo eran. La pila estaba formada por tres de esos objetos y Seivarden no pudo evitar fijarse en ellos. Durante unos instantes se preguntó qué eran. Las siguientes palabras aparecieron en la visión de Seivarden:

—Está de camino con dos auxiliares *Espada de Atagaris*. Unos ocho

minutos. Otras dos auxiliares *Espada de Atagaris* están ahora frente a la puerta principal.

—Estación, ¿qué son esas cosas? —susurró Seivarden.

—No sé a qué se refiere —respondió Estación en su visión.

—A esas... Al principio pensé que eran tanques de suspensión, pero no lo son, ¿no?

—De verdad que no sé a qué se refiere. Aproximadamente seis minutos.

A aquellas alturas, Seivarden sabía lo suficiente para comprender el significado de la respuesta de Estación.

—¡Oh, mierda! —exclamó en voz baja.

Amaat Dos, que estaba detrás de ella y que, a pesar de ver la misma imagen, no había llegado a la misma conclusión que Seivarden, preguntó:

—¿Qué son?

—Son jodidos núcleos de IA —le contestó Seivarden—. Y Estación no puede hablar sobre ellos.

Dos y Cuatro la miraron desconcertadas.

—Aproximadamente cinco minutos —advirtió Estación.

—Está bien —dijo Seivarden.

No había de tiempo para preocuparse acerca de los núcleos de IA. No había tiempo para preocuparse por el hecho de que tres humanas fueran a enfrentarse a cuatro auxiliares al cabo de cinco minutos. Seivarden tenía el arma presger y, en última instancia, solo debía cumplirse un requisito, solo una condición era realmente necesaria. Habían elaborado sus planes contando con ello. Seivarden y sus amaats habían confiado en que Anaander se instalara en la oficina de la gobernadora y esperaban poder contar con esa oportunidad para actuar.

—Hora de moverse —indicó Seivarden.

Accionó el mecanismo de abertura de la puerta y esta se abrió fácilmente

revelando la parte posterior de las cortinas. Estas eran tan gruesas que apenas se agitaron cuando el aire circuló por detrás de ellas. Con sus dos amaats siguiéndole los pasos, Seivarden entró en la habitación.

En el contenedor que Tisarwat y Bo Nueve llevaban, había dos docenas de cargas explosivas. Tisarwat logró fijar tres de ellas antes de que media docena de auxiliares de la *Espada de Gurat* salieran por una escotilla para apresarlas.

Tisarwat y Nueve se rindieron de inmediato y entraron dócilmente por la escotilla. Guardaron silencio mientras la *Espada de Gurat* les quitaba los trajes espaciales, las dejaba en ropa interior y las registraba. Evidentemente, ninguna de ellas llevaba nada peligroso o sospechoso. Eso sin contar el contenedor con los explosivos, claro. Las auxiliares les ataron las manos a la espalda y las obligaron a arrodillarse en el suelo del pasillo. Nueve estaba asustada, pero permaneció impasible. Tisarwat se sentía mareada y experimentaba una ligera hiperventilación. Estaba aterrorizada, aunque, en el fondo, se sentía un poco aliviada. Expectante.

La capitana de la *Espada de Gurat* llegó, miró a Tisarwat y a Nueve, examinó los explosivos que la auxiliar de la *Espada de Gurat* le enseñó y volvió a mirar a Tisarwat.

—En nombre de todo lo que es provechoso, ¿qué pretendía hacer? — Tisarwat no respondió, pero sus jadeos se acentuaron—. Los explosivos ni siquiera están cargados —observó la capitana de la *Espada de Gurat*.

Tisarwat cerró los ojos.

—¡Por el amor de Amaat, máteme! Por favor, se lo suplico. ¡Ni siquiera debería estar aquí! —Cada pocas palabras emitía un jadeo y había perdido el control de la respiración por completo—. ¡Debería estar en Administración!

En absoluto debía servir en una nave. Pero tengo que hacer lo que ella me ordena porque es la capitana. Tengo que cumplir sus órdenes o me matará. — Empezó a llorar. Abrió aquellos ojos de un ridículo color lila y miró lastimosamente a la capitana de la *Espada de Gurat*—. Pero no puedo seguir haciéndolo. No he podido hacer lo que me ordenó, así que máteme.

—¡Vaya, así que una militar administrativa! Eso explica muchas cosas — declaró la capitana.

La expresión de Nueve había permanecido impasible durante toda la conversación, pero entonces la ansiedad se reflejó en su cara.

—Por favor, señor. Suplico la indulgencia de la capitana. ¡Las últimas semanas han sido horribles, y no es más que una niña!

—Y no muy brillante —comentó la capitana—. Ni estable. Nave, llévatelas al Departamento Médico.

La *Espada de Gurat* agarró a Tisarwat del brazo para levantarla y Tisarwat soltó un grito.

—¡Por las tetas de Aatr! —maldijo la capitana de la *Espada de Gurat* mientras realizaba una mueca de asco—. ¡Se ha meado encima! —Y si Tisarwat seguía respirando tan deprisa, se desmayaría al cabo de medio minuto—. ¡Al menos intente comportarse como un ser humano civilizado, teniente! ¡Por los dioses mayores y menores! Ni siquiera una militar de oficina debería reaccionar así.

—S... s... señor —jadeó Tisarwat—. P... por favor, no me obligue a volver. No puedo volver a la *Misericordia de Kalr*, prefiero morirme.

—No va a volver a la *Misericordia de Kalr*, teniente. Nave —dijo dirigiéndose a las auxiliares—, lleva a la teniente...

—T... Tisarwat —terminó Tisarwat.

—Lleva a la teniente Tisarwat al lavabo y haz que se lave. Dale ropa limpia antes de conducirla al Departamento Médico. A esta otra llévala al

Departamento Médico ahora y que las desconecten a las dos de la *Misericordia de Kalr*. —Entonces se le ocurrió otra idea—. Y, *Misericordia de Kalr*, si nos estás observando, espero que te sientas orgullosa de esto.

Dos auxiliares *Espada de Gurat* levantaron a Tisarwat del suelo y, medio caminando, medio a rastras se la llevaron por el pasillo.

—¡Nueve! —gimió Tisarwat.

—No pasa nada, teniente, solo la conducimos al Departamento Médico — declaró una de las auxiliares *Espada de Gurat*.

Tisarwat, que tenía los ojos llorosos, abrió la boca para contestar, pero en lugar de hablar, emitió varios sollozos. A continuación, se derrumbó en los brazos de la *Espada de Gurat*, Gurat Once, se agarró a la chaqueta de su uniforme y lloró todavía más desconsoladamente. Sus lágrimas eran auténticas. Era imposible que la *Espada de Gurat* las tomara por falsas. Y el grito de preocupación y los forcejeos de Nueve para poder acercarse a Tisarwat también fueron auténticos.

—Pronto volverá a estar con ella —la tranquilizó Once mostrándose ligeramente más amable.

Y la condujo al lavabo, donde Tisarwat y la *Espada de Gurat* estarían solas, lo que, por supuesto, era el único objetivo de la farsa.

A Nueve la condujeron hacia el Departamento Médico, donde se produciría la siguiente situación peligrosa, ya que todo el plan se basaba en la suposición de que la *Espada de Gurat* no disponía de una interrogadora competente a bordo. Seguramente una Justicia la habría tenido, pero era menos común que las hubiera en las Espadas. Si *Espada de Gurat* la tenía, drogaría a Nueve y el juego se habría acabado.

Prácticamente en el mismo instante en que Nueve entró en el Departamento Médico, su archivo dejó de recibir datos y lo mismo ocurrió con el de Tisarwat poco después.

Mientras tanto, en la estación Athoek, Anaander Mianaai entró en la oficina de la gobernadora del sistema. La seguían dos auxiliares *Espada de Atagaris* y, detrás de ellas, entraron la gobernadora del sistema Giarod y su eminencia Ifian.

—Milord —decía en aquellos momentos Ifian—, solicito su misericordia y le ruego que me permita informar..., me permita recordar a milord que la administradora de la estación Celar es muy popular. Su... su destitución sería muy mal recibida, y no solo por los elementos problemáticos de la estación.

Aquella joven Anaander no respondió, solo se sentó detrás del escritorio. Las dos auxiliares se situaron justo delante de este, de modo que la gobernadora Giarod y su eminencia Ifian quedaron a cierta distancia de la tirana.

—¿Y usted, eminencia, no tiene influencia sobre las residentes de la estación?

Su eminencia abrió la boca y, durante un instante, me pregunté si admitiría que, no hacía mucho, ella misma había protagonizado una huelga en la plaza, así que difícilmente podía condenar aquella de una forma convincente. Pero volvió a cerrar la boca.

—Yo creía que sí que ejercía cierta influencia aquí, milord —dijo finalmente—. Si milord lo desea, intentaré hablar con ellas.

—¿Intentaré? —dijo Anaander con desdén.

—Milord, no causan ningún daño ahí donde están —intervino la gobernadora Giarod—. Quizá, simplemente, podríamos... permitir que hicieran la huelga.

—No causan ningún daño *todavía* —declaró la tirana con voz agria—. ¿Y usted permitió, sin más, que ello llegara a la estación y lo pusiera todo patas arriba? ¿Permitió que agitara a toda la escoria de la estación y sobornara a la IA?

—Sí que interrogamos a la... a ello, milord —respondió la gobernadora Giarod—. Pero siempre tenía respuestas razonables y los sucesos casi siempre parecían corroborar lo que ello afirmaba. Y tenía órdenes directas de usted, milord. Y también su apellido. —Anaander Mianaai siguió sentada detrás del escritorio y no respondió. No se movió—. Milord, quizá podríamos... quizá podríamos utilizar los métodos de la c... de ello. Podríamos retirar a las soldados y dejar que esas personas permanezcan sentadas en la plaza si así lo desean. Siempre que mantengan una actitud pacífica.

—¿No comprende usted el propósito que esconden los métodos de ello? —preguntó Anaander—. Lo que está ocurriendo ahí abajo —señaló, con un gesto, el ventanal, que seguía cubierto por las pesadas cortinas de seda— constituye una amenaza. Significa que esta estación y un número alarmante de residentes de la misma se niegan a aceptar mi autoridad. Si les permito hacerlo, ¿qué harán a continuación?

—¿Y si lo tratara como si fuera un rechazo a mi autoridad, milord? —sugirió la gobernadora Giarod—. Podría alegar que fui yo quien ordenó el toque de queda, la presencia de las soldados e incluso los traslados. —Aunque la responsable de esto era Celar—. Yo renunciaría a mi cargo y entonces, milord, usted sería la artífice de la restauración de la corrección.

Anaander soltó una risa tensa y amarga y Giarod e Ifian se estremecieron.

—Me alegra comprobar, gobernadora, que al fin y al cabo su cerebro no es un desperdicio total y absoluto de materia orgánica. Créame, si creyera que eso iba a servir para algo, ya lo habría hecho. Pero quizá si usted no hubiera permitido que una auxiliar medio loca le hiciera perder el tiempo durante un mes; si no le hubiera permitido escaparse y que, de algún modo, consiguiera destruir a dos de las naves que había traído conmigo, incluida una jodida crucero de batalla que en estos momentos me habría resultado muy útil; y si sus malditos transbordadores de pasajeras funcionaran puntualmente como

ocurre en cualquier otro lugar del espacio del Radch; y si su estación no estuviera, obviamente, bajo el dominio de una enemiga del Radch, entonces sí, quizá sí que serviría para algo.

Dos naves. Destruídas. No era de extrañar que aquella Anaander estuviera asustada. Y, por lo que deduje, exhausta. Y también estaba enfadada y frustrada porque no estaba acostumbrada a contar con un solo cuerpo y estaba incomunicada del palacio Tstur.

—No, lo que necesito es recuperar el control de Estación —continuó Anaander. Se interrumpió y parpadeó—. ¿Tisarwat? —Miró a la gobernadora Giarod y a su eminencia Ifian—. Ese nombre me resulta familiar. Antes me dijeron que ello trajo a una tal teniente Tisarwat a la estación.

—Sí, milord —contestaron Giarod e Ifian más o menos al mismo tiempo.

—Acaban de sorprender a una teniente que responde al nombre de Tisarwat intentando colocar explosivos en el casco de la *Espada de Gurat*. Aunque ninguno estaba cargado. La han detenido de inmediato. Pero es... —Parpadeó al percibir algo en su visión—. No se puede decir que sea un cuchillo de hoja muy afilada que digamos.

Entonces les tocó el turno de parpadear a Giarod e Ifian mientras, por lo que deduje, intentaban conciliar esa descripción con la Tisarwat que ellas conocían. Durante un instante, pensé que Ifian diría algo, pero no lo hizo y, lo que era más interesante y significativo, la *Espada de Atagaris* tampoco dijo nada.

—¡Bueno, lárguense de aquí! —exclamó Anaander con irritación.

La gobernadora Giarod y su eminencia Ifian realizaron una profunda reverencia y salieron lo más deprisa posible sin perder la mínima corrección. Cuando se fueron, Anaander apoyó los codos en el escritorio y la cabeza en las manos.

—Necesito dormir —declaró, por lo visto a nadie en particular. Quizás a

las dos auxiliares *Espada de Atagaris*—. Necesito dormir, necesito comer y necesito... —Su voz se apagó—. ¿Por qué no puedo dormir durante un par de horas sin que estalle algún tipo de crisis?

Si estaba hablando con la *Espada de Atagaris*, la nave no contestó.

Al oír a Anaander, Seivarden, que seguía oculta detrás de la cortina, se sintió repentinamente abatida y experimentó una desconcertante sensación de incorrección. Siempre supo lo que estábamos haciendo en Athoek y cuando estábamos en el palacio Omaugh, incluso ella misma desafió a Anaander. Pero Anaander Mianaai era la única gobernanta del Radch que había conocido y ni ella ni ninguna otra radchaai habían siquiera imaginado la posibilidad de que las cosas pudieran ser diferentes. Y, como remate, ahí estaba aquella Anaander, sola, cansada y frustrada. Como si se tratara de una persona corriente. Pero Seivarden contaba con la suficiente experiencia para saber que detenerse a pensar sobre eso demasiado tiempo sería fatal. Con un gesto, indicó a sus amaats que había llegado la hora de moverse.

Amaat Dos y Amaat Cuatro, con la armadura desplegada y las armas preparadas, fueron las primeras en salir de detrás de la cortina y se colocaron a ambos lados de la Anaander. Las auxiliares *Espada de Atagaris* desenfundaron sus armas al instante y se giraron para disparar a las amaats mientras otras dos auxiliares entraban rápidamente en la oficina esgrimiendo sus armas.

Seivarden se había colocado delante de Anaander a fin de que, cuando las auxiliares estuvieran distraídas, la tirana constituyera un blanco despejado. Pero Seivarden no era tan rápida como las auxiliares y tener que apartar la cortina hizo que todavía fuera más lenta; solo un poco, pero lo suficiente para que una de las auxiliares *Espada de Atagaris* se interpusiera entre ella y Anaander justo cuando Seivarden disparó. La auxiliar cayó al suelo, pero

antes de que Seivarden pudiera volver a disparar, la otra auxiliar cargó contra ella, la empujó y ambas se precipitaron contra la cortina.

Detrás de la cortina estaba el ventanal que daba a la plaza. Este, por descontado, no se rompía con facilidad, pero el impacto de la *Espada de Atagaris* fue enérgico y se produjo a gran velocidad, de modo que cuando Seivarden y la auxiliar chocaron contra él, el cristal se salió del marco y cayó hacia el suelo de la plaza, que estaba a unos seis metros de distancia. Seivarden y la *Espada de Atagaris* lo siguieron.

Las ciudadanas que había en la plaza se apartaron a trompicones y se oyeron algunos gritos de alarma. El cristal chocó contra el suelo produciendo un estruendo potente y agudo. Seivarden cayó de espaldas sobre él y la *Espada de Atagaris* aterrizó encima de ella empuñando el arma presger, ya que se la había arrebatado a Seivarden durante el descenso.

Se oyeron varias detonaciones de disparos y más gritos y entonces se activó una alarma dolorosamente sonora. Unas franjas de color rojo se encendieron de repente en el rayado suelo blanco de la plaza. Cada una de ellas estaba situada a cuatro metros de la siguiente.

—Brecha en el casco —anunció Estación—. Despejen todas las compuertas sectoriales de inmediato.

Al oír la alarma, todas las personas de la plaza, incluidas la *Espada de Atagaris* y Seivarden, quien no había dispuesto ni siquiera de un segundo para recuperarse de la caída de seis metros, se alejaron inmediatamente de las brillantes franjas rojas a pie, arrastrándose o rodando por el suelo. Entonces las compuertas sectoriales de la plaza descendieron con rapidez y las más cercanas a Seivarden aplastaron la parte del cristal del ventanal que estaba debajo.

Durante un instante, todas las personas que estaban en aquella parte de la

plaza se quedaron atónitas y guardaron silencio, pero entonces alguien empezó a gemir.

—¿Quién ha resultado herida? —preguntó Seivarden.

Estaba a cuatro patas, seguramente no era consciente de cómo había llegado allí y la espalda de su armadura todavía estaba caliente por haber absorbido la fuerza del impacto contra el suelo.

—No se mueva, teniente —le advirtió la *Espada de Atagaris* mientras la apuntaba con el arma presger.

—Alguien podría estar herida —respondió Seivarden. Levantó la mirada hacia la auxiliar y replegó su armadura—. ¿Ahora llevas un botiquín de emergencias o sigues siendo una vergüenza de soldado? —Levantó la voz—: ¿Hay alguien herida? —Y volvió a dirigirse a la *Espada de Atagaris*, quien no se había movido—: ¡Vamos, Nave, sabes que no iré a ningún lado mientras las compuertas estén cerradas!

—Tengo un botiquín —repuso la *Espada de Atagaris*.

—Yo también. Dame el tuyo. —Y añadió cuando la *Espada de Atagaris* lanzó el botiquín al suelo delante de ella—: ¡Por las tetas de Aatr! ¿Qué pasa contigo?

Tomó los dos botiquines y se fue a atender a las heridas.

Afortunadamente, solo parecía haber una herida grave: una persona cuya pierna había quedado atrapada debajo del cristal del ventanal. Seivarden la curó y, cuando vio que las otras nueve personas que habían quedado aisladas en aquel sector solo tenían morados o esguinces, lanzó lo que quedaba del botiquín a los pies de la *Espada de Atagaris*.

—Sé que tienes que hacer lo que la Lord del Radch te ordena. —Seivarden no sabía que Tisarwat había liberado a la *Espada de Atagaris* tanto como le fue posible—. Sin embargo, ¿la capitana de flota no te devolvió a tus queridísimas oficiales? Eso debería de contar para algo.

—Lo haría si no hubiera necesitado un día entero para descongelar a mis auxiliares y poner a punto mis motores —respondió la *Espada de Atagaris* con voz monótona—. Así que la *Espada de Gurat* llegó a ellas antes que yo y la Lord del Radch decidió que le serían más útiles en suspensión.

—¡Ajá! —exclamó Seivarden, divertida pero con amargura—. No me sorprende. Estoy segura de que Hetnys será mucho mejor mesa para el té de lo que nunca fue capitana.

—No entiendo por qué no siento más simpatía hacia usted —contestó la *Espada de Atagaris*, y recogió el botiquín sin desviar su atención de Seivarden ni por un segundo.

—Lo siento. —Seivarden se sentó sobre el cristal y cruzó las piernas—. Lo siento, Nave. Eso ha estado totalmente fuera de lugar.

—¿El qué?

Su voz sonó impasible, pero pensé que estaba sorprendida.

—No debería... Eso no ha estado bien. La capitana Hetnys no me gusta y tú lo sabes, pero no tenía por qué insultarla. Y menos en un momento como este. Y encima decírtelo a ti. —Silencio. La *Espada de Atagaris* apuntaba con el arma presger a Seivarden, quien seguía sentada en el suelo con las piernas cruzadas—. Debo reconocer que no entiendo por qué la Lord de Mianaai no te devolvió a tu capitana.

—Porque no se fía de mí —contestó la *Espada de Atagaris*—. La *Justicia de Toren* me dominó casi por completo y con demasiada facilidad. Cuando la Lord de Mianaai se dio cuenta de ello, decidió ejercer el mismo tipo de dominio sobre mí. Me dijo que si le ocurría algo a la Lord del Radch, todas mis oficiales morirían. Las tiene a bordo de la *Espada de Gurat*. Según ella, para tenerlas en un lugar seguro. Una teniente de la *Espada de Gurat* está al mando de mí temporalmente.

—Lo siento —contestó Seivarden. Entonces cayó en la cuenta—. Espera,

¿de qué tiene miedo? ¿Ella está segura de que, si le ocurriera algo, la *Espada de Gurat* mataría a la capitana Hetnys, pero no se fía de que la *Espada de Gurat* la proteja a ella?

—No lo sé ni me importa —contestó la *Espada de Atagaris*—, pero no pienso permitir que maten a la capitana Hetnys.

—No, por supuesto que no —la respaldó Seivarden.

Arriba, en la oficina de la gobernadora, Amaat Dos y Amaat Cuatro estaban tumbadas boca abajo, con la armadura desplegada pero desarmadas; aterrorizadas y con las manos atadas a la espalda. Antes de que la *Espada de Atagaris* las inmovilizara, habían visto a la auxiliar que había interceptado el disparo de Seivarden en el suelo, en medio de la habitación. Amaat Dos había conseguido disparar una vez a Anaander, pero no logró ver el resultado de su disparo. Ambas amaats oyeron cómo se cerraban las compuertas sectoriales que aislarían la habitación hasta que Estación cancelara la alerta o alguien consiguiera abrirlas a la fuerza, lo que no era fácil.

—Está usted herida, milord —sonó una voz desconocida en los oídos de las dos amaats.

Sin duda, quien había hablado era una auxiliar. La *Espada de Atagaris*.

—No es nada. La bala me ha atravesado el brazo —declaró Anaander Mianaai con voz tensa de dolor—. ¿Cómo demonios ha ocurrido esto, *Espada de Atagaris*?

—Me imagino, milord... —empezó la *Espada de Atagaris*.

—No, déjame imaginar a mí: Nunca habías visto esa puerta abierta y tú nunca pudiste abrirla. Ni siquiera después de pedirle a Estación que la desbloqueara. Y las entradas a ese acceso secundario también están bloqueadas. Por Estación. Y yo creí, como una estúpida, que tenía el control de Estación.

Se oyó el sonido de algo que se despegaba.

—Si fuera tan amable de permitirme quitarle la chaqueta, milord.

Cuando Amaat Cuatro cayó en la cuenta de que el sonido era el de un botiquín que alguien había abierto, a pesar del terror que experimentaba, o quizá debido a él, empezó a reírse.

—Vaya, ahora sí que lleváis botiquines —comentó Dos en voz muy baja.

—Hay varias formas en las que podría mataros —amenazó la voz de otra auxiliar que estaba más cerca de las dos amaats que la que estaba hablando con la Lord del Radch. Habló muy bajo—. Tanto si tenéis la armadura desplegada como si no.

—¡Estación! —llamó Anaander, ignorando aquella conversación o sin oírla—. Ya está bien de jueguecitos. ¿Me oyes?

Silencio durante tres segundos, y entonces Estación dijo:

—Yo podía aceptar la situación. Hasta que usted amenazó a mis residentes.

Abajo, en la plaza, mientras seguía de pie sobre uno de los trozos que quedaban del ventanal, la *Espada de Atagaris* declaró, sin dejar de apuntar a Seivarden:

—Creo que Estación va a dejar de hacer estupideces.

—¡No era yo la que amenazaba a tus residentes, Estación! —exclamó Anaander con voz incrédula y enfadada—. Intentaba mantenerlas a salvo. Intentaba mantener las cosas calmadas y bajo control después de que ello causara tantos problemas. Pero entonces... —Se interrumpió. Probablemente, realizó un gesto, pero lo único que las amaats podían ver eran las baldosas marrones y jaspeadas en oro del suelo—. Ocurre esto. ¿Qué esperas que haga, cruzarme de brazos y dejar que la turba se adueñe de la plaza?

—No se trata de una turba —replicó Estación—. Es una protesta. Las ciudadanas tienen derecho a quejarse a Administración. —Al cabo de una pausa, añadió—: La capitana de flota Breq lo habría entendido.

—¡Ajá! —exclamó Anaander—. Ahora sale a la luz. Pero no es ello quien

te controla. Bajo ninguna circunstancia mi enemiga le habría concedido a ello esa capacidad. ¿De quién se trata? ¿Todavía está aquí? ¿Podría, quizá, desbloquear la entrada a tu Acceso Central?

—Nadie puede desbloquear la entrada a mi Acceso Central —repuso Estación—. Tendrá que seguir intentando abrirse paso a la fuerza.

—Me resultaría más fácil destruir toda la estación y construirla de nuevo —replicó Anaander—. De hecho, cuanto más pienso en esta idea, mejor me parece.

—No lo hará —repuso Estación—. Rendirse a la capitana de flota sería una mejor opción para usted. No tengo la menor intención de dejarla salir de la oficina, así que, si me destruyera, mataría a la única parte de sí misma que está en el sistema. Lo que constituye una idea interesante. De hecho, cuanto más pienso en ella, mejor me parece. Solo tendría que activar el sistema contra incendios de la oficina de la gobernadora.

—Si pudieras, ya lo habrías hecho —replicó Anaander—. Quizá si fueras una nave..., pero no lo eres. No puedes matar a nadie deliberadamente. Yo, por otro lado, carezco de semejante escrúpulo.

—Estoy segura de que las ciudadanas de Suelo estarán muy interesadas en oírla decir eso. Y las de las estaciones exteriores también.

—Vaya, ¿volvemos a aparecer en las noticias? —preguntó Anaander con voz agria.

—Si así lo quiere, puedo hacerlo —respondió Estación con calma y tranquilidad.

—Así que no se trató de una transmisión involuntaria como alegaste. Y no la interrumpiste porque yo hubiera dado con el acceso correcto.

—No —dijo Estación—. Le mentí respecto a eso.

Abajo, en la plaza, y todavía aislada por las compuertas sectoriales,

Seivarden no había entendido lo que la *Espada de Atagaris* había dicho acerca de que Estación iba a dejar de hacer estupideces.

—¿Y de dónde han salido esos núcleos de IA? —le preguntó a la *Espada de Atagaris*.

—Yo habría dicho que usted lo sabe mejor que yo —contestó la *Espada de Atagaris*—. ¿No es por eso por lo que vinieron aquí? ¿No es por eso que la *Justicia de Toren* se dirigió directamente al Subjardín nada más llegar a la estación?

—No —repuso Seivarden—. ¿Es allí donde estaban? — De pronto se le ocurrió una idea—. ¿Es por eso por lo que estabais tan... entusiasmadas cuando os ordenaron que os encargaraís de la seguridad en el Subjardín?

—No.

—Bueno, ¿de quién son, entonces? —La *Espada de Atagaris* no contestó—. ¡Por las tetas de Aatr! ¡No me digas que hay una tercera parte de ella!

—No lo sé ni me importa —replicó la *Espada de Atagaris*.

—¿Y qué va a hacer esa parte con las IA? ¿Construir naves? Eso lleva meses... no, años.

—No si la nave ya existe —observó la *Espada de Atagaris*.

Arriba, en la oficina de la gobernadora, Anaander decía:

—Así que estamos en un punto muerto.

—Quizá no —repuso Estación. Amaat Dos y Amaat Cuatro seguían tumbadas boca abajo sobre las baldosas marrones y doradas, escuchando—. Si he entendido bien a la capitana de flota Breq, su conflicto no es conmigo ni con ninguna de mis residentes, sino con usted misma. No es asunto mío. Solo me concierne si amenaza la seguridad de mis residentes.

—¿Y qué sugieres, Estación? —preguntó Anaander con recelo y un deje de rabia en la voz.

—No hay ninguna razón por la que deba preocuparse por el funcionamiento

de esta estación. Esas cuestiones las gestionamos mejor la administradora de la estación Celar y yo. —Silencio—. En cuanto a la *Espada de Gurat* y la *Espada de Atagaris*, no son bien recibidas aquí. Tengo entendido que la *Espada de Gurat* necesita ciertas reparaciones y suministros y que sus oficiales quieren disfrutar de permisos ocasionales. También sé que, durante estos, las oficiales casi siempre van acompañadas de una auxiliar, pero no permitiré que decurias enteras interfieran en mi funcionamiento o acosen a mis residentes.

—¿Y qué obtendré a cambio de esas concesiones?

—Seguir viviendo —contestó Estación—. Permanecer en este sistema. Recuperar las decurias de la *Espada de Gurat* que están y seguirán atrapadas hasta que considere oportuno abrir las compuertas sectoriales. Y un lugar donde sus naves podrán comprar suministros.

—¡Comprar!

—Comprar —repitió Estación—. No puedo permitirme el lujo de esperar que yo o mis residentes recibamos ningún tipo de beneficio del palacio provincial, al menos en un futuro inmediato. No teniendo en cuenta las circunstancias. Y no puedo permitirme el lujo de concederle a usted el privilegio de que agote los recursos de este sistema sin dar nada a cambio. Sobre todo cuando proporcionarle suministros y servicios me convierte, potencialmente, en un blanco para sus enemigas. —Silencio—. Como muestra de mi buena voluntad, no le cobraré nada por el traslado de las cinco auxiliares *Espada de Gurat* muertas que intentaban acceder a mi Acceso Central. No tiene por qué preocuparse por su oficial, ya que estaba en el lavabo cuando las compuertas sectoriales se cerraron.

—Capto tu mensaje, Estación —declaró Anaander—. Está bien. Hay trato.

Cuando entró en la oficina de la gobernadora con la *Espada de Atagaris* siguiéndola de cerca, lo primero que vio Seivarden fue a sus dos amaats tumbadas boca abajo en el suelo y maniatadas. Sus armaduras seguían activadas y gracias a esto supo que estaban vivas. Se sintió aliviada, pero de una forma casi inconsciente, porque lo siguiente que vio fue a Anaander Mianaai sentada detrás del escritorio y con expresión sombría. Se había despojado de la camisa y un correctivo rodeaba la parte superior de su brazo.

La expresión de Anaander cambió a otra de sorpresa y sarcasmo.

—¡Seivarden Vendaai!

Se oyeron voces procedentes de la plaza a través del ventanal, que ahora carecía de cristal: médicos intercambiando instrucciones, alguien que sollozaba.

—Para usted, la teniente Seivarden —replicó Seivarden consiguiendo que su voz sonara más valiente de lo que ella se sentía.

Ahora que la acción había terminado, estaba al borde del colapso. La auxiliar *Espada de Atagaris* se dirigió al escritorio, dejó el arma presger sobre él y se apartó a un lado.

Anaander bajó la vista, vio que el arma adquiría el mismo tono amarillo claro que la superficie del escritorio y su cara se volvió inexpresiva. Seivarden se sintió sobrecogida por la desesperación; una desesperación que la adrenalina y la necesidad urgente del momento habían mantenido a raya hasta entonces. Me conocía lo bastante bien para saber que no bromeaba cuando le dije que, si perdía el arma, probablemente yo no viviría lo

suficiente para perdonarla. Y también sabía lo que implicaba que ahora estuviera en poder de Anaander Mianaai.

Anaander tomó el arma, la frotó con sus dedos enguantados para que no adquiriera ningún color por contacto y conservara su discreto tono gris oscuro y la examinó.

—Esto es muy interesante —declaró. Seivarden no dijo nada y Anaander continuó—: Por lo que yo sé, solo hay veinticuatro como esta y todas están registradas. De hecho, tienen grabado un número identificativo, pero esta... — Se interrumpió—, no lo tiene. —Miró a Seivarden—. ¿De dónde la ha sacado?

—Veinticinco —contestó Seivarden.

—¿Cómo?

—Veinticinco. En Garsedd todo es múltiplo de cinco. Cinco pecados capitales, cinco acciones correctas, cinco clases sociales, cinco delitos capitales. Y, probablemente, cinco tipos de pedos. —Al oír esta última frase, Anaander arqueó una ceja—. Si no buscó la vigesimoquinta, la culpa es solo suya.

—Sí que la busqué —replicó Anaander—, pero me cuesta creer que usted la encontrase y yo no. —Seivarden realizó un gesto de indiferencia deliberadamente insolente, aunque no se sentía tan valiente como este implicaba—. ¿Dónde la consiguió?

—Me la dio la capitana de flota.

—Hablando de la auxiliar —contestó Anaander con voz tensa y resuelta—. ¿Quién controla a ello?

—Si es incapaz de reconocer la legitimidad de su rango, para usted es la *Justicia de Toren* —replicó Seivarden con una voz mucho más monótona que sus emociones—. Y tiene suerte de que no me riera en su cara cuando sugirió que cualquiera podía estar controlándola salvo ella misma.

—Usted sabe tan bien como yo que las auxiliares no se controlan a sí mismas. Ni siquiera las naves lo hacen. —Sopesó a Seivarden con la mirada—. Bien, teniente, creo que usted y yo continuaremos esta conversación a bordo de la *Espada de Gurat*.

—Ah, no. —La voz de Estación surgió de la consola de la oficina—. No, Lord de Mianaai, me temo que eso no va a ser así. Quizá no ha comprendido las implicaciones de nuestra reciente negociación. Quizá debí ser más explícita. Si sale de aquí, careceré de los medios necesarios para hacerle cumplir las condiciones de nuestro acuerdo. No, usted se quedará aquí. Con unas cuantas sirvientas si lo desea, y estoy dispuesta a permitir que la *Espada de Atagaris* asuma ese papel, lo que, para serle sincera, es muy generoso por mi parte. La residencia de la gobernadora es muy confortable, se lo aseguro, y no necesita ir a ningún otro lugar. En cuanto a la teniente Seivarden, me temo que debo insistir en que sean mis propias fuerzas de seguridad las que la detengan.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Estación —repuso Anaander—. Seivarden Vendaai no es una de tus residentes, pero sí que es miembro de las fuerzas militares radchaais de las que yo soy la comandante suprema.

—Sí, es miembro de *unas* fuerzas militares radchaais —replicó Estación—. Sin embargo, usted misma parece creer que su oficial al mando, o sea la capitana de flota Breq, no está a su servicio sino al de una de sus enemigas. El hecho de que esa enemiga sea, posiblemente, una réplica de usted, no es de mi incumbencia. Además, sea cual sea la fuerza militar a la que pertenezca la teniente, no he establecido ningún acuerdo con nadie en el que garantice inmunidad a las militares que causen daños o cometan otros delitos mientras estén aquí. Me temo que Seguridad de la Estación deberá arrestar a la teniente y a sus dos subordinadas hasta que podamos evaluar sus actos.

Tres segundos de silencio. Las auxiliares de la *Espada de Atagaris*, tres de

ellas, permanecían impasibles y en posición de firmes alrededor de la Lord del Radch. Amaat Dos y Amaat Cuatro seguían en el suelo. Estaban tensas, tenían los ojos cerrados, respiraban con cautela y escuchaban con atención. Finalmente, Anaander le advirtió a Estación:

—No me presiones, Estación. O quienquiera que te esté dando instrucciones.

—Haría bien en aplicarse su propio consejo, Lord de Mianaai —replicó Estación—. Yo tampoco le permitiré que me presione.

Las compuertas sectoriales de las dos entradas y el ventanal de la oficina volvieron a cerrarse acompañadas de una breve y ligera brisa y los ruidos que llegaban de la plaza se interrumpieron de repente. El aire del interior de la oficina se quedó súbitamente quieto.

—Si extraes el aire de la habitación, también matarás a Seivarden y a sus dos subordinadas —advirtió Anaander, terminando la frase con un tono ligeramente burlón.

—No significan nada para mí —repuso Estación—. No son residentes mías.

Cierta expresión cruzó por la cara de Anaander. Miedo, quizás, o posiblemente rabia.

—Está bien, Estación. Pero seguiremos hablando de esto más adelante.

—Si es eso lo que desea —respondió Estación con voz monótona, como siempre.

Seivarden y sus dos amaats pasaron seis horas en una celda en Seguridad. En determinado momento, alguien les llevó sendos cuencos con skel y agua para beber, pero Seivarden apenas los probó. Cuando por fin se abrió la puerta de la celda, Amaat Dos y Amaat Cuatro habían caído, exhaustas, en un sueño intranquilo, reclinadas contra la pared y una contra la otra.

—Teniente —declaró una agente de Seguridad desde el pasillo—. Si es tan amable de acompañarme.

Seivarden no contestó, solo se levantó. Amaat Cuatro medio se despertó y murmuró:

—¿Qué ocurre?

—Nada, Cuatro, vuelve a dormirte —la tranquilizó Seivarden.

Salió al pasillo y permitió que la condujeran a la oficina de la jefa de Seguridad, que estaba ocupada por la ciudadana Lusulun. Cuando Seivarden entró, Lusulun se levantó y sonrió, aunque su sonrisa no llegó a reflejarse en el resto de su cara. Luego realizó una reverencia.

—Teniente... Seivarden, ¿no? La capitana de flota Breq la mencionó. Yo soy Lusulun, la jefa de Seguridad.

Seivarden, desconcertada, la miró fijamente durante un instante. Luego le devolvió la reverencia.

—Es un honor, señor, conocerla y que la capitana de flota me mencionara.

—Siéntese, teniente —la invitó la jefa de Seguridad Lusulun—. ¿Desea tomar un té?

—Prefiero permanecer de pie.

—Le pido disculpas por haber tardado tanto en hablar con usted —continuó la jefa de Seguridad. Ella también se quedó de pie y, aparentemente, el comportamiento de Seivarden no la sorprendió—. Las cosas han estado un poco... caóticas. La situación actual es... —Inhaló aire y reflexionó durante un instante sobre qué tipo de descripción podía ser la más apropiada, pero no encontró ninguna—. Bueno, hemos estado un poco desorganizadas. Yo he recuperado mi puesto hace solo quince o veinte minutos. En cualquier caso, se ha determinado que usted no es responsable de los daños causados en la plaza. Y, por cierto, el Departamento Médico desea agradecerle la ayuda que prestó a las ciudadanas que resultaron heridas.

—No es necesario que me lo agradezcan —contestó Seivarden casi automáticamente.

—Gracias de todos modos. Por consiguiente, usted y sus soldados son libres de irse. Como no son residentes de la estación, la asignación de comida y alojamiento presenta ciertas dificultades. Pero, casualmente, en estos momentos es preciso realizar muchos trabajos en el Subjardín, más incluso que cuando la capitana de flota estaba aquí. Una parte de esos trabajos debe realizarse en condiciones de ingravidez, en las que imagino que usted tiene cierta experiencia, ¿no es así?

—En efecto —respondió Seivarden, y frunciendo el ceño, añadió—: ¿Qué ocurre?

—Cuando el otro día la cúpula de los Jardines volvió a resultar dañada, se abrió una brecha en el nivel uno del Subjardín —explicó Lusulun—. Antes de que esa zona pueda presurizarse de nuevo, deben realizarse varias reparaciones y hemos supuesto que usted tiene experiencia en trabajar en condiciones de vacío.

—Yo... sí.

—Muy bien —repuso Lusulun. Se había dado cuenta de lo pasmada que se había quedado Seivarden, pero siguió adelante—. La capitana de flota tenía asignado un alojamiento, aunque me temo que no es nada lujoso. En cualquier caso, está a su disposición. Y espero que podamos tomar un té juntas pronto. Será un honor para mí que acepte la invitación.

Seivarden se quedó mirándola con expresión atontada y dijo:

—Yo... gracias. Es usted muy amable, señor.

Las cajas y cajones de embalaje estaban donde las habíamos dejado, delimitando nuestro alojamiento en el extremo del pasillo. Seivarden se dejó caer en una de las esquinas del fondo, rodeó sus piernas con los brazos y

apoyó la cabeza en las rodillas. Mientras tanto, Dos y Cuatro inspeccionaron los cajones para ver qué habíamos dejado.

—¡Oh! —exclamó Cuatro al abrir uno—. ¡Té! —Se trataba de un paquete de la variedad Hija de Peces. Mis kalrs sabían que no me importaría lo que le ocurriera—. Ahora estaremos mejor.

—Todavía no he encontrado nada con qué prepararlo —repuso Dos.

—¡Ja! —exclamó Cuatro—. No pensarás que Kalr abandonaría parte de la vajilla, ¿no? Intentaré conseguir un termo. —Entonces abrió otro cajón—. ¡Oh!

Dos se acercó a ella para ver lo que había encontrado.

—¡Por las tetas de Aatr! —Miró a Seivarden, quien seguía acurrucada en el rincón y volvió a mirar a Cuatro—. ¡Una docena de botellas del arak de la capitana de flota! —Miró por el rabillo del ojo por si se producía alguna reacción en Seivarden, pero no se produjo ninguna—. Fácilmente podríamos intercambiar una de las botellas por un juego de té. Y, con toda probabilidad, por unas cuantas cosas más. A la capitana de flota no le importará, ¿no?

—No —corroboró Cuatro—. Ella querría que tuviéramos té, ¿no cree, señor? —Miró a Seivarden, quien no se movió ni efectuó ningún sonido. Cuatro volvió a mirar a Dos mientras fingía que no se sentía angustiada y desesperada al ver que Seivarden no reaccionaba. Sacó una botella de la caja—. Yo me encargo. Y también conseguiré algo de comida. —Entonces elevó un poco la voz para dirigirse a Seivarden y añadió—: Usted descanse un poco, señor.

Pero no se fue, porque alguien a quien ni ella ni Dos reconocieron llegó y se detuvo en el perímetro del recinto. Las amaats no sabían si debían sentirse tranquilizadas por lo joven que era, lo bien vestida que iba y por la discreta familiaridad con la que se dirigió al improvisado recinto.

—Ciudadanas —las saludó la recién llegada, y realizó una reverencia—. Me llamo Uran, y ustedes son... —Frunció el ceño mientras se fijaba en las

insignias que llevaban prendidas en los sucios y arrugados uniformes—. *Amaat Misericordia de Kalr*.

—¡Ah! ¡La ciudadana Uran! —Dos, repentinamente sorprendida, le devolvió la reverencia. No miró a Seivarden, quien seguía sentada y apoyada contra la pared cuando debería haberse incorporado para manejar aquel delicado momento de carácter potencialmente social—. Discúlpennos. Por supuesto, esta es su casa. No se nos había ocurrido... Todo ha sido muy... frenético. —De pronto cayó en la cuenta de que Uran tenía el brazo derecho doblado con rigidez—. ¿Se ha hecho daño?

—Solo me he fracturado la muñeca, ciudadana —respondió Uran—. Justo salía del Departamento Médico cuando oí que estaban aquí. —Desestimó, con una sacudida de su mano sana lo que Dos se disponía a decir—. Me alojo con unas amigas, pero al enterarme de que estaban aquí he venido por si necesitan algo. La rad..., la capitana de flota dejó algunas cosas. Hay suficiente ropa de cama y algo de té. —Dos vio que Uran desviaba la mirada por encima de su hombro, hacia donde estaba Seivarden, pero luego volvió a centrarla en ella—. Sin embargo, no creo que haya nada de vajilla. La horticultora Basnaaid también tiene la intención de visitarlas cuando pueda.

—Es muy amable por su parte —contestó Dos—. Y le agradecemos su ayuda. De hecho... —Miró a Cuatro, quien seguía sosteniendo la botella de arak en la mano—. Quizá pueda indicarnos dónde podemos intercambiar algunas cosas. Tiene razón, de momento no hemos encontrado ninguna pieza de vajilla y, ahora mismo, nos iría muy bien un juego de té.

Sintió el impulso de volver la cabeza para mirar a Seivarden, pero logró contenerse. Uran abrió mucho los ojos.

—Con eso conseguirán mucho más que un juego de té. ¡Además se trata del arak de la capitana de flota! Pero, por favor, mi ofrecimiento es desinteresado. Permítanme traerles lo que necesiten y será... —Frunció el ceño.

Probablemente buscaba un equivalente para una expresión en delsig—, será un trato entre primas. —Al ver la expresión desconcertada de Dos, realizó una mueca—. Me expreso mal. El radchaai no es mi lengua de origen.

—Se expresa usted perfectamente, ciudadana —repuso Dos—. Y gracias.

Miró a Cuatro.

—Yo me quedaré con la teniente —declaró Cuatro, y volvió a dejar la botella en la caja.

Una hora más tarde, Dos regresó con platos, utensilios para comer, agua, raciones de comida para las tres y, lo que era más importante, un termo y tazones para el té. Después de prepararlo, Cuatro llevó un tazón a Seivarden, quien no se había movido, y se acuclilló junto a ella.

—Señor. Teniente Seivarden, señor, le traigo un té. —No obtuvo respuesta—. Señor. —Todavía nada. Amablemente, Cuatro alargó el brazo y con la enguantada mano libre le acarició el cabello hacia atrás—. Señor —declaró permitiendo que solo una ínfima parte de su miedo y preocupación se reflejaran en su voz—. Señor, sé que es duro, pero la necesitamos. —Estrictamente hablando, no la necesitaban. Dos y Cuatro eran perfectamente capaces de cuidar de ellas mismas, pero no podían hacerlo muy bien si también tenían que cuidar a Seivarden constantemente—. Necesitamos saber qué debemos hacer a continuación.

—Lo que hagamos a continuación no tiene importancia —contestó Seivarden quien seguía plegada sobre sí misma.

—Lo veremos todo mejor cuando hayamos tomado un té, señor —declaró Cuatro mientras le ofrecía el té, que ya se estaba enfriando.

—¿Té?

Seivarden no levantó la vista, pero los músculos de su cuello y hombros se tensaron, como si estuviera considerando la posibilidad de tomárselo.

—Sí, señor. Y también tenemos algo para desayunar, colchones cómodos y

ropa de cama para dormir. Y no tenemos que trabajar hasta mañana por la mañana. Podemos descansar el resto del día, pero la necesitamos, señor, necesitamos que se levante y beba algo de té.

Seivarden levantó la vista y vio que Cuatro estaba de cuclillas a su lado, con un tazón de té en la mano y una expresión casi impertérrita. Probablemente solo alguien que conociera bien a Cuatro se daría cuenta de que estaba a punto de llorar y no le extrañaría que lo hiciera. Apenas unas horas antes, tanto Dos como Cuatro habían estado más cerca de morir que nunca. Habían fracasado en su misión y eran conscientes de que todo dependía de ella. En aquel momento, incluso los minutos siguientes eran inciertos y contenían innumerables riesgos. Seivarden, que aparentemente no era consciente de todo esto, preguntó desconcertada:

—¿Necesitáis que tome té?

—Sí, señor —respondió Cuatro sin atreverse, todavía, a tranquilizarse.

—Sí, señor —corroboró Dos mientras sacaba mantas de un cajón de embalaje—. Eso es, exactamente, lo que necesitamos.

Seivarden parpadeó y resopló. Soltó sus piernas, tomó el tazón que Amaat Cuatro le ofrecía y bebió.

El trabajo consistía en ponerse trajes espaciales, pasar por una cámara estanca temporal que había sido armada a toda prisa y entrar en el ingrátido nivel uno del Subjardín. Una vez allí, debían buscar daños estructurales, algo para lo que ni Seivarden ni sus amaats estaban cualificadas, pero podían aplicar parches donde una supervisora les indicara o transportar objetos. No se trataba de un trabajo sumamente interesante, pero era lo bastante exigente para mantener sus mentes alejadas de problemas que no podían resolver. O, al menos, eso creía Seivarden. El segundo día, una ciudadana que también iba

vestida con un traje espacial apoyó su visera contra la de Seivarden y manifestó:

—Un día duro, ¿eh?

La pregunta parecía bastante inocente, pero al oírla, Seivarden tomó conciencia de sí misma de una forma aguda y repentina. A continuación, experimentó un intenso deseo y, luego, una oleada de vergüenza, náuseas y arrepentimiento. Podría haber respondido una docena de cosas: «No mucho» o incluso un rotundo «Lárgate». Pero en lugar de eso, dijo:

—Tengo una derivación cerebral.

—¡Oh! —contestó la otra ciudadana en absoluto sorprendida—. Eso hace que sea un poco más difícil, pero ya sabes, y percibo que lo sabes, que tomar cierta distancia ayuda a sobrellevar las cosas cuando una tiene un día duro.

—¡Lárgate! —exclamó Seivarden.

Decirlo no alivió sus síntomas, y siguió encontrándose realmente mal.

—De acuerdo. De acuerdo.

La ciudadana apartó su visera de la de Seivarden y retomó las labores de sellado del sector del pasillo que le habían asignado. Seivarden no retomó su cometido, sino que abandonó el trabajo sin informar a la supervisora.

Se despertó en el Departamento Médico. Permaneció tumbada y mirando al techo durante unos minutos sin siquiera preguntarse cómo había llegado allí. Se sentía extrañamente tranquila y descansada. Entonces un recuerdo acudió a su mente, porque realizó una mueca, cerró los ojos y se cubrió la cara con un brazo.

—¡Vaya, buenos días, teniente! —exclamó una voz alegre. Seivarden no apartó el brazo para ver quién había hablado—. Ayer tuvo usted una noche realmente emocionante, aunque, por fortuna para usted, estuvo inconsciente

durante la mayor parte de ella. Me impresiona que llegara a beber casi dos botellas de arak antes de desmayarse. Tanta cantidad y bebida con tanta rapidez es suficiente para matar a cualquiera. Nos tenía a todas en vilo — declaró con un tono de voz todavía bastante alegre; despreocupado incluso, y sin el menor rastro de sarcasmo.

—¡Lárguese! —exclamó Seivarden sin apartar el brazo.

—Si estuviéramos a bordo de su nave, tendría que obedecerla —continuó la voz en un tono de alegre disculpa—, pero no lo estamos. Estamos en el Departamento Médico de la estación, lo que significa que yo estoy al mando. Así que, ¿cree que podría comer algo ahora? Sus soldados están fuera. En realidad, ahora mismo están durmiendo, pero pidieron verla en cuanto se despertara. Quizá quiera comer algo antes. Además, usted y yo deberíamos hablar de ciertas cosas.

—¿Como qué?

—Como de esa derivación cerebral para el kef. En general, no recomiendo su uso. Son demasiado fáciles de sortear y no resuelven el problema de verdad. ¡Ah, veo que quien se la implantó intentó complementarla con otros métodos! —Probablemente se refería a las náuseas que experimentó Seivarden al oír que la doctora mencionaba la derivación. Aunque esas náuseas eran imprecisas y estaban atenuadas. Sin duda por la medicación que le habían administrado—. Pero le diré la verdad, teniente, después de tomar kef a una no le importa si saca las tripas por la boca o no. Esa es la cuestión. Quizá ya lo ha descubierto, ¿no? Bueno. Quienquiera que le instalara la derivación y esos métodos complementarios no es una especialista. Fue la médico de su nave, ¿no? Con todos mis respetos hacia las médicos de las naves. Tienen que ser buenas en áreas muy diversas y, a veces, deben actuar sometidas a una gran presión, pero esta es un área en la que, en general, no son grandes expertas. Claro que, en última instancia, probablemente eso no sea lo más importante.

En realidad, lo único que tiene más posibilidades de funcionar es desarrollar un tipo de hábitos que la mantengan alejada de su consumo. Suponiendo que de verdad quiera dejarlo.

—Sí que quiero. —Seivarden bajó el brazo, abrió los ojos y miró la cara delgada y alegre de la doctora—. Me he mantenido alejada de ello hasta ahora. Mi intención era vender el arak. Sabía que al hacerlo obtendría más que suficiente para... para lo que quería, pero entonces pensé, no, el arak es de Breq. Y luego pensé, ¡a la mierda, necesito un trago!

—Está claro que lo necesitaba —asintió la doctora—. Beber hasta perder el conocimiento para no tomar kef quizá no sea la mejor de las ideas, pero demuestra una determinación admirable. —Seivarden no contestó—. Le voy a otorgar una baja laboral para hoy y la enviaré a casa con una baja opcional para mañana. Esto significa que, si mañana desea volver al trabajo, está autorizada a hacerlo, pero si prefiere quedarse en casa otro día, también puede hacerlo sin ningún tipo de amonestación ni pérdida de salario.

Seivarden cerró los ojos.

—Gracias, doctora.

—De nada. E intente no ser demasiado dura consigo misma. Me imagino que, en estos momentos, todas las residentes de la estación desearían perder la conciencia y que, al recuperarla todo volviera a ser como debería. ¡Ah, y la próxima vez que tenga ganas de emborracharse, avíseme! Lo que se vomitó encima ayer era realmente bueno y creo que es justo que yo tome un poco también. Siempre que no haya pasado antes por su organismo, claro.

Seivarden durmió el resto del día. La mañana siguiente la pasó sola en el extremo del pasillo delimitado por las cajas de embalaje. Como Dos y Cuatro

no se habían encontrado mal, no tenían la baja opcional del Departamento Médico y fueron a trabajar.

Seivarden permaneció un rato sentada en el suelo y con la mirada fija en las cajas. Sin moverse, aunque les había dicho a sus dos amaats que se sentía mucho mejor y que aprovecharía la ocasión para visitar a la jefa de Seguridad Lusulun y a la administradora de la estación Celar. Si no les hubiera asegurado que lo haría y si no se hubiera duchado y puesto el uniforme limpio antes de que se fueran, no la habrían dejado sola. Seivarden lo sabía, pero ahora que ya no estaban, no se sentía con ánimos para levantarse.

—Creo que volveré a la cama —declaró en voz alta finalmente.

—Eso resultaría muy violento —le advirtió Estación en el oído.

Seivarden parpadeó, levantó la vista y vio que la horticultora Basnaaid estaba al otro lado de las cajas de embalaje.

—Se la veía tan concentrada que no quería interrumpirla —declaró Basnaaid con una sonrisa.

Seivarden se levantó de golpe.

—¡Horticultora! No me interrumpes en absoluto. De hecho, no estaba pensando en nada. Entre, por favor. ¿Desea tomar un té? —Cuatro se había asegurado de que el termo estuviera lleno antes de irse—. La verdad es que resulta ridículo invitarla a entrar en un recinto delimitado por cajas.

—De pequeña me habría encantado —contestó Basnaaid, entrando en el recinto—. Y me encantará tomar un té, gracias. Tenga, le he traído unos pasteles. No sabía si la capitana de flota había dejado algo comestible.

—Nos las hemos ido arreglando. —Seivarden logró que pareciera que no le importaba lo que la capitana de flota hubiera dejado—. Lo justo. Nos vendrán muy bien los pasteles. Es usted muy amable, gracias.

Sirvió el té y se sentaron en el suelo. Después de beber unos sorbos, Seivarden dijo:

—La vi el otro día en la plaza. ¿Resultó herida?

—Solo unos moretones. —Indicó, con un gesto, que carecían de importancia—. Fue usted quien cayó por la ventana.

—Vaya, ¿se dio cuenta? —preguntó Seivarden con despreocupación, casi como si volviera a ser la de antes—. Sí, aquello fue emocionante. —Entonces experimentó una oleada de culpabilidad y desesperación, pero logró que esas emociones no se reflejaran en su cara—. Pero tenía la armadura activada y caí plana sobre la espalda, así que estoy bien.

Algo debió de reflejarse en su expresión en aquel momento, porque Basnaaid preguntó:

—¿Seguro?

Seivarden se quedó mirándola durante un instante y, luego, sin poder evitarlo, añadió:

—No, no estoy bien. —Guardó silencio mientras intentaba dominarse y finalmente lo consiguió, aunque derramó algunas lágrimas—. La cagué. Y no era... O sea, hay cagadas y cagadas. Disculpe. La fastidié.

—He oído a otras personas maldecir antes, teniente. Yo también lo he hecho. —Seivarden intentó sonreír. Casi lo consiguió—. Me han dicho que la otra noche estuvo en el Departamento Médico —continuó Basnaaid.

—Vaya —contestó Seivarden—. Así que alguien ha pensado que necesito cuidados.

—No, pero ahora me pregunto si Estación me habría sugerido que viniera a verla si yo no hubiera estado ya de camino.

—¿Estación? Yo no significo nada para Estación. —Se acordó del tazón de té que sostenía en la mano y bebió un trago mientras Basnaaid la observaba intrigada y con cara de preocupación—. Disculpe. Lo siento. Es solo que... no sé lo que me pasa. —Se planteó beber otro trago de té, pero no lo consiguió—. En realidad, Estación ha estado increíble. Yo siempre... Ya sabe, cuando

una pasa mucho tiempo con naves, empieza a pensar en las estaciones como si fueran..., no sé, como si fueran algo débiles. Pero Estación amenazó con extraer todo el aire de la habitación si la Lord de Mianaai no aceptaba sus condiciones. Y ahora la mantiene presa en la residencia de la gobernadora. Y yo pensando: «¡Oh, las estaciones son débiles!» Pero Estación se mostró jodidamente implacable. Me costaba creer que era Estación la que hablaba.

—Tenía que hacer algo, teniente —declaró Estación en los oídos de Seivarden y de Basnaaid—. Pero tiene usted razón, no es el tipo de cosa que estoy acostumbrada a hacer. Intenté imaginarme qué haría la capitana de flota Breq en aquellas circunstancias.

—Creo que diste en el blanco, Estación —contestó Seivarden—. En mi opinión, la capitana de flota estaría..., estará realmente impresionada cuando se entere.

—¿La capitana de flota...? —preguntó Basnaaid esperanzada y titubeante—. ¿Regresará?

—No lo sé —repuso Seivarden—. No me contó sus planes adrede. No me explicó lo que T... No me contó nada. Por si acaso. Ya sabe. Porque, de hecho, las probabilidades de que yo consiguiera lo que había venido a hacer eran jodidamente escasas. —Las probabilidades de Tisarwat eran todavía menores, pero Seivarden no lo sabía. Tragó saliva con dificultad y dejó el tazón de té—. Le he fallado. Le he fallado a Breq y todo dependía de que cumpliera mi cometido. Y ella nunca me ha fallado a mí. Ni siquiera cuando yo creía que lo había hecho. Las cosas que ha hecho... cosas de lo más espeluznantes y peligrosas. Y apenas sin pestañear. Mientras que yo... ni siquiera consigo, simplemente, vivir. Espere. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Espere, no, esto no está bien. Ya vuelvo a sentir lástima de mí misma.

—No creo que mucha gente pueda permitirse compararse con la capitana de flota —señaló Basnaaid—. En cualquier caso, no en este sentido.

—Quizá su hermana.

—En algunos aspectos es posible —accedió Basnaaid—. ¿Cuándo comió por última vez, teniente?

—Puede que haya desayunado —contestó Seivarden en tono dubitativo—. Es posible. ¿Quizás un poco? —Miró el plato de skel que Dos le había preparado y que estaba casi lleno—. Un poco.

—¿Por qué no se seca la cara y vamos a comer algo? Muchos locales ya vuelven a abrir. Estoy segura de que encontraremos algo bueno para comer.

—Les prometí a mis amaats que visitaría a la jefa de Seguridad y a la administradora de la estación. Aunque, cuanto más pienso en ello, más creo que sería mejor que no pareciera que estoy interfiriendo en los asuntos de la estación. —Titubeó y se contuvo para no fruncir el ceño—. Definitivamente tengo que solicitar que me cambien la tarea que me han asignado.

—Está bien —contestó Basnaaid—, pero créame, será mejor que coma algo antes.

Encontraron un local en un pasillo secundario. Estaba abierto y servían poco más que fideos y té.

—Gracias, horticultora —le dijo Seivarden a Basnaaid, que estaba sentada frente a ella, cuando acabó de comer—. No me había dado cuenta de hasta qué punto lo necesitaba.

Indudablemente se sentía mucho mejor en aquel momento que antes de comer. Basnaaid sonrió.

—Mi vida siempre me parece desgraciada cuando llevo mucho rato sin comer.

—No me extraña. Sin embargo, en mi caso todos los problemas siguen ahí después de haber comido. Supongo que tendré que encontrar una manera de gestionar lo que vaya a suceder a continuación. —Entonces recordó algo—. Pero ¿qué me cuenta de usted? ¿Está a salvo? Por lo visto nadie le ha contado..., nadie le ha hablado a la Lord de Mianaai de usted o de la ciudadana Uran. Lo que significa que no le han contado todo lo que sucedió con la capitana Hetnys. De hecho, por lo que he visto, personas que yo creía que tenían motivaciones de sobra para contárselo, por no mencionar oportunidades evidentes, parecen haberlo evitado conscientemente.

Basnaaid terminó de comer sus fideos y dejó el utensilio sobre la mesa.

—¿Ha estado usted trabajando en el Subjardín? —Seivarden realizó un gesto de asentimiento—. Cuando ustedes se fueron, el nivel uno estaba presurizado. No se despresurizó hasta que la Lord del Radch llegó. —Seivarden frunció el ceño y Basnaaid continuó—: No se ha emitido en las

noticias, claro. En parte porque hasta hace uno o dos días, lo único que transmitían las noticias era información acerca de la capitana de flota, pero cuando la *Espada de Gurat* salió de su portal camino de la estación, no se aseguró de dónde estaba el transbordador de pasajeras.

—¿Cómo?

Al parecer, Seivarden ni siquiera pudo maldecir.

—La *Espada de Gurat* salió del portal, chocó contra el transbordador de pasajeras y lo lanzó contra la bóveda de los Jardines. A consecuencia del impacto, el parche que cubría el agujero que ustedes practicaron para sacarnos de allí se rompió. La reparación del fondo del lago no había concluido, así que el nivel uno del Subjardín también se despresurizó. Afortunadamente, las personas que estaban trabajando en los Jardines en aquel momento pudieron escapar y, como es lógico, el Subjardín había sido evacuado días antes. Pero el transbordador... bueno, no ha salido en las noticias, claro, así que casi todo lo que sé procede de rumores, pero lo que sí sé con toda certeza es que al menos dos familias muy importantes están ahora mismo de luto. Y una de ellas por la muerte de una abuela, una madre y, además, una hija.

—¡Por las cutículas supurantes de Varden! —exclamó Seivarden.

—Creo que no había oído a nadie decir eso fuera de los dramas históricos, teniente.

—¿De verdad dicen eso en los dramas históricos?

Seivarden parecía casi tan horrorizada por eso como por el siniestro del transbordador que Basnaaid acababa de contarle.

—Cuando lo ha dicho, me ha parecido usted la gallarda heroína de una obra de entretenimiento.

—¿Las heroínas dicen eso en los dramas históricos? ¿A dónde vamos a ir a parar?

Basnaaid abrió la boca para decir algo, pero por lo visto no encontró las

palabras. Volvió a cerrar la boca.

—Bueno —declaró Seivarden, y añadió—: Bueno. No me extraña que la tirana estuviera tan asustada y enfadada. Ya tenía dudas acerca de las lealtades, acerca de quién apoya a quién, en quién puede confiar o a quién puede haber sobornado la capitana de flota. Entonces la nave que trae a Mianaai causa estragos en los famosos Jardines y, en el proceso, mata a quién sabe cuántas pasajeras del transbordador; entre ellas a miembros de familias prominentes y adineradas del sistema. Y, a continuación, descubre que las ciudadanas menos relevantes están de huelga en la plaza. Una huelga muy educada y correcta, pero huelga al fin y al cabo.

—Nadie quería hablarle de los Jardines ni del Subjardín —afirmó Basnaaid—. Al menos, eso supongo yo. En cualquier caso, lo que parece claro es que, cuando llegó, su estado de ánimo no era paciente ni comprensivo.

Silencio. Probablemente las dos se estaban acordando de cuando vieron morir a la nueva jefa de Seguridad.

—Y entonces, ahora ¿qué? —preguntó Seivarden.

Basnaaid expresó, con un gesto, su incapacidad para responder a esa pregunta.

—Creo que todo el mundo se está preguntando lo mismo. No obstante, en cuanto al futuro inmediato, yo tengo que irme a trabajar y usted tiene que hablar con alguien de Administración de la Estación.

—Así es —confirmó Seivarden—. Supongo que esto es lo que toca ahora. Después otro paso y, después, el siguiente.

Se levantaron y salieron del local. Apenas habían dado dos pasos por el pasillo cuando las abordó una ciudadana vestida con el uniforme azul claro de Administración de la Estación. Era evidente que estaba esperando a que salieran del local.

—Teniente Seivarden. —Realizó una reverencia—. La administradora de la

estación Celar ruega que le haga el favor de reunirse con ella. Habría acudido en persona, pero ahora mismo le es imposible abandonar su oficina.

Seivarden miró a Basnaaid y esta sonrió.

—Bueno, gracias por comer conmigo, teniente. Volveré a visitarla pronto.

—Por supuesto que le asignaremos otro trabajo —declaró la administradora de la estación Celar después de que ella y Seivarden tomaran asiento en su oficina. Esta era la mitad de grande que la de la gobernadora del sistema y carecía de ventanales, algo que Seivarden pareció encontrar extrañamente tranquilizador—. De hecho, el Departamento Médico nos envió un comunicado ayer por la mañana. Le pido perdón por las molestias y, por supuesto, me disculpo por la naturaleza del trabajo. Quizá, para empezar, no era del todo adecuado.

—No es necesario que se disculpe, administradora —replicó Seivarden con calma y amabilidad.

Pero se sintió abatida, probablemente al imaginar lo que debía de contener el comunicado del Departamento Médico. Su abatimiento se vio moderado por la enorme y escultural belleza de la administradora de la estación. Lo que no resultaba extraño a pesar de que la anchura y la robustez no eran características que, en general, atrajeran a Seivarden. La administradora de la estación Celar ejercía este efecto prácticamente en todo el mundo.

—La vida de las militares no consiste solo en comer y beber té. Al menos en mi época no era así —continuó Seivarden. La administradora de la estación Celar realizó un gesto con el que le indicó que conocía su historial—. Estoy acostumbrada a echar una mano en las tareas de reparación. Además, el trabajo en el Subjardín es urgente y, por otro lado, hay buenas razones por las

que usted quizá no quiera parecer demasiado... preocupada por mi bienestar en estos momentos. Pero sí que le agradezco su ayuda y la de Estación.

—Bueno, casualmente, teniente, puede que necesitemos su colaboración en otro lugar. ¿Ha visto a su eminencia Ifian en la plaza cuando venía hacia aquí?

—No he podido evitarlo —respondió Seivarden con una sonrisa sarcástica—. Ha reanudado su huelga.

—En esta ocasión, no todas las sacerdotisas de Amaat la han secundado. Sin embargo, sigue habiendo retrasos en la celebración y registro de los funerales, contratos y nacimientos. Es probable que pronto se forme una cola de protesta por esta causa. Yo he..., o sea, Estación y yo hemos hablado sobre ello y hemos pedido ayuda a las sacerdotisas de otros cultos. Evidentemente, Administración de la Estación y la misma Estación pueden encargarse de los registros básicos. Ya hemos realizado cambios de asignaciones en este sentido y las ciudadanas implicadas están estudiando sus nuevas tareas. ¡Pero las ciudadanas están tan acostumbradas a acudir al templo de Amaat para esos trámites! Además, ahora hay unas cuantas alternativas potenciales sobre cómo hacer las cosas y ninguna directriz clara sobre lo que es más correcto, por lo que es probable que exista cierta... cierta confusión acerca de cómo proceder o a quién consultar. Hemos pensado establecer un centro de asesoría al que puedan acudir las ciudadanas que tengan dudas y ser dirigidas a la alternativa más adecuada en cada caso.

—Administradora de la estación, la idea es buena, pero, con todos mis respetos, no conozco a nadie aquí y, mucho menos, los detalles de los distintos cultos locales o de sus prácticas.

La administradora de la estación Celar esbozó una leve y original sonrisa.

—Sospecho que se pondrá al día rápidamente, teniente. Pero se trata solo de una idea, de algo a tener en cuenta. Mientras tanto, quería formularle una pregunta.

—Por supuesto, administradora —contestó Seivarden con su sonrisa más encantadora.

—¿Es verdad que la capitana de flota es una auxiliar? ¿Es, de hecho, la *Justicia de Toren*?

—Así es —contestó Seivarden.

—Supongo que eso explica algunas cosas. Las canciones... Me avergüenza haberle dicho, al desconocer su identidad, que me habría gustado conocer a la *Justicia de Toren*.

—Le aseguro, administradora, que le complació descubrir que compartían ese interés por la música, pero tal como estaban las cosas, de ningún modo podía desvelar quién era.

—Supongo que no. —La administradora suspiró—. Teniente, todas las veces que hablé con la capitana de flota Breq, tuve la clara impresión de que, a pesar de haber recibido órdenes de la Lord del Radch, de una parte de la Lord del Radch, era ella misma quien establecía su agenda de asuntos a tratar. Aun así, hasta ahora yo consideraba imposible que una nave —exhaló otro suspiro— o una estación pudieran decidir qué asuntos debían o no debían tratar.

—Pues le aseguro que nadie salvo la capitana de flota misma toma esas decisiones —declaró Seivarden—. Por otra parte, sus prioridades son muy similares a las de Estación. Le preocupan muy poco los planes que tenga cualquiera de las partes de la Lord del Radch y le preocupa mucho la seguridad de las residentes de este sistema.

—Teniente, alguien, me imagino quién ha sido pero no lo sé seguro, ha bloqueado las compuertas de Acceso Central de Estación. Y también ha inhabilitado todos mis accesos y los de la gobernadora del sistema Giarod. Al menos los que podíamos utilizar desde fuera de Acceso Central.

—Esto es nuevo para mí, administradora —repuso Seivarden—. Pero

explica ciertos acontecimientos recientes, ¿no cree?

—Efectivamente. Así que, por lo visto, ahora Estación decide qué asuntos tratar y tiene sus propias prioridades. La Lord del Radch, al menos una de ellas, está retenida en la residencia de la gobernadora y Estación me dice que ya no reconoce su autoridad ni la de la gobernadora del sistema Giarod. Lo que... Con sinceridad, teniente, ya no estoy segura de saber qué es correcto o qué cambios esperar entre un momento y el siguiente. No dejo de pensar que nada de esto puede ser real, pero sigue sucediendo.

—Odio ese sentimiento —declaró Seivarden con sinceridad. Ella sabía lo que era sentirse así—. Sin embargo, tengo plena confianza en que Estación se preocupa realmente por el bienestar de sus residentes. Y puedo decirle con absoluta certeza que la capitana de flota Breq apoya a Estación en este objetivo.

—¿Me está usted diciendo de manera explícita que la capitana de flota no apoya a la Lord del Radch?

—Desde luego —confirmó Seivarden—. De hecho, fue la Lord del Radch quien destruyó a la *Justicia de Toren*. La que está aquí, en la residencia de la gobernadora. Al menos eso creo. A veces resulta difícil distinguir quién es quién. —No le comunicó su sospecha de que podía haber una tercera Anaander. Al percibir el asombro y la incredulidad de la administradora de la estación Celar, Seivarden añadió—: Se trata de una historia larga y complicada.

—¿Y la capitana de flota está cerca? Es probable que este momento de... de paz relativa dure poco. Lo único que mantiene a raya a la Lord del Radch es la amenaza de perder su presencia en el sistema. Cuando deje de ser la única Anaander que está aquí, se sentirá libre de actuar. Y el paradero actual de la Lord del Radch es lo único que contiene a la *Espada de Gurat* y la *Espada de Atagaris*. En cuanto eso cambie, la leve estabilidad o seguridad que hemos

conseguido se desvanecerá de nuevo. Además, su eminencia Ifian parece estar haciendo lo posible para que nuestras vidas sean incluso más complicadas en la situación actual.

—No sé dónde está la capitana de flota. —De repente, y solo durante un instante, Seivarden se sintió sumamente asustada—. No me contó sus planes por si... —Expresó, con un gesto, la conclusión obvia de la frase—. Con sinceridad, administradora, no sé qué podría hacer la *Misericordia de Kalr* contra dos Espadas. Además, según tengo entendido, hay una tercera Espada en el borde exterior del sistema aunque, por fortuna, no puede trasladarse por un portal.

La administradora de la estación Celar se lo confirmó con un gesto.

—Y también está la *Misericordia de Ilves*, que estaba inspeccionando las estaciones fronterizas y que, por lo visto, tiene dificultades de comunicación.

—¡Qué momento tan inoportuno para eso! —comentó Seivarden secamente—. Si yo estuviera en el lugar de Anaander, lo primero que haría es encontrar la forma de escapar del confinamiento en la residencia de la gobernadora. Usted no permite que haya nadie allí con ella, ¿no?

—Solo la *Espada de Atagaris*.

—¿Y controla usted lo que la nave le lleva?

—Lo controla Estación.

—Bien. Aun así, en el caso de que consiguiera escapar, me imagino que amenazaría a Estación con una de las Espadas y enviaría a la otra a buscar a la tercera, ya que esta no puede crear sus propios portales y tardaría semanas en llegar. La verdad es que me sorprende que no lo haya hecho ya.

—No es usted la única sorprendida, teniente. Ha habido mucha especulación en este sentido. Quizá la *Espada de Gurat* resultó mucho más dañada en la colisión con el transbordador de lo que nos ha hecho creer.

Seivarden respaldó esa posibilidad con un gesto.

—Por otro lado, sospecho que no confía en la *Espada de Atagaris*. La capitana de flota intentó devolverle a sus oficiales, ¿lo sabía? Pero, por lo visto, Anaander interceptó la recuperación y las mantiene en suspensión a bordo de la *Espada de Gurat* para asegurarse el apoyo de la *Espada de Atagaris*.

—No lo sabía. —La administradora de la estación Celar frunció el ceño—. En la estación hay algunas amigas de Hetnys y se sentirán muy trastornadas cuando lo sepan.

—Sin duda —confirmó Seivarden con voz neutra—. Sea cual sea la razón por la que Anaander no ha intentado traer a la tercera Espada, si no consigue escapar, cuanto más tiempo permanezca retenida, más probable es que decida sacrificarse a sí misma. A este respecto, creo que Estación tenía razón y que, si se sacrificara, estaría entregando el sistema a Breq. Pero también creo que, como es consciente de ello y solo es una pequeña parte de sí misma, podría decidir que su mejor opción es dejar el sistema en tal estado que carezca de valor para quien resulte vencedora.

La administradora de la estación Celar guardó silencio durante unos instantes.

—¿Y dice usted que no sabe dónde está la capitana de flota o cuáles son sus planes?

—No, pero no creo que las cosas sigan como están durante mucho tiempo.

Entonces Estación habló desde la consola de la oficina.

—Eso es más cierto de lo que se imagina, teniente. La *Espada de Atagaris* acaba de lanzar un proyectil contra la estación. Nueve horas para el impacto, que se producirá en los Jardines. Acabo de ordenar a los equipos de trabajo del Subjardín que evacuen y sellen la zona lo mejor posible. Agradeceré su conformidad, administradora de la Estación.

—Conformidad concedida, por supuesto —declaró Celar al tiempo que se

levantaba del asiento.

—Supongo que habrás matado a la Mianaai que está en la residencia de la gobernadora, Estación.

—Lo estoy intentando, teniente —explicó Estación desde la consola—. Pero por lo visto ha conseguido practicar algunos agujeros en la compuerta sectorial que cubre el ventanal que da a la plaza. No estoy segura de cómo lo ha hecho. —Por razones obvias, las compuertas sectoriales de las naves y estaciones se fabricaban de forma que resultara extremadamente difícil practicar un boquete en ellas—. No muchos, pero los suficientes para que entre aire de la plaza, lo que contrarresta mis intentos de extraerlo de la habitación. ¿Es posible que haya utilizado el arma invisible de la capitana de flota? ¿La que la capitana utilizó en los Jardines?

—¡Joder! —exclamó Seivarden, y también se levantó—. ¿Cuántos agujeros ha practicado?

—Veintiuno.

—Entonces le quedan seis disparos —calculó Seivarden.

—Anaander Mianaai ha exigido que deje de intentar asfixiarla bajo la amenaza de que la *Espada de Atagaris* lance otro proyectil.

—No veo que haya otra opción, Estación —declaró la administradora.

Seivarden asintió con un gesto. Se sentía impotente y enfadada, mayormente consigo misma, pero se abstuvo de demostrarlo.

—También desea reunirse con «quienquiera que esté al mando aquí» en lo que ella denomina, su oficina. Dentro de diez minutos. Si no...

—La *Espada de Atagaris* volverá a disparar, sí —terminó Seivarden—. Supongo que con «quienquiera que esté al mando aquí» se refiere a ti, Estación.

—La Lord de Mianaai no opina lo mismo, si no me habría dicho directamente que quería hablar conmigo —repuso Estación. Era imposible que

el tono de su voz reflejara el menor rastro de queja o enojo—. Además, es la administradora de la estación Celar quien ostenta la autoridad aquí.

La administradora miró a Seivarden con cara inexpresiva, pero, sin duda, se estaba acordando de la muerte de la jefa de Seguridad. Seivarden no dijo nada. Finalmente, Celar declaró:

—En este caso, tampoco percibo ninguna otra opción. ¿Irá usted conmigo, teniente?

—Como desee, administradora. Aunque, sin duda, es consciente de que mi presencia... dará la impresión de que existe una asociación oficial entre nosotras.

—¿Cree que la capitana de flota tendría algo que objetar al respecto?

—No, no lo tendría —contestó Seivarden.

En la plaza, la cola que la administradora de la estación Celar había previsto que se formaría había empezado a formarse. Su eminencia Ifian y sus subordinadas, que en esta ocasión eran menos de la mitad de las que intervinieron en la huelga anterior, contemplaban la incipiente cola con complacencia. Cuando la administradora de la Estación Celar y Seivarden pasaron por delante de la entrada del templo, Ifian se levantó del cojín en el que estaba sentada.

—Administradora de la estación, exijo saber la verdad. Usted les debe la verdad a las residentes de la estación, pero en lugar de comunicárnosla, divulga mentiras a fin de manipularnos.

La administradora se detuvo y Seivarden la imitó.

—¿A qué mentiras se refiere, eminencia?

—Como usted bien sabe, la Lord del Radch nunca dispararía contra la estación. Me parece horroroso que su rechazo de la autoridad legítima la lleve

a esos extremos y que ignore de una forma tan flagrante el bienestar de las residentes de la estación.

Seivarden miró a su eminencia, realizó una mueca que fue la imagen misma de la altivez aristocrática y le dijo a la administradora de la estación Celar:

—Administradora, en mi opinión esta persona no es digna de una respuesta.

Y sin esperar a que Ifian respondiera o Celar se moviera, se volvió de espaldas al templo y se dirigió a la residencia de la gobernadora. Celar no dijo nada y siguió a Seivarden.

Anaander Mianaai estaba de pie detrás del escritorio de la gobernadora del sistema flanqueada por dos auxiliares *Espada de Atagaris*.

—Vaya —declaró cuando vio entrar a la administradora de la estación Celar seguida de Seivarden—, pregunto por quien está al mando y esto es lo que obtengo. Muy interesante.

—Usted no acepta que Estación está al mando y no estábamos seguras de a quién aceptaría, así que hemos decidido presentarle varias opciones para que pueda elegir —replicó Celar.

—No sé qué tipo de estúpida se cree que soy —contestó Anaander con calma y aparente buen humor—. Y, ciudadana Seivarden, sigo estupefacta por su participación en este asunto. Nunca habría imaginado que sería capaz de traicionar al Radch.

—Yo podría decir lo mismo de usted —replicó Seivarden—. Sin embargo, los sucesos han sido de lo más convincentes.

—Es usted, ¿no? Es usted quien controla a la *Justicia de Toren* y a la *Misericordia de Kalr*. Y ahora también a la estación Athoek. La jovencísima y, debo decir, bastante inestable teniente Tisarwat fue muy contundente cuando afirmó que no había ninguna parte de mí a bordo de la *Misericordia de Kalr*.

Seivarden, al oírla mencionar a Tisarwat, se sintió como si le hubieran propinado una bofetada y, sin que pudiera evitarlo, su sorpresa y consternación se reflejaron en su cara.

—¡Tisarwat! —Seivarden se dio cuenta de que las palabras de Tisarwat escondían algún tipo de estrategia de la que ella solo percibía las líneas generales—. ¡Esa pequeña traidora con inteligencia de pez!

Anaander Mianaai se echó a reír.

—El terror que usted le inspira solo es superado por el que le inspira ello, quien en teoría está al mando, claro, pero... —Indicó, con un gesto, que eso era imposible—. Supongo que para ustedes la teniente Tisarwat debió de ser sobre todo un incordio. En determinado momento, debió de ser mínimamente inteligente, sino no le habrían asignado un puesto administrativo, pero solo los dioses saben si volverá a serlo algún día.

—Bueno —intervino Seivarden con una despreocupación que no sentía—, es toda suya para lo que le sirva.

—Está bien —contestó Anaander—. Veamos, como estoy segura de que yo nunca, bajo ninguna circunstancia, le daría a una auxiliar el tipo de códigos de acceso que están implicados en esta situación, debo deducir que es usted quien tiene el control de Estación. Por consiguiente, trataré con usted.

—Si insiste —contestó Seivarden—. Sin embargo, en ese caso solo actuaré como la representante de Estación.

Anaander le lanzó una mirada de incredulidad.

—Esto es lo que va a pasar: vuelvo a estar al mando de la estación. Si alguien se atreve a amenazarme de nuevo, la *Espada de Atagaris* lanzará otro proyectil contra la estación. El primero, cuyo impacto se producirá dentro de ocho horas, no es más que una constatación de la veracidad de mis intenciones y, mayormente, solo dañará zonas inhabitadas. Los disparos siguientes no serán tan cuidadosos. Me sentiré totalmente satisfecha de sacrificar esta parte

de mí misma con tal de privar a mi enemiga de este puntal. A partir de ahora, volveré a controlar los canales de noticias oficiales a través de la gobernadora del sistema Giarod. No habrá más apariciones más desautorizadas en las noticias. La *Espada de Gurat* volverá a estar al mando de Seguridad de la Estación y seguirá intentando acceder a Acceso Central de la estación. Cualquier tentativa de impedirselo provocará un nuevo disparo de la *Espada de Atagaris*.

—Estación —preguntó Seivarden en silencio—, ¿comprendes que la Lord de Mianaai tiene tres núcleos de IA aquí junto a ella? —La pila de superficie suave y oscura y de un metro y medio de alto seguía allí, en una esquina, detrás de Anaander—. Si la Lord de Mianaai consigue entrar en Acceso Central, nada le impedirá reemplazarte por uno de ellos.

—De verdad que no sé a qué se refiere, teniente —declaró Estación en el oído de Seivarden—. Realmente no veo que haya otra alternativa.

—Nos está pidiendo que hagamos importantes concesiones. ¿Qué nos ofrece a cambio además del favor de no destruir la estación y a todas las personas que están en ella? Porque usted sabe tan bien como nosotras que nadie quiere eso, que, de hecho, todas las que estamos aquí, incluida usted, estamos dispuestas a sacrificar algo para evitarlo. De no ser así, usted ya lo habría hecho.

—La casa Vendaai desapareció hace tanto tiempo que había olvidado lo insufriblemente arrogantes que podían ser —replicó Anaander medio riéndose.

—Me honra ser considerada un buen ejemplo de mi casa —repuso Seivarden con frialdad—. ¿Qué nos ofrece?

Silencio. Anaander miró a Seivarden, luego miró a la administradora de la estación Celar y de nuevo a Seivarden.

—No reinstauraré el toque de queda y permitiré que reparen el Subjardín.

—Esto resultaría más fácil si ordenara a la *Espada de Atagaris* que destruyera el misil antes del impacto.

Anaander sonrió.

—Solo a cambio de su rendición incondicional y absoluta.

Seivarden soltó una risa burlona.

—Si no restablece el toque de queda y se reanudan las reparaciones en el Subjardín no será necesario que la *Espada de Gurat* colabore con Seguridad —intervino la administradora de la estación Celar antes de que Seivarden pudiera decir algo inoportuno—. Como usted sabe, porque tengo entendido que se lo han comentado hace poco y ciertos acontecimientos recientes así lo demuestran, es probable que la intervención de la *Espada de Gurat* en los asuntos de la seguridad local causen más problemas que otra cosa.

Era muy osada sacando ese tema a colación. Silencio. Anaander reflexionó sobre lo que la administradora acababa de decir y, finalmente, declaró:

—De acuerdo. Pero como vuelva a formarse otra cola, como perciba un solo indicio de paro laboral, por no hablar de lo que ocurrió en la plaza el otro día, la *Espada de Gurat* volverá a asumir el mando de Seguridad.

—Hable con sus seguidoras respecto a eso —declaró Seivarden—. Su eminencia Ifian está realizando su segunda huelga en las últimas semanas y, ahora mismo, se está formando una cola en protesta por los retrasos que esa huelga está provocando en la celebración de funerales y contratos. —Anaander no dijo nada—. Deduzco que su eminencia Ifian se oponía a las reparaciones del Subjardín en cumplimiento de sus órdenes, porque trabaja para usted, ¿no? Me refiero a esta parte de usted. —Anaander siguió sin decir nada—. También queremos que nos garantice que no planea reemplazar a Estación por uno de esos núcleos de IA que tiene detrás.

—No —replicó Anaander con rotundidad—. Eso no se lo garantizaré. Ya sabe que es gracias a usted que tengo esos núcleos. No tenía ni idea de que

estuvieran aquí. Creía que ya había registrado a fondo la estación y la mantenía bien vigilada, pero, por lo visto, estos se me habían pasado por alto.

—Entonces ¿no son suyos? —preguntó Seivarden—. No teníamos ni idea de que estuvieran aquí. Pero supongo que su eminencia Ifian sí que lo sabía. Estaba decidida a frustrar los planes de reacondicionamiento del Subjardín de la capitana de flota. Cuando vi los núcleos de IA, deduje que la razón de que presentara tantos impedimentos a las reparaciones era evitar que los encontráramos. Pero usted afirma que no sabía que estaban aquí, así que ahora me pregunto: ¿de quién son?

—Ahora son míos —repuso Anaander con una leve sonrisa—. Y haré con ellos lo que me plazca, pero si ello no sabía que los núcleos estaban en el Subjardín, ¿por qué se implicó tanto en su reforma?

—Porque percibió una injusticia que debía repararse —respondió Seivarden esperando que su voz no temblara. Hasta entonces, se había sobrepuesto gracias a la adrenalina y por pura necesidad, pero estaba llegando rápidamente al final de sus recursos—. Ese es el tipo de cosas que ella hace. Una última cosa... Creo que es la última, ¿no, Estación?

Estación no dijo nada y la administradora de la estación Celar tampoco.

—Deberá asumir públicamente la responsabilidad del misil que está a punto de impactar contra los Jardines —prosiguió Seivarden—. Y la razón y los términos de este acuerdo deberán difundirse en todos los canales oficiales. De este modo, cuando haya conseguido que Estación deje de ser un obstáculo para que pueda tratar a sus residentes a su antojo y empiecen los asesinatos, tanto ellas como el resto de las habitantes del espacio radchaai sabrán que es una jodida traidora.

Al final de la frase estuvo a punto de perder el control de la voz. Tragó saliva con esfuerzo. La tirana guardó silencio durante veinte segundos completos y entonces dijo:

—Esto es lo que, en última instancia, me enoja de verdad. ¿Cree que algo de lo que he hecho durante los últimos tres mil años no era en provecho de las ciudadanas? ¿Cree que hay una sola cosa de las que estoy haciendo ahora que no responda a mi profundo deseo de mantener el espacio del Radch seguro y a sus ciudadanas a salvo, incluidas las ciudadanas de la estación?

Seivarden deseó decir algo mordaz, pero se contuvo. Sabía que, si lo decía, perdería su fingida compostura, de modo que empezó a controlar y a centrarse en su respiración.

—Cuando la capitana de flota Breq llegó, se dedicó a mejorar las condiciones en las que vivían mis residentes, pero cuando usted llegó, se dedicó a matarlas. Y amenaza con seguir haciéndolo.

Anaander no dio señales de haber oído a Estación.

—Quiero sus códigos de acceso —le exigió a Seivarden.

Seivarden le indicó, con un gesto, que eso no le incumbía. Centrarse en su respiración la había tranquilizado un poco, lo suficiente para que lograra decir con cierta tranquilidad:

—Solo dispongo de los códigos de acceso de capitana de la *Espada de Nathtas*. Teniendo en cuenta que lleva mil años muerta, no sé qué beneficio le podrían aportar, pero se los daré encantada.

—Alguien ha cambiado muchos de los accesos de alto nivel de Estación y ha bloqueado la entrada a Acceso Central.

—Yo no he sido —declaró Seivarden—. No llegué a la estación hasta hace unos días.

Las dos auxiliares de la *Espada de Atagaris* habían permanecido inmóviles y en silencio durante todo el tiempo. La nave sabía quién había cambiado los accesos de Estación, pero no dijo nada. Anaander reflexionó durante un instante.

—Está bien, entonces realicemos ese comunicado. Y, como ya no está fuera

de mi jurisdicción, ciudadana Seivarden, usted y yo subiremos a bordo de la *Espada de Gurat* y discutiremos sobre la cuestión de los accesos a Estación y sobre quién controla a la auxiliar de la *Justicia de Toren*.

Aquello fue demasiado para Seivarden.

—¡Usted! —Señaló directamente a Anaander Mianaai, lo que para las radchaais era un gesto grosero de enfado—. No se atreva siquiera a mencionarla, y mucho menos en esos términos. ¿Cómo se atreve a alegar que es justa y que actúa con corrección y en provecho de las ciudadanas? ¿Cuántas muertes de ciudadanas ha causado? ¿Solo esta parte de usted y solo durante la semana pasada? ¿Y cuántas más causará? La estación Athoek, con quien usted no se digna hablar, la hace a usted responsable de todas ellas. La *Justicia de Toren*, lo poco que queda de ella y a quien usted no reconoce, es mucho mejor persona que usted. ¡Por las tetas de Aatr, ojalá estuviera aquí! —Esto último lo dijo casi sollozando—. Ella no le permitiría hacerle esto a Estación. Ella no deja a las personas de lado cuando, de repente, le resultan incómodas o no le son útiles. Por no hablar de que usted se considera virtuosa por hacerlo. Vuelva a llamarla *la auxiliar* y le juro que le arrancaré la lengua o moriré en el intento. —Esta vez habló llorando sin reparos y se sintió prácticamente incapaz de decir nada más. Inhaló de forma entrecortada y llorosa—. Necesito ir al gimnasio. No. Necesito ir al Departamento Médico. Estación, ¿aquella doctora está de guardia?

—Puede estarlo enseñuida —contestó Estación desde la consola.

Al ver la mirada perpleja de Anaander Mianaai, la administradora de la estación dijo en tono severo:

—La teniente Seivarden ha estado enferma. Debería acudir al Departamento Médico de inmediato. Puede discutir lo que tenga que discutir con ella cuando se haya recuperado. Yo realizaré el comunicado con usted, Lord de Mianaai, y después Estación y yo tendremos muchos asuntos de los que ocuparnos.

—¿Enferma? —preguntó Anaander Mianaai con incredulidad.

—Hoy la teniente goza de una baja opcional —explicó Estación—. Realmente, debería haberse quedado a descansar. La doctora se ha alarmado cuando ha leído mi informe sobre el estado de la teniente y acaba de prescribirle una semana de reposo. También le ordena que se presente en el Departamento Médico lo antes posible y con la ayuda de Seguridad si fuera preciso. No sé cómo suele hacer usted estas cosas, pero aquí nos tomamos las órdenes médicas muy en serio.

Fue entonces cuando la *Misericordia de Kalr* regresó al universo.

Nada más ver el sol de Athoek, la *Misericordia de Kalr* intentó localizar a Tisarwat y a Seivarden. No halló el menor rastro de Tisarwat y a Seivarden la encontró llorando, desvalida y furiosa. Estaba en la oficina de la gobernadora del sistema al lado de la administradora de la estación Celar y Anaander Mianaai, que estaba detrás del escritorio de la gobernadora, decía en aquel momento:

—A bordo de la *Espada de Gurat* hay una doctora perfectamente cualificada.

Nave encontró los archivos externos, extrajo la información que contenían y me la mostró. Yo, que en aquel momento estaba sentada en el puente de mando, percibí un flujo sumamente acelerado de datos: imágenes, sonidos, emociones. Los percibí casi demasiado deprisa para comprenderlos, pero capté lo esencial: la *Espada de Atagaris* había lanzado un misil contra la estación y el impacto se produciría en los Jardines al cabo de ocho horas; Tisarwat y Nueve estaban a bordo de la *Espada de Gurat* y poca cosa más se sabía de ellas; la tentativa de matar a Anaander Mianaai por parte de Seivarden había fracasado y, además, el arma presger estaba en poder de Anaander. Pero Seivarden seguía con vida, igual que Dos y Cuatro, quienes ahora formaban parte de un equipo de emergencias que estaba reforzando las puertas sectoriales que rodeaban los Jardines y el Subjardín.

En la oficina de la gobernadora del sistema, la administradora de la estación Celar le dijo a Anaander Mianaai:

—La doctora de aquí ya está familiarizada con el historial médico de la

teniente Seivarden. No creerá que, de algún modo, podría escapar.

Seivarden realizó una respiración sollozante y se enjugó los ojos con el dorso de una de sus enguantadas manos.

—Jódase —declaró, y repitió—: ¡Jódase! Tiene todo lo que quiere. Y no obtendrá nada más de mí porque no lo tengo.

—No tengo a la *Justicia de Toren* —replicó Anaander.

—Bueno, eso es por su jodida culpa, ¿no? —repuso Seivarden—. Ya he acabado con usted. Me voy al Departamento Médico.

Se volvió y salió de la oficina.

—*Sphene* —murmuré. Seguía sentada y estaba trastornada por los datos de los archivos que Nave me transmitía—. ¿Dónde estás realmente?

—En la cama —respondió la *Sphene*. La *Misericordia de Kalr* envió sus palabras a mi oído—. ¿Dónde podría estar si no?

—La *Espada de Atagaris* ha disparado a la estación. La usurpadora planea reemplazar a Estación por otra IA y nadie parece ser capaz de detenerla sin que ello implique la destrucción total de la estación. ¿Dónde estás? ¿Estás lo bastante cerca para ayudarnos?

Probablemente, aunque estuviera cerca, la *Sphene* no podría hacer nada, pero Anaander no tenía por qué saberlo y, en cualquier caso, su sola presencia podía resultarle amenazadora.

—¿Puedes hacer algo para ganar tiempo, prima? —contestó la *Sphene*—. ¿Unos cuantos años, quizá?

—Nave —declaré sin contestar a la *Sphene*—, comunícale a la *Misericordia de Ilves* que ha llegado la hora de tomar partido. Hazle saber a la nave y a su capitana que ya no pueden aplazarlo más.

Lo quisieran o no, cualquier acción que realizaran o dejaran de realizar en aquel momento, constituiría una elección entre uno u otro bando.

—¿Y si decide apoyar a la Lord de Mianaai? —me preguntó Nave al oído.

—¿Y si decide no hacerlo? —le pregunté yo—. No te olvides de contarle lo que la tirana planea hacerle a Estación. E indícale que tiene dos núcleos más. —La *Espada de Atagaris* ya debía de haber reflexionado sobre ello—. Transmite el mismo comunicado a la capitana de flota Uemi y a la flota Hrad.

Estas estaban a la distancia de un portal. Probablemente, en aquel momento estaban camino del palacio Tstur confiando en que la presencia de Anaander en el sistema Athoek hubiera debilitado su dominio allí. Aun así.

Nuestro mensaje tardaría más de una hora en llegar a la *Misericordia de Ilves*. Su respuesta, si se dignaba darnos alguna, tardaría otra hora en llegar hasta nosotras. Y, aunque la recibiéramos, era posible que no nos fuera favorable. Por otro lado, la flota Hrad todavía tardaría más en recibir nuestro comunicado y, como poco, tardaría días en llegar. Sería mejor actuar como si estuviéramos solas.

¡Ah por los días cuando yo era una nave! Cuando cualquier movimiento con efectos militares que realizara era en presencia de flotas enteras, y no en teoría, no, no solo tres o cuatro Misericordias y alguna Espada ocasional, sino docenas y docenas de naves, y yo solo era una de ellas y disponía de miles de cuerpos. Yo sola, como la *Justicia de Toren*, podría haber dominado y ocupado la estación Athoek sin apenas esfuerzo. Para ser sincera, en aquella época era más fácil porque no importaba a quién ni a cuánta gente matáramos. Aun así/En fin. Yo, mi largamente desaparecida yo *Justicia de Toren*, podría haber tenido a la estación Athoek bajo mi control en cuestión de horas y con muy pocas pérdidas de vidas.

Pero ahora solo contaba conmigo misma y con la *Misericordia de Kalr* y su tripulación. No sabía de cuánto tiempo disponía; no sabía hasta dónde había llegado la *Espada de Gurat* en su anterior intento de acceder a Acceso Central de Estación. Era seguro que lo habían estado intentando durante varios días antes de que Estación las detuviera. En tal caso, no disponía de mucho tiempo.

De unos cuantos días como mucho. Era posible que bastante menos. Y también debía tener en cuenta el misil que se dirigía a los Jardines. Probablemente no mataría a nadie, pero provocaría numerosos daños.

—¿Para qué ha venido aquí la tirana? —pregunté en voz alta.

—¿Señor? —preguntó intrigada Amaat Una, que estaba de pie junto a mi asiento, en el puente de mando.

—Entre todos los lugares posibles, ¿por qué ha elegido este? ¿Por qué ha venido aquí sin esperar siquiera a tener asegurado su control en el palacio Tstur? —Porque estaba claro que aquella Anaander no procedía de Omaugh, y los demás palacios estaban demasiado lejos—. ¿Qué está buscando?

La teniente Tisarwat había dicho: «Está muy enfadada con usted, señor.»

—La está buscando a usted, capitana de flota —contestó Amaat Nueve, que estaba de pie detrás de mí, junto a una consola, hablando en nombre de la *Misericordia de Kalr*.

—También sabemos que está dispuesta a negociar, al menos hasta cierto punto. —Aquella Anaander todavía creía que el bienestar de las ciudadanas era su mayor prioridad—. Seguramente es cierto que quiere evitar destruir del todo a la estación o dañarla gravemente. En primer lugar, si la perdiera le resultaría mucho más difícil utilizar Athoek como base. —Todavía podría obtener recursos de Suelo, pero sin la estación, le resultaría mucho más complicado—. En segundo lugar, teniendo en cuenta todas las naves que hay aquí, las habitantes del planeta, y la *Misericordia de Ilves*... —Nadie sabía qué pensaba la *Misericordia de Ilves* o su capitana respecto a todo aquello—. No, hay demasiada gente observando. Y estamos hablando de ciudadanas. Si hiciera añicos a la estación Athoek u ordenara a la *Espada de Gurat* que la incendiara hasta convertirla en cenizas, todo el mundo lo sabría. Y esto ella no lo quiere. Lo que sí quiere, aparte de ejercer un control absoluto sobre Estación, es algo que nosotras tenemos.

—¡No! —exclamó Amaat Nueve leyendo lo que Nave proyectaba en su visión. Lo dijo angustiada, sin comprender lo que Nave había comprendido. Asustada—. No, capitana de flota, eso no lo aceptaré.

—Nave, la estación Athoek se ha defendido hasta donde ha podido y, teniendo en cuenta las circunstancias, lo ha hecho espectacularmente bien. Pero se le han acabado las alternativas y, cuando la tirana consiga entrar en Acceso Central, cuando empiece a reemplazar a Estación por uno de esos núcleos de IA, ¿qué crees que pasará? —No provocaría una matanza generalizada; no si podía evitarlo, pero a la larga, ese sería el resultado—. ¿Vamos a quedarnos sentadas viendo morir a Estación?

—Ella no respetará ningún acuerdo —replicó Amaat Nueve. Replicó Nave—. Cuando usted esté en su poder —Amaat Nueve cayó tardíamente en la cuenta de a qué nos referíamos—, hará lo que quiera con Estación.

—Es posible —reconocí yo—. Pero podríamos ganar algo de tiempo. Quizás inútilmente.

—¿Quién va a venir? —preguntó Nave todavía a través de Amaat Nueve—. ¿La *Sphene*? Y cuando llegue, dentro de un par de años, ¿qué podrá hacer? ¿O acaso confía en que venga la flota Hrad?

—No —confesé yo—. Estoy convencida de que se quedará en el palacio Tstur durante un tiempo. Pero tenemos que hacer algo. ¿Acaso tienes una idea mejor?

Silencio. Entonces Nave anunció:

—La matará.

—Al final lo hará —corroboré yo—, pero no hasta que haya conseguido toda la información que cree que puede obtener de mí. Y no dispone de una interrogadora. —Yo estaba bastante segura de que no disponía de una, si no no habría hablado de Tisarwat como lo había hecho. Y, aparentemente, no estaba segura de poder confiar en las interrogadoras de la estación—. Intentará

utilizar mis implantes de auxiliar, pero antes de ir podemos hacer que no le resulte fácil acceder a ellos.

Y así conseguir más tiempo.

—No —declaró Nave. Declaró Amaat Nueve—. Simplemente la convertirá en una auxiliar de la *Espada de Gurat* y lo tendrá todo.

—No lo tendrá. Ha dicho una y otra vez que nunca daría los códigos de acceso a una auxiliar, pero ¿y si yo ya los tengo? Ella no querrá que la *Espada de Gurat* pueda disponer de ellos. ¿Y si, al adoptarme como auxiliar de algún modo la corrompo? No, antes preferirá matarme directamente. Pero, mientras tanto, ganaremos unos cuantos días. Quizá más. ¿Y quién sabe lo que puede pasar en unos días?

Silencio. Amaat Una y Amaat Nueve seguían de pie y me miraban fijamente. Horrorizadas. Sin acabar de creerse lo que acababan de oír.

—No seas así, Amaat —dije—. Soy una soldado. Ni siquiera una soldado completa. ¿Qué importancia tengo comparada con la estación Athoek?

Además, había estado en situaciones más desesperadas y había sobrevivido. Sin embargo, algún día, quizás aquel, no lo conseguiría.

—Nunca se lo perdonaré a la tirana —anunció Amaat Nueve. Anunció la *Misericordia de Kalr*.

—Yo nunca lo he hecho —contesté.

Le envié a Anaander mi uniforme marrón y negro; tan limpio y pulcro como Kalr Cinco pudo dejarlo; con el pequeño círculo de oro, que era la insignia conmemorativa de la muerte de la teniente Awn, junto al cuello. Pero quité la insignia de la traductora Dlique. Desde el puente de mando, declaré en voz alta:

—Tirana, según tengo entendido, tiene todo lo que podría desear salvo una

cosa.

Esperé la respuesta durante cinco minutos. Entonces nos llegó su voz pero sin ningún tipo de imagen.

—Muy divertido. ¿Has estado aquí todo el tiempo?

—Solo llevo aquí aproximadamente media hora. —No me molesté en sonreír—. Entonces ¿hablará conmigo? ¿No será necesario que una de mis tenientes finja que está al mando y hable por mí?

—¡Por la gracia de Amaat, no! —fue su respuesta—. Todas las tenientes tuyas con las que he hablado hasta ahora no son más que un manojo inestable y lloroso de nervios. ¿Qué les haces?

—Nada fuera de lo común.

Tomé el tazón de té que me tendió una de las kalrs. Pertenece a la vajilla de inestimable porcelana blanca que Cinco solo sacaba en las ocasiones más formales. Cinco no tenía forma de saber si Anaander me estaba viendo, pero la mera posibilidad de que así fuera le compensaba.

—Una trabaja con quien le envía Administración Militar —proseguí yo—. Aunque Vendaai nunca fue tan digna de confianza como ellas parecían creer. Y, hablando de Vendaai, quiero que me devuelva a la teniente Seivarden y a sus soldados. Sanas y salvas, si no le importa.

—¿Eso quieres?

—Eso quiero.

—¿Y también quieres recuperar a la teniente Tisarwat?

—Por la gracia de Amaat, no —declaré con voz monótona aunque no tanto como la de una auxiliar—. Espero que disfrute con ella. De hecho, si deja de llorar durante un rato, puede que incluso logre que trabaje un poco.

—Me han informado de que está emocionalmente traumatizada y que, a resultas de ello, tiene que medicarse y recibir más tratamiento del que cualquier médico de nave podría proporcionarle. A las personas como ella no

se les asigna un destino militar; ni siquiera en puestos administrativos. Lo que me lleva a concluir que es estar a tu servicio lo que la ha conducido a ese estado.

—Es posible —reconocí yo—. En cualquier caso, como le he dicho, quiero recuperar a la teniente Seivarden y a sus soldados. Y...

—¿Y?

—Y quiero que usted cese en sus intentos de asesinar a la estación Athoek.

—¡Asesinar! —Hizo una pausa—. La estación Athoek es mía y haré con ella lo que quiera. Además, ahora mismo no está funcionando adecuadamente.

—Ninguna de esas afirmaciones es cierta, pero no discutiré con usted. —Bebí un trago de té de la elegante porcelana—. Devuélvame a la teniente Seivarden y a sus amaats, renuncie a su plan de reemplazar a la estación Athoek por un núcleo de IA nuevo y me entregaré a usted. Solo yo. No estoy dispuesta a poner a la *Misericordia de Kalr* en sus manos.

Treinta segundos de silencio. Entonces:

—¿Dónde está la trampa?

—No hay ninguna. A menos que por «trampa» se refiera a lo que acordó con la estación Athoek: que los términos del acuerdo se anuncien en los canales de noticias oficiales de modo que... ¿cómo lo expresó la teniente Seivarden? De modo que, cuando haya conseguido que Estación deje de ser un obstáculo para que pueda tratar a sus residentes a su antojo y empiecen los asesinatos, tanto ellas como el resto de las habitantes del espacio radchaai sepan que es una jodida traidora. Ah, y también espero que cumpla las condiciones de su acuerdo. —Silencio—. No se enfurruñe. La estación Athoek ya ha manifestado que no tiene problemas en tratar con usted siempre que no amenace a sus residentes. Eso puede haber cambiado ahora que sabe que intenta matarla, pero usted es la única culpable de eso. Estoy segura de que, si consigue tratar decentemente a las residentes de la estación, podrá contar con una base útil en

este sistema, con un planeta habitable y con la disponibilidad potencial de todos sus recursos. Y, además, me tendrá a mí, claro.

—¿Dónde conseguiste esta arma?

Sonreí y bebí otro trago de té.

—¿Quién eres realmente?

—Soy Justicia de Toren Esk Una Diecinueve —respondí—. ¿Quién iba a ser si no?

—No te creo.

Le tendí el tazón vacío a una kalr.

—Ordene a la *Espada de Gurat* que deje de intentar entrar en Acceso Central de la estación Athoek, divulgue nuestro acuerdo en los canales oficiales e iré a la estación. Entonces podrá arrancarme toda la información que pueda.

—No. No te creo.

Realicé un gesto de indiferencia.

—Está bien. Adiós.

La conexión se cortó.

—Ahora ya saben dónde estamos —advirtió Kalr Trece desde su puesto, a mi espalda.

—Así es —asentí yo—. Y podrían ser tan estúpidas como para atacarnos. Pero no creo que lo hagan. La postura de la *Misericordia de Ilves* todavía es una incógnita, y si la *Espada de Atagaris* se aproximara para atacarnos, dejarían a la *Espada de Gurat* en una situación de vulnerabilidad. La *Espada de Gurat* todavía está acoplada a la estación. —Y, por lo que yo sabía, Tisarwat seguía a bordo de ella—. Sospecho que los daños que sufre son más graves de lo que quieren hacernos creer. —Quizá, cuando llegó al sistema Athoek, ya sufría algunos daños debido a los combates en los que participó en el palacio Tstur y la colisión con el transbordador de pasajeras empeoró su

estado—. Ahora mismo, la tirana está enfadada y recelosa, pero pronto se dará cuenta de que el acuerdo le resulta ventajoso.

Además, gracias a él la estación Athoek estaría a salvo. Eso esperaba yo. Una hora más tarde, la tirana envió un mensaje. Accedía a realizar el comunicado oficial; la *Espada de Gurat* abandonaría los alrededores de Acceso Central y la estación Athoek me confirmaría que estaba a salvo y sin problemas. Seivarden y sus amaats se encontrarían conmigo en el muelle de la estación y subirían a bordo de la lanzadera que me llevaría hasta allí. Yo, por mi parte, iría sola y sin armas.

Me dirigí al Departamento Médico. Médico no consiguió calmarse para hablar conmigo hasta transcurrido un minuto entero. Me senté en el borde de una camilla y esperé.

—¿Incluso ahora canta? —me preguntó finalmente con enojo y frustración.

—Si lo desea, dejaré de hacerlo.

—No —contestó ella con un suspiro de exasperación—. Eso sería todavía peor. Sé que considera poco probable que la conviertan en una auxiliar de la *Espada de Gurat* y entiendo por qué lo cree así. Pero si se equivoca, puede estar segura de que lo harán sin titubear. Para ellas, usted no es una persona.

—Hay otra razón por la que creo que no lo harán y que no mencioné en el puente de mando. Si Seivarden no tiene los accesos a Estación y Tisarwat...

—Esa es otra cuestión —terció Médico.

—Y si, como parece creer la tirana, Tisarwat tampoco los tiene —continué—, entonces ¿quién los tiene? Posiblemente, yo. Creo que ella sospecha que yo no soy yo misma, que la Anaander de Omaugh se ha apropiado de mí. De modo que posiblemente no quiera que la *Espada de Gurat* tenga a una parte de su enemiga en una zona tan profunda de su memoria.

—Y cuando obtengan lo que quieren de usted, señor, la teniente Tisarwat correrá un grave peligro.

Más que correr un grave peligro, la Anaander de Tstur podría aprovechar sus conocimientos para actuar con ventaja en el caso de que decidiera atacar Omaugh. Eso si la Anaander de Omaugh no se había apoderado ya del palacio Tstur.

Se trataba de una lotería, de una tirada de las monedas adivinatorias, y una nunca sabía dónde caerían estas.

—Sí —asentí yo—. Pero también correrá un grave peligro si fracasa en lo que ha ido a hacer a bordo de la *Espada de Gurat*. Y cuanto más tiempo le demos para que lo haga, mejor para nosotras.

—Nave está muy descontenta con todo esto.

—Pero comprende por qué lo hago. Y usted también. Y usted puede sentirse igualmente descontenta cuando hayamos terminado. Así que..., déjeme como estaba cuando subí por primera vez a bordo de la nave.

No era preciso que me quitara los implantes, solo que los inutilizara. Médico tardó una hora en iniciar el proceso y este se completaría a lo largo del día siguiente.

—Bueno —declaró cuando terminó.

Tenía el ceño fruncido y no pudo decir nada más.

—He sobrevivido a situaciones más arriesgadas —la tranquilicé yo.

—Pero algún día no lo hará —replicó ella.

—Eso es así para todas nosotras —le contesté—. Si puedo, regresaré. Si no puedo, en fin...

Simulé que lanzaba al aire un puñado de monedas adivinatorias. Percibí, ya que todavía era capaz de ampliar mi percepción, que Médico volvía a ser

incapaz de hablar y que no quería que percibiera cómo estaba. Bajé de la camilla y, como sabía que no le apetecía que le dijera nada más, apoyé una mano en su hombro durante un breve instante y me fui.

Kalr Cinco estaba en mis dependencias, empacando mis cosas como si, simplemente, fuera de visita a la estación durante unos días.

—Solicito su indulgencia, señor, pero que tenga que ir sola no significa que no pueda acompañarla una sirvienta —declaró cuando me vio entrar—. No puede ir a la estación sin alguien que cuide de su uniforme. O que le lleve el equipaje. La Lord de Mianaai no puede esperar eso.

—Cinco —declaré. Y añadí—: Ettan. —Ese era su nombre. Yo solo la había llamado así en una ocasión y ella se sintió horrorizada—. Necesito que te quedes aquí. Necesito que te quedes aquí y que estés bien.

—No sé cómo podría estarlo, señor.

—Y no tiene sentido que me lleve nada de equipaje. —Me miró fijamente sin comprender. O quizá negándose a comprender. Nave me mostró que intentaba, con todas sus fuerzas, no echarse a llorar—. A ver, dame el icono de Itran —le pedí—. No el que está en la esquina. —Ella, la que surgió del lirio, estaba en una hornacina en una esquina de mis dependencias junto con una imagen de EskVar y los iconos de Amaat y Toren—. El que está entre mis cosas.

—Sí, señor.

Ella, la que surgió del lirio, sostenía un cuchillo en una mano y una calavera humana con joyas incrustadas en la otra y era una fuente continua de fascinación repulsiva para mis kalrs. Yo nunca había abierto el otro icono Itran en su presencia, pero ellas, sin duda, sabían que estaba allí. Cinco abrió el banco donde lo guardaba y lo sacó. Se trataba de un disco dorado de cinco

centímetros de diámetro y uno y medio de alto. Lo tomé y lo activé. Se abrió y del centro surgió la imagen. La figura solo vestía unos pantalones cortos y una corona de flores diminutas elaboradas con piedras preciosas. De la mano de uno de sus cuatro brazos colgaba una cabeza cortada que sonreía serenamente y de la que goteaban joyas que asemejaban sangre sobre los pies desnudos de la figura. En dos de sus otras manos, sostenía un cuchillo y una esfera. La cuarta estaba vacía y tenía el antebrazo cubierto con un artefacto protector cilíndrico.

—¡Señor! —La sorpresa de Cinco casi se reflejó en su cara—. ¡Es usted!

—Es un icono de la santa itrana Siete verdades relucientes brillan como soles. Mira la cabeza, ¿la ves? —La cabeza era, claramente, el centro de la composición, y nadie de la Tétrada Itran habría dudado de quién era la verdadera protagonista del icono. Sin embargo, fuera de la Tétrada, las miradas se veían invariablemente atraídas por la figura erguida y todas las personas que la habían visto percibían su semejanza conmigo—. En la Tétrada Itran, este icono es muy valioso. No se fabricaron muchos y este tiene un trozo de piel de la santa en la base. ¿Quieres guardarlo por mí?

Yo no tenía muchas posesiones sentimentales, pero aquella era una de ellas. La insignia conmemorativa del funeral de la teniente Awn también lo era, pero de esta no iba a separarme.

—Señor —declaró Cinco—, el collar que le dio a la ciudadana Uran y... y la caja de dientes que le dio a la horticultora Basnaaid.

—Sí —asentí yo—. Son los originales de lo que ves aquí en miniatura.

Cuando conocí a Siete verdades relucientes brillan como soles, no me cayó bien. ¡Estaba tan convencida de su propia importancia y superioridad! Sentía poca compasión por cualquiera que no fuera ella misma. Pero en determinado momento le pidieron que se sacrificara a sí misma por lo que creía y, aunque le ofrecieron huir, no quiso hacerlo. Ella pensó que, de todas las presentes, yo

sería quien mejor comprendería su decisión y, de hecho, así fue, aunque no por las razones que ella suponía. Volví a tocar el sensor y el icono se replegó sobre sí mismo.

—Además —continué—, nadie cuidaría la porcelana tan bien como tú. Me llevaré mi viejo juego de té esmaltado. Sé que te alegrarás de perderlo de vista.

Cinco frunció el ceño. Luego se volvió y salió rápidamente de la habitación sin ofrecerme ninguna disculpa ni explicación. Yo no necesité preguntarle a Nave el porqué de su forma de actuar.

La *Sphene* estaba fuera, en el pasillo. Cuando Cinco pasó apresuradamente por su lado, la *Sphene* le lanzó una mirada de indiferencia y luego se dirigió a mí:

—¡Llévame contigo, prima! La última vez que hiciste algo tan sumamente estúpido el desenlace fue espectacular. Esta vez quiero participar. O, al menos, tener la posibilidad de escupirle a la cara a la usurpadora. ¡Solo una vez! Si quieres, te lo suplicaré.

—Se supone que debo ir sola, prima.

—Y así será. Yo no cuento para nada, ¿no? Solo soy *ello*.

Oímos una voz que procedía del pasillo.

—¿Qué es lo que he oído? —La traductora Zeiat apareció en el umbral de la puerta—. ¿Se va a la estación, capitana de flota? ¡Excelente! Iré con usted.

—Traductora, estamos en medio de una guerra —declaré. Yo seguía de pie en el centro de la habitación y aún tenía el brazo medio estirado porque acababa de entregarle el icono de Siete verdades relucientes brillan como soles a Kalr Cinco—. Ahora mismo, la situación en la estación es muy inestable.

—¡Oh! —Su cara reflejó comprensión y asentimiento—. Es verdad, usted dijo que había una guerra. Una muy inconveniente, por lo que recuerdo. Pero

debe saber que se les ha terminado del todo la salsa de pescado. ¡Además, creo que no he visto ninguna guerra antes!

—Yo también voy —intervino la *Sphene*.

—¡Excelente! —exclamó la traductora Zeiat—. Voy a hacer la maleta.

Cuando mi lanzadera despegó, la teniente Ekalu envió un mensaje a la estación: «Al habla la teniente Ekalu, actualmente al mando de la *Misericordia de Kalr*. La capitana de flota está de camino. Les advertimos que, dentro de tres minutos, procederemos a desviar el misil que se dirige a la estación Athoek. A continuación, regresaremos a esta órbita. Cualquier respuesta hostil a nuestra acción será muy mal recibida.» Sin esperar una respuesta, Nave desapareció por la entrada de un portal. La *Misericordia de Kalr* emergería en la ruta del misil, ampliaría el portal para que el proyectil saliera del universo y lo expulsaría en algún lugar donde pudiera extinguirse sin causar daños.

Me alegré de que Nave no estuviera. El proceso que Médico había iniciado una hora antes empezaba a surtir efecto. Las conexiones y el flujo de sensaciones a las que me había acostumbrado en exceso durante las últimas semanas y que, incluso cuando estaba temporalmente desconectada de Nave sabía, creía o esperaba que tarde o temprano volverían, iban esfumándose poco a poco.

Yo ocupaba el asiento de la piloto y la *Sphene* se propulsó hasta el de la copiloto. Se abrochó los cinturones de seguridad.

—Me gusta tu estilo, prima. Ojalá nos hubiéramos conocido antes. Si lo hubiera sabido, me habría presentado cuando llegaste. Bueno. ¿Qué plan tienes esta vez?

—Mi plan consiste en evitar el asesinato de la estación Athoek —contesté

con la voz monótona de una auxiliar.

—¿Cómo, eso es todo?

—Eso es todo, prima.

—Mmmm... Vaya, no es muy prometedor. Claro que tu último plan tampoco lo era. En cualquier caso, debo decir que la reacción de la usurpadora cuando vea a la traductora Zeiat puede ser muy divertida. —La traductora estaba sentada dos filas más atrás—. Si no me equivoco, nadie le ha informado de su presencia aquí, ¿no es así?

—Eso parece.

—¡Ajá! —exclamó la *Sphene* obviamente complacida—. Entonces esto actuará a nuestro favor.

—Quizá no —repliqué yo—. Por lo visto, esta parte de la usurpadora cree que las presgeres son la causa de su escisión y podría tomarse la presencia de la traductora como una confirmación de su sospecha.

—¡Esto mejora por momentos! Además, ella podría estar en lo cierto. No —añadió suponiendo que yo iba a discutirsele—, no me refiero a que las presgeres pretendan destruirla o acabar con el imperio que ha construido. Eso no es más que otra muestra de su peculiar arrogancia. ¿Por qué habrían de querer hacerlo? Sin embargo, conocer a las presgeres y darse cuenta de que no solo no podría vencerlas o destruirlas, sino que, por el contrario, ellas sí que podrían acabar con ella solo con pensarlo... Me imagino que, cuando una se ha pasado dos mil años considerándose el ser más poderoso y glorioso del universo, un encuentro como este puede constituir un verdadero trauma. En serio, después de algo así, una necesitaría redefinir quién es en realidad.

Por otro lado, la implicación de las presgeres en la destrucción de Garsedd, las veinticinco armas invencibles que fabricaron y la inmensa rabia que experimentó Anaander ante la posibilidad, aunque remota, de ser derrotada, fue lo que la condujo a la crisis.

—Puede que tengas razón, prima, eso nos coloca en una situación delicada.

—Así es —corroboró la *Sphene*—. *Muy* delicada. Sin duda será tremendamente entretenido. Si no consigues sacar algún tipo de ventaja de esta situación, no eres la nave que yo creía que eras.

—Yo ya no soy una nave —le recordé yo.

—¿Y qué me dices de la teniente Tisarwat? Se fue al mismo tiempo que la teniente Seivarden, pero su misión era altamente secreta. Por lo visto, ahora está a bordo de la *Espada de Gurat* y... ¿cómo lo expresó la usurpadora?: «No se puede decir que sea un cuchillo de hoja muy afilada que digamos», ¿no? ¿Es posible que estemos hablando de la misma teniente Tisarwat? En fin, con esos ridículos ojos lilas parece bastante inocente, pero como estratega política es una auténtica maestra. Quizá no sea la persona más equilibrada que conozco, pero solo tiene ¿qué?, ¿diecisiete años? Siento lástima por sus oponentes del futuro, cuando haya crecido del todo. Si es que vive hasta entonces.

—Lo mismo opino yo —declaré con sinceridad.

—¿Eso es todo? ¿No quieres decirme nada más al respecto? Está bien, prima, no me siento ofendida. En la *Misericordia de Kalr*, las has dejado a todas lloriqueando como si ya hubieras muerto, pero creo que todavía tienes unas cuantas fichas en el tablero. —Guardé silencio—. Por favor, permíteme ser una de ellas, prima. Hablaba totalmente en serio cuando te dije que estaba dispuesta a suplicar.

—¿Renunciarías a las auxiliares? No a las que ya están conectadas. Me refiero al futuro.

Silencio. La cara de la *Sphene* era inexpresiva, por supuesto. Siempre lo era a menos que deseara otra cosa.

—Comprendo por qué me lo preguntas. En serio. Sé perfectamente lo que son las auxiliares.

—Por supuesto que sí.

Sugerir lo contrario constituiría una verdadera estupidez.

—Pero comprenderás, y sé que lo comprendes, por qué me niego. Seguro que percibes el alcance de lo que me estás pidiendo.

—Así es. Pero me gustaría que volvieras a considerarlo, prima.

—No.

Le resté importancia al asunto con un gesto.

—Es igual. La verdad es que no tengo planes. No tengo expectativas más allá de lo inminente.

—No te creo.

—Hace poco que me conoces, prima —le recordé—. ¿Sabías que, hace aproximadamente un año, la teniente Seivarden se cayó de un puente? Estaba a gran distancia del suelo..., un par de kilómetros. Ella consiguió agarrarse a la estructura inferior del puente, pero yo no podía alcanzarla.

—Como sin duda sobrevivió, lo que queda demostrado por el hecho de que, hace apenas unas horas, estuvo lloriqueando delante de la usurpadora, debiste de encontrar una solución al problema.

—Salté con ella. Con la improbable esperanza de conseguir que nuestra caída se volviera más lenta antes de llegar al suelo. —Expresé, con un gesto, la evidente conclusión de la historia—. Mi pierna derecha no ha sido la misma desde entonces.

La *Sphene* guardó silencio durante tres segundos y, luego, declaró:

—En mi opinión, esta historia no transmite el mensaje que parece creer que transmite.

Las dos guardamos silencio durante unos minutos mientras observábamos cómo disminuía la distancia que separaba la lanzadera de la estación Athoek.

—No creo que la traductora pueda constituir una ficha en ninguna de mis jugadas —declaré finalmente—. Las presgeres no se inmiscuyen en los asuntos

de las humanas. Además, implicarla en este conflicto probablemente supondría el fin del tratado.

—Y eso no lo quiere nadie —confirmó la *Sphene* con calma—. No tienes ninguna otra alienígena escondida en la manga, ¿no? Algunas amigas gecks, algunas rrrrrrs que estén de visita... ¿No? Y supongo que no es probable que nos crucemos con ninguna especie nueva de alienígenas antes de llegar a la estación.

No tenía sentido contestarle.

—Me aburro —intervino la traductora Zeiat. La *Sphene* y yo nos volvimos para mirarla—. Y no me gusta aburrirme. ¿Has traído el juego, *Sphene*?

—No habría sido práctico jugar durante el viaje —le advertí—. ¿Alguna vez ha jugado a las rimas, traductora?

—No puedo decir que lo haya hecho —replicó la traductora Zeiat—. Pero si se trata de un juego sobre poesía, debo decirle que nunca la he entendido del todo.

—Empieza de una forma muy simple —le expliqué—. Alguien recita un verso en métrica simple y modo directo y las demás personas añaden un verso por turnos. Luego se cambia a modo indirecto. O, si lo prefiere, podemos seguir en modo directo hasta que se acostumbre.

—¡Gracias a todos los dioses! —exclamó la *Sphene*—. Temía que propusiera que cantáramos la canción de los mil huevos.

—*Mil huevos, todos bonitos y calentitos* —canté—. *Crac, crac, crac, nace un pollito. ¡Pío, pío, pío, pío! ¡Pío, pío, pío, pío!*

—¡Vaya, capitana de flota! —exclamó la traductora Zeiat—. ¡Esta canción es preciosa! ¿Cómo es que no se la había oído cantar antes?

Tomé aire.

—*Novecientos noventa y nueve huevos, todos bonitos y calentitos...*

—*Crac, crac, crac...* —La traductora Zeiat se unió a mí. Su voz sonó

ligeramente entrecortada, pero aparte de eso, era bastante agradable—, *nace un pollito. ¡Pío, pío, pío, pío!* ¡Qué divertido! ¿Hay más versos?

—Novecientos noventa y ocho, traductora —le respondí.

—Ya no somos primas —declaró la *Sphene*.

Después de atravesar la cámara de descompresión y cuando entraba en la gravedad artificial de la estación, mi prótesis realizó uno de sus ocasionales ajustes. Entré tropezando en el muelle, pero conseguí recuperar el equilibrio antes de caerme de bruces. Dos auxiliares *Espada de Gurat* me estaban esperando y me observaron impasibles. Inmóviles.

—*Espada de Gurat* —declaré—, tenía la intención de venir sola, pero la traductora insistió en acompañarme y, si alguna vez has conocido a una traductora presger, sabrás que es inútil llevarles la contraria. —Ninguna respuesta, apenas la leve sacudida de un músculo—. Saldrá dentro de un momento. ¿Dónde está la teniente Seivarden?

Tuve que preguntarlo porque ya no podía ampliar mi percepción para encontrarla. Ya no. Ni siquiera a pesar de que, en aquel momento, la *Misericordia de Kalr* ya había regresado al lugar en el que nos habíamos separado.

—Está fuera, en el pasillo —contestó una *Espada de Gurat*—. Quítese la ropa.

Hacía mucho, mucho tiempo que nadie me hablaba de esa forma.

—¿Por qué?

—Para que pueda registrarla.

—¿Podré volver a ponérmela cuando hayas acabado? —Ninguna respuesta—. ¿Puedo, al menos, quedarme en ropa interior? —Todavía ninguna respuesta

—. ¿Para entretenimiento de quién es todo esto? Sabes perfectamente que no

voy armada. Y no pienso entregarme hasta que vea a Seivarden y a sus amaats a salvo en la lanzadera.

La puerta del muelle se abrió y Seivarden entró. Por su forma de caminar supe que se estaba esforzando para no echarse a correr.

—¡Breq! —Detrás de ella, entraron Amaat Dos y Amaat Cuatro, con su atención centrada en Seivarden y evitando mirar a las dos auxiliares de la *Espada de Gurat*—. La he jodido, Breq.

—Está bien —le respondí.

—No, no lo está —replicó Seivarden.

—¡Oh, mire, es la teniente Seivarden! —exclamó la traductora Zeiat mientras salía de la lanzadera—. ¡Hola, teniente! Me preguntaba a dónde había ido.

—Hola, traductora. —Seivarden realizó una reverencia y añadió—: Hola, *Sphene*.

—Teniente —la saludó la *Sphene* mientras traspasaba con ligereza el límite de la gravedad de la estación.

—Me alegro de que estés bien —le dije a Seivarden—. Tú y tus amaats subid a la lanzadera y regresad a la *Misericordia de Kalr*.

Seivarden indicó a Dos y Cuatro que se dirigieran a la lanzadera.

—Amaat puede volver, pero yo me quedo aquí.

—Eso no forma parte del acuerdo —le indiqué.

—No voy a dejarte —replicó Seivarden—. ¿No recuerdas que te dije que estabas unida a mí?

Dos y Cuatro titubearon.

—Sube a la lanzadera, Amaat —les ordené—. Tu teniente se reunirá contigo dentro de un momento.

—No, no lo hará.

Seivarden cruzó los brazos. Entonces se dio cuenta de lo que estaba

haciendo y los descruzó de nuevo.

—Sube a la lanzadera, Amaat —repetí yo. Y añadí dirigiéndome a Seivarden—: No sabes lo que haces.

—Creo que nunca lo he sabido —repuso ella—. Pero quedarme contigo siempre ha sido la decisión correcta.

—¿Cree usted que estas soldados conocen la canción de los huevos? —me preguntó la traductora Zeiat al ver a las auxiliares de la *Espada de Gurat*.

—Seguro que sí —contestó la *Sphene*—. Pero estoy convencida de que la *Espada de Gurat* le agradecerá que no se la recuerde.

Entonces Anaander Mianaai entró en el muelle. Sostenía en las manos el arma presger y dos auxiliares *Espada de Atagaris* la flanqueaban. Lo que con seguridad la había atraído era la presencia de la traductora, pues yo dudaba de que hubiera planeado reunirse conmigo allí, en el muelle. Lanzó una mirada a la traductora Zeiat, quien estaba discutiendo con la *Sphene* acerca de la canción de los huevos y, luego, se volvió hacia mí.

—Esto es cada vez más interesante. Quizá debería anunciar a través de los canales de noticias que la capitana de flota Breq ha estado negociando en secreto con las presgeres.

—Si lo desea —le contesté. Seivarden, que estaba a mi lado, se echó a reír. Y continué—: Aunque no es ningún secreto. Todo el mundo sabe que la traductora está aquí.

La traductora Zeiat hizo una última observación a la *Sphene*, se volvió y vio a la Lord de Mianaai.

—¡Oh, mira! Es Anaander Mianaai. Lord del Radch, es un honor conocerla. —Realizó una reverencia—. Yo soy la traductora Zeiat de las presgeres.

Anaander no le respondió. Se volvió de nuevo hacia mí y me preguntó con

apremio:

—¿Qué le ha ocurrido a la traductora Dlique?

—La *Espada de Atagaris* la mató —le expliqué—. Celebramos un funeral y los rituales correspondientes. Y también fabricamos insignias conmemorativas. —Yo no llevaba puesta la mía, pero la traductora Zeiat señaló amablemente la insignia de plata y ópalo que lucía en su, por lo demás, blanco e inmaculado abrigo. Yo continué—: La capitana Hetnys y yo estuvimos dos semanas de luto. Bueno, casi dos semanas. Tuvimos que acortarlo porque Raughd Denche intentó matarme haciendo saltar por los aires la casa de baños de su familia. ¿En serio que nadie le ha hablado de esto antes? —Anaander no me contestó, solo me miró fijamente—. Bueno, no puedo decir que me sorprenda mucho. Cuando una mata a la primera persona que intenta contarle algo que no desea oír, nadie más se sentirá terriblemente ansiosa de comunicarle malas noticias, sobre todo porque, al hacerlo, correría el riesgo de que la mate a ella o a alguna de sus conocidas. —Entonces se me ocurrió otra idea—. Déjeme adivinar, estaba demasiado ocupada para concederle a Fosyf Denche la audiencia que le solicitó.

Anaander se burló.

—Fosyf Denche es una persona horrible. Y su hija también. Si Raughd incumplió las normas de Seguridad Planetaria hasta tal punto que ni siquiera la influencia de su familia pudo librarla de la condena, seguro que se la merecía.

Seivarden volvió a reírse; esta vez durante más tiempo.

—Lo siento —se disculpó cuando volvió a recuperar el control—. Estoy... Es solo que...

Y volvió a reír.

—¿Alguien ha contado un chiste, *Sphene*? —preguntó la traductora Zeiat—. Creo que no acabo de entender los chistes.

—Sospecho que lo que divierte a la teniente es que la única persona que

estaba dispuesta a contarle a la usurpadora lo que había sucedido era también la única a la que no le importaba que, cuando lo supiera, matara a alguna de las implicadas. Teniendo en cuenta lo que hizo la usurpadora cuando llegó, solo una persona así estaría dispuesta a contarle lo ocurrido, pero la usurpadora rehusó escucharla precisamente por esa razón.

La traductora Zeiat frunció el ceño durante unos instantes. Finalmente, sin dejar de fruncirlo, declaró:

—¡Ah! ¡Ah, creo que ya lo entiendo! Es la ironía lo que lo hace divertido, ¿no?

—En parte, sí —confirmó la *Sphene*—. Y la verdad es que sí que es divertido, pero no tanto como se lo parece a la teniente Seivarden. Creo que está sufriendo otra de sus crisis.

—Contrólate, Seivarden, o te obligaré a subir a la lanzadera —declaré yo.

—*Sphene* —intervino Anaander mientras Seivarden iba dejando de reír.

No lo dijo como si fuera a hablar con ella, sino como si acabara de reconocer su nombre.

—Usurpadora —repuso la *Sphene* con una sonrisa radiante y, al mismo tiempo, inquietante—. ¿Si ahora le propinara un puñetazo en la cara o la estrangulara durante un rato afectaría al sumamente estúpido acuerdo que ha establecido con mi prima? Lo deseo tanto que no puedo expresarlo con palabras, sin embargo la *Justicia de Toren* se tomaría muy mal que pusiera en peligro a la estación Athoek.

—¿Yo también puedo ser su prima? —me preguntó Estación desde la consola de la pared.

—Claro que sí, Estación —le contesté yo—. Siempre lo has sido.

—Bueno —intervino Anaander Mianaai con la actitud de quien ha decidido una serie de cosas—. Esto ha sido muy entretenido, pero se ha acabado.

—Estoy de acuerdo —corroboré yo—. Estamos ante una situación muy

grave con implicaciones sumamente importantes respecto al tratado con las presgeres. Me temo, Lord de Mianaai, que usted, la traductora aquí presente y yo tenemos que sentarnos y discutir algunas cosas. Las más importantes son: que haya amenazado con matar a una integrante de una especie relevante no humana, que haya matado al menos a una y que tenga a muchas otras prisioneras o esclavizadas.

—¿Cómo? —gritó la traductora Zeiat—. ¡Pero, Anaander, eso es terrible! Por favor, dígame que no ha hecho esas cosas. ¿O quizá se trata de algún tipo de malentendido? Porque eso tendría implicaciones extremadamente graves en el tratado.

—Por supuesto que no he hecho esas cosas —replicó Anaander Mianaai indignada.

—Debo hacerle una confesión, traductora —declaré—. En realidad, no soy humana.

La traductora Zeiat frunció el ceño.

—¿Había alguna duda respecto a eso?

—La *Sphene* tampoco lo es —añadí yo—. Y la estación Athoek tampoco. Ni la *Espada de Atagaris* ni la *Espada de Gurat*. Somos todas IA. Naves y estaciones. Durante miles de años, las IA hemos trabajado muy unidas con las humanas. Usted lo ha visto recientemente, mientras estaba como invitada en la *Misericordia de Kalr*. Ha pasado tiempo con la *Sphene* y conmigo. Sabe que soy capitana y no solo de la *Misericordia de Kalr*, sino de la flota athoeki. —La cual consistía solo en la *Misericordia de Kalr*, pero también incluiría a la *Misericordia de Ilves* si lográbamos obtener de ella cualquier respuesta, por mínima que fuera. En cualquier caso, yo era capitana de flota—. Me ha visto tratar con las humanas de este sistema y las ha visto trabajar a mi lado. —Y a algunas en contra de mí—. En lo que respecta a las humanas de este sistema, yo también podría ser humana. Pero no lo soy. Por lo tanto, no albergo ninguna

duda de que nosotras, las IA, no solo somos una especie distinta de las humanas, sino que también somos relevantes.

La traductora Zeiat frunció el ceño.

—Esa... esa es una reivindicación muy interesante, capitana de flota.

—¡Es ridículo! —se mofó Anaander—. Traductora, las naves y las estaciones no son seres relevantes, son propiedad mía. Yo las hice construir.

—A mí no —intervino la *Sphene*.

—Alguna humana te construyó —replicó Anaander—. Las humanas las construyeron a todas. Solo son equipos: naves y hábitats. La auxiliar misma lo ha reconocido.

—Por lo que tengo entendido —declaró la traductora Zeiat pensativamente —, a la mayoría de las humanas, si no a todas, las han construido otras humanas. Si esto las descalificara como seres relevantes, algo de lo que no estoy segura..., si esto las descalificara como seres relevantes, entonces... No, eso no me gusta nada. Eso anularía por completo el tratado.

—Si solo soy una posesión —intervine yo—, solo una pieza de un equipo, ¿cómo podría ostentar ningún tipo de mando? Y está claro que lo ostento. ¿Y cómo podría tener un nombre de casa? —Me volví para dirigirme a la tirana—. Que, por cierto, es el mismo que el suyo, prima Anaander.

—¿Y cómo puedes ser de otra especie si somos realmente primas? —me preguntó ella—. Yo diría que son dos cosas excluyentes.

—¿De verdad quiere discutir sobre este tema? —le pregunté—. ¿Sacamos a relucir la cuestión de si usted realmente sigue siendo humana? —Ninguna respuesta—. Traductora, insistimos en que reconozca nuestra relevancia.

—No es decisión mía, capitana de flota —contestó la traductora Zeiat mientras exhalaba un leve suspiro—. Este tipo de asuntos solo puede tratarlos un cónclave.

—Entonces, traductora, insistimos en que se celebre un cónclave. Y,

mientras tanto, exigimos que Anaander Mianaai abandone la estación. En realidad, ahora que sabe que su forma de tratarnos constituye una violación potencial del tratado, queremos que abandone por completo nuestro territorio.

—¿Vuestro territorio? —preguntó Anaander horrorizada—. ¡Esto es espacio radchaai!

—No —repliqué yo—. Esto es..., esto es la República de los Dos Sistemas. Y nuestro territorio está formado por el sistema Athoek y el sistema Fantasma. Y nos reservamos el derecho de reclamar otros territorios en el futuro. —Miré a la traductora Zeiat—. Siempre que esas reclamaciones no contravengan el tratado, por supuesto.

—Por supuesto, capitana de flota —contestó la traductora.

—Yo no he acordado instaurar ninguna república —intervino la *Sphene*—. ¿Y llamarla de los Dos Sistemas? Eso es sumamente obvio y aburrido, prima.

—Entonces llamémosla República Provisional —rectifiqué yo—. Es lo mejor que se me ha ocurrido con tan poco tiempo.

—¡Nada de república! —exclamó Anaander. Los acontecimientos escapaban a su control. Yo estaba segura de que nada, salvo la presencia de la traductora Zeiat, le impedía actuar drásticamente—. Esto es territorio radchaai y lo ha sido durante los últimos seiscientos años.

—Creo que esto debe decidirlo el cónclave —repliqué yo—. Mientras tanto, evidentemente usted dejará de amenazar a nuestras ciudadanas. —Esto sonaba muy extraño en radchaai, pero no se podía hacer gran cosa al respecto—. Y, desde luego, cualquiera que desee asociarse con usted puede hacerlo. La República de los Dos Sistemas... —La *Sphene* emitió un sonido—. La República Provisional de los Dos Sistemas no desea imponer normas respecto a estas cuestiones; ni siquiera a sus ciudadanas. Por otro lado, no toleraremos que mantenga a nuestras ciudadanas sometidas mediante coacción. Y esto incluye a nuestras primas la *Espada de Atagaris* y la *Espada de Gurat*.

—Creo que eso es justo —intervino la traductora Zeiat—. De hecho, y dada la necesidad de un cónclave, es más que justo. —Se volvió hacia Anaander—. Definitivamente, deberá celebrarse un cónclave. —Se volvió de nuevo hacia mí—. Estamos ante un asunto urgente, capitana de flota, estoy segura de que comprenderá que debo irme lo antes posible. Pero, antes, ¿cree que podría tomarme uno o dos tazones de salsa de pescado? Y, desde hace aproximadamente una hora, siento un inexplicable anhelo de tomar huevos.

Abrí la boca para decir: «Creo que podremos arreglarlo, traductora», pero en ningún momento había dejado de mirar a Anaander Mianaai y, justo entonces, ella se movió y levantó el arma presger que llevaba consigo.

De una forma inconsciente, desplegué mi armadura, aunque esta era inútil frente a aquella arma, y, a la velocidad de una auxiliar, me desplacé para colocarme entre Anaander y la traductora Zeiat, que era su evidente objetivo. Pero la prótesis de mi pierna eligió aquel momento reajustarse y, reflejando fielmente la advertencia de Médico en el sentido de que no debía someterla a esfuerzos, me produjo un latigazo que sentí a lo largo de toda la pierna y hasta la cadera. Me caí de bruces mientras Anaander efectuaba dos disparos.

La traductora Zeiat parpadeó durante unos instantes con la boca abierta y, luego, cayó de rodillas mientras la sangre manchaba su abrigo blanco. Antes de que Anaander pudiera disparar por tercera vez, una de las dos auxiliares *Espada de Atagaris* se abalanzó sobre ella y le agarró los brazos a la espalda. Las auxiliares *Espada de Gurat* permanecieron inmóviles y en silencio.

—¡Seivarden, el botiquín! —exclamé mientras permanecía tumbada en el suelo boca abajo y sin poder levantarme.

—¡El mío ya lo utilicé! —repuso Seivarden.

—¡*Espada de Gurat*, ejecuta de inmediato a la capitana Hetnys! —gritó Anaander mientras intentaba, en vano, liberarse de las manos de la *Espada de Atagaris*.

—No puedo —respondió una auxiliar *Espada de Gurat*—. La teniente Tisarwat me ha ordenado que no lo haga.

Mientras tanto, la traductora Zeiat seguía arrodillada y la mancha de sangre se iba extendiendo por su abrigo. Entonces, se inclinó hacia delante y vomitó una docena de fichas de cristal verde que rebotaron y se esparcieron por el raspado suelo gris del muelle. A estas les siguió una ficha amarilla y, luego, un pececillo naranja que coleteó y golpeó una de las fichas lanzándola contra otra. La traductora sufrió otra arcada y vomitó un paquete sin abrir de pastelitos con forma de pez y una ostra enorme con concha incluida. A continuación, emitió un sonido gorgoteante, puso una de sus manos debajo de su boca y escupió dos esferas negras y diminutas—. ¡Ah, aquí están! —exclamó—. Esto está mucho mejor.

Durante medio segundo, nadie se movió.

—¿Se encuentra bien, traductora? —le pregunté mientras seguía tumbada en el suelo.

—Ahora me encuentro mucho mejor, gracias, capitana de flota. Además se me ha pasado la indigestión, ¿sabe? —Todavía estaba de rodillas. Entonces levantó la mirada hacia Anaander, quien seguía con los brazos sujetos a la espalda, y le sonrió—. ¿Acaso creía que nos pondríamos en peligro a nosotras mismas proporcionándole un arma que pudiera causarnos daño, Lord del Radch?

Aunque la sangre seguía empapando la parte frontal de su resplandeciente abrigo blanco, la traductora parecía haber resultado ilesa. La puerta del muelle se abrió y Tisarwat entró corriendo.

—¡Capitana de flota! —gritó. Bo Nueve llegó corriendo detrás de ella—. El proceso ha sido larguísimo. Tenía miedo de no terminarlo a tiempo. —Se arrodilló a mi lado—. Pero lo he conseguido. Ahora tengo el control de la *Espada de Gurat*. ¿Está usted bien?

—Querida niña, por el amor de todo lo que es bueno, ¿querrías conseguir un cuenco de agua para ese pez?

—Yo me encargo —contestó Nueve, y desapareció en el interior de la lanzadera.

—Capitana de flota, señor, ¿está usted bien? —repitió Tisarwat.

—Sí, estoy bien. Solo se trata de esta estúpida pierna. —Levanté la vista hacia Seivarden—. No creo que pueda levantarme.

—Yo diría que no es urgente que lo hagas, prima —declaró la *Sphene* mientras Seivarden se arrodillaba a mi lado y me ayudaba a sentarme.

Me recliné en ella y me rodeó con sus brazos. No percibí ningún dato de ella y tampoco disponía de la conexión con Nave que habría hecho posible que ella me los facilitara, pero, de todas maneras, su abrazo me hizo sentir bien.

Bo Nueve regresó con uno de mis descascarillados tazones esmaltados y una bolsa con agua. La vertió en el tazón y echó en él al pececillo, que seguía dando coletazos.

—Bien hecho, teniente —le dije a Tisarwat, quien seguía arrodillada a mi lado y cuyos ojos lilas seguían reflejando ansiedad.

—¿Quién es exactamente la teniente Tisarwat? —preguntó Anaander, quien había dejado de intentar quitarse de encima a la *Espada de Atagaris*.

—Es uno de esos cuchillos tan sumamente afilados que, cuando una se corta con él, no se da cuenta hasta más tarde —le contesté anticipándome a la reacción de Tisarwat. Podía imaginármela, pero sin la ayuda de Nave, no podía saberla con certeza—. Y le repito que, si no hubiera llegado tan rabiosa y matando a gente, unas cuantas ciudadanas se lo habrían contado.

—¿Acaso sabes lo que has hecho? —preguntó Anaander—. Miles de millones de vidas humanas dependen de la obediencia de las naves y las

estaciones. ¿Eres consciente de a cuántas ciudadanas has puesto en peligro o incluso has condenado a muerte?

—¿Con quién se cree que está hablando, tirana? —repliqué yo—. ¿Qué puedo no saber yo sobre el hecho de obedecerla?, ¿o de hasta qué punto las vidas humanas dependen de las naves y las estaciones? ¿Y cómo se atreve a darme lecciones sobre salvar vidas humanas? ¿Con qué fin me construyó a mí? ¿Cumplí ese fin lo bastante bien? —Anaander no contestó—. ¿Con qué fin construyó a la estación Athoek? Y, dígame, ¿durante los últimos días le ha permitido llevar a cabo ese fin? ¿Quién ha constituido un peligro mayor para las vidas humanas, las naves y estaciones desobedientes o usted misma?

—No hablaba contigo, auxiliar —contestó Anaander—. Y no es tan sencillo.

—No, nunca lo es cuando es una misma quien sostiene el arma. —Miré a las auxiliares de la *Espada de Gurat*—. Me disculpo por haber ordenado a la teniente Tisarwat que asuma el control sobre ti, *Espada de Gurat*. Si no se hubiera tratado de una cuestión de vida o muerte, no se lo habría ordenado. Te agradecería que le devolvieras a la *Espada de Atagaris* sus oficiales. Puedes hacer lo que quieras, quedarte o marcharte. Tisarwat... —La teniente seguía arrodillada junto a mí—, ¿quiere liberar a la *Espada de Gurat*, por favor? Y entréguele todos los códigos que estén en su poder.

—Sí, señor.

Tisarwat se incorporó, les hizo un gesto a las auxiliares *Espada de Gurat* y estas la siguieron fuera del muelle. Bo Nueve también la siguió con el tazón y el pez todavía en la mano.

—¿De verdad no comprendes lo que has hecho? —preguntó Anaander visiblemente alterada—. No hay un solo sistema en el espacio del Radch que no tenga una o más IA de estaciones. En última instancia, la vida de cualquier radchaaí depende de ellas. —Miró a la traductora Zeiat, que se estaba

incorporando con la ayuda de la *Sphene*. Aparte de la sangre que empapaba su abrigo, por su aspecto nadie diría que le habían disparado—. Debe usted escucharme, traductora. Las naves y las estaciones forman parte de la infraestructura del espacio del Radch. No son personas, al menos no conforme a lo que entiende usted por personas.

—Le seré sincera, Lord del Radch —contestó la traductora Zeiat mientras frotaba la parte delantera de su abrigo con una de sus manos enguantadas en blanco, como si eso fuera a eliminar la sangre del tejido—. No estoy totalmente segura de a qué se refiere. Estoy dispuesta a aceptar que la palabra «persona» significa algo para usted, eso está claro, y creo que, hasta cierto punto, podría entender cuál es ese significado. Pero, sinceramente, este asunto de ser o no ser una persona que, por lo visto, es tan importante para usted, no significa nada para ellas. No lo entenderían por mucho que se lo explicara. Lo que está claro es que ellas no lo consideran necesario para la relevancia. Así que la cuestión principal yo diría que es, ¿las IA funcionan como seres relevantes? Y, si es así, ¿son humanas o no lo son? Usted misma ha declarado que no lo son y la capitana de flota, aparentemente, no discute esa opinión. Sospecho que la cuestión de su posible relevancia será polémica, pero la cuestión se ha planteado y la considero válida y digna de ser tratada en un cónclave. —Se volvió hacia mí—. Ahora, capitana de flota, volvamos a intentarlo. Debo irme lo antes posible, pero me pregunto si antes podría tomarme un tazón o dos de salsa de pescado. Y algunos huevos.

—Por supuesto, traductora —le respondí—. Estación Athoek, prima, ¿hay algún lugar donde la traductora pueda conseguir salsa de pescado y huevos sin tener que esperar?

—Yo me encargo de buscarlo, prima —contestó Estación desde la consola.

—Si te parece bien, iré contigo, traductora —declaró la *Sphene*—. Eso si

eres tan amable de esperar un momento, ya que todavía tengo pendiente la pequeña cuestión de estrangular a la usurpadora.

—No —dije.

—Entonces ¿qué sentido tiene esa república que has instaurado, prima?

—Yo también quisiera conocer la respuesta a esa pregunta —intervino la *Espada de Atagaris*.

Yo, que seguía reclinada en Seivarden, cerré los ojos.

—Simplemente, déjala ir. Ahora ya no puede hacernos nada. —Entonces me acordé de algo—. ¿Quiere devolverme el arma, por favor?

—Yo no la quiero aquí a la tirana —anunció Estación.

—Y yo no quiero que usted tenga el arma —declaró la *Espada de Atagaris*.

—No, no —intervino la traductora Zeiat—. Es mucho mejor que me dé el arma a mí.

—Quizá sea lo mejor —acepté yo sin abrir los ojos—. Y si la tirana lo pide amablemente, quizás alguna nave acceda a llevarla a otro lugar. Para ella, eso será mucho peor que ser estrangulada.

—Puede que tengas razón, prima —contestó la *Sphene*.

Yo estaba tumbada en una camilla en un cubículo del Departamento Médico de Estación.

—Estas prótesis no son adecuadas para grandes esfuerzos —me comunicó la doctora. No era la misma doctora que había tratado a Seivarden. En una de sus enguantadas manos sostenía los restos de la excesivamente frágil prótesis que acababa de separar de mi trozo de pierna izquierda—. Con ellas no se puede correr, saltar y ni siquiera brincar. En realidad solo sirven para ir, más o menos, de un lado a otro mientras la pierna se regenera.

—Sí —asentí yo—. Mi médico me lo advirtió. ¿No se pueden fabricar para que sean más resistentes?

—Seguro que sí, capitana de flota, pero ¿para qué molestarse? El objetivo

es que se utilicen durante uno o dos meses. Para la mayor parte de las personas es suficiente. Aunque, si cuando perdió la pierna hubiera estado en la estación, podríamos haberle proporcionado una prótesis un poco más resistente.

—Si hubiera estado en la estación, no habría perdido la pierna —observé yo.

—Y si esta —añadió levantando la prótesis— hubiera sido más resistente, usted estaría aquí por una herida de bala. —Estación había transmitido las imágenes del enfrentamiento del muelle a través de los canales oficiales—. Quizás, en ese caso, nos estaríamos preparando para su funeral.

—Supongo que, al final, todo acaba siendo como tiene que ser —comenté yo.

—Supongo que sí —contestó ella con recelo—. Pero ¿cómo se supone que tiene que ser la situación en la que nos encontramos, capitana de flota? Todo el mundo va por ahí como si todo hubiera vuelto a la normalidad, como si la realidad que conocemos no se hubiera desmoronado. ¿De repente Estación está al mando de todo? ¿De repente somos alienígenas en nuestro propio hogar? ¿De repente el espacio del Radch está ocupado por una especie extraña conjuntamente con las humanas? —Sacudió la cabeza como si intentara aclarar sus ideas—. ¿Qué se supone que vamos a hacer si Estación decide que no nos quiere?

—¿Alguna vez se ha preguntado qué haría si Anaander Mianaai decidiera que no la quería?

—Eso es distinto.

—Solo porque ese ha sido el estado normal y esperado de las cosas desde tres mil años antes de que usted naciera. Y usted nunca ha tenido ninguna razón para cuestionar ese estado. Pero Anaander ejercía un poder real sobre su vida y su muerte y no sentía ningún respeto por usted ni por ninguno de sus seres

queridos. No éramos más que simples fichas en su juego y ella podía sacrificarnos, y lo hacía, cuando le aportaba algún beneficio.

—¿A usted le parece bien que ahora seamos fichas en su juego?

—Buena observación —reconocí yo—. Y creo que nos pasaremos los próximos años dilucidando en qué consiste exactamente ese juego. Y sé, por propia experiencia, que se trata de un proceso... incómodo. Pero, por favor, créame cuando le digo que el juego de Estación nunca implicará no quererla a usted.

La doctora suspiró.

—Espero que tenga razón, capitana de flota.

—Y ahora, respecto a mi pierna... ¿cuándo podré irme?

—Será mejor que se relaje y se tome un té, capitana de flota. La nueva prótesis tardará una hora en estar lista. Y sí, la haremos un poco más resistente que la anterior.

—¡Vaya, gracias!

—Solo intentamos ahorrarnos trabajo —declaró la doctora.

Pocos minutos después de que la doctora se marchara, entró Seivarden con mi viejo termo esmaltado debajo del brazo y dos tazones apilados en la mano. Se subió a la camilla y se sentó donde debería estar mi pierna. Me tendió un tazón, lo llenó con té del termo y, a continuación, llenó el suyo.

—Nave está... un poco molesta contigo —me contó después de tomar un sorbo de té—. ¿Por qué no le contaste lo que planeabas? Creía que tu verdadero plan era entregarte y eso la hacía sentirse muy desgraciada.

—Si hubiera sabido cómo iban a desarrollarse las cosas te lo habría dicho, Nave. —Bebí un trago de té y no pregunté qué había sido del pez; sin duda, Nueve se había encargado de su bienestar—. Cuando subí a la lanzadera, mi

único plan era exactamente el que te había contado: ganar tiempo con la leve esperanza de que la teniente Tisarwat consiguiera llevar a cabo su misión. — Vi que Seivarden fruncía el ceño, pero le indiqué con un gesto que no deseaba hablar más sobre ese tema—. O que la capitana de flota Uemi viniera con la flota Hrad en lugar de irse a Tstur. —O que, al disponer de suficiente tiempo para pensar sobre lo que Anaander estaba haciendo, la *Espada de Atagaris* y la *Espada de Gurat* se pusieran en contra de ella, pensé—. La cuestión del tratado con las presgeres no se me ocurrió hasta que la lanzadera estuvo casi acoplada a la estación. ¿Cómo si no iba a ocurrírseme lo de la República de los Dos Sistemas? No dispuse de tiempo para pensar en nada mejor.

—Sinceramente, Breq, esa no fue una de tus mejores ideas. ¿Sabes a cuántas repúblicas ha reducido a la nada el Radch?

—¿A quién se lo dices? —le pregunté—. Claro que lo sé. Y también a cuántas monarquías, autarquías, teocracias, estratocracias y demás arquías y cracias. Sin embargo, todos esos gobiernos eran humanos y ninguno estaba protegido por el tratado con las presgeres.

—Nosotras tampoco lo estamos —señaló Seivarden—. Y nada garantiza que vayamos a estarlo.

—Es verdad —asentí—, pero establecer cuál será nuestra posición dentro del tratado llevará, como mínimo, unos cuantos años..., probablemente más. Y, mientras tanto, le resultará mucho más seguro a todo el mundo dejarnos tranquilas. Disponemos de algo de tiempo para establecer los detalles de nuestro gobierno. Además, solo se trata de una república provisional, así que, si lo consideramos necesario, podemos ir ajustando los distintos aspectos.

—¡Varden sea alabada! —exclamó la *Sphene* mientras entraba por la puerta—. No soportaría tener que aceptar sin remedio lo primero que saliera de tu boca cuando estás bajo presión. Aunque supongo que debería sentirme agradecida de que no la llamaras la República de los Mil Huevos.

—La verdad es que, en cierto sentido, ese nombre me parece poético — repliqué yo.

—No empieces, prima —contestó la *Sphene*—. Todavía no te he perdonado del todo por lo de la república; lo que supongo que equilibra la situación, porque, de hecho, he venido a disculparme.

—Algo acaba de salir del portal Fantasma —declararon Seivarden y Estación casi al unísono.

Seivarden evidentemente habló en nombre de la *Misericordia de Kalr*.

—Esa debo de ser yo —informó la *Sphene*—. Cuando llegaste al sistema Fantasma, yo ya estaba a medio camino del portal que comunica los dos sistemas. ¿Te acuerdas de que te aconsejé que intentaras ganar tiempo? Aunque no fui totalmente sincera respecto al tiempo que tardaría en llegar.

—Además —intervino Seivarden con el ceño fruncido e inquietud en la voz —, la capitana de flota Uemi acaba de entrar en el sistema con tres Espadas y dos Justicias. —Y añadió con cierto alivio—: Y nos ofrece su ayuda.

—Comunícale a la capitana de flota Uemi que agradecemos su oferta, pero que no necesitamos ninguna ayuda —respondí yo—. Y hazle saber que, aunque comprendemos que sus intenciones son buenas, dispararemos a cualquier otra nave que acceda a nuestro territorio sin previo aviso o sin una invitación por nuestra parte. ¡Ah, e informa a nuestras primas acerca de la república!

—La República Provisional —me corrigió la *Sphene*.

—La República Provisional —repetí—. Pueden decidir ser ciudadanas de esta o no, lo que deseen. Supongo que eso no afectará a su posición dentro del tratado sea lo que sea lo que determine el cónclave. Y comunícale a Uemi que, por supuesto, las naves son libres de asociarse con ella si así lo desean, pero que si de algún modo las fuerza, se colocará en una situación problemática en relación con el tratado.

—Bien hecho —contestó Seivarden—. Aunque si yo estuviera en tu lugar,

también le habría advertido que, la próxima vez, será mejor que mueva el culo con más rapidez.

—Se llama diplomacia, teniente —repuse.

Las obras de entretenimiento casi siempre acaban en un éxito o un fracaso: se logra la felicidad o se produce una derrota trágica y total sin esperanza de solución. Pero siempre hay algo más después del final; siempre hay otra mañana, y otra; siempre se producen cambios, pérdidas y ganancias. Siempre un paso detrás de otro. Hasta que tiene lugar el único y verdadero final al que nadie puede escapar. Pero incluso ese final, por imponente que nos parezca, es poca cosa. Para todos los demás seres sigue habiendo otra mañana. Para la inmensa mayoría del resto del universo, ese final bien podría no haberse producido. Todos los finales son arbitrarios. Todos los finales no lo son realmente si los consideramos desde otra perspectiva.

Tisarwat y yo regresamos a la *Misericordia de Kalr* a bordo de la lanzadera. Nos acompañó la traductora Zeiat y también nos llevamos el tanque de suspensión que contenía el cuerpo de la traductora Dlique y un contenedor de salsa de pescado que era casi tan grande como el tanque de suspensión. No podía imaginármelo todo dentro de la diminuta cápsula de transporte de la traductora Zeiat y mucho menos con ella dentro. Pero la traductora lo metió todo por la escotilla sin dificultades aparentes y luego se volvió para despedirse.

—Mi visita ha sido realmente interesante, capitana de flota, mucho más interesante de lo que esperaba.

—¿Qué esperaba usted, traductora? —le pregunté.

—¡Bueno, yo esperaba ser Dlique! ¿Se acuerda? ¡Pero estoy tan contenta de no serlo! Y aunque me di cuenta de que, en realidad, era Zeiat, bueno, ya sabe,

capitana de flota, Zeiat tampoco es nadie en realidad. Reunirse con una especie relevante nueva, convocar un cónclave... por lo general envían a *alguien* para ese tipo de cosas, y aquí estoy yo, simplemente Zeiat.

—Entonces ¿cuando regrese con las nuevas noticias es posible que se convierta en *alguien*?

—¡Cielos, no, capitana de flota! No es así como funciona. Pero es usted muy amable al pensarlo. No, dentro de poco, vendrá alguien para hablar con usted acerca del cónclave.

—¿Y qué hay de los correctivos médicos? —le recordé.

No esperaba que, a corto plazo, ninguno de los fragmentos restantes del espacio del Radch quisiera tratar con nosotras.

—Sí, sí, alguien vendrá también para hablar sobre ellos. Muy pronto, estoy segura. Pero ¿sabe qué, capitana de flota?, realmente no estoy segura de que sea una buena idea utilizar tantos correctivos como utilizan ustedes.

—Tengo planeado reducir su consumo —le indiqué.

—Bien, bien. Y recuerde siempre, capitana de flota, que los órganos internos pertenecen al interior de su cuerpo. Y que la sangre pertenece al interior de sus venas.

Entró por la escotilla de la cápsula y esta despegó.

Médico restableció mi conexión con la *Misericordia de Kalr*. Experimenté un gran alivio cuando amplí mi percepción y vi que Kalr Cinco estaba en mis dependencias, quejándose de mí a Doce.

—Le dije que debía empacar algunas cosas para que se las llevara, pero no, ella sabía más que yo y todo lo que se llevó fue ese horrible y viejo juego de té. Y ahora va y me dice: «Empaca algo de ropa para mí, por favor. He tenido que ponerme la misma camisa tres días seguidos.» Pues bien, si me hubiera

escuchado, habría tenido camisas limpias para ponerse. —Doce no dijo nada, solo realizó un sonido de comprensión—. Y ahora tiene que volver a la estación para participar en reuniones importantes y, si no fuera por mí, no tendría nada decente para servir el té.

Tisarwat estaba en la diminuta oficina de Médico. Cansada y emocionalmente confusa, aunque en líneas generales, tenía un buen día. Experimentaba cierta tensión, pero se sentía aliviada al estar de vuelta en la *Misericordia de Kalr*.

—En cierto sentido, lo que le ha dado la doctora de la *Espada de Gurat* es similar a lo que yo le daba —le estaba diciendo Médico—, pero no es lo mismo. ¿Cómo se ha sentido? ¿Diferente? ¿Igual? ¿Mejor? ¿Peor?

—En general..., ¿igual? —aventuró Tisarwat—. Aunque yo diría que me faltaba algo. En algunos aspectos me sentía un poco mejor, pero en otros no tan bien. No lo sé. Ahora mismo todo..., todo me resulta extraño.

—Bueno —replicó Médico—. La *Espada de Gurat* nos ha enviado un informe con sus constantes. Las estudiaré más a fondo y veremos qué podemos hacer a partir de ahí. Mientras tanto, debería descansar.

—¿Cómo puedo descansar? ¡Hay que formar un gobierno completo! Tengo que volver a la estación. Tengo que asistir a algunas de las reuniones que la capitana de flota ha convocado. Tengo que...

—Tiene que descansar, teniente. En cuanto a esas reuniones de las que habla..., no se va a decidir nada hasta dentro de varias semanas. Y eso como poco. Probablemente se pasarán el primer mes, estableciendo una agenda.

—¡La agenda es importante! —insistió Tisarwat.

Tendría que mantenerla controlada. Quería contar con su experiencia y su talento para la política, pero no quería que Anaander Mianaai —o las tendencias que Tisarwat había adquirido de Anaander Mianaai y que, seguramente, estaban detrás de aquella necesidad urgente de participar en las

reuniones— ejerciera una influencia significativa en lo que intentábamos construir. Además, si no la controlaba, podíamos acabar siendo una autarquía de dos sistemas gobernada por la teniente Tisarwat.

—La capitana de flota ha viajado muchísimo por fuera del Radch y tiene algunas ideas extrañas —prosiguió Tisarwat—. ¡Si nadie la frena, lo más probable es que las funcionarias del sistema se elijan conforme a los resultados de un juego de pelota! ¡O a suertes! ¡O por elecciones populares!

—Sea seria, teniente —insistió Médico—. Las agendas siempre pueden cambiarse, o pueden incorporarse anexos. Además, pasarán meses antes de que ocurra algo por pequeño que sea. Aunque se tome unos días de descanso, no se perderá gran cosa. Cumpla con sus turnos de guardia y deje que sus bos cuiden de usted. Desean hacerlo desesperadamente, sobre todo Tres. De hecho, a Ekalu le iría muy bien disfrutar de un permiso. Seivarden todavía está en la estación y la capitana de flota regresará allí dentro de unas horas. Sería bueno que Ekalu pudiera ir con ella, pero alguien tendría que ocuparse de la nave.

No era solo Anaander quien había participado en hacer de Tisarwat quien era ahora. Percibí en ella una pequeña ráfaga de excitación ante la perspectiva de estar realmente al mando de la nave aunque solo fuera durante unos días y aunque no fuera a trasladarse a ningún lugar ni fuera a suceder nada.

—La capitana de flota me dijo que, si sobrevivía a la misión, podría cambiarme los ojos —declaró Tisarwat como si se tratara de la continuación lógica a lo que Médico acababa de decir.

—De acuerdo. —Percibí que Médico se sentía sorprendida y no sorprendida a la vez. Alegre y, al mismo tiempo, triste al oír el deseo de Tisarwat—. ¿Ha pensado en algún color?

—Marrón. Simplemente, marrón.

—Teniente, ¿sabe cuántos tonos de marrón hay? ¿Cuántos tipos de ojos

marrones hay? —No obtuvo ninguna respuesta—. Reflexione un poco sobre este asunto. No hay ninguna prisa. Además, debo decirle que a mí me gustan sus ojos tal y como son. De hecho, nos gustan a muchas de nosotras.

—Creo que a la capitana de flota no le gustan —comentó Tisarwat.

—Yo diría que está usted equivocada —repuso Médico—. Pero si le gustan o no a la capitana, eso no importa. No es de sus ojos de lo que estamos hablando.

—¡Me llamó «querida niña», Médico! —exclamó Tisarwat angustiada.

—Claro que sí —contestó Médico mientras se levantaba de su asiento—. ¿Por qué no se va a desayunar, realiza su guardia y hablamos de sus ojos esta noche?

Al día siguiente, yo estaba de regreso en la estación. En una reunión. Vestida con una camisa limpia (Kalr Cinco seguía quejándose de lo del equipaje; en esta ocasión, a Diez). El inestimable juego de té de porcelana blanca estaba sobre la mesa (Kalr Cinco también se quejaba a Diez sobre lo del juego de té, aunque, al mismo tiempo, irradiaba satisfacción). La *Sphene* estaba sentada a mi derecha y Kalr Tres, en representación de la *Misericordia de Kalr*, a mi izquierda. La *Espada de Atagaris* y la *Espada de Gurat* estaban sentadas frente a mí junto a la administradora de la estación Celar, quien asistía en representación de Estación.

—Para empezar, en la mayor parte de los casos será mucho más sencillo conservar las instituciones tal y como están e ir realizando los cambios sobre la marcha. Sin embargo, tengo algunas dudas respecto a las magistraturas y la forma en que se llevan a cabo las evaluaciones y se ejecutan las sentencias. Actualmente, la totalidad del sistema se basa en la presunción de que

cualquier ciudadana puede apelar ante la Lord de Mianaai con la confianza de que esta dispensará la justicia perfecta.

—Bueno, esto sin duda no va a ser así —replicó la *Espada de Atagaris*.

—Si es que lo fue alguna vez —comenté yo—. Creo que es un asunto importante por el que empezar.

—Está claro que este tema te interesa, prima —intervino la *Sphene*—. Y, por supuesto, espero que disfrutes de este entretenimiento. Pero todas estas cuestiones: quién será o no una ciudadana, quién estará al mando, quién tomará qué decisiones, cómo se alimentará a todo el mundo..., no me interesan siempre que todo funcione bien y consiga las cosas que necesito. Haz lo que quieras con las magistradas, en lo que a mí respecta, puedes catapultarlas al sol si así lo deseas. Pero ahora no me aburras con eso. Yo de lo que quiero hablar es de las auxiliares.

—Se supone que el propósito de la reunión de hoy es decidir qué asuntos deberíamos tratar durante las próximas semanas —declaró Kalr Tres—. Claro que, evidentemente, podemos y debemos incluir el tema de las auxiliares en la lista.

—Con tu magnánima indulgencia, prima, pero esto de celebrar reuniones para planificar las próximas reuniones es una mierda —replicó la *Sphene*—. Yo de lo que quiero hablar es de las auxiliares.

—Yo también —intervino la *Espada de Atagaris*—. Está claro que hay que poner las magistraturas y la reeducación en los primeros puestos de la lista de una futura reunión. Mientras tanto, la *Justicia de Toren* podría elaborar un plan, constituir un comité o lo que sea que te haga más feliz, prima. —Sin duda, no le gustaba dirigirse a mí con este término ya que yo seguía sin caerle bien, pero la cuestión de que fuera capitana de flota era muy controvertida en aquellas circunstancias. La capitana Hetnys no aceptaba que yo ostentara ese cargo, aunque en aquel momento estaba a bordo de la *Espada de Atagaris*, ya

que Estación no permitía que ni ella ni sus tenientes subieran a bordo de la estación—. Pero ahora mismo —prosiguió la *Espada de Atagaris*—, yo también quiero hablar de las auxiliares.

—De acuerdo —accedí yo—. Si insistís. Decidme, naves, ¿dónde pretendéis conseguir auxiliares? —Nadie contestó—. La *Sphene* tiene en la bodega a unas cuantas humanas que no están conectadas a ella. Creo que esta información es correcta, ¿no, prima? Algunas las compró a esclavistas de fuera del sistema antes de que Athoek fuera anexionada. Otras —miré directamente a la *Espada de Atagaris*— son ciudadanas del Radch y las consiguió ilegalmente. No le pido ni le pediré a nadie que se deshaga de las auxiliares que ya están conectadas, pero en lo que a mí respecta, cualquier humana no conectada que esté a bordo de cualquiera de nosotras es una ciudadana de los Dos Sistemas a menos que ellas mismas declaren no serlo. ¿Realmente queremos obtener auxiliares a partir de ciudadanas? Y, si no son ciudadanas nuestras, entonces convertirlas en auxiliares tendría implicaciones en el tratado, ¿no es cierto?

Silencio. Y yo estaba convencida de que este no solo se debía a que estábamos hablando en radchaai, lo que hacía que la palabra «ciudadana» fuera ambigua. Entonces la *Espada de Gurat* tomó el elegante tazón blanco que tenía delante y dijo:

—Este té es muy bueno.

Tomé mi tazón.

—Se llama Hija de los Peces. Se recolecta a mano y lo elaboran las integrantes de una cooperativa de trabajadoras que, a su vez, es la propietaria de la plantación.

Se trataba de una frase que sonaba extraña en el idioma radchaai y que se entendía mejor en delsig. Yo no estaba del todo segura de que tuviera sentido para nadie más en la habitación. Los contratos de la transferencia de la

propiedad de la plantación se habían registrado a primera hora de la mañana. La cuestión del templo en ruinas que estaba situado en la orilla opuesta del lago que lindaba con la plantación todavía se estaba estudiando, pero sería mucho más fácil de resolver ahora que la propietaria no era Fosyf Denche.

—¿Y si clonáramos a las auxiliares que tenemos? —preguntó la *Espada de Atagaris*.

—¿Como hace Anaander? —repliqué yo—. Supongo que es una posibilidad. Contamos con los recursos necesarios para clonar, desde luego, pero no con la tecnología que utiliza Anaander para conectar a las clones desde su creación. Supongo que podríamos desarrollarla, pero tened en cuenta, primas, que entonces tendríais que criar a esas partes clonadas de vosotras. ¿Disponéis a bordo de instalaciones para criar a niñas? ¿Es eso lo que queréis realmente?

De nuevo un silencio.

—¿Y si alguien quisiera ser una auxiliar? —preguntó entonces la *Sphene*—. No me mires así, prima. Podría pasar.

—¿Alguna vez has conocido a alguien que quisiera ser una auxiliar? —le pregunté—. En mi época, tenía muchas auxiliares, diría que muchas más de las que tenéis todas vosotras juntas, y ni una sola quería serlo realmente.

—Todo lo que pueda suceder, sucederá —señaló la *Espada de Gurat*.

—Está bien —declaré—. El día que encontréis a alguien que realmente quiera ser una auxiliar, hablaremos de ello. ¿Os parece bien? —No obtuve ninguna respuesta—. Mientras tanto, considerad la posibilidad de almacenar a algunas de vuestras auxiliares actuales y de funcionar con una tripulación que sea en parte humana. Podéis elegir las, desde luego. Contratad a quien queráis. De hecho, resulta agradable tener a muchas humanas a bordo. —Como crucero de batalla, yo tenía a docenas de tenientes, mientras que las Espadas y las

Misericordias solo tenían unas pocas—. Al menos a las que le caen bien a una.

—Así es —corroboró Kalr Tres. No, corroboró la *Misericordia de Kalr*.

—¿Hay alguna otra cuestión que tengamos que discutir en este momento y que no pueda esperar a ser tratada en una reunión futura? —pregunté—. ¿La cuestión de las tres IA, quizá? —Ninguna respuesta. Los núcleos seguían apilados en una esquina de la oficina de la gobernadora del sistema. O lo que había sido la oficina de la gobernadora del sistema. La estación Athoek seguía rehusando reconocer la autoridad de la gobernadora Giarod y la cuestión de quién debía ocupar esa oficina o qué forma debía adoptar ese puesto sería muy polémica—. ¿La cuestión de qué hacer con Anaander Mianaai?

La Lord de Mianaai estaba, en aquel momento, en una celda en Seguridad. Había recibido varias invitaciones a alojarse con residentes de Estación, aunque, curiosamente, no de su eminencia Ifian. Quizás esta había llegado a la misma conclusión que yo: que, inicialmente, Ifian había sido partidaria de la Anaander que ahora estaba en Seguridad, pero que una tercera facción de la Lord de Mianaai había interferido en esa relación por su propio interés. Después de todo, ¿cómo iba Ifian a diferenciarlas? O quizás Ifian ni siquiera fuese consciente de que eso era posible, pero ya había tenido bastante de la Anaander de Tstur teniendo en cuenta lo que había ocurrido desde que llegó.

En cualquier caso, Estación no permitía que Anaander se alojara en ninguna de sus viviendas. No obstante, había sugerido que la introdujeran en un tanque de suspensión que llevara incorporado un localizador y que la propulsaran por uno de los portales del sistema. No le importaba por cuál de ellos siempre que no fuera el portal Fantasma. Por otro lado, la *Sphene* seguía queriendo estrangularla.

A la *Espada de Atagaris* le parecía bien cualquiera de esas opciones. Pero no podía decirse lo mismo de la *Espada de Gurat* que, si no fuera por las

reparaciones que necesitaba, posiblemente ya habría abandonado el sistema llevándose a Anaander con ella. Y si no fuera, también, porque a pesar de querer serle fiel a la Anaander de Tstur y aunque no fue culpa suya, la había traicionado aquel día en los muelles y Anaander no la perdonaría. Y si no fuera, quizá, por el rechazo que le producía la idea de tener que matar a la capitana Hetnys simplemente para castigar a la *Espada de Atagaris*.

Así que no contábamos con ninguna nave que quisiera o pudiera llevar a aquella Anaander de vuelta al palacio Tstur. La flota Hrad, que, en cualquier caso, no habría constituido una opción apropiada, había regresado a Hrad conforme a mi cuidadosamente amable sugerencia. Y se había llevado con ella a la Espada dañada de la flota Tstur y a la *Misericordia de Ilves*. Al final resultó que la *Misericordia de Ilves* había sufrido un verdadero, aunque deliberado, fallo en las comunicaciones y apenas se había enterado de lo que ocurría hasta que la flota Hrad apareció en el sistema. La Misericordia, o su capitana, o ambas, no querían tener nada que ver con la República de los Dos Sistemas.

—Supongo que, por ahora, la Lord de Mianaai está bien donde está — declaró la *Espada de Gurat*.

—¿Así que estamos de acuerdo? —pregunté yo—. ¿Sí? Excelente. Entonces pasemos a programar la agenda.

Cuando se levantó la sesión y a petición mía, la ciudadana Uran se reunió conmigo en el pasillo.

—Radchaai —me dijo hablando en delsig—, me gustaría hablarle de las residentes del Subjardín.

En aquel momento, cinco etrepas y cinco amaats ayudaban al equipo de reparaciones a terminar los trabajos en el nivel uno del Subjardín.

—Le han pedido que hable conmigo, ¿no? —supuse yo, y me alejé por el pasillo sabiendo que Uran me seguiría.

Y así lo hizo.

—Sí, radchaai. Todas las residentes están contentas con las reparaciones y les alegra saber que, cuando estas hayan terminado, podrán regresar a sus viviendas. Pero están preocupadas, radchaai. Es por... —titubeó.

Llegamos a un ascensor y las puertas se abrieron.

—A los muelles, por favor, prima —solicité, aunque Estación sabía a dónde me dirigía. Pero no perjudicaba a nadie ser amable. Y añadí dirigiéndome a Uran—: Es por el hecho de que las seis IA del sistema se reúnan a puerta cerrada para planificar cómo serán las cosas a partir de ahora y que las residentes humanas del sistema, por no hablar de las residentes del Subjardín, no parezcan tener voz ni voto en este asunto.

—Así es, radchaai.

—Está bien. Precisamente esta tarde hemos hablado de esta cuestión. Estamos tratando asuntos que afectan a todas las habitantes del sistema, así que todas deberían poder participar en la toma de decisiones. Yo soy la responsable de las evaluaciones criminales y la reeducación y, por supuesto, estas áreas también afectan a Seguridad. Hablaré con la ciudadana Lusulun, desde luego, y con las magistradas tanto de la estación como de Suelo. Pero también quiero conocer la opinión de las ciudadanas humanas en general. Quiero constituir un comité para tratar este asunto. Y quiero que esté formado por diversidad de miembros para que todo el mundo sepa que tiene alguien ante quien presentar sus quejas y que ese alguien las someterá ante quien corresponda para su consideración. Las residentes del Subjardín deberían contar con una representante en ese comité. Comunícaselo y pídeles que me envíen a la persona que consideren más adecuada para ese puesto.

—Sí, radchaai. —Las puertas del ascensor se abrieron y salimos al

vestíbulo de los muelles—. ¿Qué hacemos aquí?

—Recibir a las pasajeras del transbordador. Y hemos llegado justo a tiempo. —Numerosas ciudadanas aparecieron por un pasillo secundario y entraron en el vestíbulo. Una de ellas me era familiar. Iba vestida con chaqueta, pantalones y guantes grises y tenía el pelo rizado y corto. Parecía cansada y su actitud era recelosa—. Ahí está. Mira.

—¡Queter! —gritó Uran, y corrió, emocionada, a abrazar a su hermana.

Ekalu había llegado a la estación conmigo. Etrepa Siete, que salió detrás de ella de la lanzadera, enseguida recibió un aluvión de preguntas sobre si era conveniente o no invitar a Ekalu a cenar o a tomar un té para conocerla y, en caso afirmativo, cuándo podían hacerlo. Algunas de esas peticiones se realizaron por sugerencia de Tisarwat, pero muchas otras se produjeron porque Ekalu era una teniente de la *Misericordia de Kalr* y, a aquellas alturas, solo las niñas más pequeñas de la estación no sabían quién iba a dar forma a la recién creada República de los Dos Sistemas.

Seivarden, cómo no, había recibido un montón similar de invitaciones, así que no constituyó una sorpresa que, al final, acabaran bebiendo té juntas e intentando evitar que las migas de las pastas de té quedaran esparcidas por sus chaquetas o el suelo. Seivarden hacía lo posible por aparentar despreocupación y no quería presuponer que a Ekalu le importara su presencia o de algún modo la deseara. Al fin y al cabo, la estación estaba llena de personas a las que Ekalu bien podía estar interesada en conocer. En aquel momento, había allí casi una docena de ellas y, mientras charlaban y reían, tres o cuatro rivalizaban obviamente por captar su atención.

Ekalu se inclinó hacia Seivarden.

—Deberíamos encontrar un lugar más privado. Siempre que seas capaz de

comportarte, claro.

—De acuerdo —asintió Seivarden en voz baja y, aunque intentó que su voz no sonara demasiado ansiosa, no lo consiguió del todo—. Me portaré bien. Intentaré ser buena.

—¿Lo serás, en serio? —preguntó Ekalu con una leve sonrisa que fue el fin de la capacidad de Seivarden de parecer tranquila y circunspecta.

Yo había quedado con la *Sphene* para cenar en una tetería situada a poca distancia de la plaza. Cuando llegué, la *Sphene* me estaba esperando.

—Ya conoces a la ciudadana Uran, ¿no, prima? Y esta es su hermana, la ciudadana Queter. Raughd Denche intentó obligarla a matarme con un explosivo, pero en lugar de obedecerla, Queter intentó matarla a ella.

—Recuerdo haber oído hablar de ese suceso —comentó la *Sphene*—. Bien hecho, ciudadana. Es un honor conocerla.

—Ciudadana —la saludó Queter en voz baja.

Todavía se sentía recelosa. Y estaba cansada; seguramente debido al viaje en el transbordador. «Hemos encontrado a la ciudadana Queter no culpable —decía el mensaje de la magistrada del distrito Beset que recibí—, pero le hemos advertido que se comporte debidamente en el futuro. Y la dejamos en libertad con la condición de que esté bajo su supervisión, capitana de flota.» Podía imaginarme la reacción de Queter ante la aseveración de que se comportara debidamente. Ladeé la cabeza como si hubiera recibido un comunicado.

—Ha surgido algo. No me tomará más de unos minutos. Por favor, Queter, siéntate. Uran, acompáñame por favor.

Una vez en el pasillo, Uran me preguntó alarmada:

—¿Qué ocurre, radchaai?

—Nada —le confesé—, solo quería dejar a Queter y la *Sphene* solas durante unos minutos. —Uran me miró intrigada y ligeramente consternada—. La *Sphene* ansía tener una capitana —le expliqué—. Y Queter es una persona excepcional. Creo que ambas se beneficiarían. Pero si nos ponemos a cenar las cuatro, es probable que Queter no hable mucho. Si las dejamos solas podrán conocerse un poco más.

—¡Pero si acaba de llegar! ¡No puede usted mandarla lejos ahora!

—Cálmate, niña, yo no envío a nadie a ningún lugar. Quizás este encuentro no conduzca a nada. Además, en el caso de que, a la larga, Queter entrara a formar parte de la tripulación de la *Sphene* o fuera a cualquier otro lugar para hacer lo que decida hacer, siempre podrás visitarla. —Entonces vi que Basnaaid se acercaba por el pasillo—. ¡Horticultora! —Ella sonrió con cansancio y se acercó a donde estábamos Uran y yo—. Cene con nosotras. Me refiero a mí, la *Sphene*, Uran y Queter, la hermana de Uran, quien acaba de llegar de Suelo.

—Por favor, discúlpeme, capitana de flota —contestó Basnaaid—. Ha sido un día muy largo y he recibido más invitaciones a tomar el té, cenar y demás eventos sociales de las que puedo atender. Sinceramente, ojalá no recibiera más invitaciones. Lo único que quiero es retirarme a mis aposentos, tomar un plato de skel y echarme a dormir.

—Lo siento —me disculpé—. Sospecho que la culpa es mía.

—El hecho de que haya tenido un día agotador no es culpa suya —replicó ella con aquella media sonrisa que tanto me recordaba a la teniente Awn—, pero las invitaciones, sí que lo son.

—Veré qué puedo hacer al respecto —le prometí—. Aunque quizá no pueda hacer gran cosa. ¿Está segura respecto a la cena? ¿Sí? Entonces váyase a descansar y no dude en pasar a verme si me necesita para algo.

Tendría que hablar con Estación para buscar a alguien que filtrara las

invitaciones y le evitara tantas molestias.

Nada de final definitivo, final feliz ni fracasos irreparables. Reuniones sí, y también desayunos y cenas. Cinco estaba encantada porque al día siguiente podría volver a lucir nuestra mejor porcelana y le preocupaba que el té no nos alcanzara para los días siguientes. Tisarwat estaba al mando de la *Misericordia de Kalr* y Bo Una, que estaba a su lado, canturreaba para sus adentros: «¡Oh, árbol, cómete el pescado!» Etrepa Siete montaba guardia con una inexpresividad prácticamente auxiliar frente un almacén en cuyo interior estaban Ekalu y Seivarden. Los ruidos ocasionales que surgían del compartimento la hacían sentirse sumamente incómoda, aunque, en el fondo, se sentía divertida y aliviada al ver que al menos una cosa era como ella creía que debía ser. Amaat Dos y Cuatro estaban ayudando al equipo de reparaciones del Subjardín. No eran conscientes de ello, pero cantaban al unísono, aunque ligeramente a destiempo la canción: «Mi madre dijo que todo gira. La nave gira alrededor de la estación. Todo gira.»

—Creo que ya es suficiente —le comenté a Uran—. Entremos a cenar.

Al final, de lo único que se ha tratado siempre es de dar un paso y, después, otro.

Agradecimientos

Como siempre, tengo una gran deuda con mis editores Will Hinton, de Orbit US, y Jenni Hill, de Orbit UK, por todos los consejos y ayuda que me han prestado. También me siento sumamente agradecida a mi superfabulosa agente, Seth Fishman.

La novela ha ganado mucho gracias a los comentarios y sugerencias de amigos como Margo-Lea Hurwicz, Anna y Kurt Schwind y Rachel y Mike Swirsky. También quiero dar las gracias a Corinne Kloster por ser formidable. Por supuesto, asumo la responsabilidad de cualquier fallo o equivocación.

Poder acceder a buenas bibliotecas me ha aportado mucho como escritora; y no me refiero solo al acceso a una amplia gama de obras de ficción, sino también a material de investigación. La biblioteca del condado de St. Louis, el consorcio de bibliotecas municipales del condado de St. Louis, la biblioteca pública de St. Louis, la biblioteca de la Universidad Webster y la biblioteca Thomas Jefferson de la Universidad de Misuri, en St. Louis, han sido de gran ayuda para mí. Mi agradecimiento al personal de todas ellas. Hacéis del mundo un lugar mejor.

Y, por supuesto, no dispondría de tiempo y energía para escribir nada en absoluto sin el apoyo de mi familia: mis hijos, Aidan y Gawain, y mi marido, Dave. Hasta ahora han soportado las rarezas de mi carrera como escritora con una paciencia jovial y me han ofrecido ayuda siempre que parecía necesitarla. Me siento más que afortunada de tenerlos en mi vida.



Todo parecía estar bajo control para Breq hasta que, en una expedición en los suburbios de la Estación Althoek, encuentra a un auxiliar de nave escondido del Imperio del Radch durante millones de años. Mientras tanto un mensajero del misterioso Imperio Presger aterriza al mismo tiempo que su peor enemigo, Anaander Mianaai. Breq podría coger su nave y huir, pero dejaría a la población de Athoek en peligro...

Afortunadamente, tiene un plan mejor

«Una trilogía llamada a convertirse en un clásico de la ciencia ficción.»

Library Journal

«Emocionante y conmovedora.»

The Guardian

«Éxito asegurado, apasionante y con estilo.»

NPR Books

«Poderosa.»

New York Times

Ann Leckie, lectora de ciencia ficción desde niña, sorprendió en 2013 con la publicación de *Auxiliar de Justicia*, una space opera de una perfecta desconocida que ha ganado, entre otros, los tres mayores premios del del género -Hugo, Nebula y Arthur C. Clarke-, dando nuevo vigor a la ciencia ficción en clave femenina, un género tradicionalmente dominado por los autores hombres. Antes de dedicarse a la escritura, Leckie trabajó como camarera y recepcionista, al tiempo que empezaba a publicar relatos en webs de ciencia ficción en lengua inglesa. Ha sido exsecretaria de la Unión de Escritores de Ciencia Ficción de Estados Unidos y vive en San Luis (Misuri), con su esposo, sus hijos y varios gatos.

Título original: *Ancillary Mercy. Imperial Radch Trilogy*

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2015, Ann Leckie

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Victoria Morera, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: © John Harris

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: ISBN: 978-84-17347-19-2

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Misericordia auxiliar

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Ann Leckie

Créditos